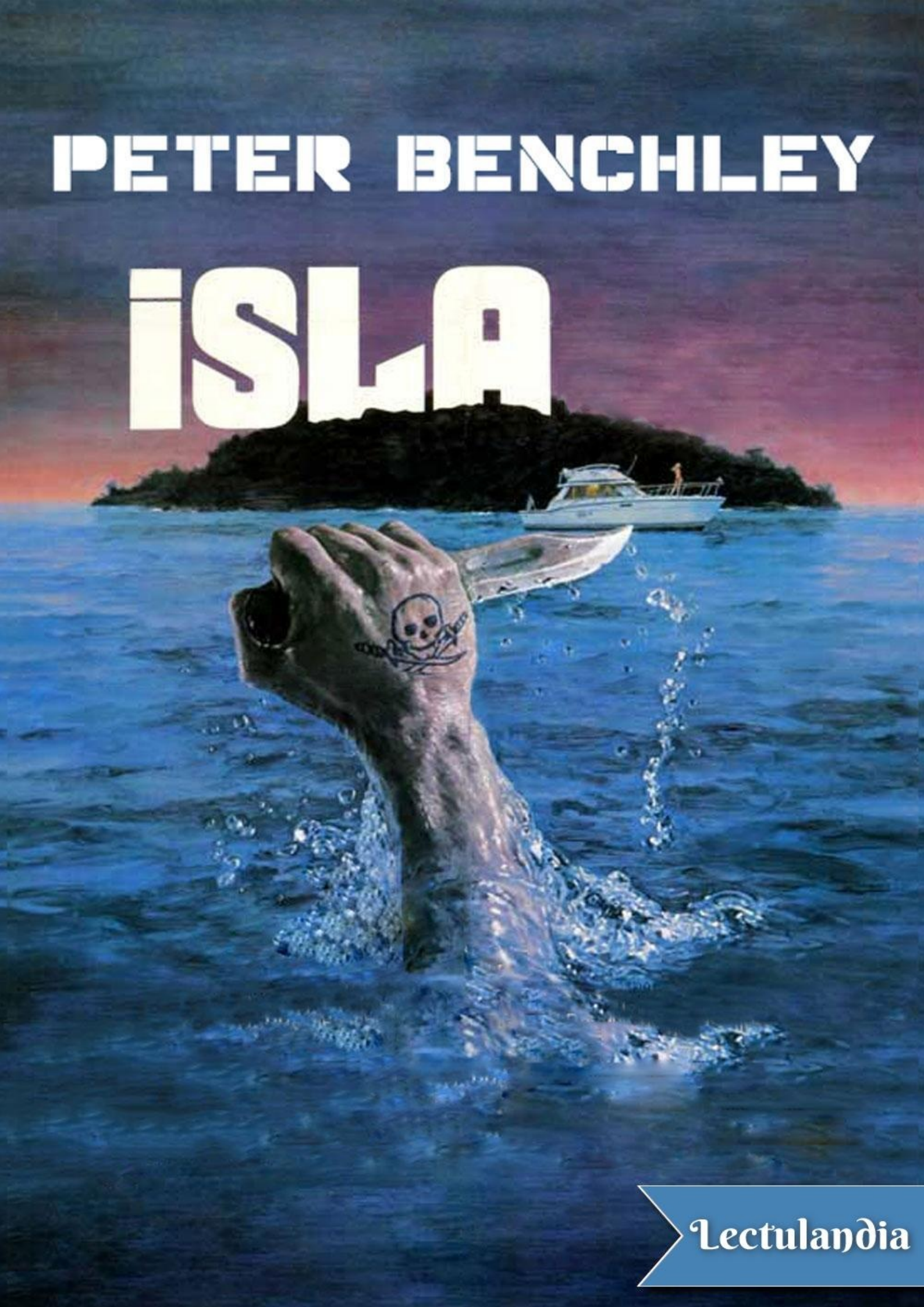


PETER BENCHLEY

ISLA



Lectulandia

¿Cómo es posible que cientos de embarcaciones, con más de dos mil personas a bordo, desaparezcan sin dejar rastro entre el Caribe y la costa norteamericana? ¿Por qué nadie sabe nada de ello, y por qué nadie se preocupa por averiguarlo? A Blair Maynard, un periodista neoyorquino, le obsesiona la idea de descubrir lo que está sucediendo.

Lectulandia

Peter Benchley

Isla

ePUB v1.1

GONZALEZ 23.06.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *The Island*

© 1979 by Peter Benchley

Traducción: Antonio Samons García

Diseño/retoque portada: preferido

ePub base v2.0

para Tracy y Clay

1

El barco estaba al ancla, y tan inmóvil como si lo hubiesen soldado a la superficie. A tal distancia de la costa debieran darse, en condiciones ordinarias, olas que, secuela de lejanas tempestades, lo hicieran cabecear con violencia ante un horizonte vertiginoso. Pero un sistema de altas presiones llevaba más de una semana instalado sobre el Atlántico, entre Haití y las Bermudas, y, vacío el cielo aun de las nubes que preconizan bonanza, los reflejos del sol de mediodía daban al mar el aspecto de una lámina de acero bruñido.

Hacia el este, una rielante mancha gris —imagen refracta de una pequeña isla sita más allá del horizonte— colgaba a un milímetro del confín del mundo. Al oeste, sólo ondas de calor que se alzaban danzantes.

Dos hombres, a popa, pescaban provistos de simples sedales de un solo hilo. Llevaban andrajosos calzones cortos y camisetas de media manga, de un blanco desaseado por demás, y se cubrían con sombreros de paja, de ala ancha. Uno u otro, a intervalos, hundía en el agua un cubo con el que baldeaba la fibra de vidrio de la cubierta que pisaban descalzos. Entre ambos, y en el lugar que hubiera correspondido a la cofa, vueltas boca abajo, algunas cajas de cartón, antiguo embalaje de botellería, formaban una improvisada mesa que aparecía cubierta de despojos de pescado: cabezas, tripas y manojitos de aguanosas sardinas.

Para evitar que los sedales marcasen el latón que guarnecía la barandilla, ambos pescadores los sujetaban con la mano, el encallecido índice pronto a percibir el suave tirón, prueba de que abajo, a cien brazas de profundidad, habían picado.

—¿Lo sientes?

—No. Pero sé que está ahí... Con tal que las cabrillas le dejen acercarse...

—La marea tira como una mala cosa.

—Y que lo digas. No sé adónde me va a llevar el cebo. Un olor de cocina se deslizó hacia la popa, donde se mezcló con el husmo de los despojos caldeados por el sol.

—¿Con qué pensará envenenarnos hoy el cabrón del portugués?

—Con morro de cerdo, si el olfato no me engaña.

Un pez de gran tamaño había picado el cebo, en la oscuridad de la sima abierta bajo el barco, y con él corría hacia una cavidad rocosa.

El que sostenía ese sedal fue a dar contra la borda, donde apoyó las rodillas, para no ser arrastrado, al tiempo que comenzaba a halar del hilo alternando las manos: un metro con la diestra, un metro con la izquierda, otro con la primera.

—¡Maldita sea! ¡No te dije que estaba ahí!

—Seguro que es un tiburón.

—¡Qué coño va a ser un tiburón! ¡Sería la Moby Dick de la especie!

Como la presa iniciase una nueva escapada, el pescador apretó los dientes, dolorido por la fricción del hilo, al que se aferraba con todo el alma.

El sedal quedó flojo.

—¡Me cago en su padre!

El segundo hombre rompió a reír.

—Amigo, la pesca no se hizo para ti. Le has arrancado el anzuelo.

—¡Que va! Él, que ha cortado el hilo.

—Mucho lo ha cortado.

El otro fue recuperando el aparejo, atento a no enredarlo según se amontonaba el hilo en la cubierta. Anzuelo y plomada habían desaparecido, y el sedal estaba seccionado.

—¿No te lo dije? Lo cortó.

—¿Y yo? ¿No te anticipé que era un tiburón?

El pescador burlado renovó sedal y anzuelo. Luego tomó dos de las sardinas medio congeladas que les servían de cebo, se comió una de ellas y prendió la otra en el anzuelo pasando éste a través de los ojos, el lomo y la cola. A continuación, lanzó el aparejo por encima de la borda y dejó que el hilo se le deslizase entre los dedos.

—Oye, Dickie.

—¿Qué?

—¿Cuándo dijo el capitán que llegarían?

—Mañana, a eso de mediodía. Saldrá al encuentro del avión sobre las once, y a mediodía estará en el muelle. Depende, claro, del follón que se le presente.

—¿Y qué clase de médicos dices que son?

—Te lo he repetido ya cien veces, Nelson: neurocirujanos.

Nelson rompió a reír.

—Tiene gracia.

—Yo no se la veo.

—Ya me dirás: médicos de la cabeza saliendo de pesca. ¿Para qué?

—Los neurocirujanos no son médicos de la cabeza, como tú dices.

—Ah ¿no? Pues cuando aquel tío de las Bermudas me atizó en la cabeza con el martillo, lo primero que hicieron fue mandarme al neurocirujano.

—Sí, ya me lo has contado.

—Pero, como no sacaba el agua clara, me puso en manos de un checo.

—Bueno, en todo caso no hay ninguna ley que les prohíba pescar a los neurocirujanos. Y lo importante, según dijo el capitán, es que pagan por adelantado.

—Dickie hizo una pausa.

—¿Cuántos serán? ¿Lo recuerdas?

—No llegué a enterarme.

Dickie llamó voz alta:

—¡Manuel!

—¡Mande, señor Dickie!

El que había aparecido en la puerta de la cámara era un muchacho menudo y cimbreño, de doce o trece años de edad, a cuyo cutis el sol había dado un tono pardo oscuro. Tenía el cabello pegoteado en la frente por causa del sudor que manchaba también la pechera de su almidonada camisa blanca.

—¿Cuántos...? —Dickie se interrumpió—. ¡Maldito portugués de la mierda! ¡Te dije que no te pusieras el uniforme si no hay pasajeros a bordo!

—Pero es que...

—¡Mírate esos pantalones, chiquillo! ¡Si parece que te hubieras cagado!

El muchacho examinó la prenda. El sofocante calor de la cámara había hecho desaparecer las rayas y tenía salpicones de aceite en los pernales.

—¡Es que no tengo otros pantalones!

—Pues así te hayas de pasar toda la noche lavando, mañana, al despuntar el día, los quiero blancos como el culo de un ángel.

Nelson sonrió.

—Quién sabe, Dickie: es posible que a esos médicos les gusten los portugueses sucios...

—A lo mejor tienes razón, Nelson. ¿Qué dices tú, Manuel? ¿Les dejamos a los neurocirujanos que se diviertan contigo? El muchacho abrió mucho los ojos.

—No, señor Dickie. No quiero nada de eso.

—¿Cuántas literas has preparado?

—Ocho. Como dijo el capitán.

Nelson olisqueó el aire.

—¿Qué demonios estás guisando, chico?

—Morro de cerdo, señor Nelson.

—Nunca me cansaré de decirlo, Nelson —terció Dickie—. Es para lo único que sirves.

Lavadas ya ollas y cazuelas, limpios y guardados los platos, fregado el suelo de la cocina, no le quedaba a Manuel nada que hacer. Le hubiera gustado cerrar la puerta que daba a cubierta, conectar la televisión y el aire acondicionado y tenderse en el diván del saloncito. Pero el aparato de aire acondicionado no se enchufaba como no fuese para solaz de los pasajeros, el televisor no daba señal y el sofá, como el resto del mobiliario, aparecía bajo un protector sudario de material plástico.

Había una librería atestada de libros en rústica, y Manuel hubiera podido retirarse a su catre y leer; pero su capacidad de lectura se limitaba a las letras de molde de los embalajes de congelados, las etiquetas del instrumental náutico y los lugares que indicaban las cartas de navegación. Resuelto a mejorar su instrucción, había estado estudiando los textos que traían al pie las ilustraciones de revistas como *People*, *US*,

Playboy Penthouse y *Yachting*, desechadas por el pasaje, pero tenía la impresión de haber sacado ya de ellas cuanto pudieran ofrecerle.

Dickie y Nelson seguían pescando a popa. El chico pudo haberse preparado un aparejo y reunirse con ellos, y lo hubiera hecho, a poco que les respondiera la pesca. Porque las burlas que ambos hombres cambiaban crecían en proporción inversa al resultado de las capturas, y, en un día tan propicio como aquel, no iban a cesar. Sabía Manuel que, si se arrimaba a ellos, se convertiría en nuevo blanco de sus chanzas, y eso era algo que detestaba.

De manera que Manuel se lavó la ropa, la planchó, y, luego, volvió a ganarle el aburrimiento. Con unos calzoncillos por todo vestido, se dirigió hacia la popa.

El sol comenzaba a rozar, dilatado, los confines de poniente, y la luna, presente ya, era como una pálida raja de limón en el azul gris del cielo.

—Señor Dickie, ¿quiere que saque las fundas de las sillas y las demás cosas?

Dickie no respondió. Las yemas de los dedos aplicadas al hilo, trataba de determinar si los suaves tirones y las sacudidas que registraba eran el mordisqueo de un pequeño o la primera acometida de uno de gran tamaño. Haló del hilo a fin de hincar el anzuelo, fracasó en el intento y se serenó.

—No, déjalo. Tendrás tiempo de sobra, por la mañana. Pero, si estás tocándote los santísimos, podrías llenar la alacena de las bebidas.

—Sí, señor...

—Y, cuando hayas terminado, nos traes un ron.

—¿Puedo poner la radio?

—Puedes. Un poco de prédica no te vendrá mal. Te limpiará el magín de malos pensamientos.

Manuel regresó al saloncito, donde, en un armario situado bajo el televisor, se encontraba el equipo de radio: un aparato de banda única; el de banda de cuarenta canales, para uso civil; uno de VHF; y el normalizado, de AM-FM. A esa hora del día, la mayor parte de las bandas de recepción y transmisión eran una batahola de conversaciones entre pesqueros cubanos que comentaban las capturas del día, gente que, a bordo de buques de recreo, se comunicaba con los Estados (por intermedio de la Estación Marítima de Miami), y miembros de la flota de bajura que advertían de su fecha de regreso a sus esposas. Apenas conectar el receptor AM, Manuel percibió la voz anodina de El Portavoz del Salvador: un predicador de Indiana que grababa en South Bend programa religiosos cuyas cintas remitía por correo a la emisora evangélica de Cape Haïtien. La mayoría de las embarcaciones que surcaban las aguas comprendidas entre los 20 y 22° de latitud norte y los 70 y 73° de longitud oeste mantenían sus receptores sintonizados en la WJCS (Jesucristo Salvador), por ser aquella la única emisora que se captaban sin interferencias y emitía regularmente boletines meteorológicos referidos a aquella zona. Los partes del U. S. Weather

Bureau, de Miami, que eran de buen fiar respecto a Florida y las Bahamas, resultaban, en cambio, notoria y hasta peligrosamente malos en cuanto a la traicionera depresión oceánica comprendida entre Haití y la Isla de Acklins.

«... y ahora, camaradas de a bordo», salmodiaba el Portavoz del Salvador, «los invito a reunirse con nosotros aquí, en el Puerto del Buen Reposo. Porque sépanlo, camaradas de a bordo, no hay alma, de las que surcan el mar de la vida, que no esté lanzando al cielo su bengala de socorro. Más Cristo, si se lo permites, se situará a un lado tuyo ante el timón...»

Manuel enrolló un extremo de la alfombra del saloncito, levantó una trampilla y saltó al interior de la pequeña bodega. Allí, provisto de una linterna de pilas que pendía del mamparo, paseó su haz luminoso sobre las incontables cajas de alimentos enlatados, refrescos e insecticidas, las bolsas de malla que contenían patatas y cebollas, los paquetes de jamones embalados en papel, los botes de tocino canadiense y de pavo en conserva. Agachándose se internó en la exigua cala, en busca de un par de cajas de licor. Tres, a lo sumo, se dijo. Treinta y seis botellas alcanzarían de sobra a las necesidades de ocho pasajeros —cuatro de ellos mujeres, menos bebedoras— para una estancia de siete días. Sabía, además, que el pasaje no encargaba más bebida de la que planease gastar, pues, si bien el precio del crucero comprendía la pensión alimenticia, el consumo de alcohol se facturaba aparte, por botellas cuyos sobrantes quedaban a bordo. Así lo establecía el reglamento.

Avanzó todavía unos pasos enfocando la linterna hacia el compartimento de proa, que estaba abarrotado de cajas de licor. Para asegurarse, leyó y releyó las letras de trepán que mostraban sus costados: scotch, gin, tequila, Jack Daniel's, ron, Armagnac. Manuel repasó mentalmente los totales de personas, días y botellas. Ciento cuarenta y cuatro de éstas para ocho pasajeros durante siete días. Dos botellas y media por día y persona.

Arrodillado en la cubierta, la mirada fija en las cajas, Manuel sintió malestar. El viaje iba a ser malo. Habría quejas por todo. Cuando el pasaje bebía demasiado, nada le cuadraba: ni el tiempo ni las comodidades del barco ni la comida ni la cantidad y calidad de las capturas ni, sobre todo, sus compañeros de viaje. Dickie y Nelson, al igual que el capitán, eran insensibles a las patochadas. Su edad, experiencia y fogueo bastaban para parar los pies a sus clientes. Lo cual quería decir, como es natural, que los borrachos reservaban sus vitriólicas intemperancias para el indefenso joven de Manuel.

Descansando la linterna en el piso, rasgó el embalaje de la caja de whisky que más próxima tenía. El bar tenía capacidad para dos botellas de cada una de las distintas bebidas: lo suficiente, cuando menos, para la primera noche.

La pesca se animó con el ocaso.

—Jamás lo hubiera creído —dijo Nelson según halaba del hilo con ambas manos—. Si no tienen luz ahí abajo, ¿cómo saben, los maricones, que es la hora de cenar?

—Llevan dentro un reloj natural. Lo he leído —dijo Dickie doblando el cuerpo sobre la borda—. ¿Qué te parece el cabrón este, de ojos saltones?

Nelson echó mano del sedal y se hizo con la pieza: un *snapper* de opacos ojos, de tonalidades rosado-bermejas y unos tres kilos de peso. Arrastrado a la superficie, el aire había expandido su interior abultándole ojos y vientre. La lengua, hinchada, obturaba la palpitante cavidad de la boca.

—Soberbio —comentó Nelson.

—Y que lo digas. ¡Manuel!

No hubo respuesta. El muchacho seguía en la cala, al otro extremo de la embarcación. Desde el saloncito llegaban, acompañadas por un coro, las salmodias del Portavoz del Salvador: «...acaso te digas, camarada de a bordo: ‘Pero si a mí Jesús no puede amarme, pecador irredento como soy’. Pero esa es, precisamente, la razón de su amor, camarada de a bordo...».

—¡Manuel! —volvió a gritar Dickie encaminándose hacia la cámara—. ¡Maldita sea, chico...!

Entonces, vueltos los ojos hacia el otro extremo del saloncito, por sus ventanas delanteras distinguió un objeto que se acercaba, a la deriva, impulsado por la rápida marea creciente.

—¡Eh, Nelson! —exclamó al tiempo que señalaba el objeto—. ¿Qué crees que sea eso?

El otro se asomó a la borda. La media luz apenas le permitía distinguir lo que Dickie señalaba. Era, en todo caso, un cuerpo oscuro, compacto, de doce o quince pies de longitud, que flotaba, obviamente sin gobierno, en el sentido de las manecillas del reloj.

—Parece un tronco.

—Pues menudo tronco... ¡No te fastidia! Nos va a dar en toda la proa.

—Por la marcha que lleva, no será mucho el daño.

—Sí, pero la mierda de él nos va a rayar la pintura.

El objeto flotante fue a chocar justo contra la guarnición de la proa, se detuvo un momento y, luego, impulsado por la marea, avanzó perezosamente a lo largo del casco.

Abajo, Manuel percibió un sordo porrazo del lado de babor. Abierta ya la caja de Jack Daniel's, se colocó dos botellas bajo el brazo y, la linterna en la mano libre, dirigióse hacia la trampilla. Sin salir de la cala, alargando el brazo, depositó las botellas en el suelo del salón, indiferente a las exhortaciones del Portavoz del Salvador, que decía: «...escribenos al Puerto del Buen Descanso y, si nos envías un sobre franqueado y con tus señas, te prometemos la respuesta».

—¡Es una embarcación! —voceó Dickie.

—¡Quita allá...!

—Una especie de canoa. Fíjate.

—Nunca he visto una canoa así.

—Acércame un pico de cangrejo. El grande.

Nelson metió la mano bajo la regala, de donde sacó un garfio de cuatro pulgadas de boca unido a un mango metálico de unos dos metros de largo.

El objeto se aproximaba rápidamente ahora.

—Engánchalo —dijo Dickie—. Aguarda... un momento... un momento... ¡Ahora!

Nelson tendió el pico de cangrejo, dejó que gravitara y tiró con fuerza. El garfio se hincó en la madera.

El tronco era enorme, estaba ahuecado y terminaba, a uno y otro extremo, en punta. Impelido por la marea, empezaba a separarse del barco por su extremo opuesto.

—Pesa como el carajo —advirtió Nelson—. No podré sujetarlo mucho rato.

—Arrástralo hacia aquí —repuso Dickie según retiraba el pasador de la portezuela que, practicada en la popa, servía para subir a bordo las capturas de más peso.

De ahí saltó a una angosta plataforma situada en la misma línea de flotación y por encima de los tubos de escape.

Nelson condujo el tronco, que se balanceaba con la suavidad de una cuna, hacia la popa, a sotavento, lejos de la corriente.

—Hay algo dentro —dijo.

—Ya lo veo. Una lona, al parecer.

Nelson situó el tronco junto a la popa. Sujetándose en una de las cornamusas de aquel lado, Dickie alargó un pie y alzó la lona por su borde próximo. Vuelta palma arriba, como la de un mendicante, apareció una mano humana.

—¡Hostia divina! —exclamó Dickie al tiempo que retiraba bruscamente el pie e iba a sujetarse con ambas manos a la cornamusa.

Ni uno ni otro dijeron nada por un instante, atentos los dos a los latidos de su corazón. Fue Nelson quien finalmente rompió el silencio.

—¿Hay algo más que la mano? —preguntó.

—Ni lo sé ni me interesa.

—A lo mejor está vivo.

—¿Y qué podría hacer por aquí, si lo estuviera? Además, ¡huele que apesta!

—Si no miras, no saldremos de dudas.

—Hazlo tú.

—No puedo: estoy sujetando el garfio.

Dickie miró la mano ponderando. Alargó entonces el brazo, lo retiró, volvió a

alargarlo.

—Vamos, muchacho —farfulló—, a ver si eres buen chico y estás fiambre...

Asió la lona y la alzó por una punta. A sus ojos se ofrecieron una muñeca, ceñida por un tosco brazalete verde, de metal, y el principio de un antebrazo.

—Venga ya —le interpeló Nelson impaciente—, que no te va a morder.

—No alcanzo. Acércalo más.

—No se puede. Ya está pegado al codaste.

Dickie contuvo el aliento, se sujetó con la mano izquierda a la cornamusa y, adelantando el cuerpo, tendió la diestra, agarró la inanimada palma y tiró.

De improviso, la mano cobró vida. Sus uñas se clavaron en la muñeca de Dickie y un fuerte tirón lo arrancó del barco.

La lona se abultó y fue rechazada. Dickie fue a dar contra la canoa. Un relámpago gris hendió el aire y le golpeó a la altura de la clavícula izquierda. Como tronchada, víctima de la rabieta de un niño, la cabeza de Dickie cayó a un lado, sujeta apenas al tronco sólo por unos jirones de piel y tendón. La cercenada traquea expelió aire y borbotones de sangre. Nelson percibió un doble choque según cabeza y cuerpo caían al agua, cada uno por su lado.

El hombre había saltado a bordo antes de que Nelson pudiera desenganchar el garfio. Hizo por desprenderlo con frenéticos movimientos, pero estaba demasiado hincado. Lo soltó entonces y reculó.

Fascinado por el hacha, cuya hoja en media luna chorreaba sangre, Nelson no acertó a mirar al hombre que la blandía en alto. Las gotas que caían en la cubierta destellaban al sol poniente. El hacha giró en las manos de su agresor. Lo que Nelson tenía ahora delante era un punzón, una escarpia triangular, que se abalanzó hacia él. Nelson se hizo hacia atrás.

Apartando los ojos del punzón vio Nelson —detrás del hombre, allende la popa— la piragua, que se alejaba arrastrada por la corriente. Si pudiera lanzarse por la borda, alcanzarla a nado y alejarse remando... ¿Hacia dónde? A cualquier parte, adonde fuera...

Cuando el hombre se lanzaba sobre él, lo esquivó echándose a la izquierda. El punzón fue a clavarse en el mamparo. Sin darle tiempo para desprenderlo, Nelson corrió hacia la popa.

Pero la media luz no le permitió ver, hasta topar contra ellas de espinillas, las cajas de licor. En su intento de evitarlas, patinó sobre unas tripas de pescado y fue a dar de bruces en la cubierta. En un último, defensivo reflejo, se protegió la cabeza con las manos. Vanamente.

Manuel traía bajo el brazo las dos últimas botellas, que eran de Armagnac, de tres cuartos de litro. Tenía medio entumecidas las piernas, de tanto acuclillarse en la cala.

Deseoso de estirarlas antes de que se presentara el calambre, apresuróse hacia la popa. En la abierta trampilla las sombras de las botellas dispuestas en la cubierta superior habían sido engullidas por la de un hombre.

—Con estas dos termino, señor Dickie.

El Portavoz del Salvador se estaba despidiendo: «Y bien, camaradas de a bordo, suena, en el Puerto del Buen Reposo, la hora de plegar velas...»

Fue el hedor lo primero que percibió Manuel: la espesa fetidez de lo podrido. El chico había oído algo semejante en una ocasión, cuando, muerta y medio devorada por los perros, una cabra empezó a descomponerse en el campo de un vecino. Llegado a la escotilla, tendió las botellas, que nadie tomó, sin embargo.

El hedor le hacía lagrimear. Al alzar la mirada, vio los pies.

«... hasta mañana, cuando llevemos anclas, para singlar juntos los bajíos de la vida...»

Manuel se detuvo al pie de la escotilla, helado. Una gota de sangre cayó en la alfombra, frente a él. Una mano alcanzó el amplio cinto de cuero y retiró de él un arma totalmente desconocida para el muchacho. Un pulgar hizo retroceder el percutor y Manuel sintió el cuerpo recorrido por un escalofrío. Cerró los ojos y, todo en la fracción de un segundo, oyó un chasquido, luego un *psst* y, por último, un resonante *boom*.

Al caer de espaldas se dio de cabeza contra el borde de la escotilla. Según se desplomaba en la cala percibió ruido de vidrios rotos y olor de alcohol que se mezclaba con otro, de sulfuro. Sintió dolores en la cabeza y un espasmo en los intestinos.

Y todavía alcanzó a oír: «... y recuerden, camaradas de a bordo, que el viento sopla siempre a favor cuando Jesús es el patrón de la nave».

2

Una vez más, Blair Maynard llegaba tarde a la oficina, donde le esperaban a las diez. Pero se daba el caso de que había estado en pie hasta las dos y media de la madrugada terminando un artículo de los que escribía por cuenta propia para revistas de compañías de aviación. Esos encargos —críticas de cine o teatro, o entrevistas con alguna celebridad, que le reportaban 750 dólares por un texto de mil o mil quinientas palabras— solía despacharlos en unas pocas horas, fuera por la tarde o por la noche. Pero en aquella ocasión se había empleado a fondo, porque le interesaba el tema: el reciente descubrimiento submarino, al borde de una de las Bahamas, de lo que se hubiera dicho escalinatas y losas precolombinas. El análisis de los testimonios le había dejado insatisfecho: nadie parecía saber a ciencia cierta qué representaban esas piedras. Obra, probablemente, de la naturaleza, ella misma las había desgastado. Aunque la realidad podía ser otra. Y sondear el pasado en busca de los artífices de esa obra y sus posibles motivos había resultado una diversión.

De todas formas, aún sin el trabajo, Maynard hubiera encontrado alguna excusa para trasnochar lejos del apartamento que, desde la marcha de su esposa y su hijo, que habían arramblado con la mayor parte del mobiliario, los cuadros, las cortinas y las alfombras, era un lugar que prefería evitar. Amueblado, cuando lo estuvo, constituía una morada impersonal, pero habitable, poblada de cosas cúbicas. Mas ahora, vacío y descuidado, no era sino una celda salpicada —decidió Maynard— de cajas de camisas y escupitajos.

En los dos primeros meses posteriores a la marcha de su esposa no había pasado en casa más allá de diez noches. Lo remediaba visitando locales nocturnos donde solía encontrar chicas de vistosas piernas, a quienes se lamentaba de la multitud de recuerdos penosos que reunía su apartamento. Y, tras unos whiskies y algunas anécdotas inventadas a propósito de su oficio de periodista, las más de las veces la chica le invitaba a pasar con ella la noche.

A esas alturas, sin embargo, el ímpetu —nacido de la separación— que le impulsaba a recorrer las camas de todo el elemento femenino de Manhattan tocaba a su fin. Encarnar el prototipo del disipado que despierta junto a mujeres de cuyo nombre no guardaba memoria, excitadoras de sus fantasías, había resultado divertido durante una temporada. Pero el entusiasmo acabó perdiendo color con la repetición.

De haber estado dispuesto a llevarlas adelante, una o dos de esas relaciones femeninas hubieran podido dar sus frutos. Pero Maynard no estaba todavía en situación de comprometerse con nada ni con nadie. Por eso su vida, empezando por lo sexual, iba a la deriva. En ocasiones topaba contra otro barco como él sin rumbo, se unían brevemente y, luego, partía otro vez al garete.

Cruzando la Madison Avenue a la altura de la Calle Cincuenta y Cinco, y al alzar

la vista hacía lo alto del edificio de *Newsweek*, vio saltar de las 10:59 a las 11:00 los dígitos de reloj que lo coronaba. Ya en el interior de la sede de Today Publications, cambió unas agudezas con el guarda que vigilaba el funcionamiento del conjunto de ascensores y en uno de ellos se trasladó a la decimoctava planta, donde, tal como tenía previsto, pudo cortar el paso, antes de que se metiese en el ascensor de servicio, a la mujer que vendía emparedados procedentes del carrito de Schrafft's.

El despacho de Maynard era uno de los doce cubículos que daban a la Madison Avenue. De doce metros de superficie y color verdemar, contenía dos escritorios (uno para él y el otro para su ayudante), dos libreros, dos máquinas de escribir, dos teléfonos y un armario archivador. Por toda decoración, las paredes mostraban una docena de cubiertas del *Today*, testimonio de los reportajes de importancia que Maynard había producido en los diez años que llevaba en la editora.

Toda esa década la había pasado en el mismo despacho, pese a lo cual su nombre nunca había figurado en la puerta. Cuando era redactor de espectáculos, el rótulo que la distinguía rezaba: «Espectáculos». Luego fue «Deportes»; más tarde (y durante un breve período), «Ciencias»; después (y todavía más fugazmente), «Artes Visuales». En los últimos tres años, el texto de la placa había sido: «Tendencias». Cuando la puerta estaba cerrada —es decir cuando Maynard se dedicaba a negociar por teléfono algún encargo particular—, un ingenuo que por allí transitase hubiera pensado que detrás de ella se encontraba en febril actividad un Marshall McLuhan de la Madison Avenue, un próspero Tom Wolfe, o, cuando menos, un liberadísimo columnista que viviera los pálpitos de la sociedad pop. Es poco probable que el tal ingenuo imaginase al redactor de las «Tendencias» del *Today* conforme a su realidad personal: un tipo flaco y larguirucho, de treinta y cinco años de edad, que fumaba *Lucky Strike*, leía libros de historia, consideraba a Frank Sinatra el mejor creador de canciones que habían dado los últimos veinticinco años, había necesitado la amenaza de una condena de cárcel para desprenderse de la colección de armas que le legara su padre e ignoraba, y le tenía sin cuidado, lo que pudiera distinguir al Monkey Hustle del Pet Rock.

Uno de los pocos fenómenos sociales que sí interesaban a Maynard era Dena Gaines, su ayudante, una joven de veintiséis años que merecía ser calificada — cualesquiera fuesen los cánones generacionales empleados— de asombrosa. De pómulos prominentes, dotada de una fina nariz positiva y negros cabellos que por pocos centímetros no le alcanzaban el talle, todo en ella, piel, manos, ropa, melena, perfume, era de una limpieza inimaginable. Dena era gentil, modesta, pulida en el lenguaje, inteligente y trabajadora. Sentía, además, gran afición por Maynard, no en lo sexual (una vertiente de sus personalidades que ambos reprimían durante las horas de trabajo y a la que ninguno de los dos había propuesto dar rienda suelta concluida la jornada), sino en el sentido del afectuoso interés que le hubiera podido mostrar una

hermana.

Más nada de todo esto tenía que ver con la fascinación que la joven ejercía sobre Maynard. Lo que le subyugaba era el hecho de que Dena fuese la única mujer (es más: la única persona), de cuantas él conocía, que confesara su condición de sadomasoquista practicante y buscadora (aunque tímidamente) de prosélitos. Llevaba trabajando con él tan sólo dos semanas cuando le anunció, discreta pero abiertamente, que era devota del culto al dolor, y, a partir de ese momento, habíase ofrecido periódicamente a convencerle de que el sufrimiento intenso era la senda que conducía a la conciencia sensual y al conocimiento de sí. Si bien nunca había aceptado la oferta, Maynard no lograba, tampoco, agotar su curiosidad por los pormenores de la vida de Dena. Y luego justificaba lo más lúbrico de sus ensoñaciones diciéndose que investigar las zonas marginales de la moral americana formaba parte de su trabajo.

Al entrar en el despacho encontró a Dena cotejando el artículo que había compuesto él para la edición de la próxima semana, cuyos extremos subrayaba en rojo, una vez satisfecha de su autenticidad.

—Buenos días —la saludó camino de su escritorio. Ella alzó la mirada.

—¿Todo en orden?

—Claro. ¿Por qué no había de estarlo?

—Por nada, en particular. Es que me inquieto, cuando llega tan tarde. Siempre temo que le haya ocurrido algo malo.

—No se inquiete. Mis peores trances no van más allá de una caída desde la cama, cuando tengo una pesadilla.

Ella sonrió. Según tomaba un sorbo de café, Maynard advirtió que llevaba Dena un vestido sin escote y un pañuelo anudado al cuello.

—¿Qué se tapa con eso?

Dena se sonrojó.

—Nada.

—Vamos: ya sabe que mi única fuente de excitación es usted.

Tras una vacilación, Dena explicó:

—Son mordiscos.

—¿Chupetones, quiere decir? —replicó Maynard esforzándose por mostrar desencanto—. A todos nos dan alguno que otro, de vez en cuando.

Provocada, Dena se volvió hacia él y bajó el pañuelo.

—Mordiscos.

Maynard reparó en las inconfundibles marcas incisivas.

—¡Cristina santísima! —recluyó Maynard—. Eso debió hacerle un daño de todos los demonios.

—Digo —sonrió Dena al tiempo que se ajustaba el pañuelo y volvía a su trabajo.

Maynard se procuró del librero sendos ejemplares del *Daily News*, el *Wall Street*

Journal y el *Christian Science Monitor*, que colocó, desplegados, encima de la mesa. El *Times* lo había leído en casa, y ahora revisaba los titulares de los demás diarios, a la busca de temas de posible uso para «Tendencias». Convencer al redactor jefe del interés de un artículo siempre resultaba más sencillo si el asunto había sido tratado, siquiera lateralmente, en alguna otra publicación. Las ideas originales eran objeto de duda, un estado de cosas que Maynard calificaba de Paradoja de la Confirmación: si bien la revista le pagaba 40.000 dólares anuales por aportar ideas originales a su sección de «Tendencias», el criterio imperante era (y ahí empezaba la paradoja) que, si alguno de los temas propuestos por Maynard fuese verdaderamente digno de aparecer en un semanario, ya lo hubiera hecho en alguno de los que gozaban de mayores recursos y mejor servicio de noticias, o en la prensa diaria.

Un año atrás, y en ocasión de un viaje a Florida, Maynard había descubierto que una firma que organizaba giras turísticas para escafandristas aceptaba, en contra de todo lo preceptuado en el ramo, clientes por completo desprovistos de entrenamiento. Maynard propuso al redactor jefe un artículo, que aquel rechazó pese a la constatación de que dos personas habían pagado con la vida su inexperiencia y desconocimiento del escafandristismo. Contrario a enterrar el asunto, Maynard había transmitido el resultado de sus investigaciones a un colega del *Times*. Cuando el artículo apareció finalmente en el periódico, el redactor jefe de *Today* apremió a Maynard a rescatar el tema para la revista usando como punto de partida, por supuesto, el artículo publicado por el diario.

Maynard envió el *Daily News* a la papelería y se puso por delante la primera página del *Wall Street Journal*.

El *Journal*, por lo general, no resultaba de utilidad alguna como fuente de inspiración para «Tendencias». Los extensos artículos a que consagraba las columnas uno, cuatro y seis de su primera plana solían responder al espíritu de «Tendencias», pero estaban tratados con tal minuciosidad y riqueza de detalles, que no ofrecían a ningún semanario posibilidades de ampliación. Maynard admiraba esas colaboraciones y sentía envidia hacia sus autores, algunos de los cuales obtenían plazos de hasta un mes para llevarlas a término. Si el *Reader's Digest* sintetizaba determinados artículos del *Journal*, *Today* no podía pensar en intentar un plagio.

A punto ya de pasar al *Christian Science Monitor*, reparó Maynard en una breve gacetilla que cerraba la primera columna de la página frontal, titulada «El qué de las noticias».

«DESAPARECIDO», rezaba el encabezamiento. Y el texto era el siguiente: «En la isla tropical de Navidad se da cuenta del retraso de varias fechas tras el cual sigue sin atracar el *Marita*, un crucero de lujo dedicado a la pesca deportiva, que, matriculado en la Gran Bahama, debía recoger allí a su capitán y a un grupo de turistas el martes.

«Según datos de la Guardia Costera, un total de 610 embarcaciones de 20 o más

pies de eslora han desaparecido en los últimos tres años en las zonas del Caribe, las Bahamas y las costas del Golfo de México, con una pérdida de vidas humanas que se cifra, por lo menos, en las 2,000.»

Maynard releyó la gacetilla concentrándose en su segundo párrafo. ¿Cómo podían desaparecer 610 embarcaciones así, por las buenas?

Journal en mano, salió al pasillo y encaminóse hacia el despacho del fondo. La puerta estaba abierta y Leonard Hiller, el redactor jefe a cuyo cargo corrían diversas secciones de la revista, y entre ellas «Tendencias», dedicábase a librar una disputa telefónica.

Maynard se detuvo indeciso en el umbral, hasta que la secretaria de Hiller reparó en su presencia.

—Puede usted entrar —dijo—. Es sólo un ataque de los que suelen darle. Se le han cargado el artículo de Woody Allen.

—¿Y eso?

—Una guerra civil, me parece.

Según Maynard se acomodaba cabizbajo en el sillón que daba frente al escritorio, el redactor jefe alzó las cejas e hinchó los carrillos en testimonio de la frustración que le procuraban los por él apodados «analfabetos reaccionarios del piso diecisiete», sede de la dirección.

—¡Ya sé que no es divertido! —gritó Hiller al auricular—. ¡Ni se supone que lo sea! Ese hombre está haciendo una película seria. Y es un artista serio. Probablemente el único con que cuenta el cine americano de hoy. —Ahí observó una pausa, para escuchar—. Entonces ¿qué consideran ustedes noticia? El África del Sur lleva veinte años a punto de explotar, ¡y a nadie le importa un bledo!

Maynard dejó de escuchar: era una conocida rutina que no cesaba de repetirse, entre editores y redactores, a través de los tiempos. La temática cambiaba, pero la queja era siempre la misma: un artículo de fondo, que había costado varias semanas de trabajo a un escritor, un redactor, diversos investigadores y probablemente dos o tres jefes de sección, sucumbía víctima de una imprevista crisis nacional o internacional. Mientras el redactor consideraba superada la crisis, el artículo de fondo le parecía fuera de propósito al responsable de las cuestiones nacionales (o internacionales). Y la victoria era siempre para los defensores de la noticia propiamente dicha, por aquello —argumento irrefutable y terminante— de que: «Somos una revista de *informaciones*».

Aunque no era mucha su afición por él, Maynard sintió lástima por Hiller, quien, con tan sólo treinta y tres años de edad, había sido ascendido a redactor jefe —un callejón sin salida, para un escritor— con mando sobre personas a cuyo servicio había trabajado anteriormente, todas las cuales rechazaron el puesto antes de que se lo ofrecieran a él. El propio Maynard lo había hecho, y por dos veces, por preferir el

más sosegado ritmo de su puesto actual y la oportunidad que éste le brindaba de escribir ilimitadamente por cuenta propia. El de redactor jefe era un cargo de mucha responsabilidad y menguada autoridad en el que abundaban las críticas y escaseaban las lisonjas y uno se veía forzado a mimar los susceptibles egos de la docena de escritores que trabajaban a sus órdenes cuidando, al mismo tiempo, de aplacar la olímpica soberbia de los tres personajes a quienes debía cuentas.

Cuando, tras el reajuste de mandos, quedó sometido a Hiller, hizo Maynard por establecer un tipo de relación que no rebajase a ninguno de ambos. Pero, nada más instalarse en el despacho del fondo, Hiller había asumido el papel de jefe atribuyéndose conocimientos superiores en las distintas parcelas informativas de que era responsable. Por lo que a Maynard se refería, el hombre no tardó en convertirse en un auténtico sinapismo.

—Está bien, está bien —se plegó Hiller a su interlocutor telefónico, perdido, como le constaba a Maynard que así sería, el combate—. ¿De qué extensión lo quiere? —recorrió con un lapicero una cuartilla que tenía encima del escritorio—. Eso creo, aunque supondrá cargarse dos columnas de «Libros» y... «Deportes» no puedo cargármelo. Un segundo, por favor. —Ahí se encaró a Maynard—. ¿Hay algo en «Tendencias» que no pueda esperar hasta la semana que viene?

Maynard sacudió la cabeza:

—¿Ha ocurrido eso alguna vez?

—Suprimiré «Tendencias». Eso nos deja ocho columnas para Woody Allen. Sí... conforme.

Colgó el teléfono.

—Lo siento —le dijo a Maynard.

Éste se encogió de hombros.

—¿Qué es lo de Sudáfrica? —quiso saber.

—Otro motín, en Soweto. Jesús, esa gente se amotina cada quince días. Otro artículo apocalíptico sobre algo que quedará, como siempre, en agua de borrajas.

—¿Has visto esto? —dijo Maynard conforme le alcanzaba por sobre la mesa el *Journal*, cuya mención a propósito de los centenares de desaparecidas embarcaciones había marcado en lápiz rojo.

Hiller echó una ojeada a la gacetilla.

—¿Y bien?

—¿Cómo, y bien? Seiscientos diez barcos desaparecidos. ¿A dónde demonios han ido a parar?

—Será una errata.

—Lo dudo.

—Pues se hundirían. El mundo está lleno de idiotas que se compran embarcaciones que no saben gobernar y se las llevan a lugares que desconocen por

completo. Mi hermano es dueño de un Bertram descomunal que adquirió con el solo propósito de destruir puertos deportivos. Ni loco le dejaría que me llevase a ninguna parte.

—Dos mil personas han desaparecido.

—Cincuenta mil se matan en las autopistas todos los años. No veo lo que quieres decir.

—Quiero decir que el deporte náutico se ha convertido en un pasatiempo, o una industria, o lo que quiera llamarlo, de primera magnitud.

—Y también el *skateboard*.

—Sí, pero de los *skateboards* no desaparecen ningunas dos mil personas. Ahí ocurre algo y, sea lo que sea, pienso que podría sacarse en un artículo bomba para «Tendencias». ¿A dónde van a parar esas embarcaciones desaparecidas? ¿Qué riesgos presenta la navegación del Caribe? ¿Qué puede hacer uno...?

Hiller le interrumpió.

—Estaba pensando en la portada. ¿Ya has dado con alguna tía cachonda para la portada de la moda de otoño?

—¿En plan celebridad, quieres decir?

—Tenemos motivos para pensar que el *Newsweek* va a sacar a Diana de Furstenberg.

—¿Y?

—Que es un primor de señora y quiero que me encuentres algo igual de arreglado. Si un tío se planta ante un quiosco y tiene que elegir entre Diana de Furstenberg y una tarasca, ya podemos tirar toda la edición al water.

—Pues saca a Farrah Fawcett-Majors y la envolvéis en papel de celofán.

—Podrías colaborar un poco, Blair.

—Estoy tratando de interesarte en un artículo que puede ser importante, Leonard. ¿No andas achuchándome siempre con lo de encontrar temas sensacionales para los artículos?

—Sí, pero que sean divertidos. Problemas los hay ya, y de sobras, en las páginas delanteras de la revista.

—Este es un artículo con garra, que afecta a un montón de nuestros lectores. Un artículo que tiene emoción, que habla del Mar de las Antillas, que esconde un notición, en potencia, al menos, y que, al mismo tiempo, responde perfectamente al espíritu de «Tendencias».

—No se venden revistas hablando de barcos.

—¿Porque los barcos no tienen tetas?

—Mira, quítatelo de la cabeza. Es un artículo que iba a costar mucho tiempo y dinero y que debe de tener una explicación de lo más sencillo...

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo... ¡Qué sé yo! Es tu sección ¿no? ¿Ha publicado el *Times* algo sobre el asunto?

—Lo averiguaré —ofreció Maynard al notar menor resistencia por parte de Hiller—. Si el *Times* ha dicho algo al respecto, ¿podré ponerme manos a la obra?

—Consultas a nuestra oficina de Atlanta.

—Pero la Guardia Costera tiene base en Washington...

Pues entonces habla con nuestra oficina de Washington. Hiller empezaba a estar harto.

—Ya sabes que nuestros colegas de Washington no ceden artículos de fondo. Se creen el no va más del periodismo, plumas eminentes. —Maynard se puso en pie—. Echaré una ojeada a los recortes.

Pero no me olvides la portada de modas. Quiero una tía que sea dinamita pura. Una especie de Jacqueline Bisset metida en una camiseta mojada, sólo que con clase.

¿Qué te parecería Dena Gaines? —dijo Maynard ya en la puerta—. Toda envuelta en látigos...

De camino hacia su despacho, Maynard se pasó por la sección de archivos y pidió lo que hubiera bajo los títulos de «Embarcaciones» y «Deporte Náutico». Luego, reflexionando, sacó también los expedientes de «Personas desaparecidas» y «Desapariciones misteriosas».

Dena se había marchado ya para asistir a su clase de *aikido* del mediodía. Maynard arrancó el recado telefónico que le había dejado en la máquina de escribir, arrojó los expedientes sobre el escritorio y marcó el número del despacho de su esposa.

—Oficina de Devon Smith.

—Hola, Nancy. Blair Maynard al habla.

—¡Señor Maynard! ¡Qué agradable sorpresa! ¿Cómo le va?

Era la misma pregunta que la secretaria de Devon le hacía, siempre con idéntica solicitud, cuantas veces telefonara Maynard. Había un trasfondo de conmisericordia en ella, como si lo que en realidad le preguntase fuera: ¿Cómo puede sobrevivir sin esa portentosa mujer? ¿No está deshecho? ¡Qué pena, verdad, que ella haya crecido, y usted, no! Que le haya dejado atrás.

Maynard sentía invariablemente el impulso de explicarle que Devon no le había plantado más que de una manera técnica, geográfica. Su separación (que en noventa y tres días a contar de la fecha se convertiría en divorcio) había sido convenida sin lágrimas y en términos relativamente amigables. Tras doce años de matrimonio, ambos habían llegado a la conclusión de que marchaban en direcciones opuestas. En fin, la conclusión fue de ella; pero él se había mostrado de acuerdo.

Durante los primeros años de matrimonio habían compartido un objetivo común: el éxito profesional de él. Maynard, reportero de talento, ambicioso y tenaz, a la

sazón empleado por el *Tribune* de Washington, ganaba diez mil dólares anuales, vivía en un pisito de Georgetown, al mismo nivel de la calle, y disfrutaba en grande con las emociones y los imprevisibles sesgos que el periodismo de la capital ofrecía. No había allí artículo, por insignificante que fuera, que no ofreciese posibilidades. Una simple multa de tráfico podía resultar en un escándalo político de enormes dimensiones que desvelase, pongamos por ejemplo, la irregular vida amorosa y el alcoholismo del presidente de algún poderoso comité. Un recurso presentado por cualquier delincuente de modestos vuelos podía poner a un reportero diligente sobre la pista de algún importante caso de cohecho. (Por mucho que el Watergate perteneciese entonces a un lejano porvenir, tenía ya sus antecedentes.)

Fue la impaciencia lo que indujo a Maynard a dejar Washington. Analizar las posibilidades de su carrera en el *Tribune* le había hecho ver lo que, con suerte, podía esperar de ella: el encargo —pasados dos o tres años— de un reportaje sobre las escuelas suburbanas, y la posibilidad de convertirse —no antes de los treinta, sin embargo— en corresponsal del periódico en el Condado de Anne Arundel.

Today le había sacado del *Tribune* utilizando por señuelo un salario de quince mil dólares anuales y un puesto que le situaba al frente de una de las principales secciones de la revista, en cuya cabecera figuraba como jefe de departamento. Él y Devon eran cortejados por conspicuos personajes del mundo de las relaciones públicas, invitados a cócteles, cenas y proyecciones privadas: una auténtica borrachera para un hombre que acaba de cumplir los veinticinco. Ya no era preciso dar prueba de sus dotes de reportero (el trabajo de información de más de la mitad de sus artículos lo cubría personal de la redacción, cosa que a Maynard le parecía de perlas); ahora era un escritor; de literatura revistera, de acuerdo; pero un escritor que estaba aprendiendo a tratar sus temas con concisión y claridad y, por tanto, amenamente. Ambos —él y Devon— convinieron en que, tan pronto consiguiese perfeccionar su oficio, escribiría una novela o un guión cinematográfico. Una revista de informaciones era un formidable entrenamiento, pero no una carrera.

El cargo de redactor jefe le fue ofrecido por primera vez un día después de haber cumplido los treinta años. Devon le apremió a aceptarlo, porque representaba un ascenso, mayores ingresos y, sobre todo, un cambio. Redactar textos para la revista no suponía ya incentivo alguno: a esas alturas Maynard conseguía despachar toda su sección en un par de horas.

Surgió una discusión. Argumentaba él que, de aceptarlo, la mejora económica que el cargo conllevaba no compensaría lo que perdiese renunciando a escribir por su cuenta. Y equivaldría a desistir de la proyectada novela o guión cinematográfico. Cuánto mejor era permanecer en su actual puesto, que le reportaba unos honorarios decentes (por una semana laboral de dos días, de hecho), y ampliar su experiencia y relaciones —a través de los encargos que asumía por cuenta propia— al tiempo que

se impregnaba de ideas susceptibles de posterior utilización.

Aunque desencantada, Devon no dejó de apoyarle y darle ánimos, de estimar en su justo precio sus trabajos como independiente (los que más orgullo le procuraban a él) y de ayudarle en la maduración de posibles temas novelísticos. Jamás le acusó de replegarse en la comodidad de una existencia desahogada, y ni tan siquiera una vez apuntó que la dichosa novela, aquel proyecto de libertad y realización personal, era un sueño inalcanzable.

Su matrimonio, aunque ninguno de ambos lo supiese en su momento, había entrado en crisis cuatro años atrás. Justin, su hijo, acababa de ingresar en la escuela secundaria de AllenStevenson, lo cual lo mantenía fuera de casa, por primera vez, de ocho de la mañana a cuatro de la tarde. Devon se empleó entonces en una agencia de publicidad y, para increíble sorpresa suya, revelóse en principio muy competente, y luego extraordinaria, como agente de la propiedad intelectual. Más tarde, cuando su jefe y dos de sus colegas se separaron de la agencia para formar otra por cuenta propia, invitaron a Devon a seguirles. Un año más tarde se había convertido en jefe de la sección y asociada de la firma. Sus ingresos eran de cincuenta mil dólares anuales, complementados por primas que ascendían a otros veinticinco mil.

A ella le encantaba todo lo relativo a su trabajo: las largas jornadas, la caza de nuevos encargos, los viajes, el agasajar a los clientes, el reto que suponía convencer al público para que gastase su dinero no en los productos de la competencia, sino en los que ella representaba.

Mientras Maynard flotaba en un mundo obra de otros, en el que se defendía bien sin tener que defender nada ni decidir un propósito determinado, ella se había construido un mundo propio en el que vivía dichosa. A él la fama no le atraía, y la celebridad sólo le inspiraba desdén: era de los que creía en la predicción de Andy Warhol, de que no habría en América, en el año 2000, quien no fuese célebre durante veinte minutos. Acaso debida a la secreta insatisfacción que el presente le procuraba, su verdadera pasión era la Historia. En sus ensoñaciones se trasladaba a una época marcada por los descubrimientos (el siglo xv o los principios del xvi, por ejemplo), cuando la gente hacía cosas por el gusto de hacerlas, viajaba sólo para visitar lugares que nadie había pisado y vivía inmersa en lo que un libro referente a la zona de los primeros descubrimientos españoles había llamado «un sueño de irresponsabilidad, de correrías suicidas y, por sobre todas las demás cosas, de vagabundeo».

Lo que para él era sueño se convirtió para ella en pesadilla. Hasta que, por último, reconocieron enfrentarse a objetivos incompatibles. Ella renunció a cualquier aporte económico a título de alimentos aceptando, tan sólo, una simbólica pensión de quinientos dólares mensuales para los gastos de manutención de Justin.

—Muy bien, Nancy —respondió Maynard—. Me va muy bien. ¿Me ha telefonado Devon?

—Sí, señor. Está almorzando. Le va a saber a peras perderse su llamada.

—Seguro. ¿Qué quería?

Devon, sin duda, le habría dejado el encargo a Nancy. Primero porque debía de ser algo importante (nunca le importunaba sin motivos) y, secundamente, porque tenía poco que decirle que la secretaria no pudiera transmitir con toda eficiencia. Maynard tenía motivos para pensar que Devon seguía en su despacho en esos momentos, sólo que contraria a enzarzarse con él en una conversación ociosa. Sabía que para ella formaba parte de un pasado que, si no relegado al olvido, existía sólo en el fondo de un armario de donde no habría de salir —junto con las fotos de Justin cuando pequeño y sus anuarios escolares— más que a impulsos de la nostalgia.

—Deseaba saber si podría quedarse con Justin unos cuantos días. Ella tiene que ir a Dallas y...

Maynard la atajó:

—Desde luego. Encantado. ¿A partir de cuándo?

—De mañana. Será una semana.

—Okay. Dígale al chico que tome el autobús hasta la ciudad y que... —Se detuvo—. No: no lo haga. Como se me han cargado el «Tendencias» de esta semana, yo mismo lo recogeré en la escuela.

Después de colgar, Maynard abrió las carpetas que se había traído del archivo. La mayor parte de los recortes eran artículos de «Tendencias», referentes a las diversas etapas del deporte náutico en los Estados Unidos, que se remontaban hasta mediados de la década de los cincuenta. Trabajos acerca de exposiciones de yates, nuevas conquistas en el terreno de los cascos de ferrocemento, y barcas hinchables como alternativa a la crisis energética. Había, también, breves gacetillas relativas al hundimiento o desaparición de determinadas embarcaciones. Pero nada que corroborase las estadísticas del *Wall Street Journal*.

Entonces encontró una nota, incluida en un paquete de informes procedentes de la Guardia Costera, que le hubiese pasado por alto, de no haber caído el documento al suelo. Se trataba de un boletín en que la Guardia Costera recomendaba a los timoneles de yate adoptar precauciones especiales cuando navegasen en aguas del Golfo de México, el Caribe y las inmediaciones de las Bahamas. De mayor utilidad todavía le resultó la adjunta fotocopia de un despacho telegráfico, de unas 4,000 palabras, titulado: «Los Riesgos de Alta Mar: Alborea una Nueva Era de Peligros».

Maynard leyó dos veces el texto: primero al vuelo y, luego, concienzudamente, subrayando lo que le interesaba. En seguida se dirigió, pasillo adelante, al despacho de Hiller. La puerta estaba cerrada.

—Está adaptando textos —explicó la secretaria.

Maynard se dio por enterado mediante un movimiento de cabeza y abrió.

Inclinado ante el escritorio, Hiller se dedicaba a garrapatear correcciones al

margen y entre las líneas de un artículo. Enojado por la interrupción, alzó la vista; pero, viendo a Maynard, sonrió y dijo:

—Margaret Trudeau.

—¿Cómo?

Para el número de modas. ¡Es dinamita! Bien hecha y bien relacionada. Es la modelo por excelencia.

—Sí, bueno...

—Plantéatelo. Con eso me basta.

—Oye, he encontrado una referencia acerca de ese asunto de los yates. En los recortes. Es cierto que ha habido seiscientos diez desapariciones; más, incluso, teniendo en cuenta que el artículo data de hace un año. Nadie se lo explica. La Guardia Costera estima que cincuenta de esas embarcaciones pudieron irse a pique, y alrededor de una docena de ellas, les consta, fueron apandadas.

—¿Qué quieres decir, apandadas?

—Secuestradas. Robadas. Digamos que mamá y papá emprenden un crucero. Mientras bordean el litoral, pueden componérselas solos; pero, al llegar a Florida, y como quieren meterse en el Caribe, les hace falta quien les eche una mano. Durante un alto contratan tripulación, un par de fulanos, pongamos, que se ofrecen a trabajar de gratis a cambio del pasaje hasta una de las islas. Dos días después de haber zarpado de Florida, liquidan a papá y mamá, los echan por la borda y se apoderan del yate.

—¿Con qué fin?

—Uno de dos. O conducir el barco a un puerto norteamericano, ya sea para venderlo falsificando un título de propiedad, ya sea para pasárselo a alguien que modifique números y documentación y lo revenda, lo cual, aunque no saquen más que una quinta parte de su valor, les reportará un mínimo de quince mil pavos, o, segunda posibilidad, desviarlo hacia el sur, donde lo utilizarán en el contrabando de drogas procedentes de Colombia. A esos tipos les llaman saltamontes. Uno viejo, destartalado y de matrícula colombiana no podría ganar ningún puerto de la costa Este sin que lo registren. Nadie, en cambio, detendrá a un yate flamante, de matrícula estadounidense, que regresa a su puerto de origen. Después de efectuada la entrega, los fulanos se llevan el yate mar adentro, lo echan a pique, vuelven a tierra en una chalupa y se quedan a la espera de otro primo.

—La cuestión drogas me aburre mortalmente.

—No se trata de drogas —acicateó Maynard—. Eso explicaría la desaparición de una docena de yates. ¡Cien, si quieres! Súmalos a los otros cincuenta que se hundieron fortuitamente y todavía nos quedan cuatrocientos cincuenta desaparecidos así, sin más. ¡Esfumados!

—Está el Triángulo de las Bermudas —arguyó Hiller—. O caerían en poder de

Pie Grande.

—Leonard... —Maynard silenció la blasfemia que iba a proferir— ...ese asunto, sea lo que sea, ha dado al traste con la etiqueta marinera. Nadie acude ya a socorrer a una embarcación en peligro, porque hay miedo al abordaje y a que te hagan cualquier atrocidad. Un yate que pilotaban dos adolescentes se hundió a la vista de tres barcas de pesca, en julio pasado, porque nadie quiso acercarse.

—Está bien. ¿Y cuál es la respuesta, según tú?

—Lo ignoro. Lo único que te pido es que me dejes investigar un poco.

—Ya te lo dije antes: cursa una petición.

—Eso no arregla nada.

Hiller no replicó. Fija la mirada en Maynard, retrepóse en su asiento y formó una pirámide uniendo las yemas de los dedos al tiempo que con los dientes conseguía un ruido de succión.

«Trata de parecerse a Clarence Darrow», se dijo Maynard.

Siempre en silencio, Hiller se puso en pie, atravesó el despacho y cerró la puerta. Al regresar ante el escritorio, su expresión era sombría.

—La ocasión, me parece, es tan buena como cualquier otra —dijo conforme se sentaba de nuevo.

—¿Para qué?

—¿No crees llegada la hora de ajustarte?

—¿Qué quieres decir?

—Hacer las paces contigo mismo.

—¿En relación con qué?

—Con lo que haces aquí.

—Me gano mi sueldo.

—¿A cambio de qué?

—De realizar una labor.

—Convenido —declaró Hiller—. Pero ahí para la cosa.

—¿Qué más quieres?

—Quiero que me des algo especial: un entusiasmo, una entrega.

—¿Pretendes que me entusiasme con la moda de otoño? ¿Que me entregue al tenis de televisión, a las máquinas del millón?

—Escucha, Blair... —observó una pausa—. Dios mío, esto puede sonar a paternalismo; pero escúchame de todas formas. A todos nos llega el momento de encarnarnos con nosotros mismos, de decirnos: «Esto es para lo que yo sirvo y lo que voy a hacer. No llegaré a presidente de los Estados Unidos ni me darán el Premio Pulitzer, pero me convertiré en el mejor articulista de cuantos escriben para los semanarios.» O lo que sea.

—Pues yo sigo buscando ese «lo que sea».

—Lo has encontrado ya, y tú lo sabes, pero no quieres admitirlo. Lo sabías ya, en tu interior, cuando rechazaste este cargo —Hiller dio unas palmadas al escritorio—. Tú eres articulista de semanarios informativos. Sirves para eso y para nada más. Es posible que dentro de diez años ganes un concurso de talentos y te conviertas en astro del cine; pero...

—Lo que quieres decir es que soy mediocre —le interrumpió Maynard—. Que lo soy y que he de resignarme a ello.

—¡No! Lo que quiero decir es que has descubierto algo en lo cual sobresales y que habrías de valorar eso en su justo precio. No estires más el brazo que la manga, porque lo echarás todo a rodar.

—Hasta mi programa dental, probablemente —dijo Maynard según se ponía en pie—. Me voy a Washington.

—¿Qué piensas encontrar allí?

A un tipo de la Guardia Costera, que investigó ese asunto de las desapariciones antes de que le dieran el bote y lo pusieran al frente de no sé cuántos faros, acusado de alarmista. Quiero hablar con él.

—Tú has sido el que mencionó lo de los periodistas que se creen el no va más, plumas eminentes. ¿Qué tendremos que pensar de ti?

—Tenemos un fin de semana por delante y puedo hacer con él lo que se me antoje.

—De acuerdo. Pero piensa en lo que te he dicho, ¿quieres?

—¿En lo de rendirme a la evidencia de que soy un fracasado?

—Blair, ¡por el amor de Dios...!

Maynard se encaminó hacia la puerta.

—Es posible que sea un fracasado, Leonard —dijo—. Pero, puestos a fracasar, prefiero hacerlo ruidosamente.

3

Se habían hecho a la mar al mismo tiempo y navegaban en equipo, no sólo por ofrecerse compañía, sino también mutua protección.

Socios de una misma gestoría contable, con sede en Montclair, Estado de Nueva Jersey, uno era experto en cuestiones fiscales y el otro, censor de cuentas. Compañeros de habitación cuando estudiantes en la Universidad de Wharton, habían obtenido su formación de peritos mercantiles en la misma empresa y ahora llevaban veinticinco años trabajando juntos en otra. Los yates los habían hecho construir por el mismo armador y conceptualmente idénticos: un mástil único, dotado de una gavia y un foque; dos cómodas literas alojadas en el centro de la embarcación, y otras dos, éstas en un exiguo espacio, del lado de proa; a popa, un rectángulo abrigado, con asientos; un motor auxiliar, sencillo y fiable, y un equipo de comunicaciones múltiples. La única diferencia entre el *Penzance* de Burt Lazlo y el *Pinafore* de Walter Burguis estaba en la altura de techo de los interiores, ello debido a que la estatura de Bella, la esposa de Lazlo, superaba el metro ochenta, mientras que ni Ellen ni Walter Burguis alcanzaban el metro setenta y cinco.

Ambas parejas venían navegando juntas, durante las vacaciones, desde 1965. Todos los años dedicaban semanas a estudiar los equipamientos de los puertos deportivos —dónde podía uno abastecerse de agua, hielo y combustible, cuáles ofrecían duchas abiertas al público y buenos restaurantes cercanos —y a planear excursiones a puntos históricos del litora y sus inmediaciones. Esforzábanse en no dejar nada al azar.

El de este año era el más ambicioso de sus cruceros: desde Miami a Haití, con escalas en las distintas islas del archipiélago de las Bahamas. Como precaución suplementaria, ambos yates transportaban —escondidos en la alacena de las provisiones antes de pasar la revisión aduanera en las Bahamas, los cañones abiertos como para cargarlos —los fusiles calibre 12 y cincuenta cartuchos del número 4.

Por dos veces —una en Eleuthera y, posteriormente, el Crooked Island— habían sido abordados por ratas de muelle: americanos jóvenes y encantadores en exceso que mendigaba pasajes hacia el sur (cualquier punto del sur) a cambio de encargarse de las faenas de a bordo. Al tanto de las recomendaciones de la Guardia Costera, los Lazlo y los Burguis habían rechazado el ofrecimiento.

Durante todo el día el viento había soplado del este con una fuerza invariable de diez nudos, y nada —ni la radio ni el cielo ni la propia brisa— hacía pensar en cambios súbitos. Así pues, los tripulantes de *Penzance* y el *Pinafore* costeaban a moderado paso, rumbo al sudeste, el lado occidental de una isla de escaso relieve, a la busca de un fondeadero situado sotavento.

Si bien la isla no figuraba en las cartas del Servicio Oceanográfico, los

navegantes estaban de antiguo acostumbrados a semejantes omisiones, que ya no les inquietaban. Todo estaba equivocado en la cartografía de aquella parte del mundo, abundante en bajíos donde no había ninguno señalado, profundo canales que separaban islas teóricamente unidas, faros que no eran sino montones de escombros, y «arrecifes sumergidos que resultaban ser auténticas extensiones de tierra, mientras que otras, con nombre propio, no pasaban de crestas rocosa donde espumeaban las olas. La navegación se regía allí por el principio fundamental de: «Lo que hay es lo que ves», circunstancia por la cual los Lazlo y los Burguis jamás viajaban de noche.

A cosa de cien metros por delante del *Pinafore*, Lazlo se encontraba al timón escudriñando la accidentada costa. La isla, de unos ochocientos metros de largo, era un conjunto de farallones de diez pies de altura coronados de malezas, zarzales y pitas. Estas últimas, advirtió Lazlo sin prestar demasiada atención, habían sido podadas y ahora rebrotaban. En algún tiempo debieron ser objeto de cultivo, para obtener cuerda de sus fibras. Ahora, sin embargo, y aunque Lazlo no alcanzaba a ver el interior de la isla (supuesto que lo tuviese), era evidente que nadie cuidaba aquello. No había vida allí. Nada podía vivir allí, excepto los pájaros. Y los insectos.

—Mejor será que saques el 612, querida —dijo Lazlo—. Muchos me temo que ésta será una noche de mosquitos.

—No me digas que vamos a desembarcar en este sitio —replicó Bella señalando la isla.

—No, pero el agua es demasiado profunda para anclar lejos de la costa. Habrá que fondear a menos de cincuenta metros. Y ya sabes el radar que tienen esos malditos.

Habiendo descubierto, al frente, un punto donde los farallones se interrumpían, Lazlo alcanzó el micrófono que pendía del mamparo.

—Hay una ensenada ahí delante, Walter... —dijo—. Pongo proa hacia allí.

—De acuerdo —sonó en el amplificador la voz de Burguis—. Yo aquí no echo ancla, desde luego. No la recuperaría.

Según se aproximaba a ella, Lazlo advirtió que la caleta era, en realidad, un pequeño puerto natural de acaso cien metros de boca y doscientos de profundidad. En su extremo opuesto, oxidados raíles de hierro que llegaban hasta la orilla se perdían en la maleza.

—Para las vagonetas en que acarreaban la pita, me imagino —explicó hazlo antes de que Bella formulase la pregunta—. Seguro que fondeaban aquí los cargueros.

Mientras Burguis aguardaba en la desembocadura del abra, Lazlo, sirviéndose del motor auxiliar, maniobró de forma que el yate quedase cuanto más próximo al centro del fondeadero.

Ahora, con la marea creciente, la popa de la nave miraría a tierra; pero dentro de unas horas, conforme cediese el aguaje su posición se invertiría —con lo cual

necesitarían las embarcaciones abundante espacio para evolucionar— y a la mañana siguiente se encontrarían de espaldas al mar.

En cuanto quedó el yate al abrigo del viento, los mosquito —de una minúscula especie negra llamada «jejenes invisibles» cuya picadura, al principio ni irritante ni perceptible, causaba luego ronchas dolorosísimas —iniciaron su ataque kamikaze, Lazlo se quitó las gafas de sol y reloj de pulsera (uno de los ingredientes del insecticida corroía las lentes de material plástico, que, volviéndose primero opacas, acababan por desintegrarse, pasadas algunas semanas) y dejó que su esposa le rociase con 612 desde la raya del pelo hasta las plantas de los pies.

El *Pinafore* fondeó a popa del *Penzance*. Los Lazlo botaron la Zodiac neumática que llevaban, sujeta con correas, en la popa, saltaron a su interior, dejáronse arrastrar por la corriente hasta alcanzar el *Pinafore* y subieron a bordo. Mientras Burguis preparaba combinados de Martini, Ellen y Bella organizaron un fuego de carbón en la asadora portátil, para cuya fijación disponía el *Pinafore* de unas ranuras en su popa.

Conforme, la mirada puesta en el sol poniente, daban cuenta de los emparedados de filete y los guisantes de una lata, el mar, a espaldas del yate, se animó de peces saltarines que atendían a su nutrición.

—*Jacks* —anunció Burguis.

—¿De veras? —dijo Lazlo—. ¿Cómo los conoces?

—No los conoce —explicó Ellen Burguis—. Él llama *jacks* a todos, salvo a los que le pican cuando está nadando; éstos son tiburones.

—Te equivocas, Ellen —protestó Burguis—. No negaré que siento un cierto... respeto, digamos, por esos antropófagos; o un temor morboso, si insistes. Pero es cierto que los *jacks* mueven de una forma especial sus aletas caudales, un poco a la manera de nuestras caballas, cuando se alimentan. Observarás —sonrió— que los pedantes no dejamos de saber, a veces, lo que nos decimos.

Despachada su cena, Lazlo lavó su plato en el agua próxima a la popa.

Les deseo un amenísimo simposio ictiológico —dijo—. En cuanto a nosotros, es hora de irnos a la piltra. Mañana nos aguarda una buena travesía. ¿Quién quiere la primera guardia?

—La haré yo —ofreció Burguis—. No estoy cansado. Que Ellen tome la segunda y Bella la tercera. Eso te dejará de cinco a seis buenas horas de sueño.

—¿Aquí vamos a montar la guardia? —protestó Bella Lazlo—. No hay temporal ni tampoco lo han anunciado, y el tráfico no es precisamente nutrido.

—Convinimos unas reglas —repuso su marido— y hay que observarlas.

—Pero, ¿qué puede ocurrir?

—Un cambio del viento, una ola gigante, mil cosas.

—Sin excluir a los pescadores clandestinos —precisó Burguis—. La guía dice que los hay en esta zona, procedentes de Haití y de Cuba, en todas las épocas del año.

Quizá no te lo creas, pero son bien capaces de subir a bordo y dejarte en cueros mientras duermes.

—No llevamos nada que pueda interesarles.

—Eso es una conjetura. Hay motivos para pensar que sean adictos del 612, capaces de matar por una rociada.

—Es cuestión de simple disciplina marinera —argumentó Lazlo—. Siempre, aun fondeados en un puerto, montamos guardia, y eso no impide que nos levantemos sanos y lozanos. No hay motivo para interrumpir la rutina.

Y, dicho eso, haló de la Zodiak, saltó a su interior y la mantuvo arrimada al *Pinafore* a la espera de Bella.

Según regresaban al *Penzance* recuperando el cabo que a él les unía, Burguis voceó:

—Son las ocho y media. Ellen tomará la guardia a las diez treinta y te despertará a ti, Bella, a las doce y media.

Bella se dio por enterada agitando la mano.

Burguis invirtió la asadora fuera de la borda. Al caer la brasas al agua, un tropel de *jacks* se arrojó sobre ellas, dio algunas vueltas y, habiendo comprobado que no eran comestibles, desaparecieron velozmente en dirección al crepúsculo. Burguis, que había bajado al camarote, volvió con la Remington y le cargó tres cartuchos.

—¿De veras crees eso necesario? —preguntó Ellen, dedicada a enjugar platos.

—Puestos a montar guardia, hay que hacerlo en toda regla. ¿De qué nos sirve, si no, el fusil?

Exento el cielo de nubes que refractasen la luz, la oscuridad, llegó apenas desaparecer el sol tras el horizonte. Ellen Burguis consultó su reloj.

—Bueno...

—¿Por qué no lo intentas? —dijo su marido—. Mejo dormir un poco que nada.

—Está bien.

Bajó al camarote y echó la cortina que cerraba la puerta.

Burguis se había traído un maletín lleno de libros. Durant el resto del año, y sin tiempo para leer más que los diarios las revistas profesionales, acumulaba lectura para sus vacaciones. Los libros eran, todos, ediciones en rústica de poco volumen y desechables. Le gustaba, si después de veinte o treinta páginas le parecían tediosas, poder arrojar al mar las novelas. «Polución literaria», murmuraba contento viendo flotar el empapado volumen en la estela del *Pinafore*.

Sentado a popa, el fusil al alcance de la mano y auxiliado por una linterna de bolsillo, acometió *Los Dragones del Edén*.

La noche era toda sonidos: en tierra, gritos y arrullos de pájaros; en el agua, el bullir y chapuzar de su fauna; y a bordo, la metálica respiración de Ellen, producto de unas fosa nasales congestionadas, que le llegaba desde el camarote.

A su espalda, a corta distancia del yate, oyó Burguis un borboteo que, sin ser ruidoso, excedía el que pudiera producir el chapuzón de un pez. Al volver la linterna, intrigado, del otro lado de la borda, distinguió ondas concéntricas que se el sanchaban, cual si algo hubiese sido arrojado al agua. Sin duda un pez que, tras un salto excesivo, había golpeado en la plancha. Burguis centró de nuevo su atención en el análisis que Carl Sagan hacía del complejo-R como función de la mente.

Súbitamente la popa se balanceó como si se hundiera un poco, unos centímetros nada más. Burguis se dio vuelta; pero, antes de que las pupilas alcanzaran a adaptarse a la oscuridad, un alambre le había rodeado el cuello cercenando, aplicado en forma de garrote, todo lo que no fuera hueso.

En sus últimos segundos, conforme halaban de él y lo arrojaban por la borda, Burguis no sintió dolor alguno. Sólo perplejidad, unida a la impresión de que algo había fallado. Y luego, nada.

Chorreando agua, atento el oído, el hombre se detuvo, en pie, en la concavidad rectangular de la popa. Como percibiera los ronquidos, descorrió la cortina que cerraba la entrada del camarote.

Tendida boca arriba en la litera, cubierta por una sábana, Ellen Curtis no había interrumpido su profunda respiración nasal. Le cayó en la cara una gota de agua que se le deslizó nariz adentro. La durmiente se agitó.

—¿Ya? —dijo según resoplaba para despejarse la nariz.

Sintió entonces el escozor del agua salada, y un hedor espantoso, como de un animal que se descompusiera en la sentina. Una figura interpuesta entre su litera y la puerta tapaba la luz de las estrellas.

—¿Walter?

—¿Quiere rezar algo, señora?

—¿Eres tú, Walter?

Hizo por incorporarse, pero el pulpejo de una mano le forzó a reclinar la cabeza en la almohada. Una sombra hirió el aire. La silueta giró sobre sí misma. Ellen alargó el brazo hacia ella. Intentó hablar. Y sólo entonces se dio cuenta de que la habían degollado.

De regreso a la popa, el hombre tomó el rifle y lo examinó dándole vueltas y, luego, apuntando hacia el cielo. El cargador le resultaba desconocido. Lo manipuló, tiró de él y dio un repengue cuando, liberado, uno de los cartuchos saltó de la recámara y cayó al agua. Escudriñó entonces el interior del arma y, habiendo contado los cartuchos restantes, acerrojó el cargador.

Fusil en alto, el hombre se deslizó al otro lado de la popa y alejóse, con silenciosos golpes de remo, cruzando con movimientos de tijera sus piernas de empapado cuero, hacia la popa del *Penzance*.

Momentos más tarde, dos disparos resonaban, amplificados por el agua, a través

de los farallones.

—¡Ay, ay, ay! —Justin apartó la mirada de la revista que estaba leyendo, el último número de *The American Rifleman*, y agregó—: ¡Mamá me mata!

Maynard, que ocupaba el asiento vecino, el del pasillo, cerró la carpeta que contenía todos los recortes del *Today*.

—¿Pues qué has hecho?

—Me he olvidado de la clase de piano.

—¿Para cuándo era?

—Para mediodía. Las tomo todos los sábados.

Maynard consultó su reloj.

—Son las nueve y media, nada más. Llamaremos a la señorita desde el aeropuerto. No pondrá inconvenientes.

—Es un señor. Mr. Yanovsky. Y no acepta excusas.

—Las mías, sí. Le diré que es un caso crítico de manchas solares. Usé ya ese subterfugio estando en el *Tribune*, por causa de una resaca de padre y muy señor mío.

—La evocación hizo sonreír a Maynard—. Y surtió efecto: el editor pensó que se trataba de cáncer.

—Eso no evitará que le cobre la clase a mamá —arguyó Justin pese a todo.

—La pagaré yo. ¿Trato hecho?

—No sé qué decirte —Justin se había ruborizado—. Mamá asegura que das cheques sin fondos.

—Conque eso dice, ¿eh? Un miserable cheque en descubierto no autoriza a tanto. Yo pagaré tu lección de piano y el cheque será bueno. ¿Esta bien?

—Bueno.

—Bien. —Maynard frunció el ceño—. Tu madre no debería decirte esas cosas.

—Ella asegura que un mal ejemplo es el mejor sermón.

Maynard rió sonoramente.

Para empezar, la frase es otra: «Un *buen* ejemplo es el mejor sermón.» Lo dijo Benjamin Franklin.

—Ya lo sé. Pero no iba bien.

—¿Con qué no iba bien?

—Con lo que ella quería decir.

—«¡Oh, que también esto, que los mismos cabellos, de entera solidez, se vayan y descompongan tajea abajo!» —rió Maynard nuevamente.

—¿Qué es eso?

—De *Hamlet*. El famoso discurso de la depilación.

—¿Qué es *Hamlet*?

—Una obra teatral. No tardarás en conocerla.

Justin volvió al *The American Rifleman*.

—Eh, ¿no teníamos nosotros uno como éste? —y señaló una foto de un revólver Colt Frontier.

—Ajá. Una verdadera pieza de museo: un .32-.20. ¿Recuerdas cómo brillaba la funda? Y eso que el cuero tenía un siglo...

—Aquí dicen que los Colts de un solo disparo no ofrecían precisión. La culata era demasiado pequeña.

—Con que acertasen a seis metros, les bastaba. Entonces sólo se disparaba a bocajarro.

—¿Y qué me dices de los combates a pistola? Cuando se acorralaban unos a otros...

—De éstos, estoy seguro, no se producían ni diez en diez años. Cuando salían a relucir los revólveres, se disparaban como viniese a mano: por la espalda, por debajo de una mesa, por detrás de una puerta.

—Pero eso no es juego limpio.

—Ni nadie pretendía que lo fuese. La cosa era terminar cuanto antes y escapar sin quebranto. —Maynard hizo una pausa y se encaró a su hijo—. Ninguna pelea tiene sentido, Justin. Si uno se ve abocado a una pelea, lo mejor que puede hacer es concluirla. Lo del «juego limpio» es asunto del contrario.

Se encendió la señal luminosa que pedía el uso de los cinturones y la azafata anunció por el interfono que el avión tomaría tierra en el Aeropuerto Nacional en breves minutos.

Hasta el año anterior, cuando los padres de Maynard se trasladaron a Arizona, Maynard y Justin habían pasado muchos finales de semana cazando en la pequeña finca que el abuelo, llamado Gramps, poseía en Pensilvania. Campeón de tiro cuando la Segunda Guerra Mundial, y probador de armas para el Pentágono durante la de Corea, Gramps tenía en su casa de campo, una construcción de piedra que databa del siglo dieciocho, toda una colección de efectos militares, desde un mosquetón de los tiempos de Jacobo I hasta un rifle Ferguson de percusión por pedernal utilizado en la batalla de Kings Mountain, durante la Revolución, hasta un curioso ejemplar (el favorito de Justin) de «lanzapiedras» proteiforme, con cuya ayuda un soldado contemporáneo hubiera rendido como un batallón. Estuvieron aquellos finales de semana llenos de calor, intimidad, amenidades y emociones.

—También a mí me gustaría —repuso Maynard—. Algún día lo haremos.

—¿Cuándo? —Justin le miró pidiendo una promesa. Maynard no podía hacerla.

—No lo sé. —Y, viendo que el chico apartaba la vista desencantado, agregó—: Oye, ¿recuerdas el día del tiro al pichón? Lo hiciste muy bien.

—Si sólo acerté tres...

—De acuerdo, pero...

Había sido una estupidez sacarlo a colación. Maynard ya no recordaba que, de tan larga como era la culata del rifle, el chico hubo de sujetarlo bajo el brazo, en lugar de apoyárselo en el hombro.

—Yo tampoco pasé de tres, al primer intento.

—Sí, pero la segunda vez fueron diecinueve —arguyó Justin.

El aparato descendió sensiblemente, perdió velocidad y brincó al ser accionados los alerones.

¿Ya has decidido qué museo quieres ver?

—El nuevo. Aeroespacial, creo que le llaman. ¿No dijiste que tenías para dos horas?

—Poco más o menos. Pero no te inquietes si me retraso un poco. Y, por amor de Dios, no vayas a salir del edificio.

—¡Papá...! —exclamó Justin en un tono que denotaba ofensa y censura: su buen sentido y madurez habían sido puestos en entredicho injustamente.

—Lo siento.

—Lo que sigo sin entender es por qué no has hablado con ese tipo por teléfono.

—El teléfono no es una buena forma de conocer a la gente, de caerles simpático o merecer su confianza. Y es preciso que ese hombre confíe en mí.

—¿Por qué?

—Porque pretendo que me diga cosas que le han ordenado callar. Pienso que hablé ya una vez, tiempo atrás, y eso le hundió profesionalmente.

—Entonces cerrará el pico.

—Es posible, pero yo confío en lo contrario. Confío en que esté enojado.

En el aeropuerto tomaron un taxi. Maynard dejó a Justin en el Museo Aeroespacial Smithsoniano —no sin antes haberle provisto del número de teléfono de la redacción del *Today* en Washington, «por si se declara un incendio en el edificio, o algo parecido»—, y luego dio al taxista unas señas de la parte alta de la ciudad, cerca de la Catedral.

Conforme el auto avanzaba por la Rock Creek Parkway, Maynard repasó las preguntas que pensaba formular a Michael Florio, el miembro de la Guardia Costera que había sido trasladado por cuestionar las desapariciones de yates. Durante la conversación telefónica, Florio había mostrado recelo. Por lo pronto se había negado a hablar con Maynard como no fuera llamando él a la centralita del *Today*: una anticuada, pero por lo general efectiva, manera de asegurarse de que el autor de la llamada es quien pretende ser o, por lo menos, trabaja donde dice hacerlo. Y a continuación recitó a Maynard la conocida letanía burocrática de que: «no conocía a ciencia cierta la razón de su traslado; los traslados son una cosa de todos los días, y él se había limitado a obedecer».

La reacción no sorprendió a Maynard. A pocos años, como se encontraba, del retiro, ¿por qué iba Florio a comprometer su pensión haciendo que un semanario mencionase su nombre?

El taxi giró en la Connecticut Avenue, acometió la pendiente de la Calle Treinta y Cuatro y, habiendo penetrado en un barrio tranquilo, abundante de árboles, de viejas casas ni muy grandes ni de mucho precio, el conductor se detuvo ante una, estucada en gris y provista de un porche delantero algo destartado.

Michael Florio era un hombre de acaso cuarenta y cinco años, de esbelta cintura y condiciones físicas de manifiesta aptitud. Llevaba muy corto el cabello, una camiseta de manga corta y una fina pátina de polvo blanco en la cara. En torno a los ojos tenía marcas como de gafas de las que se utilizan para soldar.

—Pase. —Florio le mostró el pasillo y cerró la puerta—. ¿Le apetece una cerveza?

—Gracias.

El dueño de la casa volvió sobre sus pasos y entró en la cocina. Maynard dedujo que vivía solo, puesto que la dependencia había sido convertida en taller. Una mesa circular, con un tornillo de banco aplicado a su borde, aparecía cubierta de brocas, cinceles, diminutos martillos y pedazos de marfil y de hueso. Los estantes tenían una profusión de tallas: ballenas, tiburones, peces, pájaros y barcos.

—Bonita colección —comentó Maynard.

—Lo que usted diga. —Sacó del frigorífico dos latas de cerveza—. Hay que buscarse alguna ocupación para cuando llegue el retiro. No es cosa de pasarse veinte años sentado en el porche mirando como se pone el sol. —Según entregaba la cerveza a Maynard, agregó—: No concedo entrevistas.

—Ya lo supuse.

—Lo que le diga... en caso de que le diga algo... será extraoficial.

—Perfectamente.

—¿De veras? —Florio se mostró sorprendido.

Maynard dio un sorbo a la cerveza.

—No quisiera molestarle, pero no es usted quien me interesa.

—Tanto mejor. No quiero interesar a nadie. Al diablo con la gente: el buey solo bien se lame.

—No pretendo hostigarle. Ni siquiera citar su nombre, si prefiere el anonimato.

—Ni más ni menos.

Florio comenzaba a serenarse. Tomando asiento a un lado de la mesa, indicó a Maynard la silla situada frente a la suya. Había en el tornillo, a medio tallar, una cabeza de águila de la que el hombre no conseguía apartar la mirada.

—No se interrumpa por mí —pidió Maynard al tiempo que indicaba el trabajo.

—Bueno.

Florio apuró la cerveza, se puso los ajustados anteojos contra el polvo y, con un fino cincel entre los dedos, atacó la talla.

—¿Sabe que todavía me telefonean?

—¿Quiénes?

—Los parientes de las personas desaparecidas. Saben que me interesé por las víctimas, como así fue, en efecto, y piensan que puedo ayudarles. No es cierto, pero ellos lo creen. Le destroza a uno ver cómo se aferran a la esperanza.

—¿Y puede alguien? Ofrecer ayuda, quiero decir. Florio sacudió la cabeza.

—Lo malo de este asunto es que nadie lo *haya* ventilado. No es el Watergate, para empezar. Es... —Apartó la mirada de su trabajo—. No sé cómo calificarlo. Ya lo dice la Guardia Costera: «Si podemos localizarlos sin problemas, lo haremos. Si no, mala suerte. Si te comunicas por radio diciendo que estas en apuros, nos descrismaremos por ayudarte», y puede creerme que lo hacen: esos tipos son prodigiosos cuando se ponen manos a la obra; «pero si desapareces sin dejar rastro, ¡alabado sea Dios!» Son policías de patrulla, no una oficina de personas extraviadas.

—¡Seiscientas diez embarcaciones! Tiene que haber alguna respuesta.

—Ya lo creo: una serie de ellas. Y, por lo que me dijo por teléfono, algunas ya las conoce usted. Pero hay más: yates mal contruidos que sus dueños llevan adonde no debieran; gente que hunde sus embarcaciones para cobrar el seguro, y que luego se ahogan antes de que lleguen los socorros; fenómenos meteorológicos. En muchos casos, explicaciones razonables. Pero lleva usted razón: ¡seiscientas diez yates son muchos yates! ¿Y cuántos serán ya? Nadie lo sabe. Ahí tiene el caso del *Marita*: un buen ejemplo que al mismo tiempo es también malo.

—Explíquemelo.

—Bueno, porque era un barco consistente, bien construido y conservado, con un capitán con todos los títulos, legalmente podía conducir el mismísimo *Queen Elizabeth II*, y tripulado por profesionales de primera fila. Se hundió, si es que lo hizo, con un tiempo ideal y el mar como un plato: en semejantes condiciones un bebé hubiera podido sobrevivir agarrado tres días a una almohadilla hinchable. Y malo, porque el *Marita* estaba matriculado en las Bahamas, y a la Guardia Costera no se le da un higo lo que pudiera ocurrirle.

—La Costera, ¿conjetura algo?

—Oh, claro está. Suponen que o bien se estrelló contra un arrecife y se hundió, o bien le explotó uno de los motores. Pero a ver cómo consigue usted hacer explotar un motor diesel; y, caso que lo consiguiera, ¡no le digo cómo iba a dejar de despojos todo el contorno! En cambio, no se encontraron restos de ninguna clase. Y, si en efecto, dieron contra un arrecife y se fueron a pique, ¿por qué no llegó nadie a la costa? Tiburones, dicen. ¡Y una mierda!

Florio echó mano de un taladro mecánico de dentista, lo conectó y, conteniendo el

aliento, lo aplicó delicadamente a uno de los ojos del águila. Luego, tras soplar el polvo de hueso originado por la perforación, continuó:

—El *Banshee* constituye un mejor ejemplo. Registrado en Wilmington, era propiedad de un tipo que gana fortunas fabricando ripias de cedro. Se habían pasado un mes pescando entre Puerto Rico y Haití, a la captura de un pez espada con que establecer una nueva marca. Al llegar a Puerto Príncipe, el propietario regresó en avión, mientras el capitán cuidaba de devolver el yate a puerto. Camino de Mayaguana, avisó por radio que atracaría allí al anochecer. Y después de eso no se volvió a saber ni de él ni de la embarcación. El tiempo era bueno, los dos tripulantes llevaban quince años con él y no habían admitido ningún pasajero. La Guardia Costera piensa que el capitán pudo haber echado a pique el barco y, luego, desaparecer del mapa. Pero digo yo: ese tipo se sacaba treinta mil anuales, más la mitad de lo que produjesen las excursiones, cuando el dueño no se servía del yate, más los gastos de educación de sus tres hijos en una escuela privada, más una casa en Fort Lauderdale. Amigo, un trato así no lo hubiera conseguido ni en *Palau*.

—Y, según usted, ¿qué pudo ocurrirles a uno y otro yate?

—Lo ignoro. Se puede considerar lo de los traficantes de drogas. Ambos barcos gozaban de amplia autonomía, mil millas o más: una tentación para los saltamontes. Pero me consta que el patrón del *Banshee* llevaba armas a bordo, de manera que no creo que lo secuestraran. Pero, aunque así fuese, aunque ambos hubieran sido secuestrados, quedan otros seiscientos nueve: una desaparición cada dos días, por término medio, durante tres años. Con la misma regularidad del reloj que en el Ayuntamiento va señalando el crecimiento de la población: a cada tanto, ¡bingo!, y por otro. Si quiere que le diga la verdad, dudo que nadie descubra nunca lo que fue de esas embarcaciones. No ya de su totalidad, sino ni aun de la mitad de ellas...

—¿Por qué?

—¿Otra cerveza?

Florio comenzó por las razones más sencillas: la dificultad de patrullar vastas extensiones oceánicas; la ineptitud y negligencia de esa nueva casta de marinos: los aficionados; los incomprensibles trastornos magnéticos que inutilizaban brújulas y equipos de transmisión; los fenómenos meteorológicos, cuya potencial y súbita violencia no eran conocidas todavía más que de forma teórica.

—¿Ha oído hablar de las macroolas? Algunos las llaman olas monstruo.

—No.

—Las olas siguen un movimiento ondulatorio que se llama cadencia, guardando determinadas distancias entre cresta y seno. Esa cadencia se interrumpe de vez en cuando, y entonces las olas se amontan unas encima de otras, en número de tres o cuatro, consiguiendo una formación monstruosa, de, a veces, treinta y hasta cuarenta y cinco metros de altura. Surgen imprevisiblemente, y no duran más que un instante,

pues la cadencia no tarda en restablecerse; pero ese solo instante basta. Imaginemos un petrolero que avanza normalmente entre olas de, digamos, seis metros de altura. Y, cuando menos se espera, se encuentra ante un muro de agua negra, de diez pisos de alto, que se le precipita encima rugiendo y a una velocidad de ochenta a cien kilómetros por hora. El seno que se abre ante esas formaciones a menudo tiene más profundidad que largura el buque, que, de esa forma, se abalanza hacia el fondo, al pie de una montaña de agua de millones y millones de toneladas de peso muerto a punto de caer sobre él.

—¿Y la ola los desbarata?

—A algunos. Otros, incapaces de refrenar su propio impulso, continúan su avance hacia la sima. Y los engulle el océano. —Florio tomó un sorbo de cerveza, seleccionó de entre la infinidad de objetos que cubrían la mesa un pequeño cincel de hoja en forma de cuchara y continuó—: Luego están las colisiones.

—Pero, en la mayoría de los casos, se da parte de ellas.

—¿Lo cree así? Hace un par de años, un petrolero atracaba en Long Beach, en California, tras una travesía que se había desarrollado, desde Oriente, sin contratiempo alguno. Hasta que uno de los estibadores del muelle va y dice: «¿Qué le ha pasado a su anda, capitán?» «¿A qué se refiere?», le pregunta el capitán. «Eche una ojeada», le responde el estibador. El capitán baja a tierra y, cuando se planta ante la nave, ve que lleva enganchado en el ancla de estribor un aparejo y todo un juego de velas.

—¿Acaso no notaron nada? ¿No oyeron gritos de nadie?

—¿Un buque de ciento treinta mil toneladas que marcha a razón de veinticinco nudos por hora? No puede notar ni ver ni oír nada, aunque tenga pantalla de radar y gente sentada ante ellas las veinticuatro horas del día, como los tenía éste. De noche, con mal tiempo y el mar encrespado, un gran buque y un pequeño velero son poco menos que invisibles el uno para el otro. La marinería ni siquiera se enteró de lo ocurrido.

Florio abordó entonces la maraña de recovecos jurisdiccionales que entorpece los asuntos del mar: el FBI es competente en aquellos casos en que existan pruebas de un delito federal, si bien apenas dispone de recursos para investigar los que se producen en alta mar; la *Drug Enforcement Administration* puede actuar si sospecha un tráfico de estupefacientes; pero, si éste implica contrabando, también la aduana puede tomar parte en causa; muchos yates desaparecen en las aguas jurisdiccionales de un país extranjero, cosa que despierta el interés del Departamento de Estado y la Interpol. La Guardia Costera quedaba siempre entremedias, atada de pies y manos.

En la mayoría de los casos, el resultado de esa interacción de jurisdicciones era la pasividad. Después de todo, y considerada globalmente, la pérdida de un yate y unas cuantas vidas no afectaba sensiblemente a la opinión pública.

—Si el desaparecido fuese Robert Redford —apuntó Florio con una risita contenida—, es muy posible que el gobierno organizase una escandalera. Pero, si se trata de un fulano cualquiera, despídame usted. Además, las leyes contienen un subterfugio a la vista del cual el propietario de un yate hará bien en no levantar la liebre con ninguna denuncia a la policía, pues las compañías de seguros suelen no pagar en casos de «captura y apresamiento». Quiere decir que si el tipo cuyo yate desaparece cierra la boca y deja creer que se ha hundido, cobrará el total de la prima; mientras que, de presentarse ante el FBI con la denuncia de que la embarcación ha sido secuestrada en alta mar, no toca un céntimo. El precio de un yate se sitúa entre cien y ciento cincuenta mil pavos: una razón de peso para cerrar los ojos y echarle las culpas a Neptuno. O al Triángulo de las Bermudas. Todo el mundo quiere creer en él.

—¿Usted no?

—¿Qué base existe? Oh, claro que he leído todo lo que se ha escrito sobre el tema: que si se trata de la Atlántida, que si de naves espaciales, que si de monstruos marinos y vorágines subacuáticas. No hay duda de que se han producido muchas desapariciones en esa zona. Pero, si me pusiera usted una pistola en la cabeza y me exigiera una explicación, no podría ir más allá de decirle que se trata de una especie de juego de los despropósitos entre el hombre y la naturaleza. Es una zona, no lo olvide, condenadamente grande, sin demasiado tráfico ni comunicaciones, pobre en cuanto a cartografía y previsiones meteorológicas. Con todo eso, cuando don Marinero Bisoño sale de Miami rumbo a las Bahamas, a lo mejor con un Atlas como carta de navegación —y le aseguro que algunos de esos idiotas lo hacen—, se convierte en un accidente en busca de un lugar donde ocurrir.

—Formule una hipótesis loca. Como lo anterior, extraoficialmente —le apremió Maynard—: ¿Qué fue de esas embarcaciones?

Florio retiró los anteojos, que dejó colgando a la altura del cuello. La mirada perdida allende la ventana mientras realizaba, obviamente, un cálculo mental, dijo por fin:

—De un treinta a un cincuenta por ciento de ellos se hundieron, sin más: fenómenos meteorológicos, estupidez, lo que quiera. Otro veinte por ciento, digamos unos ciento treinta barcos, fueron hundidos, o acaso trasladados al Pacífico, por los saltamontes. Un puñado de ellos, no más de una docena en todo caso, fueron robados, como un coche cualquiera, y revendidos en algún otro punto. Hay auténticos chalados que se dedican a eso: tipos que no reculan ante un doble o triple homicidio a cambio de un yate en buen estado.

—Aún nos quedan más de cien embarcaciones.

—Ya lo sé —repuso Florio con una sonrisa amarga—. Y esas son las que me pusieron al cuidado de un montón de faros. —Encarándose a Maynard insistió—: ¿De veras será extraoficial? ¿Sin trastadas?

Maynard asintió.

—Pienso que alguien los roba. No sé quién ni por qué ni qué hacen con ellos. Pero es la única explicación lógica. Mire... la cosa no es de ahora. La cifra que manejamos la obtuve yo, por el simple procedimiento de sumar. En 1974 interrumpí el cómputo porque... porque lo interrumpí. Pero pude haber continuado la suma añadiendo las desapariciones de años precedentes hasta fechas muy antiguas. Claro está que en los últimos años, y porque cada día hay más yates, las desapariciones son más numerosas. Pero, proporcionalmente, la misma cuota de barcos ha estado esfumándose, sin dejar rastro y siempre en la misma zona, desde que se guardan datos de esas cosas. Lo que ocurre en esa parte del mundo viene repitiéndose hace, por lo menos, *ochenta años*.

—Y usted piensa que continuará igual.

—¡Vaya si lo pienso! Continúa igual. ¿Sabía que esta semana desaparecieron otros dos?

—No he leído nada sobre el particular.

—No, no es fácil que lo hiciese, pues no hay nada concluyente, salvo que dos veleros no se presentaron donde tenían anunciada su llegada. Dos parejas de Nueva Jersey. Es posible que todavía aparezcan; pero, sabiendo por donde navegaban yo no jugaría nada a esa carta.

—¿Dónde fue eso?

—Un estrecho situado entre la longitud... —Florio se interrumpió—. ¡Qué diablos! Enseñárselo es más fácil que explicarlo.

Y levantándose condujo a Maynard, escaleras arriba, a su estudio, un cuartito acogedor con estanterías llenas de libro y atestado de efectos navales: la campana de un barco, la bitácora de otro, un juego de cabillas entrecruzadas, una portañola de latón. Las paredes estaban cubiertas de cartas de navegación.

Florio se arrodilló tras su escritorio y, resiguiendo con el índice una creciente cadeneta de islas, señaló:

—Aquí. Por el Bajío de las Caicos.

Maynard examinó la carta en busca de una referencia visible, más no halló ninguna.

—¿Dónde están? —preguntó.

—¿Las Caicos? Al sudeste de las Bahamas y al nordeste de Haití. Son colonia británica. Su nombre completo es Islas de Caicos y de los Turcos.

—¿Y qué hay ahí?

—Naufragios, principalmente. En sus tiempos, los españoles tenían que atravesar por aquí, el Estrecho de los Turcos, y por aquí, el de Caicos, de regreso a casa. La zona es un foco de siniestros. Y los Bajíos, una trampa mortal: navega uno en aguas profundas y, de pronto, ¡pumba!, el fondo se te sube a dos metros de la superficie. La

gente de las Bermudas solía desplazarse a los Turcos en busca de sal, y en algunas de las Caicos se explotó la pita durante algún tiempo.

—Aguarde —exclamó Maynard, que evocaba detalles de una lectura—. En una ocasión seguí un debate acerca del punto exacto donde Colón pisó el Nuevo Mundo por primera vez. Uno de los polemistas decía que fue en San Salvador...

—Sí. Eso está al norte de las Bahamas.

—... pero el otro aseguraba que fue en lo que llamó «el grupo de las Caicos». No supe a qué se refería.

Ni hay gran cosa que saber. Es un lugar dejado de la mano de Dios. Y sólo Él sabe cuántos barcos se han ido a pique en ese paraje. Centenares de ellos, a buen seguro.

—¿Nadie ha llevado la cuenta?

—No hay manera de hacerlo. Y, en cualquier caso, a la gente le importa un bledo.

—¿Cómo se puede llegar allí?

—¿En avión? Desde Miami, cuando hay vuelos. La línea cambia de manos cada seis meses, o cosa así. Últimamente no han matado a nadie, pero eso debe de ser por lo despacio que van los aviones.

—¿Ha estado allí alguna vez?

—No. Según tengo entendido, el mayor encanto del lugar son los escorpiones.

Una ojeada le bastó a Florio para darse cuenta de que algo estaba maquinando Maynard en la trastienda de su cerebro.

—¿Qué sabe usted de islas tropicales? —preguntó—. Por experiencia directa, quiero decir.

—He visitado Nassau. Una vez estuve pescando en Cayo Walker, y he hecho escafandrismo en Eleuthera. Pero todo eso fue hace años.

—No sé qué bulle en esa cabeza, pero debo decirle que las Caicos no son Nassau. Se parecen tanto a Nassau como Entebbe a Nueva York. Y, en cuanto a civilización, lo mismo.

—Nada bulle en mi cabeza —replicó Maynard.

—Sí que bulle. Pero eso es asunto suyo.

Era la una y media cuando Maynard llegó al Museo Aeroespacial. Su ausencia había durado casi tres horas. No vio a Justin ni en la escalinata del edificio ni tampoco en el vestíbulo.

Lo encontró en la cola de los que esperaban para entrar en la sala de proyecciones. Le llamó del otro lado del grueso cordón de falso terciopelo que servía de barrera. Justin abandonó la fila y se coló por debajo de la cuerda.

—Puedes verla, si quieres. No llevamos prisa.

—No. Ya la he visto. Trata de la historia de la aviación. Es tan real, que casi

vomitó. —Indicó entonces un edificio visible a través de las vidrieras, al otro lado de la explanada—. ¿Podríamos ir allí? Un chico me ha dicho que hay una exposición de armas que es cosa fina.

—Podemos. Falta hora y media para nuestro vuelo.

Mientras cruzaban la avenida, Justin asió la mano de su padre. Al alcanzar el césped del otro lado, Maynard aflojó la suya, pero el chico no la dejó ir. Por de pronto, Maynard, que no tenía costumbre de llevar a nadie de la mano, sintió un leve malestar que, identificado, le apesadumbró: con los meses de separación había perdido contacto con su hijo, no sabía ya de sus preocupaciones y anhelos de la vida diaria. Ni siquiera veía en él a un niño, sino una persona con quien compartía finales de semanas alternos, y conversaciones que, maduras, entretenidas, no eran, sin embargo, íntimas. Y ahora el muchacho parecía deseoso de restablecer ese contacto. Maynard experimentó un sentimiento mixto de emoción, halago y agradecimiento. Y estrechó la mano de Justin.

—No ha estado nada mal el museo —dijo el chico.

—Estupendo —repuso Maynard, que hubiera deseado añadir algo, pero no sabía qué.

Tras contornear el jardín que, alojado en una depresión y plantado de estatuas, flanqueaba la Hirshhorn Gallery, se encaminaron hacia un edificio de ladrillo oscuro, con mansardas.

—¿Qué exposición es esa?

—La del centenario de no sé qué.

—Querrás decir el bicentenario.

—No: el centenario. Eso fue lo que dijo el chico.

El Instituto Smithsoniano había recompuesto, como una más de las ceremonias del bicentenario, una sala de exposición que se presentó al público en 1876, con motivos de los actos del centenario. La muestra, cuya clausura estaba prevista para 1977, había merecido tan buena acogida, que el Instituto la había mantenido abierta.

Había vitrinas con uniformes, maquinaria, objetos domésticos, aparejos de barcos, alimentos y medicinas, y, en la trasera del edificio, una colección de armas con ejemplares de todas las conocidas por el hombre del siglo XIX: fusiles Gatling de cámara estanca, morteros, tomahawks, cuchillos de monte, Derringers y cañones. Uno de los muros lo ocupaba una enorme vitrina consagrada a las armas de fuego de marca Colt.

Plantado ante ese escaparate, Justin absorbía con la mirada, una a una, las piezas expuestas, transportado por su imaginación a los campos de batalla, los campamentos indios y las expediciones ganaderas de la época.

Maynard, entretanto, regresaba mentalmente a su conversación con Michael Florio. Se repetía preguntas y respuestas, recitaba cifras. Cada uno de los

interrogantes susceptibles de una respuesta satisfactoria conducía inexorablemente a otro para el que no hallaba ni aun la sombra de una conjetura verosímil.

—Ese es mi favorito —apuntó Justin señalando un rifle de percusión con cámara rotativa para seis cartuchos—. No había visto ninguno de esa clase.

—Son ejemplares raros. No estuvieron mucho tiempo en circulación.

—¿Por qué no? Disparaban seis tiros. Los otros, sólo uno.

—Sí, pero pronto aparecieron los Winchester de repetición, que usaban cartuchos, en lugar de cápsulas de fulminante. El inconveniente de los rifles de percusión era que, a veces, al dispararse una cámara accionaba todas las demás. Se perdieron muchos ojos y muchas manos por ese motivo. —Maynard consultó su reloj—. En marcha.

El tráfico era escaso en la carretera del Aeropuerto Nacional, por lo cual llegaron veinte minutos antes de lo previsto. Camino de la puerta de embarque del puente aéreo Washington-Nueva York, cruzaron una sala de la National Airlines donde la gente formaba en fila para tomar el avión de Miami. Maynard se detuvo.

—¿Qué pasa? —quiso saber Justin.

Maynard no respondió. Impulsos y dudas, presentimientos y disuasiones se cruzaban de manera desordenada en su cerebro. El sentido común le pedía volver a Nueva York y archivar el artículo de las misteriosas desapariciones. «Somételo a reflexión. Habla con Hiller.» Eso era lo sensato y lo seguro. Algo, sin embargo, le decía que la seguridad que alcanzase con su regreso a Nueva York podía no valer la pena. No se trataba de elegir entre riesgo y seguridad, sino entre la posibilidad de conseguir algo y la certeza de quedarse sin nada.

Tomó a Justin de la mano.

—Ven —dijo al tiempo que retrocedía hacia las dependencias de la National Airlines.

—¡Que ese vuelo no es el nuestro!

—¿Por qué?

—¿Y por qué no? ¿Has estado alguna vez en Miami?

—¡Ni siquiera sé dónde está!

—¡No saber, a los doce años, dónde se encuentra Miami! En fin, es hora de que lo descubras.

Justin se dejó arrastrar.

—¡Ostras! ¡Mamá me va a matar!

—¿Por qué dices eso a cada paso?

Hasta ahora no te ha matado ninguna vez. Además, estarás de vuelta antes de que se entere de que has marchado.

Maynard sacó de la cartera su tarjeta de la American Express y se acercó al despacho de billetes.

Ni siquiera tengo un cepillo de dientes.

—Pues lo compramos. Existen en Florida.

Era la décima objeción que Justin planteaba, y demolía Maynard, en lo que llevaban de vuelo. No se trataba, sabía Maynard, de reparos sólidos ni reflexionados: el chico, sin duda ilusionadísimo por esa imprevista salida de la rutina, no hacía sino buscar seguridad a base de dar expresión verbal a cuantos problemas se le ocurrieran. Pero, según los solventaba su padre, o le explicaba cómo pensaba solventarlos en su momento, su inquietud iba cediendo.

—De todas formas, ¿qué vamos a hacer en Miami?

—Tontear un poco. Ver a unas cuantas personas. Hacer algunas preguntas. Una pizca de turismo, tal vez.

—¿Cuándo acabarás de crecer, papá?

La observación tomó a Maynard por sorpresa.

—Oye, esa no es, que yo sepa, tu forma de hablar. Es el estilo de tu mamáita.

Justin se sonrojó.

—No importa. Dime a qué viene esa pregunta. ¿Qué te hace pensar que no he alcanzado la madurez? El otro día me presenté a un anuncio del *Playboy* y me dijeron que ya había rebasado la línea. Después de los treinta y cuatro, ni siquiera mereces un estudio de mercado.

—Las personas mayores no hacen estas cosas —respondió Justin con un ademán que englobaba al avión.

—¿Acaso no tienen derecho a divertirse?

—Mamá dice que ya no estás satisfecho de ti mismo, que por eso sigues en el *Today* haciendo lo de «Tendencias».

Maynard trató de hallar una respuesta jocosa e incisiva, pero no encontró ninguna. Se sentía confuso y enfadado, sobre todo esto último, pues Devon y él habían convenido no decir al niño cosas que pudieran perjudicar sus respectivas imágenes.

—Escúchame un momento, Justin.

El muchacho avanzó la mano y asió como tanteando el terreno, la de su padre.

—Yo estoy satisfecho de ti —dijo—. ¿No lo estás tú de ti mismo? Yo lo estoy: me gustas.

—Escucha, amiguito... —Maynard apartó la mano de Justin y desvió la mirada. Pasado un instante, dijo—: Quiero explicarte lo siguiente. Tengo muchas razones para trabajar en el *Today*. En primer lugar, necesitamos comer y ellos me pagan bien. Además, hago una buena labor, tan buena como el que más, y eso es importante. Y, finalmente, no es un mal empleo. A mucha gente le encantaría escribir para *Today*.

—¿Y no piensas hacer otras cosas?

Maynard sonrió.

—¿Cuando acabe de crecer, quieres decir?

—Sí —respondió Justin apurado.

—No lo sé. A veces pienso en ello, y otras trato de no hacerlo. Es más fácil pensar en lo que uno es, que en lo que podría ser. Si hay alguien en este mundo a quien me gustaría parecerme, esa persona es Samuel Eliot Morison.

—¿Quién es ése?

—Un hombre que viajó a todas partes y lo vio todo. Y si algo no pudo ver, porque pertenecía al pasado, leyó sobre el tema, trató de revivirlo y, luego, escribió libros en los que explicaba a sus semejantes lo que había descubierto.

—Y tú quieres escribir relatos.

—Relatos auténticos. Esa es una de las razones de nuestro viaje a Florida.

Justin asintió, visiblemente satisfecho de la explicación.

—Y usted, señor Inquisidor, ¿qué quiere ser? —preguntó Maynard—. ¿Se detiene alguna vez a pensarlo?

—Alguna que otra. De niño, quise ser ecólogo; pero ahora ya no estoy tan seguro.

Apenas aterrizar en Miami, Maynard mandó a Justin a comprar algunos tebeos y un diario vespertino. En éste esperaba encontrar noticias en torno a la desaparición de las parejas de Nueva Jersey. Para aprovechar la espera, se dirigió a un mostrador que exhibía el rótulo de «Oficina de Información». Una fogosa joven teñida de rubio, de cara que recordaba a Barbie Doll y figura con pretensiones de Dolly Parton, le acogió sonriente.

—¡Hola! ¡Me llamo Ginny! ¿En qué puedo servirle?

—¿Puede decirme cómo llegar a las Caicos?

—¡Sí, señor! ¿Queda eso en la Playa de Miami?

—No, señorita. Se trata de un territorio: Islas Caicos y de los Turcos.

—¡Oh, por supuesto! A ver qué nos dice esto —y, abriendo su guía de vuelos, revisó los destinos que empezaban con T—. Caramba, me temo que no haya, señor.

—¿Qué es lo que no hay?

—Ni Turcos ni Caicos.

—Entiendo. ¿Podría consultarme Navidad?

—No faltaría más. —Pasó páginas velozmente—. ¡Aquí la tenemos! Navidad. No puede llegar allí desde aquí.

—Correcto. Entonces ¿desde dónde?

—Desde ningún sitio, creo. ¿Lo ve? —Dio vuelta a la guía de modo que Maynard pudiera ver las listas—. Air Sunrise, cancelada. OutIsland Air, anulada. Tropicair, suspendida.

—Pues la gente se desplaza allí —señaló Maynard. —Si usted lo dice, señor...

—¿Cómo lo hacen, pues?

La muchacha sacudió la cabeza.

—Desde luego es rarísimo.

—¿Hay aerotaxis?

—Es posible. Podría informarse en Reliable. —Y señaló un mostrador visible al final del pasillo.

—Gracias por su ayuda.

—Ha sido un placer. Esperamos su próxima visita.

Maynard esperó a Justin, que apareció con una brazada de tebeos, y juntos se encaminaron al mostrador de Reliable.

Un hombre delgado, de curtido rostro, se dedicaba allí a rellenar formularios de billetes con el cuidado y la lentitud de un calígrafo, chupando la punta del bolígrafo en cuanto concluía una palabra y conteniendo la respiración antes de iniciar la siguiente. Tenía la lengua embadurnada de azul. Maynard sacó la conclusión de que era un semianalfabeto.

Habiendo esperado a que ultimase el billete, Maynard le abordó:

—Perdone, ¿podría decirme cómo llegar a Turcos y las Caicos?

—Las pistas no tienen luces. Intente localizar aquello de noche y es posible que acabe en África.

—¿Y mañana?

—Depende de que les apetezca volar.

—¿A quién?

—A Arawak. —El empleado sonrió—. Nosotros les llamamos Los Caballitos del Diablo.

—¿Y Reliable no cubre ya esa línea?

—El Gobierno nos expulsó so pretexto de que no ofrecíamos servicio regular. ¿Cómo puede nadie ofrecer un servicio regular si una mitad de las pistas está llena de baches y la otra, bajo el agua. ¡Que me cuelguen si lo entiendo!

—¿Tienen servicio de aerotaxi?

—Desde luego. Le llevaré yo mismo. Setecientos cincuenta pavos. El aparato es un Twin Beech.

—¿Dónde está la oficina de Arawak?

—No tiene. El tipo opera desde el bar.

—¿Cómo lo reconoceré?

—Imposible no hacerlo. —El hombre rió entre dientes—. A menos que a estas horas esté tumbado en tierra.

El bar estaba repleto y la iluminación era escasa, pero la camiseta blanca, con las letras de ARAWAK grabadas en la espalda en tipo de trepán, resultaba visible desde la

misma entrada. Maynard estacionó a Justin en una banqueta libre, junto a la camiseta, y le pidió una CocaCola. Justin orientó el tebeo de Archie de modo que captase el hilo de luz que bajaba del techo y acometió la lectura.

Maynard adelantó el cuerpo y, librando el hombro de Justin, dijo al hombre de Arawak:

—Perdone, tengo entendido que vuela usted a las Caicos.

—Ajá. —Tras una ojeada a Maynard, volvió a su piña colada.

—¿Cuándo es el próximo vuelo?

—Mañana les llevo una carga de provisiones.

—¿Puedo reservar un par de plazas?

—No puede.

—Oh. ¿Va completo?

—No me está permitido llevar pasajeros. El único piloto autorizado sale los miércoles. O los jueves. Depende.

—Oh. —¡Al diablo con ello!, pensó Maynard. Se dirigió a Justin—: Acábate eso. A ver si podemos pillar un avión para Nueva York.

Justin apuró de un trago el resto del refresco y se apeó de la banqueta.

El hombre intervino:

—Yo no he dicho que no pudieran ir.

—Sí que lo ha dicho.

—No: dije que no podía reservar plazas.

Maynard respiró hondo.

—Ya. Entonces, ¿cómo hacemos para...?

—Tengo que llevarles de gratis.

—Oh, vaya... muy amable de su parte.

—Como es natural, nada le prohíbe contribuir al pago del combustible.

—Desde luego. Y una... contribución justa ¿cuánto sería?

—Cincuenta pavos por barba. En metálico. Por adelantado.

—Hecho. ¿A qué hora es la salida?

—A las siete. No le esperaré.

—¿Por qué puerta?

—¿Puerta? Basura. —El hombre sacudió la cabeza en dirección a las pistas—. Ahí fuera. En la revuelta.

—¿Qué aparato pilota?

El hombre miró a Maynard y, bajando la voz hasta conseguir un tono burlescamente confidencial, respondió:

—El aparato, mi capitán, será el condenado avechucho que esté dispuesto a volar a esas horas de la mañana.

La única respuesta educada que se le ocurrió a Maynard fue:

—Conforme.

Y tomando a Justin de la mano lo sacó del bar.

La chica del mostrador de Informaciones les reservó una habitación en el hotel del aeropuerto y les indicó cómo llegar al autobús gratuito que les conduciría hasta allí.

En la pequeña furgoneta Maynard dijo a Justin:

—¿Te apetece hacer algo esta noche?

—Lo mismo me da. ¿Vemos la televisión?

—Eh, amiguito, que estamos en Miami. Hay que echarle un vistazo.

—Okay. ¿Vamos a algún sitio mañana?

—Podría ser. Tengo que hacer un par de llamadas.

—El lunes me toca colegio.

—Quizá sea fiesta. Nunca se sabe.

—¿Qué fiesta?

—Demos tiempo al tiempo.

Según la telefonista del servicio internacional, no había más que una línea con las Islas Caicos y de los Turcos. Y, por lo regular, o bien estaba ocupada o bien tenía avería. La mayor parte de los mensajes se cursaban por radio y en la isla los retransmitían por sus propios medios cuando les venía en gana. Además —arguyó— intentar comunicarse con la oficina del gobernador en sábado por la noche era tiempo perdido.

Maynard le rogó que probara comunicarle con cualquier abonado. Tenía que cursar un aviso al gobernador. Y, aunque no le constaba que la isla lo tuviese, el argumento pareció surtir efecto. La telefonista dijo que le volvería a llamar.

Vieron por televisión las noticias vespertinas —que no mencionaron para nada los yates de Nueva Jersey— y, a insistencia de Justin, «La Pandilla de Brady». Maynard se disponía a llamar nuevamente a internacional cuando sonó el teléfono.

—Le tengo Caicos al habla —dijo la telefonista, tras cuya voz percibía Maynard un zumbido agudo y crepitaciones de estática.

—¿Con quién me ha puesto?

—No lo sé. Estuve probando números hasta que uno respondió.

Se oyó un chasquido y la telefonista desapareció.

—¿Oiga? ¿Oiga? —El zumbido recorría la línea subiendo y bajando de tono repetidamente—. ¡Oiga!

—Lo mismo le digo yo, pues. —La voz era de mujer, débil y distante.

—¿Con quién hablo?

—¿A quién llama?

Lentamente, haciendo por articular con claridad, Maynard dijo:

—Me llamo Blair Maynard. Soy de la revista *Today*. Intento comunicarme con alguien de la oficina del gobernador.

—¡Birds!^[1] —dijo la mujer.

—¿Cómo dice? —Aunque ignoraba en qué forma, era evidente que había ofendido a su interlocutora.

—¡Birds! —repitió la mujer.

—¿Cómo, Birds?

—Que se llama Birds. Es el nombre de nuestro representante ante el Gobierno. Birds Makepeace.

—¿Sabe dónde está?

—Aquí, no. A una servidora no se le ha perdido nada con él.

—¿Podría darle un recado de mi parte?

—¿Qué quiere usted de Birds?

—Me gustaría visitarle mañana. ¿Puede decirle eso? —Supongo que se dejará caer por aquí, como no haya salido de pesca.

—¿Dónde está usted?

—¿Que dónde estoy? —preguntó desconcertada—. Yo, aquí. ¿Y usted?

—No: lo que quiero decir es si está en la Gran Turco.

—¿En la Gran Turco? ¿Qué quiere usted que haga yo en la Gran Turco?

Maynard trató de recordar nombres de otras islas importantes del archipiélago de las Caicos.

—¿Hueso Grande? ¿Está usted en el Cayo de Hueso Grande?

—Eso espero —rió la mujer—. Al menos, ahí estaba la última vez que miré.

—¿Y él dónde está? ¿Dónde está Birds?

—Conmigo, no. Ya se lo he dicho.

—Sí, eso está claro. Quiero decir: ¿dónde...?

Un silbido agudo, penetrante, interrumpió la comunicación. A eso siguieron tres chasquidos que nada bueno auguraban, y, luego, la línea se quedó seca. Maynard colgó.

Justin estaba siguiendo un capítulo de «World of Survival» dedicado a los monos.

—¿Conseguiste la cita?

Maynard rompió a reír.

—Mi solicitud está en curso. —Descolgando el auricular, marcó el número de la oficina neoyorquina de *Today*.

A las siete y media de la tarde de un sábado no habría allí más que un empleado de la redacción montando guardia ante los teletipos, en caso de que sobreviniese algún acontecimiento capaz de alterar los artículos destacados de la revista. A esas alturas, la edición de la próxima semana llevaba horas cerrada, y sólo un magnicidio o una importante declaración de guerra podía interrumpir el tiraje.

—Campbell al habla.

—Ray, soy Blair Maynard. ¿Puedo dejarte un recado para Hiller?

—Te daré el número de su teléfono particular.

—No quiero molestarle en su casa. Lo hubiera dejado para después del fin de semana, pero es que no sé dónde estaré el lunes.

Maynard no quería hablar con Hiller, quien podía oponerse al viaje. Las islas quedaban en la jurisdicción de la oficina de Atlanta o, en el caso de un artículo sin base sólida, como el que traía entre manos, de un corresponsal con base en Miami, y los directores de sucursal reaccionaban vivamente a las intrusiones de Nueva York. Hiller, por otra parte, objetaría que no tenía derecho a abandonar su departamento. En cambio, si Maynard llevaba el asunto adelante sin recabar la aprobación de Hiller, lo peor que podía suceder era que se negase, a su regreso, a firmar su nota de gastos. Y de eso podía resarcirse hinchando posteriores facturas, que había incontables formas de hacerlo.

—Bastará con que le digas que he dado con una pista en el asunto de los yates, y que le telefonaré en cuanto pueda.

—De acuerdo.

—Gracias, Ray, y buenas noches.

Maynard desconectó a Justin de «Star Trek» y juntos bajaron a la planta baja. En el vestíbulo compraron un pequeño saco de viaje, que Maynard llenó de artículos de aseo, ropa interior y trajes de baño.

—A lo mejor vamos a nadar —explicó a Justin—, y no es cuestión de presentarse en la playa en calzoncillos.

Tomaron un taxi ante el hotel y Maynard pidió al conductor que les llevase a dar una vuelta por la Collins Avenue de Miami Beach.

—Tendría que estar prohibido morir sin haber visto el hotel Fountainebleu —dijo a Justin—. Es posible que se haya convertido en un dinosaurio más, pero no deja de representar una etapa crítica de la evolución del hombre.

—Es una porquería —declaró Justin según el taxi se internaba en la impura atmósfera azul en que aparece inmerso el famoso hotel. Y, luego, cuando hubieron dejado atrás la extensa explanada de la zona hotelera, añadió en tono lapidario—: Todos una porquería.

—Cerrado, por hoy, el capítulo cultural. —Adelantándose en el asiento Maynard dijo al conductor—: Llévenos al centro.

—¿A qué parte del centro?

—Lo mismo da. Enséñenos los monumentos.

—Monumentos los hay en todas las esquinas —gruñó el taxista—. Depende de cómo le gusten: cubanas, negras o blancas de la dase pobre.

Eran más de las ocho. Maynard tenía hambre y Justin, cara de sueño.

—¿Quieres tomar un bocado?

Justin bostezó.

—De acuerdo. Volvamos al hotel y que nos lo suban a la habitación. Me va un kilo.

El conductor tomó una bocacalle, a la derecha, y emprendió el regreso al aeropuerto. Justin, de repente, dio un salto en el asiento.

—¡Eh, mira!

Maynard reparó en un destellante rótulo de neón visible al frente, del lado derecho de la calle, con el anuncio de: *Everglades Shooters' Supermart*.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó al chófer.

—Pues lo que dice: un supermercado de la armería. Tienen un salón de tiro en la parte de atrás. Como una bolera.

—Anda, papá, parémonos.

—Pensé que querías cenar.

—Sólo para echar un vistazo.

—De acuerdo.

Sin necesidad de que se lo pidieran, el conductor detuvo el coche junto al bordillo.

—¿Cuánto van a tardar?

—Un par de minutos. ¿No le importa esperarnos?

—Tendría que pedirles alguna garantía: el reloj o las llaves. Pero dejémoslo así.

Era, conforme anunciaba el rótulo, un supermercado, que ocupaba la mitad del largo de la manzana y todo su fondo. Había cuatro naves diferentes, cada una señalada con referencias orientativas: a la derecha, armas de mano calibres 10, 12 y 16; a la izquierda, rifles calibres 30.06 al 44.40; por aquí, armas de mano automáticas; por ahí, revólveres; rifles militares, nave número 4; pólvora negra, al fondo. Una pancarta daba publicidad a las ofertas de la semana: rifle semiautomático Marlin Golden 39A calibre 22, 125 dólares; revólver Frontier Hammerli calibre 45, 175 dólares, y, gratis, una caja de munición por la compra de dos. Las armas se exhibían, todas, en armarios con puerta de vidrio, cerrados. Los vendedores patrullaban las naves con llaves maestras colgando del cinturón.

Había seis departamentos de caja, donde el personal administrativo examinaba tarjetas de crédito, contaba billetes o embalaba compras.

—Parece un automático —observó Maynard.

—¿Qué es un automático? —indagó Justin.

Pero, sin esperar la respuesta, salió disparado nave adelante.

Maynard consiguió darle alcance frente a un armario mural de dos lados, en uno de los cuales se exhibían rifles de combate AR15 y, en el contrario, otros, de parecido aspecto, marca Valmet.

—¡Ostras, son cosa fina! —exclamó Justin.

—¿Puedo servirles en algo? —inquirió un vendedor que había aparecido detrás de ellos.

Habría mediado la cuarentena y, verdaderamente macizo, tenía la hechura de un baúl con patas. Llevaba gafas estilo Truman, el cabello engominado y apestaba a Aqua Velva.

—No sabía que pudieran vender esos rifles —dijo Maynard señalando los de combate.

—¿Los AR15? Desde luego. Claro que no son totalmente automáticos. Ése es el modelo deportivo.

—Pero se pueden convertir en automáticos, ¿no es así?

—Aquí, no. Ahora bien, si lo hace un armero, fuera de nuestro establecimiento, nosotros no sabemos nada. —El vendedor tendió la mano—. Me llamo Stan Baxter. Llámeme Bax.

Por el entreabierto *blazer* de Baxter vio Maynard fugazmente la culata del revólver que, enfundado en una pequeña pistolera sujeta por el pantalón, llevaba el hombre junto al abdomen.

—Maynard —dijo al tiempo que le estrechaba la mano.

—Y este caballero, ¿quién es? —indagó Baxter según alcanzaba la mano de Justin—. A mí me parece un hombre de armas.

—Lo soy —respondió Justin. Y, señalando las Valmets, agregó—: No están nada mal. ¿Qué son?

—El más perfecto rifle militar de cuantos se han hecho. Diseño finlandés. Esos tipos cogieron lo mejor del AR15, lo casaron con lo mejor del AK47 y echaron al mundo el Valmet.

—¿Qué tiene de particular?

—Su simplicidad. Poquísimas partes móviles. Es casi imposible que se atasque, ni siquiera expuesto al barro o la arena. Mucho más fiable que sus progenitores. Funciona con municiones NATO del 7.62, aplicables a casi cualquier rifle de la Europa oriental u occidental. El .225 que emplea el AR15 es excelente para destrozar a un hombre, pero a distancias importantes no es efectivo. Sin contar con que el casquillo, por su fuerza rotativa, puede herir al que dispara. El Valmet mata con precisión y a distancia.

—Pensé que eran armas deportivas —observó Maynard.

—Y lo son. Pero —agregó Baxter con un guiño— cada cual entiende el deporte a su manera, ¿no es así?

Justin, que se había adentrado en el local, estaba ante una vitrina repleta de pistolas.

—¡Mira esto, papá!

Baxter dedicó a Maynard una sonrisa.

—Creo que su chico ha encontrado un amigo.

Justin estaba enardecido.

—¡Es la pistola de James Bond!

—Y tú que lo digas, hijo —corroboró Baxter—. La Walther PPK. Una excelente arma para principiantes.

—¡Para principiantes! —exclamó Maynard—. Cuando yo era pequeño, lo que utilizábamos era rifles de 22, de un solo disparo.

Baxter asintió.

—Pero cuando usted y yo empezamos a disparar, los objetivos eran conejos y, más de tarde en tarde, alguna serpiente. No teníamos que precavernos para cuando apareciesen por detrás de la colina.

Maynard se abstuvo de preguntar a quién se refería.

Se produjo entonces un disparo seguido de un segundo y un tercero. Maynard agarró a Justin por el brazo, dispuesto a echarlo a tierra y tenderse encima de él.

Baxter rompió a reír.

—Tranquilo. Son clientes que están practicando en la parte de atrás. La sala de tiro les da la oportunidad de probar la mercancía antes de comprarla, y a nosotros nos evita el trastorno de las devoluciones. —Volviéndose hacia Justin indagó—: ¿Te gustaría probar esa PPK, jovencito?

—¡Que si me gustaría!

—Un momento... —intervino Maynard.

Baxter, que ya estaba desprecintando el estuche, aclaró: —Sale a unos diez centavos el disparo. No encontrará quién se lo haga más barato.

—No se trata de eso.

—Oh, no se preocupe. Sin compromiso alguno. —Y, con un nuevo guiño, añadió—: Desde luego, apretar el gatillo de una PPK es como liarse con una bolsa de patatas fritas: luego hay que tener voluntad para frenar. Y es que esta arma habla a uno. —Baxter tiró del cerrojo, examinó la cámara, sacó el cargador y lo reinsertó.

—¿Cómo dijiste que te llamabas, jovencito?

—Justin.

—Pues bien, Justin, ¿por qué no me ayudas llevándomela? —y le tendió la pistola por el lado de la culata.

El chico, una enorme sonrisa en los labios, miró a su padre. Maynard le correspondió con otra, desganada, y movió afirmativamente la cabeza. Estaba noqueado. El vendedor, que había sacado de una gaveta una caja de municiones, los condujo a la sala de tiro situada detrás de la tienda.

Resuelto, explícito, paciente, Baxter se reveló un instructor experimentado. Tras aguardar a que Justin disparase cinco tiros —cuatro de los cuales erraron por

completo el blanco, situado a quince metros de distancia, quedando el último por debajo de la diana—, enseñó al chico cómo sujetar y apuntar el arma correctamente y, también, cuándo contener la respiración. De los cinco disparos de la segunda ronda, tres se alojaron en el blanco.

Al consumir la sexta ronda, Justin situaba ya cinco disparos en la diana, uno de ellos en el mismo centro.

Maynard hizo diez disparos a ritmo lento —la totalidad de los cuales dieron en el blanco y cuatro en su centro— y otros diez en rápida sucesión. De estos últimos, seis dieron en la diana y dos en su punto central.

—No está mal —apuntó Baxter.

—Me falta entrenamiento —replicó Maynard.

Estaba, a pesar suyo, satisfecho de sí mismo y orgulloso de Justin, y, también, sorprendido de la facilidad con que habían hecho presa en él los estímulos de la práctica del tiro: el olor a nitrato de potasio y el de los lubricantes de silicona; el contacto de la culata texturizada; la mágica aparición en el blanco, en el preciso instante del disparo, de las perforaciones de las balas.

De regreso a la tienda, Baxter tomó a Maynard por el brazo. Hizo por desasirse, pero el vendedor no le soltaba.

—Ese chico es un tirador nato.

Maynard asintió.

—Sí, se defiende.

—¿Se defiende? ¡Esa PPK está hecha para él!

Maynard no dijo nada. Le divertía sentirse consumido por aquel pueril anhelo de tener una pistola de su propiedad. Su abuelo le había educado en el uso de las armas, y entre ellas había crecido Maynard respetándolas. De cuantas paternas atenciones le había mostrado el viejo a través de los años, ya que con mayor orgullo recordaba Maynard eran las palabras escritas en la nota adjunta a la pistola de tiro al blanco con que le obsequió al cumplir los dieciocho años: «A ti te confío una pistola cargada tranquilo como no me sentiría prestando un coche a la mitad de tus amigos.»

En el sentimiento que le invadía reconoció Maynard una mezcla de nostalgia y atavismo: hete allí a su hijo iniciándose en el ritual de las armas de fuego, preparándose para el cambio que le convertiría en hombre. Por más primitiva y tribal que fuese esa sensación, no dejaba de ser auténtica. Maynard, conocedor de todos los argumentos que se esgrimían en favor de limitar el acceso a las armas de fuego, los sustentaba en su mayoría, aun a sabiendas de que el empeño era, a escala nacional, poco menos que una causa perdida, y tan sólo había discrepado siempre de quienes sostenían que el único propósito de las armas de fuego era el de matar. Maynard no había matado en toda su vida más que ratas y conejos enfermos. Un fusil o una pistola eran uno de los pocos instrumentos capaces de impartir a quien los utilizaba

estímulo, satisfacción, orgullo y desaliento. Pocas experiencias había tan frustrantes como la de apuntar a una lata de cerveza hundida en la arena, a cien metros de distancia, apretar el gatillo y ver que la lata sigue donde antes. Y no muchas tan divertidas como ver ese mismo bote saltar en el aire volteando por el sonoro efecto de la bala.

Justin se acercó a Maynard y le tomó de la mano.

—¡No sería fenómeno ni nada tener una pistola así!

Seguro de que no tenía manera de satisfacer ninguno de los requisitos legales que exige la compra de un arma de fuego, a Maynard no le pareció arriesgado otorgar:

—Desde luego.

—¡Bueno! —exclamó Baxter radiante dando a Justin una palmadita en el hombro—. Parece ser que el señorito Justin ha conseguido su pistola.

—¿De veras?

—Ni por pienso —replicó Maynard.

—¿No? —se paralizó Baxter—. ¿Y eso?

—No residimos en Florida.

—Un inconveniente, desde luego.

—Ya me lo imaginaba —dijo Justin alicaído.

—Aunque nos permitiesen comprarla, amiguito —explicó Maynard—, en Nueva York no sería nuestra legalmente.

—Podríamos tenerla en casa de tía Sally. En Connecticut está permitido.

Baxter no estaba dispuesto a perder la venta.

—Su permiso de conducir, ¿por casualidad no está expedido en Florida?

—No. —A un tiempo maligno y curioso, Maynard resolvió acorralar un poco más a Baxter—. No conduzco. ¿Sólo las personas que lo hacen pueden comprar armas de fuego?

Los ojos de Justin acusaron la mentira, pero guardó silencio.

—No. Basta con un documento que acredite la residencia. Un recibo del alquiler, por ejemplo.

Maynard se sacó la cartera del bolsillo.

—Déjeme ver. Es muy posible que lleve alguno.

Seguido por Justin, se dirigió a un mostrador vecino. Baxter, en cambio, permaneció donde estaba, con el manifiesto propósito de procurarse una caja donde embalar el arma.

Apoyándose en el mostrador, la espalda vuelta a Baxter, Maynard arrancó de su agenda una hoja en blanco y en ella escribió, en letra de imprenta: «He recibido de Mr. Maynard la cantidad de 250 dólares en concepto de alquiler del apartamento 206 por el corriente mes de mayo.» Y, habiendo añadido la fecha y unas señas ficticias, firmó, con caligrafía muy historiada: «Molly Bloom».

—He encontrado uno —dijo a Baxter.

—¡Fantástico! —Baxter cogió el papel y, mirarlo, se lo metió en el bolsillo—. Me encargaré luego del papeleo.

—¿Prefiere que no le pague con tarjeta de crédito? —Podría resultar embarazoso.

—¿Qué tal un cheque?

—De primera. Pero extiéndalo al portador. Es más sencillo. Una cifra redonda.

Maynard sonrió.

—¿Cómo de redonda?

—Veamos... la pistola más la munición disparada, unas cien balas... Hágalo por doscientos dólares y yo le daré el cambio.

Maynard comenzó a rellenar el cheque.

—¡Ah! Olvidaba un pequeño detalle: mañana tenemos que tomar un avión.

—¿A Nueva York? —repuso Baxter—. No es problema. Métala en el equipaje que facturen. No lo pasan por los rayos X.

—No. A los Turcos.

—¿A los Turcos? —Baxter rompió a reír—. ¡Ningún problema! Tenga —abrió una de las gavetas y sacó una pistolera—. Llévela encima. Esos vuelos no ofrecen la menor seguridad.

—¿Y qué pasa con la aduana?

—Le registrarán el equipaje; pero a usted, a menos que sospechen que lleva contrabando, no le cachearán. Voy a darle un consejo, lleve algo prohibido y declárelo al llegar al aeropuerto.

—¿Qué, por ejemplo?

Baxter se adelantó y habló por lo bajo en la misma cara de Maynard. Tenía tan agrio el aliento, que Maynard hubo de hacer un esfuerzo para no recular, y apenas oyó lo que el vendedor le sugería. Pero asintió como si hubiera captado hasta la última sílaba.

6

Katherine salió con ánimo de tocar la campana que anunciaba la cena. El atardecer era espléndido, de una limpieza cristalina, y la brisa soplaba del sur con fuerza bastante para mantener alejados a los mosquitos. Escudriñó el cielo en busca de nubes, pero no había ninguna visible. Llevaban dos semanas sin ver la lluvia. La cisterna estaba baja y ahora se hacía preciso hervir todo el agua que sacaban de ella con ayuda de cubos, pues había adquirido un tono verdoso y estaba poblada de cosas vivas.

El tiempo seco, sin embargo, había hecho su artritis mucho más tolerable que en los últimos años, cosa por la que daba gracias. El sentimiento de gratitud la hizo sentirse egoísta, y el de egoísmo, pecadora. Resolvió orar pidiendo mayor fortaleza.

El sol había rozado el horizonte y descendía veloz adquiriendo el aspecto de una calabaza achatada. Katherine hizo ademán de asir el cordón de la campana, pero se contuvo, decidida a esperar unos minutos más. La que se iniciaba podía ser una noche perfecta para el rayo verde: el horizonte formaba una línea continua y aparecía libre de nubes. En el año que llevaba allí no había visto el rayo más que dos únicas veces, ambas en noches como aquélla. Ninguna de las demás personas había presenciado el fenómeno, y le constaba que en ello veían una experiencia personal, una revelación destinada a ella sola. Y quizá fuera así, aunque había leído relatos de marinos que daban cuenta del rayo verde.

Oculto el sol ya casi por completo, Katherine abrió los ojos, a fin de evitar el parpadeo: el rayo verde era más veloz que un guiño. Los últimos reflejos dorados se desvanecieron y, en ese instante, visto y no visto, hubo un alfilerazo esmeralda. Luego, el cielo se vació de luz, que fue a perderse en los confines de occidente, dejando una bóveda negriazul tachonada de estrellas.

Katherine sonrió, deseosa de ver un buen augurio en el rayo. Si el tiempo no cambiaba y la carga valía la pena y la máquina respondía y el capitán estaba sobrio, el paquebote llegaría dentro de unas pocas fechas para llevarse a la gente dejándole a ella dos semanas de soledad antes de que apareciese el próximo grupo. No habría de escuchar a nadie: no habría nadie a quien dar instrucciones, nadie a quien cuidar ni hacer la comida. Y, una vez más, avergonzóse de sus sentimientos.

El presente era un buen grupo, en realidad: agradable y más capaz de atender a sus propias necesidades que la mayoría. Aun así, tras un mes de zarzales, malezas, mosquitos, *guano* y calor, los niños se mostraban inquietos e indómitos. Orar sosegaba a los mayores, pero no bastaba para aplacar a los niños.

Hizo sonar la campana y se dio vuelta, para regresar al interior. Miró entonces al suelo y, al hacerlo, profirió un chillido al tiempo que tornaba, de un salto, a la arena. En el peldaño superior, un escorpión blandía atrás y adelante su cola a la boca de un

cuerpo donde inocular su ponzoña. Katherine arrojó un puñado de arena en aquella dirección y el insecto se escurrió presuroso hacia los matorrales.

Katherine se estremeció. Por mucho que también ellos fueran criaturas del Señor, jamás conseguiría acostumbrarse a los escorpiones, bichos repulsivos, abominables y peligrosos. Su picadura no sólo era dolorosa, sino, además, susceptible de acarrear trastornos y, en ocasiones —a los alérgicos, a los ancianos o a los muy jóvenes—, incluso la muerte. Dos de los niños de la actual expedición habían sufrido sus aguijonazos. Resultando uno de los pequeños alérgico en extremo, el accidente, de no ser por la farmacopea de Katherine, pudo haberle costado la vida.

Dos chiquillos corrían playa arriba en dirección al edificio. Katherine entró.

Eran, todos, miembros de una secta de cristianos ortodoxos opuestos al modernismo. Algunos eran polígamos; otros, como Katherine, solteros y ascetas. Procedentes de los Estados Unidos e Inglaterra, la isla constituía (sobre todo para los polígamos) su único refugio seguro. Para gozar de un mes en su retiro cursaban solicitudes con un año, o más, de antelación.

Construido un cuarto de siglo atrás, el retiro seguía siendo el único edificio de la isla: un blocao de hormigón, de quince por quince metros, en forma de estrella de cinco puntas. Una de éstas, destinada a vivienda de la residente, consistía, dividida en su parte central, en una alcoba y una capilla particular. Cada uno de los otros cuatro brazos ofrecía alojamiento para una familia: desahogado, si eran cuatro sus miembros; cómodo, si la componían seis personas, y sofocante, mísero y hacinado, cuando eran diez o doce sus componentes. De su número, en todo caso, dependía la prontitud con que los padres tornábanse irritables y los chiquillos imposibles.

El actual grupo era de buen gobierno. Incluida Katherine, eran doce los residentes en la estrella: dos parejas, cada una con dos chiquillos, y una mujer, madre de dos gemelos idénticos. No había polígamos practicantes en esa expedición, circunstancia que Katherine celebraba, pues, por más piadosos que fueran, tendían aquéllos a crear dificultades. Suspicaces, prontos a ofenderse por cualquier menudencia, maestros en imaginar desprecios, tomaban a crítica, las sugerencias, y a condena las críticas.

El centro de la estrella contenía una vasta habitación circular dividida, en su parte media, por una estera de junco. Uno de ambos lados tenía media docena de sillas de bambú, dos lámparas de petróleo y un librero llena de biblias y otros textos religiosos. La parte opuesta la ocupaba la cocina, compuesta por una mesa, hecha de tablas recuperadas del mar, y un enorme hogar en cuyo interior podía permanecer derecha una persona. El único aparato eléctrico existente en el blocao era un refrigerador, alimentado por una dínamo que funcionaba a base de gasolina, para la conservación de medicamentos y leche.

Tres mujeres estaban en pie ante la mesa preparando un salpicón a base de caracoles marinos. Los hombres, que los habían extraído zambulléndose desde un

esquife, estaban sentados en el cemento del suelo y, unos con la ayuda de hachetas, otros sirviéndose de cuchillos, desprendían de la concha la carne, la limpiaban y, troceada, entregaban a las mujeres la parte comestible.

Los niños fueron llegando, uno tras otro, del exterior.

Para cuando la comida estuvo dispuesta, no había en la estancia más luz que la procedente del fuego de la cocina. Uno de los hombres encendió las dos lámparas de petróleo y colocólas encima de la mesa.

—¿Está aquí todo el mundo? —preguntó Katherine según llevaba los cuencos de salpicón a la mesa.

Una voz infantil le respondió:

—Josh y Mary están afuera todavía.

—¿Y qué hacen afuera? —indagó uno de los hombres.

—Están cogiendo huevos.

—Han oído la campana —replicó en tono firme una de las mujeres—. ¿Acaso no conocen las reglas?

—Hay mucha cena —proclamó Katherine en tono festivo—. No se acostarán con hambre.

—Bien lo merecerían.

Enlazados por la mano en torno a la mesa, pronunciaron la oración de gracias y acometieron lo servido. Masticaban ruidosamente, mojando migas de pan en el jugo de los caracoles.

La puerta se abrió de un golpe y, plantado en el umbral, un chiquillo anunció jadeante:

—¡Se acerca una barca!

Katherine se quedó helada. Ninguna embarcación surcaba aquellas aguas, y menos por la noche. Sembrado todo el litoral de la isla de rocas agudas como cuchillas, algunas situadas tan sólo a unos centímetros de la superficie, la travesía, peligrosa durante las horas de luz, era suicida después de ocultarse el sol.

—¿Y qué? —dijo uno de los hombres.

—Algún pescador, supongo —apuntó otro.

—Siéntate a la mesa —ordenó la madre del chico.

—¡Chitón! —dijo Katherine a los congregados. Y, acto seguido, dirigiéndose al muchacho, agregó—: Ese bote, Joshua, ¿iba de paso o se dirigía hacia aquí?

—Viene hacia aquí, señora. Directo a la embocadura. Levantándose, uno de los hombres dijo:

—Echaré una ojeada.

—Quédese donde está —replicó Katherine—. Lo haré yo.

—No me incomoda.

—¡Quieto, he dicho!

El hombre volvió a su asiento sin discutir.

Dirigiéndose al chico, Katherine bisbiseó:

—¿Dónde está Mary?

—Estábamos cogiendo huevos. Entonces encontró una cría de pájaro y dijo que iba a buscar el nido y dejarlo allí.

Katherine rebasó al chico y ganó el exterior. Volvió la mirada hacia la embocadura, una angosta brecha entre rocas que daba acceso a la caleta y a su playa, de no más de veinte metros de anchura en cuya arena distinguió, escorado, el esquife de la isla.

El bote, apenas una mancha sobre la oscuridad del agua, viraba, unos sesenta metros aguas adentro, hacia la embocadura.

Podía tratarse, pensó Katherine, de una barca de pesca sorprendida por una brisa adversa, o de algún pescador clandestino procedente de Haití, a la busca de un escondrijo donde pasar la noche.

Pero, cuando la barca quedó iluminada por un rayo de luna, sus esperanzas se desmoronaron: era la de la otra vez.

Durante los últimos diez meses, Katherine había hecho por convencerse, a fuerza de tenacidad y devoción, de que la piragua no había sido sino una quimera, de que lo sucedido no era real, sino una prueba más, una grotesca pesadilla destinada a forjar su fe. Y casi había llegado a creerlo. Ahora su único pensamiento fue: «¿Tanto he pecado?»

Aún seguía Katherine atenta a la piragua cuando ésta encontró viento. Su vela latina orzó y fue arriada. A popa y a proa aparecieron remos que hendieron el agua.

Katherine corrió en dirección al más próximo brazo de la estrella y, desde allí, escudriñó la penumbra en busca de la niña ausente. No se atrevió a alzar la voz.

Volviendo al blocao cerró la puerta y pasó el cerrojo. El corazón le latía con violencia. Luego de efectuar varias profundas inspiraciones, y tan serena y rigurosamente como pudo, dijo:

—Escúchenme todos. Van a hacer exactamente lo que les mande. No hay tiempo para preguntas. Entérense tan sólo de lo siguiente: quien desobedezca está diciéndole al Señor: «Ha llegado la hora de que me acojas en tu seno.»

Dicho eso, y habiendo levantado la estera de junco, descubrió una trampilla de madera que quedaba al mismo ras del suelo. Alzándola, la puso a un lado. Una escalera de mano conducía a un negro foso.

—Vacíen aquí lo que hay en la mesa —ordenó—. Sin olvidar nada.

La mesa fue despejada rápida y silenciosamente. Platas, cuencos y tazas apenas hicieron ruido al caer en la arena del fondo.

—Y ahora ¡todo el mundo abajo! De prisa. Cuidado con caer.

Ayudó a un niño a localizar el primer peldaño de la escala.

Uno de los hombres farfulló obstinado:

—Creo que tenemos derecho a...

—¡Calle la boca! —replicó Katherine—. Y, a menos que desee morir, métase ahí dentro.

—Pero, ¿dónde está Mary? —gimió una de las mujeres.

—En los matorrales. Cuando esté ahí abajo, rezen al Todopoderoso para que la mantenga alejada.

Reunidos ya todos en el foso, Katherine se arrodilló en el suelo y dijo:

—Guarden el mayor silencio. Cuidado con toser o estornudar. Si rezan, háganlo mentalmente. —Y, echando entonces la trampa, colocó la estera en su antiguo lugar.

A continuación revisó una vez más la mesa sacudiendo migas de pan y enjugando con el faldón del vestido gotas del jugo de los caracoles. Luego abrió el cerrojo de la puerta y, situándose de pie en la estera de junco, las manos cruzadas ante el pecho, se puso a rezar.

Se oyó el crujido de pisadas, primero en la arena y, luego en los escalones de hormigón. La puerta se abrió con violencia.

Eran dos, sus negras siluetas recortadas sobre la luz de las estrellas.

Porque no distinguía sus caras, no pudo saber si eran los de la otra vez. Una ráfaga atravesó el umbral trayendo su olor y Katherine se estremeció con el recuerdo.

No hablaron.

Como imaginara, y como había ocurrido ya en su anterior visita, la tumbaron encima de la mesa y la violaron uno tras otro sin mostrar, sin embargo, brutalidad gratuita. La inútil resistencia que la mujer opuso fue aceptada sin ira y vencida sin esfuerzo. El cuchillo que le habían puesto en la garganta era más un gesto que una necesidad. Ella cerró los ojos, para no verles, contuvo cuanto pudo el aliento, para no percibir su hedor, y prorrumpió, en su interior, en exaltadas oraciones que ahogasen los rezongos de ellos.

Fue, todo, muy frío —como si sus visitantes fueran inspectores llegados a tomar la lectura de un contador—, y, cuando hubieron terminado, la ayudaron a enderezarse. Katherine se asió al borde de la mesa tragando bilis y haciendo por no desmayarse.

—¡Mercurio! —pidió uno de ellos.

Katherine asintió. En su anterior visita no había comprendido lo que querían y ellos, conforme a lo que parecía una costumbre, la habían torturado según trataban de explicarse: después de sajarle el interior de los muslos con la punta de un cuchillo, habíanle frotado jugo de limón y pimienta en las incisiones. Por último, y a fuerza de hilvanar frases y palabras sueltas, había ella comprendido lo que deseaban.

Los condujo al refrigerador. Los medicamentos venían en cajas de doce botellas.

Katherine tomó una, de penicilina, y dos jeringuillas.

—Se echará a perder si no se guarda en un sitio frío —advirtió—. ¿Cuántos son los enfermos?

—Muchos.

Llévensela toda.

—Ron —dijo el compañero del anterior.

—No tengo ron.

El hombre la apartó de un manotazo, metió la mano en el refrigerador y sacó una botella de plástico que contenía 'un litro de alcohol isopropílico.

—No beba eso —exclamó Katherine—. Se pondrá muy enfermo. Lo uso para curar el mal de oídos.

—No le oigo. Tengo mal de oídos.

Rompiendo en una risotada, el hombre desenroscó el tapón, echóse un roción de alcohol en la oreja y, luego, tomó un largo trago de la botella. Un temblor le sacudió el pecho. Tosió, espurreó y dijo:

—Sí: es espirituoso esto.

Y, tapándola, se guardó la botella bajo la camisa.

—Marchense ya —dijo ella según cerraba la puerta del refrigerador.

Percibió entonces un débil, confuso ruido cuya procedencia no logró determinar. Sin saber si partía del foso, bajo sus pies, o del exterior, dio unos pasos arrastrando arena de la que cubría el suelo.

—Sí. Buenas noches, señora. Y que Dios la bendiga. Katherine se quedó a la espera de verles partir.

Pero ellos permanecieron donde estaban, escuchando.

Y entonces distinguió lo que los hombres oían: pasos que cruzaban ligeros la arena. Y, en seguida, la voz de una niña que exclamaba, dichosa:

—¡Miren lo que he encontrado!

Katherine profirió un alarido de angustia.

Mary entró en la habitación sin reparar en los hombres.

—¡Un pájaro chiquito! —dijo anidándolo en las manos—. Mire... ¡Oh!

—¡Déjenla en paz! —gritó Katherine—. ¡No es más una niña!

Era absurdo, y Katherine lo sabía: Mary contaba doce años, era alta para su edad y corpulenta. Pero no desesperaba: aún no habían pasado cinco minutos desde que la poseyeran a ella. Mary retrocedió hasta topar con la pared.

—¿Quiénes son ustedes?

—Buena pregunta —dijo uno de los hombres—. Y tú, ¿quién eres?

—Señorita Katherine... —comenzó Mary con voz llorosa.

Ciega, irreflexivamente, Katherine se abalanzó sobre el hombre que tenía más próximo. Sin apenas tomarse la molestia de mirarla, él le atenazó el cuello con la

mano y la arrojó al suelo. Luego le arrancó a Mary el pájaro que tenía en la mano, lo estrujó, lo lanzó a un lado y, asiendo a la niña por el codo, la condujo a la puerta.

Presas del pánico, Mary rompió a gritar y forcejear, hasta que el hombre la abofeteó y dijo:

—Quieta, o por Dios, que es mi juez, que te corto la lengua. Tú te vienes con nosotros.

Katherine, que seguía en el suelo, clamó:

—¡Devuelvanmela, se lo suplico!

El hombre que sujetaba a la niña se detuvo en el umbral.

—¿Que se la devuelva, señora?

Así será, si ése es su deseo. —Tirando a Mary del cabello le hizo alzar la cabeza y, el machete aplicado a su garganta, añadió—: ¿En cuántos pedazos, dígame? ¿Para guisar o rustir?

Los visitantes prorrumpieron en carcajadas y, empujando a Mary ante ellos, salieron del blocao.

Katherine se quedó tendida en tierra escuchando los gritos de la niña que se perdían en la noche.

El aeroplano era un DC3, viejo y destartado, y el piloto, un albino llamado Whitey, de ensortijados cabellos blancos, iris color de rosa y piel como la tiza. A causa del sol, que no podía soportar, llevaba camisa y pantalones blancos, aquélla de manga larga, un sombrero de ala ancha y gafas oscuras. Aun a aquella temprana hora de la mañana, apenas salido el sol, había buscado la protección del ala de babor para dirigir la carga del aparato.

Whitey condujo a Justin al asiento del copiloto y desplegó para Maynard una silla de tijera, que puso en la tablazón situada justo detrás de la cabina.

—¿No hay cinturones de seguridad?

—¿Y para qué los quiero, si no llevo pasaje? A los pollos no hay que sujetarlos.

El espacio abierto detrás de Maynard estaba prieto de carga: cajas de fruta, víveres enlatados, cajones frigoríficos de carne congelada, tres jaulas de gallinas vivas y un cerdo comatoso.

—No queda más remedio que drogarlos —explicó Whitey refiriéndose al animal—. Cierta vez, una hembra se me despertó a mitad de camino de las Bahamas y empezó a hozar, ya sabe, con el morro. Se cargó la mitad de la tablazón y por poco nos manda al charco. Total que tuve que afrijolarla.

—¿Lleva armas de fuego a bordo?

—¿Yo? ¡Qué disparate! —exclamó Whitey. Y en seguida, dedicando a Maynard una sonrisa, agregó—: Pero en un viejo cacharro como éste, te pones a buscar y encuentras de todo.

Al alcanzar el extremo de sotavento de la pista, Whitey aumentó la velocidad del motor, consultó los indicadores y soltó los frenos. El aparato se puso en marcha con un respingo.

Mediada la pista, todavía seguían en contacto con el suelo. Tirando hacia atrás con suavidad de la palanca de mando, Whitey comenzó a jalear al aparato:

—Venga, tesoro... levanta el culo, cariño... anda ya... —El avión no se alzaba—. ¡Arriba ya, maldita sea! —juró Whitey dando un violento tirón a la palanca.

Lenta, laboriosamente, el aparato se despegó del suelo conforme desaparecía, veloz, el final de la pista.

Maynard se miró las palmas, relucientes de sudor, y se las secó en los pantalones. Lejos, a la derecha, tirados en una ciénaga, distinguió los esqueletos de tres o cuatro aeroplanos que una niveladora había reunido en un montón.

—Y eso, ¿qué es? —quiso saber.

—Les llamamos sorpresas —explicó Whitey—. Se lanza uno pista adelante, seguro de despegar como si tal cosa y ¡sorpresa!: no despega.

El albino viró, inclinándose, a la derecha, hacia el este, cara al brillo cegador del

sol. Vuelto hacia Justin, dijo:

—Tienes un termo de café delante de los pies. ¿Quieres servirme una taza?

Cuando Justin se la entregó, Whitey soltó los mandos y dijo:

—Anda, sé buen chico y manténmelo en curso.

Justin obedeció feliz. Prieta la mano en torno a la palanca vertical, adelantó el cuerpo a fin de salvar el obstáculo visual del morro.

Whitey, que se había sacado del bolsillo un frasco de licor, vertió un chorro en la taza. Luego ofreció a Maynard la botella.

—¿Un poco de abreojos?

Percibiendo el olor del *bourbon*, Maynard sacudió la cabeza, en señal de negación.

—¿Siempre vuela... así?

—Hay que ponerse en órbita, amigo. El viaje es un cañazo.

Whitey se guardó la botella y sacó un mapa de una bolsa situada bajo su asiento. Retrepado, los pies en el cuadro, lo desplegó.

—Bueno... a ver si damos con la perra de ella. Desde aquí arriba, todas parecen iguales.

Maynard hizo una profunda inspiración y exhaló. Se volvió hacia Justin:

—¿Cómo va eso?

—De primera. Esto es fenómeno.

Después de atravesar la corriente del golfo y sobrevolar Bimini y Cat Cays, viraron hacia el sur, camino de Andros y el archipiélago de las Bahamas. El día era transparente y sin nubes, y el agua ofrecía una docena de tonalidades de verde y azul, desde el turquesa de las cornisas próximas a la costa, salpicado de pardo en los arrecifes de coral, hasta el cálido añil que comenzaba al sur de aquéllos para adquirir matices oscuros, casi negros, en las zonas abisales.

Tres horas después de haber dejado Miami, Whitey adelantó el cuerpo para escrutar, los ojos semicerrados, el horizonte. Su línea se extendía ininterrumpida salvo por una solitaria nube que parecía pegada al agua.

—Eso debe de ser Caicos —apuntó el piloto.

Maynard no veía tierra por ninguna parte.

—¿Dónde?

—Ahí, debajo de esa nube. El calor que sube de la tierra choca con el aire frío y forma un estrato.

Poco después se hacía visible una delgada línea gris y espejeante. Conforme se acercaban, cobró forma de isla.

Whitey avanzó de un codazo la palanca de mandos y el morro del aparato se inclinó hacia abajo. La aguja del altímetro inició un lento descenso, por unidades de cien pies, desde los ocho mil a los cuatro mil. Al alcanzar los tres mil pies

sobrevolaban una isla desprovista de vegetación. Maynard avistó un edificio en forma de estrella.

—¿Qué es eso?

—Fanáticos religiosos —respondió Whitey.

—¿Y qué hacen en ese rincón dejado de la mano de Dios?

—Practicar sus chaladuras, me imagino.

El piloto viró en sesgo y el aparato dejó atrás la isla.

Hacia el este, a muchas millas de distancia, Maynard distinguió varias islas de mayor tamaño. Las Caicos, dedujo evocando el mapa: la Norte, la Grande y la isla de Navidad. Hacia el oeste las había también, diminutas, desólitas, cubiertas de maleza y batidas por las olas. Justo al frente quedaban los Bajíos, una inmensa extensión de arena y hierba, sumergida a no más de seis pies de profundidad, cuyo extremo occidental formaba un abrupto escalón sobre una sima de mil quinientos metros.

Maynard recordó un comentario de Michael Florio: cuando aún se navegaba a vela, y sobre todo en la época de los torpes, ingobernables navíos de cruzamen, los bajíos de las Caicos se consideraban los más traicioneros del hemisferio. Apartados de su curso por alguna tempestad, los barcos creían encontrarse en aguas relativamente seguras, a juzgar por el testimonio de las sondas, hasta que, por encima del bramido del viento, se hacía audible un curioso estrépito, como de rompientes, sólo que no podía tratarse de eso, pues no las hay en alta mar. Proseguían, sin embargo, hasta que el vigía, los ojos escocidos por la sal, avizoraba lo imposible: una masa de gigantescas rompientes justo delante de la proa. Y ya era demasiado tarde. Entre reproches, cantos fúnebres y oraciones, la nave iba a estrellarse contra las rocas y, minutos más tarde, desaparecía. Sus restos se diseminaban por todo el bajío. Algunos de los supervivientes conseguían asirse a superficies flotantes. Veintisiete hombres, contaba Florio, se salvaron así de uno de esos naufragios. Aupados a un trozo de cubierta, atravesaron cincuenta kilómetros de bajío hasta que el aguaje los empujó a la costa de la isla Grande. Veintiuno de ellos murieron de sed, cuatro se suicidaron enloquecidos por los mosquitos y dos salvaron la vida.

Un aeródromo apareció al frente: el del Cayo de Hueso Grande. Tras apurar la botella, Whitey viró por dos veces en acusado sesgo, primero a la izquierda y, luego, a la derecha, hasta enfilarse la pista.

—Bajar alerones —dijo para sí al tiempo que tocaba un conmutador—. Alerones bajados.

El aparato redujo marcha.

—Fuera el tren de aterrizaje. —Un segundo conmutador hizo parpadear una luz—. Tren de aterrizaje fuera.

El aparato dio en la pista con demasiada fuerza, rebotó, volvió a chocar y se estabilizó. Whitey lo hizo rodar lentamente hasta un edificio rectangular, de cemento,

ante el cual esperaban dos camiones y acaso una docena de personas, entre ellas dos empleados que portaban sendas tablillas de escribir y exhibían charreteras en sus almidonadas camisas blancas.

Whitey apagó los motores y dijo a Maynard:

—Si lleva cualquier cantidad de hierba, éste es el momento de botarla. Les enfurece la hierba, y la prisión no tiene rejilla contra los mosquitos.

—Yo estoy limpio —dijo Maynard sintiendo un aflujo de adrenalina y sudor.

Tras comprobar que llevaba abrochada la chaqueta, apretó el brazo contra el costado izquierdo y se colgó el saco de viaje en ese mismo hombro.

—¿Quiere regresar hoy mismo?

—¿Lo hará usted?

—Digo. —Whitey consultó su reloj—. Son las once. Descargar les llevará una hora; otra para el almuerzo, y otra más para cargar de nuevo. Saldremos a las dos.

—Aquí estaremos.

—No les esperaré.

—¿Dónde estará entretanto?

Whitey señaló el edificio.

—Ahí dentro. Donde Cyril: Palacio de la Tortuga y el Caracol. —Se caló el sombrero y sonrió según añadía—: Está a la sombra.

Completamente cubierto de blanco, la cara oculta por el sombrero y las gafas, Whitey parecía el Hombre Invisible. Maynard comentó, amable:

—Este clima debe de ser terrible para usted.

Whitey se encogió de hombros.

—No me compadezca. Los monstruos nos llevamos todas las tías viciosas.

Se escurrió por el pasillo, entre canastos y cajas de cartón, y abrió la puerta.

Maynard y Justin cruzaron la explanada que daba frente al edificio y penetraron en éste detrás de un hombre —el primero que había salido al encuentro del avión para recibir de Whitey un ejemplar del *Herald* de Miami— que, una vez en el interior, se sentó en un banco y se puso a leer los dibujos humorísticos.

Atendía el mostrador de la aduana un joven agente de policía de uniforme impecable a no ser por la película de polvo que mostraban sus zapatos negros. Tendiendo la mano ante Maynard, dijo:

—Pasaporte, visado, billete de regreso.

Maynard se apretó el saco contra el costado y, con la mano libre, sacó la billetera, que registró hasta encontrar su credencial del *Today*. Se la entregó al agente.

—No nos quedamos —dijo, como si con eso lo explicara todo.

Tras examinar la tarjeta, el policía se la puso a Maynard delante de la cara.

—¿Y con esto se presenta usted en un país extranjero? —le interpeló—. ¿Por quién nos ha tomado?

Maynard estaba sudando.

—Verá, anoche telefoneé desde Miami y...

—¿Por quién nos ha tomado usted?!

Intimidado, Maynard resolvió aplacar al agente antes de que su indignación diese lugar a un arresto que acabaría en registro. Acodándose en el mostrador, dijo en tono confidencial:

—Creo que es usted más listo de lo que da a entender.

—¿Cómo?

—Oiga... ya sabrá usted lo que es una tarjeta de prensa... Vengo comisionado por *Today* para realizar un artículo, y, como trato de mantenerlo en secreto, le agradecería que no dijese nada.

—¿Un artículo? ¿Qué artículo?

—¿Va a quedar entre nosotros? Maynard alzó las cejas y miró furtivamente a derecha e izquierda—. Sabemos de buena tinta que un multimillonario americano está a punto de comprar toda una isla de por aquí para convertirla en una especie de balneario. Puede hacer ricos a muchos, a condición, claro está, que la cosa se lleve discretamente. Por eso estoy aquí.

Tan rápido había discurrido, que al acabar no recordaba la mitad de lo dicho. Pero el policía pareció impresionado.

—¿Y cuánto le llevará eso? —indagó.

—Hasta las dos, nada más. Ya ve: ni maletas ni nada.

—¿Y quién es ése? —el agente indicó a Justin.

—Mi ayudante —contestó Maynard. Y, baja la voz, añadió—: Padece un trastorno glandular. No le haga ninguna observación, que se ofende por nada.

—¿Es posible? —el agente parecía perplejo.

—A lo que íbamos: anoche llamé para concertar una cita con el señor Makepeace, pero no estoy seguro de que recibiera el mensaje. ¿Dónde podría encontrarle?

El policía se volvió hacia el hombre que leía sentado en el banco.

¡Eh, Birds!

—¿Hum? —musitó aquél, siempre atento a los dibujos cómicos.

—Este buen hombre. No sé qué rollo me cuenta, de un artículo.

—¡No es ningún rollo! —protestó Maynard.

—Claro. ¿Tiene algo que declarar?

—Bueno... —recordando el consejo de Baxter, Maynard trató de mostrarse avergonzado—, pues sí, ya que lo menciona.

—Veamos.

—Con extremo cuidado, Maynard deslizó la mano en el saco de viaje.

—Si no me lo llega a decir el piloto, jamás se me hubiera ocurrido que fuese ilegal. —Tendió al policía un número de *Hustler*—. Espero que no creerá que

intentaba violar sus leyes.

—Suerte ha tenido en anticiparse —respondió el policía—. Si se lo llego a encontrar yo en la bolsa, hubieran sido cincuenta dólares de multa.

—Sí, señor —repuso Maynard.

Concluida la lectura de los dibujos, el representante gubernamental alzó del banco su magrísima figura y se plantó ante Maynard. Aproximadamente iguales de edad y estatura, Makepeace, sin embargo, era un huso. Si Maynard se consideraba a sí mismo delgado, al hombre que tenía delante sólo podía calificarse de esquelético. La cabeza no era más que una calavera cubierta de piel negra, y las manos, un juego de huesos. Tan enorme era el peinado Afro que lucía, que, pensó Maynard, si un viento fuerte hacía vela en él, podría derribarlo.

—¿Cómo está usted? Me llamo Blair Maynard.

Makepeace avanzó con cautela la mano, como si temiese que un apretón demasiado efusivo pudiera troncharle los huesos.

—Yo soy Burrud Makepeace —se presentó—. Pero Birds es más fácil. —Miró a Justin—. ¿Su ayudante?

—Justin.

Makepeace estrechó la mano del muchacho.

—Evvv no me dijo lo que le traía a usted por aquí. No me dio tiempo de explicárselo. La línea se quedó seca.

—Aquí la prensa no siempre es bien recibida.

—Oh.

—No es que le cerremos la puerta, entiéndame. Pero ya no nos la tomamos con los calores de antes. Lo hicimos, más de una vez, y sólo sacamos un bofetón en la boca.

—No puedo creerlo...

—Créalo. Los periodistas se presentan aquí, la más de amistosos y corteses, como ahora usted, diciendo que van a escribir un artículo sobre este paraíso perdido: como si el mundo nos descubriese por primera vez. Se harta de comida, de paseos en yate y de lo que usted quiera, todo gratis, y luego se van y escriben un artículo que habla de miseria, mosquitos y chiquillos famélicos. Que se los lleve el demonio. Que se vayan a Nassau. —Makepeace dominó su cólera—. Así pues, ¿qué piensa escribir usted, reportero?

—En primer lugar —respondió Maynard—, mi artículo no es turístico. Y, segundo, no quiero nada de gratis.

—De eso último sólo podrá convencerme— replicó Makepeace con una sonrisa— si me invita usted a almorzar.

Se desplazaron en el jeep de Makepeace, un vehículo abierto. Si bien la carretera había estado asfaltada, ahora era discutible si había baches en el firme, o un poco de

cemento en torno a los baches, llenos de barro seco. Cuantas veces se cruzaban con otro coche, una nube de polvo envolvía al jeep.

Makepeace dejó la carretera principal y siguió un par de roderas en pendiente que conducían a un conjunto de bungalows al que un cartel llamaba Motel del Nido del Cuervo. El mayor de ellos anunciábase como bar y restaurante.

Makepiece los condujo a través de un comedor hasta una terraza con vistas a una cala en forma de media luna.

—Pensé que a su... ayudante... le gustaría darse un baño.

Maynard se encaró a Justin.

—¿Qué dices tú?

—Que me gustaría. ¿Puedo tomar una hamburguesa de queso?

Maynard le entregó el saco de viaje.

—Los vestuarios están ahí, a la vuelta —indicó Makepiece—. Y hay balsas en la playa.

Desaparecido Justin, y habiendo encargado de beber, Maynard expuso a Makepiece la razón de su viaje. Tras mencionar el número de embarcaciones desaparecidas y lo que la Guardia Costera sustentaba al respecto, señaló que la mayor parte de esos ciento y pico de barcos habían ido a perderse en la zona de Caicos y las Turcos.

—Y nadie se explica cómo ni por qué.

Se guardó, para no herir susceptibilidades, de formular la opinión de Florio, de que alguien robaba esas embarcaciones.

Makepiece no se mostró ni sorprendido ni preocupado. No había más que cortesía en su interés.

—Es un enigma, desde luego —dijo—. Me doy perfecta cuenta de ello.

—¿Cómo se lo explica?

—¿Yo? —La ocurrencia divertía a Makepeace—. ¿Por qué me pregunta a mí? No tengo la menor idea.

—Y ese asunto ¿no le inquieta?

—¿Por qué habría de inquietarme?

—Están ustedes cogiendo fama... —Maynard hizo una pausa y precisó con tacto—: ...es decir, no ustedes, sino esta zona, de ser un lugar peligroso. Eso no puede beneficiarles.

Makepiece rompió a reír.

—Hace trescientos cincuenta años que somos peligrosos. Esto ha sido fondeadero de traficantes de ron, de traficantes de armas, de piratas, de pescadores clandestinos y, en los últimos tiempos, de traficantes de drogas. No somos nosotros, sino los propietarios de yates, quienes han cambiado: creen que estas aguas son un campo de juego. Pues bien, son unos imbéciles redomados. Daré a su pregunta una respuesta

sencilla: los barcos han desaparecido y la gente que llevaban a bordo está muerta.

—¿Y no le preocupa a qué se debe?

—No. Poco importa cómo uno muera. Es como si me preguntase usted si no me inquieta el que Rusia y los Estados Unidos puedan entrar en guerra. Me tiene sin cuidado. Ni puedo evitarlo ni nos afectaría gravemente. Si los Estados Unidos volasen mañana en pedazos, muchos de nosotros moriríamos de hambre. Pero eso ya nos ha ocurrido. Y siempre ha quedado algún superviviente.

—Pero usted tiene la responsabilidad...

—¿De qué? ¿De asegurarle unas buenas vacaciones a cualquiera que se ponga un traje de marinero? No. Yo estoy al frente de esto, una isla minúscula —Makepiece golpeó el suelo con el pie—, como se cuidan las moscas del estercolero. Porque eso es lo que somos, ¿sabe?: un estercolero. La mayor parte del mundo ni siquiera tiene noticia de que existimos, y el resto piensa que somos una horda selvática e ignorante. No es culpa nuestra. Llegamos aquí convertidos en esclavos y a fuerza de golpes nos inculcaron que no teníamos más destino que ése. Yo conseguí escaparme: mi madre, de niño, me mandó a Nassau, para que aprendiera. Y lo hice. Aprendí que lo mejor a que podía aspirar era a un empleo de camarero, de conductor de taxi o, con influencias, de obrero de la construcción. Fue entonces cuando se independizaron las Bahamas. Todo el mundo se llenó de esperanza. ¡Esperanza! —Makepiece produjo una sonrisa sarcástica—. Los políticos blancos fueron sustituidos por políticos negros que necesitaban mostrar su orgullo y su autonomía. Faltó poco para que hundieran el país.

«De manera que me dije: Birds, tienes que volverte a las Caicos y enseñarles lo que hay que hacer. Y así lo hice. Regresé, junté a un grupo de amigos, arrojamos unos cuantos cócteles Molotov aquí y allá y los ingleses dijeron: que ustedes lo pasen bien. Y aquí me tiene, de representante gubernamental, mosca jefe de un pequeño pastel. Estoy al cargo de unos cientos de personas, la mayoría analfabetos. Los que no trabajan para el gobierno, pescan. Pero son tantos, que los viveros están siendo esquilados, y dentro de unos años no nos quedará ni eso. La gente no espera mejoras de ninguna clase y en ningún momento. Les han concedido el derecho al voto, pero no tienen por qué votar. Tienen toda la libertad que quieren, pero la libertad no se come. —Makepiece hizo una pausa—. ¿Y todavía quiere usted que me desvele el que un yanqui culón se mande a hacer puñetas?

—Está el turismo —observó Maynard—. Una vieja solución que sí se puede comer.

—Nos va llegando, poco a poco. Pero no tenemos gran cosa que ofrecer. Soledad. Agua limpia. Mosquitos. Llevamos cien años de retraso.

—Hay gente dispuesta a pagar, sólo por eso último.

—Me consta —sonrió Makepiece—. Algunos de esos nos visitan. Y no deja de

hablarse de la aparición de grandes empresas yanquis que construirán campos de golf y pistas de tenis y clubs de mar. Si eso llega a ocurrir, habrá dinero una temporada, hasta que alguno se apodere del gobierno, saque a patadas a los yanquis y ponga a gente del país al frente de la industria. Pasados cinco años, todo volverá a ser un estercolero.

—Le veo optimista.

—Realista es lo que soy. Urbanizar esto no tiene sentido, y convertirlo en nación, mucho menos todavía. La naturaleza no tenía previsto que fuera poblado más que de mosquitos.

La camarera trajo la comida: un salpicón de pescado, caracoles rebozados y, para Justin, una delgada almohadilla grisácea, de carne picada cubierta por una mancha de queso de crema y envuelta en pan.

Maynard miró hacia la playa y vio a Justin que, subido en una balsa neumática, contorneaba un recodo de la cala y remando se dirigía rápidamente hacia la playa. Silbó entre dientes y Justin le saludó con la mano.

—No encontrará respuesta a sus yates desaparecidos —declaró Makepiece—; al menos, no aquí. La mayoría o no saben o no quieren saber. No conduce a nada hacer preguntas sobre cosas que no podemos remediar. No quiero decir que algunos no sospechen, pero no tienen por qué hablar con usted. Si algo saben, será porque algo les va en el asunto; hablar nada le reportaría. Personalmente, dudo que haya en esto ninguna verdad oculta. Son cosas que pasan: buenas unas, malas otras, y algunas que nadie entiende. Suceden —Makepiece se encogió de hombros— y la vida sigue.

Justin se acercó a la mesa envuelto en una toalla de baño. Miró horrorizado la viscosa suela que le habían puesto en el plato.

—¿Qué es eso? —susurró a su padre.

—La hamburguesa que pediste.

—¡Es vomitiva!

—Cómela.

—Me moriré de hambre y será por tu culpa.

—Come.

—Seguro que me da una diarrea. —Tanteó el pan con el tenedor: era pastoso. Miró entonces a Makepiece—. ¿Qué es ese barco que hay ahí abajo?

—No sé. ¿Dónde?

—Detrás de las rocas. Medio hundido en la arena. Makepeace pidió a la camarera que se acercara. Hablando con ella volvió al deje cantarín de las islas.

—¿Qué es ese barco que hay en la playa?

—No lo sé, mi amigo. Lleva ahí más de un mes.

—¿Queda dentro algo de valor?

—No quedan ni los clavos, amigo. Seguro que lo han tirado.

—Nadie tira un yate.

—Ése, sí. Lo limpiaron y luego lo tiraron.

—Está bien. —Makepiece despidió a la camarera y dijo a Maynard—: Podemos echar una ojeada.

Terminado el almuerzo bajaron a la cala y se abrieron paso entre un promontorio de rocas hasta una larga faja de arena blanca.

El despojo del yate se encontraba encallado en las dunas por encima de la línea de la marea alta. El aguaje lo había empujado a la playa lateralmente, hundiendo su quilla en la arena. Escorado, su cubierta se inclinaba hacia el agua. En su día había sido un velero de treinta o treinta y cinco pies, con una cámara sobre cubierta (desaparecida) y un único mástil (ausente también). El cuartel de la escotilla delantera había sido arrancado, y el maderamen de alrededor, atacado a golpes de hacha —por cazadores de pecios, supuso Maynard— tras llegar a tierra la nave.

Maynard limpió de arena la cavidad con asientos próxima a la popa. Había desaparecido el volante del timón, todas las aplicaciones de latón y cromo y hasta las mismas cornamusas, desatornilladas del casco de la cubierta. El casco era, todo, agujeros de tornillos. Maynard se daba ya la vuelta cuando algo irregular atrajo su atención: una de las perforaciones destinadas a los tornillos era más grande que las demás, y no estaba vacía. Se volvió hacia Justin.

—¿Llevas tu cuchillo? Mira si puedes sacar lo que hay ahí dentro.

Justin se arrodilló en la depresión de la popa y escarbó en la madera con la navaja. Le llevó varios minutos ensanchar el agujero, y algunos más desprender el objeto incrustado. Realizó el trabajo con ritmo y paciencia, sin precipitarse.

—Es una bola —anunció según la dejaba caer en la mano de su padre—. Y pesa.

Maynard asintió.

—Es plomo. —Se encargó a Makepiece—. ¿Qué reglamento tienen ustedes en cuanto a armas de fuego?

—Muy sencillo: no pueden usarse.

—¿Y en materia de armas antiguas? Trabucos, fusiles de chispa...

—Nunca se ha presentado el caso. ¿Por qué lo pregunta?

—Esto es una bala —dijo Maynard según la volteaba entre los dedos—, y, como puede ver por estas marcas de molde, de fabricación casera.

—Y eso ¿qué le dice?

—¿Por sí mismo? Poca cosa. Sólo que alguien disparó al yate, o a alguien que en él se encontraba, con una pistola antigua.

Makepiece consultó su reloj y dijo:

—Es cuestión de que les lleve al aeropuerto.

Al entrar el jeep en el recinto de la estación aérea, vio Maynard el DC3 rustiéndose, en la pista, bajo el sol de mediodía. La puerta de la cabina estaba abierta,

pero no así las escotillas de carga. No se advertía actividad alguna en torno al aparato.

—¿Por qué no cargan? —quiso saber—. Whitey dijo que la operación llevaría una hora.

Makepeace pareció confundido por un instante. Luego rió:

—¿Eso le dijo? Aquí no toma más que una saca de correo. La carga la recoge en Navidad. Caracoles congelados. —Makepiece volvió a reír—. Es a él a quien le lleva una hora cargarse. Y dormirla, otra. Eso querría decirle.

—¿Cómo?

—Tiene amigos aquí. Se reúnen donde Cyril, para beber ron y contarse mentiras. Aquí se siente como en su casa. En Miami, en cambio, es un desarraigado. Le llaman King Clorex, otros, el Chico de La Lejía, y algunos, el Negro Blanco. En tiempos, hizo la ruta de las Bahamas; pero allí era todavía peor; le trataban como a un leproso: demasiado blanco para ser blanco, y demasiado coloreado para ser de color. Los negros de allí creían que les daba mala suerte. Aquí, en cambio, lo aceptan como es: otro deshecho humano en nada diferente de ellos mismos.

—¿Cuándo es el próximo avión?

—El martes; pero ése es el de Haití. No se preocupe. Whitey es prudente. Siempre duerme antes de volar.

Viendo la angustiada expresión de su padre, Justin dijo:

—No te apures, papá. Me enseñó cómo funciona todo. Creo que, si hiciera falta, podría encargarme yo del vuelo.

Maynard esbozó una descolorida sonrisa al tiempo que daba a Justin unas palmaditas en el hombro.

—Me quitas un peso de encima —dijo.

Esperaron bajo el ala del DC3. Whitey salió del edificio de la terminal, bostezó y se ajustó las gafas de sol.

—¿Lo ve? —dijo Makepeace—. Ha estado durmiendo. Estará en plena forma.

Un paquete de correo bajo el brazo, Whitey encaminóse hacia el aeroplano. Marchaba derecho y seguro.

Un poco *demasiado* seguro, pensó Maynard. Se concentra en cada paso.

—¿Qué tal va eso? —preguntó Makepiece a Whitey—. En plena forma, jefe. — Y, empujando a Maynard y a Justin hacia la portezuela, agregó—: Salgamos de aquí. Ese sol es capaz de secarle a uno todos los jugos del cuerpo. Makepeace saludó a Maynard con la mano y dijo:

—Visítenos alguna otra vez.

Maynard le saludó de la misma forma. Ya en la puerta del aeroplano, titubeaba.

—¡Entre de una vez! —exclamó Whitey—. Hay que estar de regreso antes del anochecer.

Bien que a regañadientes, Maynard ayudó a Justin a subir la escalera y entró tras

de él en el vacío fuselaje.

Libre de carga, el avión se alzó rápidamente de la pista.

—Alerones arriba —dijo Whitey sin pulsar, no obstante, el conmutador—. ¡Alerones arriba!

Justin miró a Whitey, luego a su padre y, por último, otra vez a Whitey.

Pero fue Whitey quien movió la palanquita.

—Tren arriba.

Había cuatro conmutadores en fila, y Justin no sabía de cuál de ellos tirar.

—¡Maldita sea, chico! —exclamó el piloto conforme ponía en marcha el mecanismo—. ¿Cuántas horas llevas tú de vuelo?

El aparato inició un curso horizontal.

—Bueno, y ahora ¿a dónde? —dijo el albino para, seguidamente, introducir el piloto automático—. ¿A Navidad? Eso es, a Navidad. —Ajustó el rumbo conforme a la brújula y pulsó entonces un botón—. Atento a los Fokkers —dijo a Justin—. Tengo entendido que el Barón Rojo anda sobre los pasos del Caballero Negro. Pero no te dejes embaucar. Algunos de esos Fokkers son Messerschmitts disfrazados.

Y, riéndose tontamente de su chistecito, Whitey emitió un rezongo y entornó los ojos como para dormir.

Justin se dio vuelta para mirar a su padre. Estaba asustado.

—¿Y ahora qué hago yo?

Nada. Creo que el aparato volará solo. —Maynard escrutó el cielo en busca de nubes—. Esperemos que no se nos presente temporal.

El aeroplano avanzaba hacia el norte con un zumbido uniforme. Aunque la altitud era sólo de mil cuatrocientos metros, en la cabina, no presurizada y exenta de calefacción, hacía frío. Cada uno de los profundos, sonoros ronquidos de Whitey creaban una nubecilla de vapor que empañaba la ventanilla lateral. Viendo que Justin se estremecía, Maynard se quitó la chaqueta y arrojó en ella al muchacho.

Justin señaló la pistolera visible ahora bajo el brazo de Maynard.

—Y con eso ¿qué pasa?

—Es nuestro único problema —respondió Maynard a la par que se preguntaba qué haría en caso de que Whitey no despertase.

Advirtiendo la ansiedad de su padre, Justin apuntó:

—Si seguimos hacia el noroeste, sabemos, por lo menos, que encontraremos tierra.

—Desde luego. Pero no hay por qué preocuparse. —Esbozó Maynard una sonrisa forzada—. Vas a tener un montón de cosas que contarles a los chicos de la escuela.

—No me creerán.

Maynard se sacó del bolsillo de la camisa la bala de plomo y dijo:

—Enseñales esto y no tendrán más remedio que creerte.

—Muy bueno —dijo Justin satisfecho—. ¿Encontraste lo que buscabas?

—En parte, solamente. Pero ¡qué diablos!: hemos vivido una aventura, ¿o no es así? Al lado de esto, ¿dónde quedan las clases de piano?

—Y que lo digas. ¿Qué contarás a los del *Today*?

—Que no hay artículo. De momento, por lo menos. Ya están acostumbrados.

«Pero», se dijo Maynard para sus adentros, «no estará de más que vayas pensando algo para la portada de las modas de otoño. Lo que sea. Con sólo fingir entusiasmo por lo de Margaret Trudeau, demostrarás que has estado dándole vueltas al asunto. Y Hiller firmará la nota de gastos».

Sobrevolaban el corazón de los Bajíos de las Caicos. A la izquierda, Maynard divisó el retiro religioso de la Isla Occidental. La de Navidad emergía al frente. Avizó una explanada en forma de X: el aeropuerto.

Sacudió a Whitey por el hombro. El albino despertó, carraspeó y se pasó la lengua por el sarro de los dientes. Maynard hizo una seña y dijo:

—Navidad.

—Pistonudo —repuso Whitey parpadeando antes de acometer un bostezo.

Habiendo retirado el piloto automático, se hizo cargo de los mandos.

El viento dominante, del norte, ofrecía fácil acceso a la pista. Tras echar una ojeada en torno, para cerciorarse de que el espacio aéreo estaba libre de tráfico, Whitey tiró de la palanca de mandos. El aparato inclinó el morro.

La altitud era de sesenta metros, y en descenso, cuando apareció en la pista la minúscula figura de un hombre que, corriendo, agitaba los brazos para advertir a Whitey que desistiese del aterrizaje. El albino haló de la palanca, aceleró ambos motores y el aparato cobró altura y dejó atrás, rugiendo, el aeródromo.

—¿Qué se le ha metido a ése en el culo? —farfulló Whitey.

Tras circunvolar dos veces el campo, examinó la pista.

—No veo ningún siniestro ni ninguna reata de burros —dijo.

—¿Por qué no pregunta a la torre? —propuso Maynard.

—Buena idea. A ver dónde me encuentra la torre. —Mascullando una risita agregó—: Aquí no hay más que un puesto de perros calientes y el fulano que trae la carga de caracoles.

Whitey maniobró para iniciar el segundo acercamiento. El hombre de antes seguía en la pista agitando los brazos con desespero.

Al tío ése le faltan varios tornillos.

Alineó el aparato con la pista y redujo el régimen. El hombre braceó otra vez, pero, viendo que el aeroplano se proponía aterrizar, se interrumpió y echó a correr.

Whitey rompió a reír al tiempo que exclamaba: —¡Ánimo, Charlie!

El aparato descendió lentamente y enfiló la franja de asfalto. Un aterrizaje perfecto.

Justin, que había estado examinando el cuadro de mandos, descubrió súbitamente lo que ocurría:

—¡El tren sigue recogido!

A Whitey le llevó un largo segundo asimilar la información. Y, para entonces, ya era demasiado tarde: los motores se habían quedado sin fuerza y el suelo se acercaba lenta, pero inexorablemente.

Whitey exclamó por lo bajo:

—Maldita sea mi estampa.

Maynard se abalanzó sobre Justin y lo sujetó con ambos brazos al asiento.

La rueda trasera entró en contacto con la pista y, por un instante, el aterrizaje prosiguió con normalidad. Pero, luego, el armazón basculó y su cubierta metálica rechinó contra la granza del firme con la estridente protesta de un hacha sin filo a la que se aplica una muela. Saltaron remaches y se descortezaron planchas. El aparato se inclinó sobre su costado derecho. La punta del ala chocó en tierra, imprimió un giro al aeroplano y salió desprendida. El aparato describió un perezoso círculo, ladeóse a babor y la otra ala se hizo trizas.

Asido a un tiempo a su hijo y al asiento, Maynard hizo por contrarrestar los bruscos tirones de la fuerza centrífuga. Cuando el ala desprendida rasgó el costado del fuselaje, olió a combustible.

El aparato se balanceó sobre el lado falto de ala. El morro se hincó en la pista y de ella levantó, como un arado, terrones de roca. El parabrisas estalló.

Maynard percibió una oleada de calor y, en seguida, olor de pelo quemado. Al detenerse el aeroplano tras un último patinazo, se hizo audible un reventón, como de una enorme vejiga, y se produjo una llamarada. Sin siquiera volver la cabeza, impelido por la onda de calor, Maynard soltó a toda prisa el cierre del cinturón de seguridad que tenía sujeto a Justin y lanzó al chico por la abertura del parabrisas. Justin resbaló morró adelante y fue a caer en la pista.

—¡De prisa! —gritó Maynard—. ¡Corre!

Maynard se abrió paso por el mismo sitio, insensible a los astillados vidrios del marco que le pinchaban muslos y posaderas. Al llegar al suelo, corrió en pos de Justin.

Cuando le pareció encontrarse a prudente distancia del aeroplano incendiado, se dio vuelta y miró.

Whitey estaba atrapado en el marco del parabrisas. Las llamas habían engullido la parte trasera del aparato. Su forro se fundía poniendo al descubierto el costillaje del armazón.

Era como ver a una serpiente devorando un conejo: centímetro a centímetro, el aeroplano iba desapareciendo en las fauces del fuego.

Whitey estaba inmovilizado a la altura del talle. Halaba de sí mismo apoyándose

en ambos brazos, el tronco sacudido por el pataleo.

Maynard corrió hacia el aeroplano. No le movían nobles pensamientos ni le animaba ningún coraje. Lo único que pensó, fue: «Es posible que, si él empuja y yo tiro, consiga liberarse».

Tras escalar el morro del avión, agarró a Whitey por debajo de los brazos.

A fuerza de tirar el uno y empujar el otro, el cuerpo del albino se desprendió por fin, pero el impulso hizo rodar a Maynard morro abajo y caer en la pista bajo el cuerpo de Whitey, que continuaba asiendo.

Volvieron junto a Justin y, jadeantes, exhaustos, sintiendo ligera la cabeza, vieron como el incendio engullía finalmente el morro del avión.

Justin, que llevaba todavía la chaqueta de Maynard, se la quitó y la colgó del hombro de su padre, para ocultar la pistolera. Maynard extendió el abrazo y estrechó al chico contra sí.

Con un suspiro retumbante, el aeroplano se desmoronó envuelto en llamas.

—¡Sorpresa! —exclamó Whitey—. Seguimos vivos.

La investigación, consistente en varias docenas de preguntas, en su mayoría dirigidas a Whitey por Wescott, un sargento de la Policía de Navidad al que acompañaba un agente más joven, duró una hora.

Wescott estaba molesto por el accidente, una indeseable ruptura de su metódica rutina, que daría lugar a la aparición de funcionarios de la Isla Grande, los cuales, amén de criticar la forma en que había rellenado los formularios, harían pesar excesivamente su autoridad y se meterían en cosas que no eran cuenta suya. Se daba el caso —según explicó Whitey aprovechando la ausencia del sargento cuando éste salió en busca de más impresos— de que Wescott, depositario de los aranceles de aduana y toda clase de cuotas en concepto de permisos, no declaraba a la administración más que una mínima parte de esas exacciones. Era el sargento la estampa del burócrata arrogante e imbuido de su autoridad, y en la isla todo funcionaba de acuerdo con un código de su propia confección.

A Maynard el propio aspecto de Wescott le pareció prueba de corrupción: grotescamente gordo, lucía un reloj de oro en cada muñeca y olía que apestaba a perfumes exóticos.

—Bonito follón me ha organizado usted —dijo petulante a Whitey—. No crea que lo voy a olvidar.

—La cosa es más grave de lo que piensa, Wescott: traía para usted una caja de Drambuie.

Maynard sacó la conclusión de que eso era otro embuste de Whitey, que no había hecho sino mentir durante todo el interrogatorio: el accidente, según él, fue debido a un fallo del sistema hidráulico; la luz del indicador señalaba que el tren de aterrizaje estaba tendido, y, aunque había visto las señales que le hacían desde tierra, no tuvo más remedio que aterrizar, pues estaba bajo de combustible; Maynard y el chico, por otra parte, no eran pasajeros, sino invitados del Primer Ministro de la Isla Grande a quienes conducía a toda prisa a Florida (un gesto de solidaridad humana) porque el muchacho necesitaba cuidados médicos.

—¿Y quién paga lo que cueste retirar toda esa basura de mi aeródromo?

—Lo pagará Arawak.

—Arawak no ha pagado nada en su vida.

—Corre a cargo de la compañía de seguros. Haga que su cuñado retire los restos con la aplanadora. La factura la puede extender usted mismo.

Wescott asintió.

Los servicios de una aplanadora no salen baratos. Eso es un hecho.

Maynard, que había tomado a Justin por el brazo, decidió explotar uno de los embustes de Whitey:

—El chico necesita que lo vea el médico. ¿Cuándo podemos marchar?

—Miércoles o jueves.

—¡Mañana! —insistió Maynard—. Pagaré un avión particular.

Wescott hizo una pausa para calcular lo que podría reportarle la contratación.

—Le diré algo por la mañana —respondió.

—Hágalo esta noche.

—¡Eh, oiga, pero qué se han creído ustedes! Llegan a mi isla, se me estrellan en el aeropuerto y encima me dan órdenes... ¡Se irán ustedes cuando yo lo crea oportuno!

—Discúlpeme —se excusó Maynard—. Lo del chico me tiene muy nervioso.

Justin miró con aire perplejo a su padre, pero nada dijo.

—Okay —repuso Wescott más dulcificado—. Pero míreselo de esta forma. Si el chico está enfermo, dos cosas pueden ocurrir: o que se mejore, o que se muera. Si se muere, es posible que tenga usted otro. Es la vida. Además, hoy no puedo llamarle: el teléfono está averiado.

Whitey tenía en Navidad una novia que trabajaba de camarera en el Chainplates, el único hostel de la isla que permanecía abierto. La chica, explicó el piloto, estaba casada; pero su marido, tripulante de un barco de suministros que no tocaba los puertos de la zona, pasaba largas temporadas lejos de casa, y ella, a diferencia de otras mujeres en similares circunstancias, no quería ofrecer sus favores a los isleños, pues tales relaciones acarrearían conflictos sociales. Atendiendo, en cambio, a hombres como Whitey —profesionales de paso— conseguía el doble propósito de satisfacerse y permanecer fiel, en lo emocional, a su marido.

Whitey se sirvió de la radio CB de Wescott para llamar a la chica, que se encargó de conseguirles a Maynard y a Justin habitación, por una noche, en el Chainplates.

El taxi que les condujo a la posada era un decrepito Corvair cuya longevidad obedecía a actos de canibalismo con otros vehículos, material de ingeniería y motores fueraborda. Rodante sobre neumáticos de los que no había dos iguales, se arrastraba como un tullido por los caminos de tierra apisonada.

Indiferente a las sacudidas, al ruido del motor desprovisto de silenciador y a la espesa polvareda que flotaba en el aire, Justin reclinó la cabeza en el hombro de Maynard y se durmió. Maynard lo llevó en brazos hasta el cuarto —la mitad de un bungalow para dos familias asentado en una ladera con vistas a un rudimentario puerto deportivo— y lo acostó y arropó. No volvió a despertarse ni para pedir comida ni para protestar, cuando Maynard le quitó, con un guante de baño húmedo, el polvo que le cubría la cara. Maynard le besó en la frente y partió, ladera arriba, hacia el bar.

El bar era una sala rectangular, con arrimadero de madera, toscamente decorada a base de redes de pescador, boyas de vidrio y crudas ‘marinas’, obra de «artistas locales». La barra propiamente dicha consistía en un mostrador de madera

contrachapada, cubierto de manchas y sin acabado, que flanqueaba todo el largo de uno de los muros. Las banquetas dispuestas ante ella eran de plástico y hierro cromado, la clase de artículo que se compra por correo.

La gramola vertía a un volumen cacofónico un batiburrillo dispar: folklore caribeño, el «Cry» de Johnnie Ray, el «Heartbreak Hotel» de Elvis Presley y canciones de Patti Page, Jo Stafford, Kate Smith y The Big Bopper.

La sala aparecía atestada de bailarines: todos jóvenes y todos negros. Algunos calzaban botas de motorista; otros, sandalias, y unos cuantos, zapatos de plataforma, a la moda. Las indumentarias eran una mezcla de minifaldas, minishorts, caftanes y pantalones ajustados. Los peinados iban desde el Afro hasta las coletas de pirata — conseguidas con fijador— pasando por las melenas rizadas.

Era un caleidoscopio de culturas y épocas marcado, al mismo tiempo, por la ausencia de todo estilo. Una cita de descendientes de diversas ascendias africanas que vivían al margen de las restantes tendencias culturales: ni modelos que imitar ni antiguas modas que revivir. Los gustos los arbitraban los proveedores de Miami, que expedían en dirección a las islas, marcados con precios exorbitantes, cuantos restos de serie podían obtener en el mercado local por cuatro ochavos. Si el comercio a base de mantas y abalorios quedaba trescientos años atrás, en lo mercantil subsistía con escasas modificaciones.

Maynard se abrió paso entre el gentío, en dirección a la barra. Divisando, entre un bosque de negras cabelleras, los rizos platino de Whitey, encaminóse, a fuerza de codazos, hacia él; pero, como lo descubriera ocupadísimo en besar ebriamente a una chica, no siguió adelante.

El único asiento libre, de los que daban frente a la barra, tenía por vecino a un hombre de larga melena plateada. Tras acomodarse allí, Maynard encargó un whisky doble.

Se dio cuenta entonces de que el hombre le estaba mirando. Lo hacía sin ninguna dase de disimulo ni sutileza. Habíadado media vuelta en el taburete y no le quitaba los ojos de encima. Maynard hizo por mirar en otra dirección —al extremo opuesto de la barra, al vaso que tenía en la mano, al techo—, pero, como se sentía violento, se volvió a su vez y encarándose al hombre dijo:

—Hola.

Su vecino alzó las cejas.

—Un auténtico fénix que renace de sus cenizas —declaró.

—¿Cómo?

—Purificado por el fuego. No sólo ha visto el ojo de Dios, sino que vive para contarlo.

—¿Cómo dice usted?

El desconocido sonrió.

Verdaderamente hoy se libró usted por los pelos.

—¿Se ha enterado del accidente?

—Más todavía: lo oí. Fue el darín de la emoción en medio del tedio que ensordece nuestras vidas. Que cunda la sangre, para que podamos sobrecogernos; la muerte, para que nos sintamos afortunados y acumulemos recuerdos que narrar a nuestra progenie. El hastío genera seres ávidos de truculencia.

—Pues lamento haberles agitado la fiesta —dijo Maynard según apuraba el vaso.

—Qué quiere: la suerte de unos es la desdicha de otros. Habremos de volver a los salpicones de pescado y a la masturbación. ¿Cuándo marcha usted?

—Mañana, espero. Supuesto que consiga alquilar un avión.

Si para ello depende del favor de Wescott, ese mañana se convertirá en el último hito de los anales del tiempo. No cejará hasta dar con algún piloto que le procure una comisión de por lo menos quinientos dólares. No tiene entrañas. —A un puñetazo suyo en la barra, el empleado le llenó de ginebra el vaso—. Y para mi compañero de a bordo, otra de lo que tomara.

—Gracias, pero es hora de que me acueste —objetó Maynard.

—Chitón, joven. Tiempo habrá de sobras para dormir cuando concluyamos el viaje. Sírvale una copa a mi amigo, Clarence, que pueda yo extraer de su cerebro noticias del lido. Maynard empujó el vaso hacia el empleado.

—Gracias —dijo a su interlocutor—. Me llamo Blair Maynard.

—Ya lo sé. Y, también, que trabaja para el *Today*. Los tambores —sonrió— dan cuenta de todo.

Como el hombre no parecía tener intención alguna de presentarse a sí mismo, Maynard indagó:

—Y usted ¿quién es?

—¿Qué quién soy yo? —se fingió el otro ultrajado—. Soy el Personaje Colorinesco de la Isla, el que la gente espera ver en las visitas que por dos dólares les hacen recorrer los tugurios locales, el marinero cargado de ron del roto espejo de los sueños, el sabio insolado que por un trago teje para uno las portentosas urdimbres de lo que pudo haber sido si el destino, esa versátil hetaira, no se hubiese ensañado en él cuando más propicia le era la vida. ¿Le aburro? No se deje arredrar por mí, se lo ruego: mi elocuencia rebosa torpeza. Y aprecie el retruécano, por favor, que es muy válido.

Maynard rió de buena gana.

—¿Cómo se llama?

—¿Y qué importa el nombre que uno tenga? ¿Qué es un nombre? Aquel que roba mi nombre, roba basura, nada; pero el que desposee de mi bolsa, ése, sí, es un ladrón^[2]. Póngame la etiqueta que prefiera y deje que su fantasía dé forma a mi persona. ¡Si mi camisa de safari pudiese hablar! He aquí a un hombre que se tiene por

un aventuro, por un trotamundos. ¿Será un verdadero romántico o bebe en las fuentes del materialismo? Los bombachos blancos que lleva ¿son restos de un pasado de ocio y abundancia, o calzones extraídos del avión de suministros? Y las sandalias, ¿almadreñas de pesar, zapatones de charrán de algún puerto del Pacífico, o acaso el calzado más barato que pudo conseguir? ¿Mi nombre? Llámeme Windsor. Cosa que abre la puerta a un nuevo enigma. ¿Seré en verdad un pariente lejano de Su Majestad Británica —una oveja negra alejada a las colonias para obviar situaciones embarazosas—, o lo inventé tal vez, y soy un levantino atezado que se finge de la realeza germánica? ¿Contiene la sombra algo más de lo que oculta, o no es sino un globo inflado de patrañas?

—Usted debe decirlo —repuso Maynard.

—¿Y echarle a perder la diversión? A usted le toca decidir: ¿qué es real, y qué lo revestido con el pálido barniz de la insustancialidad?

Fatigado, Maynard trató de componer una sonrisa y dijo:

—Para serle franco...

Windsor levantó la mano.

—No siga. Otra vez he caído en lo mismo. —Descargó violentamente el vaso sobre el mostrador—. ¡Clarence! Otro cordial. Y también para mi indefensa víctima. No lo rehusará, si prometo pagar. Y déjate de miradas taimadas, so mangosta. Si digo que voy a pagar, es que lo haré. Mi palabra vale más que una escritura, y te consta.

Extrajo entonces del bolsillo un fajo de arrugados billetes que esparció encima de la barra. Luego, enfrentándose a Maynard, continuó:

—Por lo regular, me doy cuenta a tiempo, o mi auditorio quedaría narcotizado para cuando empiezo yo a sentir fatiga. Mas he pasado tanto tiempo sin departir con un hombre de calidad... —Interrumpiéndose esbozó una amplia sonrisa—. ¡Cielos, suena sincero lo que digo!

Maynard rió discretamente.

—¿Tan excepcional le parece? —dijo.

—¿Excepcional? ¡Inaudito! Los Personajes Colorinescos pasamos por misteriosos, y el misterio presupone mucha mentira.

—¿De veras se llama Windsor?

—Eso creo; es decir así es. He sido Windsor tan largamente, que, aunque no lo sea, lo soy; no sé si me sigue. Divago tanto, que a veces llego a tomar por realidad mi ficción. Pero, en lo que hace a mi nombre, tanto se ha repetido, que no tiene más remedio que ser cierto. En tiempo tenía ese nombre un afijo: Norman; pero lo suprimí. ¡Norman Windsor!

»¿Qué potrenca sería tan estúpida que llamase Norman a su trotón?

—¿Lleva mucho tiempo aquí?

—Nací en esta isla. Lo crea usted o no, se producen nacimientos en ella. Por

espacio de una o dos décadas, la dejé, para probar fortuna. Pero esa veleidosa dama me volvió la espalda. O digamos que fueron mis discípulos quienes me la volvieron. De manera que regresé a esta ornada fosa séptica.

—¿Enseñaba usted?

—Fui pedagogo; ahora sólo soy un pedante. Me licencié en antropología —alce las cejas, si quiere, pero es un hecho fehaciente—, y no se me ocurrió mejor cosa que compartir mi sabiduría con los jóvenes. Las maravillas de los mayas, la belleza prístina de los tasaday, la industriosisidad de los sumeríos, el genio de los cultos druidas. ¡Cuánta arrogancia contiene el presente! Creemos —¡*hubris* infamantes!— que lo que existe supera a cuanto fue. La falacia evolutiva de que el crecimiento y el cambio significan progreso. ¿No crecen y cambian también los tumores? No es otro proceso el seguido por la civilización. Nuestras sociedades, eficientes pero simples, están enquistadas de los tumores de la innovación, al amparo de placebos políticos tales como la «democracia», los «derechos humanos» y la «dignidad del hombre». ¡La dignidad del hombre! ¿Dónde queda la dignidad de un animal ávido y egótico cuyos únicos objetivos están en la supervivencia y la satisfacción de todos los pruritos sensuales? El hombre sensato, el de valía, toma a su prójimo por lo que es y conlleva su llamada conciencia social en cuanto le es necesario para alargar la pata y conseguir lo que apetece: hasta que su prurito personal se ve saciado.

—Ahora comprendo por qué encontró tropiezos en el profesorado. Ser un cristiano redivivo es actual; lo no actual son los maquiavelos reencarnados.

—¡Arda Maquiavelo en los infiernos! —gritó Windsor—. Por su estúpida pretensión de predicar con el ejemplo. Cosa para la que nadie tiene redaños. Le reto a usted a nombrarme una sola sociedad operante en la que cada cual reciba lo que merece sin que nadie sienta la tentación de hacer volar a su prójimo con un petardo de plutonio.

Maynard reflexionó un instante.

—¿Qué me dice de los menonitas de Jacobo Amen?

—¡Los menonitas! —rió Windsor roncamente—. Ni por aproximación. Esclavos de una versión espuria de la ética cristiana. No. Sociedades puras no existen en todo el mundo más que tres y media. La media la representa una comunidad que habita lo más recóndito de los bosques de las Ozarks y habla todavía el inglés isabelino. No son puros más que a medias porque la Inglaterra isabelina de donde derivan era una sociedad hasta cierto punto organizada. O civilizada, si me apura.

»Las dos sociedades más puras habitan las junglas de las Filipinas. Una la constituyen los tasaday, descubiertos en 1971, inmersos todavía en la Edad de Piedra. La otra, los taotbato, localizada el año pasado, la integra un pueblo cavernícola cuyo primitivo orden ha subsistido sin cambios durante sabe Dios cuántos siglos o milenios. El descubrimiento dará al traste con ambas, como ha ocurrido siempre.

—¿Y la otra? Usted ha hablado de tres sociedades y media. Tras una larga mirada a Maynard, Windsor tomó un sorbo de ginebra.

—Carece de importancia. Vuelvo a divagar. Lo cierto, sin embargo, es que gocé de prestigio, hasta que cierto consejo académico elaboró contra mí una causa difamatoria.

—Y ahora ¿a qué se dedica?

—A cosas diversas. Pesca un poco. Alquilo alguna que otra barca. Me siento a la sombra de un árbol a la espera del pasaje de ida nada más que me llevará al país todavía no descubierto. ¿Qué gemas periodísticas le ha mandado buscar el *Today* en estas regiones?

—Pensé que los tambores daban cuenta de todo...

—A veces se tornan tartajosos. ¿Algún artículo caliente? ¿Una semblanza de Navidad? ¿El carnaval de las Caicos? ¿Las letrinas del paraíso... alguna verdad residual? —Windsor hizo una mueca de dolor—. Debe de hacerse tarde. No importa. No me lo diga, si no quiere. Los secretos son un bagaje del que puedo prescindir.

—No se trata de ningún secreto —repuso Maynard—. Ojalá supiera lo suficiente para que lo fuese.

Informó entonces a Windsor acerca de los yates desaparecidos, y de sus conversaciones con Florio y Makepiece. No suprimió sino lo que exigía la concisión.

—Lo más frustrador —dijo para terminar— es que no creo que nadie trate de encubrir nada. Ocurre, simplemente, que la gente no sabe o no siente interés al respecto.

—Lleva usted razón —dijo Windsor acompañándose de un enfático cabeceo—. Mis azabachados coterráneos son incapaces de disimulo. Si algo supieran, y aunque sólo fuese por el gozo de ver a un rival en la picota, soltarían la lengua. Se enfrenta usted, estoy cierto de ello, a causas diversas, un pescador clandestino por aquí, un poco de tráfico de drogas por allá, que, aunadas, dan un importante balance de víctimas. Una respuesta poco satisfactoria, pero probable.

—Parece usted muy seguro de ello.

—Es que lo estoy —replicó Windsor—. Hace tiempo que aprendí a no buscar cosas tangibles detrás de las sombras. Y ahora —se había apeado de la banqueta tras apurar el vaso— debo salir al encuentro del abrazo de Morfeo. Le diría «*Au revoir*», pero, puesto que marcha por la mañana, dejémoslo en «*Adieu*».

—Gracias por la invitación.

—Fue un verdadero placer. —Dio un paso, pero algo superior a su voluntad le hizo interrumpir la marcha—. No dejes de recordar todas mis ginebras en tus oraciones —graznó.

Maynard rió otra vez y alzó el vaso a modo de saludo. Dándole una palmadita en el hombro, Windsor declaró:

—Es una pena que se marche. No sabe lo que me gusta que me valoren.

Maynard fue arrancado de la profundidad de su sueño por Justin, que, sacudiéndole el hombro, susurró:

—¿Dónde está la pistola?

—Debajo de mi almohada. ¿Por qué?

—El policía ese está en la puerta.

Maynard saltó de la cama y abrió. En el umbral apareció el sargento Wescott, los carnosos mofletes bañados en sudor y una nube de mosquitos voliteándole en torno a la cabeza.

—Ya le he conseguido un avión —declaró Westcott—. Fantástico. ¿A qué hora?...

—A las once... de mañana.

—¿Por qué no hoy?

—Para hoy no pude convencer a nadie.

Maynard sintió ganas de discutir, pero se dio cuenta de que sería en vano.

—Está bien. Pero habré de hacer una llamada.

—Imposible. El teléfono sigue estropeado.

—Entonces ¿cómo consiguió el avión?

—Por un tipo que pasó esta mañana por el aeropuerto.

—¿Hubo un aterrizaje esta mañana y usted no nos vino a buscar?

—El tipo no quería llevarles.

—Querrá decir que no se avino a su precio, ¿no?

—¡Oiga! ¿Quién se ha creído que es? Trato de hacerles un favor y...

—Yo sí me hubiera avenido a precio de usted.

—Ya es demasiado tarde. Deme cien dólares.

—¿Para qué, si no habrá avión hasta mañana?

—Como garantía. Sin eso, el tipo no volverá.

—Si quiere usted una garantía, sargento, ¡chúpese el dedo!

Wescott sujetó a Maynard por el codo.

—Me parece que voy a meterle en la cárcel entre tanto llega el avión.

Maynard paseó una mirada entre la mano y los minúsculos ojos de Wescott.

—O me quita esa mano de encima —dijo en tono sereno— o le desnucó.

El sargento le soltó el brazo. Maynard volvió al interior y cerró de un portazo.

—No tendrías que haber hecho eso —arguyó Justin—. Nos hemos quedado sin avión para siempre.

—El avión aparecerá. Ese cerdo quiere sus cien pavos. —Y, resuelto a olvidar el berrinche, agregó—: En fin, amiguito, ya lo has oído todo. ¿Qué te apetece hacer hoy?

—Pero ¿es que no te das cuenta, papá? —Justin parecía a punto de llorar—. ¡Mamá me matará!

—Justin... —se detuvo para abrazar al chico—. No te preocupes por tu madre. Ni por nada. ¿Quieres que vayamos de pesca?

—Ni siquiera tengo caña.

—La encontraremos. ¿No llevas el cuchillo? Pues nos haremos una. Y a lo mejor alquilamos una barca. ¿No has pescado nunca una barracuda? ¡La brega que dan!

Concluido el desayuno, Maynard se dirigió con Justin al mostrador de la recepción. Había visto un cartel arrugado y enmohecido que hablaba de excursiones pesqueras a bordo de la *Mary Beth*. Indicando el pasquín preguntó al empleado:

—¿Cuánto cuesta media jornada?

—Nada.

—Oh... sin duda puedo colaborar al combustible. El hombre soltó una risita cloqueada.

—No cuesta nada porque ya no hay excursiones. El barco se vino abajo, las cañas se rompieron y el tipo levantó el campo y se fue.

—¿Y por qué dejan ahí el anuncio?

—Relaciones públicas.

—Entiendo —dijo Maynard paciente—. ¿Dónde puedo alquilar cañas?

—No puede.

—Está bien. Me las confeccionaré yo. ¿Y en cuanto las barcas? Con una chalupa, incluso con un esquife, me arreglo.

No tenemos nada. El doctor Windsor tiene algunas, pero ya no alquila.

—A mí, anoche, me dijo que sí lo hacía.

El empleado se encogió de hombros.

—Pues entonces será que las alquila. Las cosas están cambiando demasiado deprisa por aquí.

—¿Dónde vive Windsor?

—Al final de la carretera.

—¿Qué carretera?

—La carretera. Sólo tenemos una.

—¿Cómo encontrará la casa?

—La oirá.

—¿Qué la oirá?

El empleado asintió con la cabeza y alargó la mano bajo el mostrador.

—Si van a ir hasta allí, rocíense con esto —y entregó a Maynard un bote de Deep Woods OFF.

—Muchas gracias —Maynard se roció a sí mismo, y luego a Justin, con el pulverizador antimosquitos y devolvió el bote al empleado.

—¿Lleva cincuenta centavos?

—Cincuenta centavos el servicio? —sonrió Maynard.

—Veinticinco. Fueron dos servicios.

Maynard buscó en el bolsillo. No llevaba suelto.

—Lo siento. No los tengo.

—Mala suerte la mía —repuso el otro con un cabeceo—. Me hubieran venido bien esos cincuenta centavos.

La carretera era una pista practicada por entre una maraña de matorrales, cactus, espinosas zarzas y agrazones. Los mosquitos zumbaban en enjambres que, emergentes de ocultas ciénagas, atravesaban como dardos el camino. El espeso, aceitoso repelente que se habían aplicado resultó efectivo. Lanzados sobre los andarines, se detenían los insectos a unos centímetros de la piel como atentos a descifrar alguna clave química que emanaba del producto y, en seguida, habiendo captado algún silencioso mensaje, regresaban zumbantes a la maleza. Todo el entorno vegetal palpitaba de sonidos: susurros, crujidos y silbantes gritos de aves.

Caminaron un kilómetro o más. El sudor que les bañaba la cara empezaba a disipar la loción y algunos mosquitos exploradores iban cobrando audacia.

A punto ya de volver sobre sus pasos, Maynard percibió un sonido que nada tenía que ver con los del mundo de los insectos: agudo, pertinaz, mecánico, procedía de un motor eléctrico y partía de algún punto situado a la derecha. Poniéndose de puntillas Maynard examinó la manigua. No vio nada.

—Ahí hay una senda —observó Justin.

Una asamblea de dípteros los sitió para lanzárseles al interior de los oídos y colarse por las bocamangas hacia las axilas o reseguirles el cuero cabelludo en busca de zonas libres de repelente. En la esperanza de que una actividad frenética les convirtiera en anfitriones poco apetecibles, padre e hijo rascaban, manoteaban o rompían a correr.

Al final del caminillo no había más que una construcción de forma cúbica a base de planchas metálicas, de donde partía el runrún del generador. Al fondo, tras un parapeto de dunas, se distinguían algunas barcas atadas a un rudimentario embarcadero.

La casa de Windsor se hallaba bajo el nivel del terreno, hundido en la arena hasta su mismo techo, plano y de hormigón. Una serie de peldaños excavados daban acceso a un inmenso portal de teca al que prestaba adorno una argolla de metal bruñido. Empotrado en cemento había junto a la puerta una rejilla de interfono. Maynard dio un aldabonazo.

—¡Lejos de aquí, etíope! —crepitó la voz de Windsor—. Estoy reunido. Si vendes, no compro; si compras, no vendo. No mercadearé contigo. ¡Largo!

Habiendo escuchado la diatriba, Justin dijo a su padre:

—¿Y alquila botes?

Maynard esbozó una sonrisa y oprimió el pulsador del interfono.

—Traigo un telegrama para... un marinero cargado de ron.

—¿Es usted, Mencken? —indagó Windsor con voz chillona—. ¿Qué noticias tenemos de Sacco y Vanzetti? Arriba esos ánimos. Todavía nos haremos con la piel de esos cochinos italianos.

Un chasquido interrumpió la comunicación y segundos más tarde la puerta se abría ampliamente.

Windsor vestía un quimono y calzaba puntiagudas zapatillas de seda.

—¡Adelante, adelante! Precisamente me dedicaba a fantasear a propósito de una jira campestre en compañía de todos los catamitas de Macedonia. —Reparó entonces en Justin—. Perdóneme. Veo que trae a su propio catamita.

Maynard hizo las presentaciones. Justin, los ojos muy abiertos, estrechó la mano de Windsor y dijo:

—¿Qué es un catamita?

—Nada, mozo, nada. ¿Has oído hablar alguna vez del catamarán? Pues son de la misma familia. ¡Entren! Les escanciaré un hidromiel y rendiremos honores a las deidades.

La casa consistía en un solo aposento de nueve por doce metros de lado, con arriaderos de teca y un suntuoso mobiliario separado por estilos. La zona destinada a comedor era Luis XV; la correspondiente a cuarto de estar, colonial español; el espacio consagrado a dormitorio, danés moderno; y la cocina, una herradura a base de acero inoxidable y tajos de carnicero. Había óleos con marcos de exposición, documentos antiguos en herméticas cajas de vidrio, y artículos arqueológicos protegidos contra el ataque del tiempo por baños de laca. Las librerías, de caoba, aparecían atestadas de libros.

Aislada por la arena y acondicionado su clima por el generador, la vivienda mantenía una temperatura de veinte grados.

Maynard paseó por la estancia una mirada de asombro.

—Mi pequeño puerto de abrigo en la antesala del infierno —explicó Windsor. Y, con un ademán descriptivo, agregó—: Tiene usted mi vida ante sus ojos. El palacio del lobo estepario.

—Muy atractivo. Para ser el Personaje Colorinesco de la isla, no se le han dado mal las cosas.

—He sido frugal. Me inicié con un poco de dinero, el cual produjo más dinero, y, como ya se sabe, dinero llama a dinero. Pero, ¡ay!, y en eso está mi carátula de la tragedia, todo lo cambiaría por una buena compañera y un hogar cálido. —Rompió a reír y dijo—: Habla pues, mensajero, ¿qué noticias me traes del emporio?

—No podemos marchar hasta mañana.

—No me sorprende. Wescott es indigno. Pero vuestra demora es mi buena fortuna. Almorzaremos y los deleitaré con relatos de mis años de singladuras.

—Muchas gracias, pero lo que queremos es alquilar un bote.

Windsor se quedó muy quieto. Miró a Maynard, frunció el ceño y, luego, evitando sus ojos, inquirió:

—¿Para qué?

—Decidimos salir de pesca.

—Papá dice que podemos coger una barracuda —terció Justin.

—Imposible.

—¿Y eso?

—No hay pesca digna de tal nombre en estas aguas. Demasiado calor.

—Buscaremos sitios profundos, donde el agua sea más fresca.

—No tengo botes.

—No me diga eso —protestó Maynard—. He visto una partida de ellos, junto al embarcadero.

—No están en condiciones de salir.

—Escuche... será un par de horas nada más. Y luego vendremos a contarle embustes acerca de lo que estuvimos a punto de pescar.

Windsor volvió los ojos hacia Maynard. Su afable expresión había desaparecido.

—No.

—Está bien —se plegó Maynard perplejo—. Perdone la molestia. —Y, encarándose a Justin, dijo—. Andando, amiguito. A ver si Whitey puede apañarnos algo.

—¡No! —exclamó Windsor. Y, en seguida, más atemperado, añadió—: Déjelo correr... por favor.

—¿Qué mal hay en ello?

¡Es peligroso! Es usted quien habló de esas embarcaciones desaparecidas. ¿A qué correr riesgos?

—No le pido que me arriende un *schooner*. Ni pretendo hacer la travesía de Cuba. Mi intención es alejarme una milla y echar un sedal, eso es todo. Además, sé cuidar de mí mismo.

—Lo dudo.

—No lo haga.

Provocado por el otro, y por pura baladronada, Maynard alzó los faldones de su camisa para exhibir, sujeta por el ceñidor del traje de baño, la culata de la Walther.

—No sea loco.

—Whitey me procurará el bote.

—Está bien —suspiró Windsor—. Le prestaré una embarcación. Me quedará el consuelo de saber que flota. En lo que Whitey le proporcionase no embarcaría yo ni a Vlad el Empalador. Pero ha de prometerme que se comunicará conmigo por radio cada media hora.

—Trato hecho. Nosotros pescamos el mero y usted prepara la salsa.

Windsor no respondió al chiste. Farfullando algo a propósito de los necios que avanzan entre tinieblas, les condujo al exterior.

En las oficinas del *Today*, en Nueva York, Dena Gaines se dedicaba a seleccionar el correo de la mañana —una docena de invitaciones a cócteles «de homenaje» a una nueva línea de artículos para el ocio, a portentosas presentaciones a la prensa de una «revolución» de la moda masculina preconizadora de la resurrección de la corbata estrecha, al obsequio de una muestra gratuita de bragas «Conejito Caliente», dotadas de calefacción eléctrica—, cuando sonó el teléfono.

—Tendencias.

—Aquí la oficina de la señora Smith. El señor Maynard, por favor— dijo la secretaria de Devon.

—No está en este momento. ¿Quiere dejar algún recado? —Aguarde un instante. La línea quedó silenciosa. Segundos más tarde irrumpió en ella la voz de Devon.

—¿Dónde está?

—Está... fuera —respondió Dena cautelosa—. ¿Quiere que le dé algún recado?

—¿No sabe dónde está?

—A decir verdad, no.

Hace unos minutos me han llamado del colegio de Justin, señorita Gaines. Mi hijo no está allí.

—Sí, señora.

El otro teléfono de Dena había empezado a sonar.

—Póngame con el redactor jefe.

—Sí, señora. —Dena pasó la comunicación al despacho de Hiller y seguidamente atendió la otra línea—. Tendencias.

—El señor Maynard, por favor. Le llama Michael Florio.

—No se encuentra aquí en ese momento. ¿Quiere dejar algún recado para él?

—¿No sabe dónde podría encontrarle?

—No, señor. Qué más quisiera yo.

—Quizá yo lo sepa.

—¿Cómo dice?

—Trabajo en la Guardia Costera. Tuvimos una charla este final de semana.

—Si no le importa, señor Florio, le pasaré con el redactor jefe. Estoy segura de que le gustaría hablar con usted.

Dena pasó la comunicación, colgó y salió pasillo adelante. Hiller continuaba en conferencia con Devon. El destello intermitente de la segunda línea indicaba que Florio seguía esperando. Dena se acomodó en la silla que daba frente al escritorio de Hiller.

—Yo no me inquietaría, señora Smith —decía Hiller—; es pronto para eso. Lo más probable es que aparezca más tarde. El puente aéreo con Washington debe de estar sobrecargado... No, seguro que no lo sé. Fue lo último que me dijo la semana pasada... Lo comprendo, pero un día de escuela perdido no es el fin del mundo... Sí, tan pronto tenga noticias. Se lo prometo.

Colgado el teléfono, Hiller dijo a Dena:

—¿Por quién me habrá tomado? ¿Por la madre coneja? Porque el chico pierde una mañana de escuela, me pide que avise a los *marines*.

—Los tiene en la otra línea —replicó Dena con una sonrisa.

—¿Qué?

Hiller oprimió el pulsador intermitente y, tras presentarse a sí mismo, escuchó a Florio durante unos segundos.

—¿Y cree que iría allí, verdaderamente? —dijo Hiller por fin—. No, yo no le envié... Sí, claro que trabaja para mí, y también es cierto que está sobre ese artículo, pero yo pretendía que recurriese a nuestras sucursales, que para eso las mantenemos... Maynard es mayor de edad, comandante... Ya lo sé, pero el hecho de que lleve al chico le hará conducirse con más cautela todavía... ¿Bromea usted? Yo no soy la Guardia Costera; la Guardia Costera son ustedes. Aunque quisiera, no dispongo de un barco que enviar, ni tengo motivos para hacerlo... Escúcheme, comandante... hace ahora cuatro años, uno de nuestros redactores deportivos se ausentó del trabajo. No nos dejó más que una nota en la que decía: «Prefiero salir por la puerta a saltar por la ventana.» Ni su esposa ni sus hijos ni nadie conocía su paradero. Invertimos seis meses y no sé cuánto dinero en buscarle, y no conseguimos dar con él. En mi opinión, a Maynard le ha dado alguna chaladura y se me ha puesto bravo... ¿Que qué quiero decir con eso? Que es un empleado mío, y nada más. No es mi hermano, gracias a Dios. Sí, perfecto... no deje de hacerlo... tenga la bondad.

Apenas colgar, Hiller exclamó:

—¡Jesús por Dios! —y revolvió el montón de papeles que tenía encima de la mesa.

—¿Dónde está? —quiso saber Dena.

—Ese tipo de la Guardia Costera lo sitúa en un territorio llamado Turcos no sé qué. Si a mí Maynard me dijo, nada más, que a lo mejor iba a Washington. ¿Qué le habrá dado a ese hombre? Me harté de aconsejarle que no fuera, que se quedara aquí y atendiese a su trabajo. Pero no: no le basta eso. Tiene complejo de Hombre de la Mancha. Pues bien, le conviene volver y cumplir con su trabajo, o no le quedará trabajo que cumplir. —Hiller escarbó entre los papeles hasta desenterrar un recorte de diario—. ¿No querías una historia de yates? —agregó según empujaba el recorte hacia Dena—. Pues aquí tenéis una historia de yates.

—¿De qué se trata?

—Brendan Trask se retira, marcha en un crucero a dar la vuelta al mundo durante un año. Esto sí que es un artículo: el hombre que inventó, prácticamente, los noticiarios de televisión, le vuelve la espalda a la era electrónica y regresa a la naturaleza. ¡Bonito pullazo a la sociedad contemporánea!

—Seguro que persigue un aumento.

—Trask no es de los que recurren a esas payasadas. Lee y verás. Le pidieron que leyese guías publicitarias. Él dijo que eso contravenía su contrato. Los otros insistieron y él cogió el portante. Ya no está en la emisora.

La cosa no interesaba a Dena.

—Dijiste que faltaban tres columnas para la edición de avance, que se cierra hoy. ¿Cómo las llenamos?

—Tendrás que echarme una mano.

—Yo no soy redactora —dijo Dena con dulzura—. Soy analista.

—Sácame del brete y veremos qué se puede hacer al respecto.

—Está bien —volvió a sonreír Dena—. Supongo que podré reestructurar esa historia acerca de la homosexualidad —dijo según se levantaba.

—Perfecto. —Hiller hizo una pausa—. Puestos de redactor, sabes, no hay más que uno libre.

Llevaban más de una hora costeano despaciosamente la línea de los arrecifes, donde el agua era verdiazul. No habían conseguido nada, ni siquiera que picasen, y Justin estaba aburrido. Sentado bajo el baldaquino que cubría la parte central de la embarcación, un Mako de veintidós pies de escola, había apoyado la caña en la regala.

Maynard estaba de pie ante el cuadro de mandos.

—Debe de ser que las aguas son demasiado someras por aquí —dijo según reseguía con el dedo el mapa descriptivo de la zona de Navidad adosado al cuadro—. Si esto no miente, detrás de ese promontorio hay un escalón marino que casi toca la costa. Encontraremos allí auténticas simas, el hábitat de los monstruos. ¿Qué dices a eso, amiguito?

—Como quieras —replicó Justin apáticamente.

—A animarse —dijo Maynard con una sonrisa—. La pesca no tendría ningún atractivo si uno hiciera presa a cada cinco minutos.

—Lo que tú digas. —Justin rebobinó—. Pero, ¿es mucho pedir una vez por hora?

Tras recuperar su propio sedal, Maynard abrió el paso de la válvula de alimentación. Inundadas sus entrañas de energía, el motor fuera borda vaciló, espurreó y, luego, previa una emisión de humo negro, se adaptó al nuevo régimen. Cabeceó la proa y el barquito hendió con brío la lisa superficie del agua.

Brisa y marea antagonizaban detrás del promontorio y el mar espumeaba en aquel punto. La línea de los arrecifes recedía hacia el oeste y dentro de su recinto, a la izquierda, el agua tenía tonalidades verdiblanas salpicadas de pardo por los corales. El escalón abierto más allá era escarpado y el agua, de un azul uniforme e intenso.

Al salir de la turbulencia, Maynard redujo marcha y lanzó ambos aparejos. Habiendo consultado el reloj, conectó la radio y dijo ante el micrófono:

—Mencken a Marinero... Mencken a Marinero... Simple llamada de contacto.

—¿Dónde están ustedes? —le llegó la voz de Windsor—. No les veo.

Maynard verificó su itinerario con el mapa.

—Aquí dice Paso de Mangrove. Lo que no sé es hacia dónde conduce el paso. No hay nada a la vista. Ni por tierra ni por mar.

—Ya se han alejado bastante. Den la vuelta y pongan rumbo hacia aquí.

—No veo motivo de alarma. Esto parece el confín del mundo.

—No es ésa la cuestión. Están en el límite de autonomía de la radio. Si el motor fallara...

—Está en regla. Le llamaré más tarde.

Maynard colgó el micrófono y apagó la radio. Luego siguió hacia el oeste surcando la zona de aguas profundas. A cosa de un kilómetro de distancia, el yermo

—una faja de arena blanca empenachada de malezas verdegris— parecía espejear donde el calor era absorbido por el aire limpio.

—¡Auxilio! —gritó Justin.

Un pez había picado el anzuelo. El extremo posterior de la caña sujeto entre las piernas, la punta, que cimbraba violentamente, le iba a dar, sin que pudiera él evitarlo, contra el yugo.

—¡Mantén alta la caña! —Maynard dejó el motor en punto muerto—. ¡No le des hilo, que se te soltará!

—¡Es que no puedo con él!

—¡Claro que puedes! —Avanzó la mano para sujetar la caña de Justin, pero se contuvo—. Retrocede y alza la punta... eso es... ahora acompáñale y rebobina.

—¡Mira!

La presa —una loncha de plata que se retorció reflejando el sol— había salido a la superficie, a popa.

—¡Rebobina!

—¡Tengo entumecidos los dedos!

—Entonces manténlo así... pero no dejes que se hunda la punta.

Apoyado en la regala, Justin sujetó la caña con la mano izquierda, manteniéndola en posición vertical, mientras flexionaba los dedos de la diestra.

—¿Qué es?

—Una barracuda. De seis u ocho kilos.

La caña cabeceó y Justin dio un respingo. El pez se escapaba haciendo voltear la bobina.

—Que tire cuanto quiera —aconsejó Maynard—. Cuando deje de hacerlo, enrolla a escape.

Justin aseguró con fuerza la caña. Rígidamente, los dedos se le escapaban de la manivela.

—¡Sácalo tú!

—¡Ni hablar! Es tu pez. Además, lo estás haciendo muy bien. Cuida, sólo, de que no se te afloje el hilo.

—No puedo.

—¡No vas a poder!

—Se me va a escapar.

—Es posible.

La punta de la caña se enderezó de pronto; el hilo quedó laxo.

—¡Ya te lo dije! —se lamentó Justin.

—¡Rebobina, maldita sea, que no se ha soltado! Justin enrolló como un desesperado y la línea volvió a atiesarse.

Maynard se asomó a la popa.

—Se está acercando al barco. Despacio, despacio...

El cable del sedal quebró la superficie. Asegurándolo con la mano, Maynard haló de la presa, que voló sobre el yugo y fue a dar en la cubierta.

—Una señora pieza. —Se volvió hacia Justin—. Buena captura.

El chico estaba embriagado de gozo.

—¡Fíjate qué dientes! —dijo.

Sirviéndose de unas pinzas que encontró en un estante, bajo el cuadro, Maynard desprendió el anzuelo de la boca de la barracuda.

—¡Buena captura! —repitió.

—¿Podemos disecarlo?

—¿Quieres dárselo a tu profesor de piano?

—A mamá. ¡No se lo va a creer!

Los dos rompieron a reír.

Maynard viró hacia el este, puso proa hacia el promontorio y, cuando habían recorrido cierta distancia a media marcha, giró de nuevo al oeste para perseguir un banco de peces en ceba cuyos pilotos —los de mayor tamaño— no parecían interesados, sin embargo, en las rutilantes «cucharillas» que el Mako arrastraba. Uno de ellos asomó a la superficie, para mecerse juguetonamente en la estela. Un pequeño tiburón apareció en otro punto y estuvo soleándose hasta que, alertado por el zumbido del motor, coleó y se perdió de vista.

A la una en punto, Maynard se puso en contacto con Windsor, le dio cuenta de la captura lograda por Justin y prometió regresar antes de una hora.

—Tengo hambre —dijo Justin.

—Yo también.

—Y sed, además.

Maynard cabeceó afirmativamente.

—Vamos a volver, qué demonios. A lo mejor ya han arreglado el teléfono.

Entretenido en otear mar adentro mientras Justin recogía los aparejos, Maynard divisó al frente, hacia el oeste, algo que, parecido a un punto, flotaba a ras de agua. Tras cerciorarse de que las cañas estuviesen fijas en sus soportes, embragó y puso proa a poniente.

—¿No dijiste que regresábamos? —preguntó Justin.

—Y lo haremos. Dentro de un minuto —respondió al tiempo que señalaba el punto.

—¿Qué es?

—Lo ignoro. Una tortuga, quizá, o un tiburón. Investiguemos.

—¿Para qué?

—Por la simple razón de que... —sonrió Maynard en la Calle Setenta y Ocho, reconócelo, puede uno pasar días, y hasta semanas, sin ver un tiburón.

El punto cobró forma rápidamente.

—Es una barca —señaló Justin.

—Más bien una canoa.

—¿Cómo habrá llegado hasta ahí?

—La habrá arrastrado la corriente desde aquella isla... —Maynard indicó un terrón grisáceo visible en el horizonte, hacia el oeste— ...la de Poniente.

La embarcación era un tronco ahuecado y ahusado a ambos extremos. Maynard lo circunnavegó a marcha lenta. Nada había en su interior, excepto un único remo de tosca factura.

—¡Mira! —Justin apuntó a lo lejos—. Allí abajo.

Maynard frunció el ceño. El sol estaba alto y la lisa superficie del mar era un espejo.

—¿Qué ves?

—Alguien que nada.

—¿Y qué más? —Maynard seguía deslumbrado por la fulgente lámina de sol—. Debe de ser madera a la deriva.

—La madera a la deriva no hace señales con la mano. Acuclillándose junto a Justin bajo el baldaquino, formó una visera con la mano y entonces divisó la minúscula silueta, que blandía un brazo en alto.

—Que me cuelguen si lo entiendo. Debe haberse caído de la canoa.

Era una muchacha de corta edad, que se mantenía a flote gracias a un pequeño chaleco salvavidas color naranja. Agitaba, en efecto, la mano; pero lo hacía en forma que extrañó a Maynard: no había ni violencia ni angustia en la señal. Movía la chica el brazo de uno a otro lado con la regularidad de un metrónomo. Y, según se acercaban, ni un grito ni una sola palabra escapó de su boca.

Maynard puso el motor en punto muerto dejando que el barco se acercara a la chica por su propio impulso.

—¿Estás herida? —voceó.

Nada dijo ella pero movió negativamente la cabeza.

Para obviar un posible accidente por causa de la hélice, apagó el motor. Arrodillado en la popa, tendió la mano a la chica conforme la distancia se acortaba.

—Ha sido una suerte que pasáramos. Podrías haber estado flotando aquí una semana sin ver a nadie.

—Le rozó la muñeca con los dedos. Tenía blanca la piel, era rubia y no debía de pasar, calculó, de los doce o trece años—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

La asió de la muñeca, se apoyó en el yugo y tiró. Algo anormal ocurría: la muchacha pesaba demasiado. Y en sus ojos relampagueaba el miedo, el terror.

—¿Qué suc...?

Algo tiró de ella con violencia, hacia abajo, arrancándola de la mano de Maynard.

Éste reparó en el tubo de goma que le asomaba bajo el vestido, a la altura de la nuca.

Se produjo entonces un chapoteo, el agua estalló y un objeto voló hendiendo el aire en dirección a su cara. Maynard cayó de espaldas al tiempo que un hacha se hincaba en la cubierta.

Maynard reuló sin volverse y, lejos ya de la popa, se levantó a trompicones. La muchacha había desaparecido y un hombre acuclillado, jadeante, acababa de subir a bordo. Agua mezclada con baba le caía de la nariz y la boca. Tenía los largos cabellos pegoteados a la cabeza y los hombros, y partículas de algas enganchadas en la barba. Llevaba los pies envueltos en pieles no curtidas que sujetaba a las piernas con correhuelas de cuero crudo. Carecía de dientes.

Blandiendo en alto el hacha, sin perder a Maynard de vista ni por un instante, el desconocido extendió la mano tras de sí y de un tirón subió a bordo a un flaco muchacho de pelo oscuro y negros ojos vivaces.

El hombre entregó el hacha al mozalbete y dijo:

—Y ahora, chico, da cuenta de él. —Y señaló a Maynard.

—¿Justin?

Maynard giró brevemente la cabeza. Justin se había agazapado tras el cuadro de mandos.

—¡No te muevas de ahí! —le ordenó.

El muchacho asió torpemente el hacha.

—¡Que des cuenta de él, te digo! —gritó el hombre.

El muchacho permanecía inmóvil. El hombre se sacó del cinturón una daga que le plantó al chico tras la oreja haciéndole sangrar.

—¡Haz lo que se te ha enseñado, portugués de los infiernos!

Maynard deslizó la mano bajo la camisa y sacó la pistola. Alojó una bala en la recámara y apuntó contra el hombre.

—Suelte el cuchillo.

Le temblaba la mano. Nunca había dirigido un arma cargada contra un ser humano. Su crianza, su formación y experiencia le impedían encañonar a un ser vivo. «El día que asestes un arma en dirección a otro hombre», le había dicho su padre cierta vez, «será como si ya le hubieras matado».

Para afirmar la pistola, colocó la mano izquierda bajo la diestra. Ovillado todo él, su enemigo reptaba sinuosamente, como una cobra, mudando la daga de una mano a otra. Maynard centró la mira en la abierta boca de su agresor. El hombre profirió un grito y saltó. Maynard le disparó en la cara.

El proyectil, calibre 32, era demasiado rápido y pequeño para abatir a su atacante, de manera que, aunque le mató antes de que hubiera completado el salto —la bala le había entrado por el ojo izquierdo y fue a salir por detrás de la oreja derecha—, no consiguió desviarle. El cuerpo, ya sin vida, chocó en la regala y, rebotando allí, fue a

estrellarse en la cubierta, a los pies de Maynard.

Mudo de espanto, Maynard miró la cara vuelta hacia él, donde un único ojo estático contrastaba con la cavidad hueca y rezumante que había ocupado su compañero. Lo que segundos antes había sido un hombre no era ahora más que un despojo. Y esa metamorfosis la había operado él con sólo comprimir medio centímetro el dedo.

—¡Papá! —gritó Justin.

El instante que gastó su aturdido cerebro en asimilar la advertencia fue suficiente para que el cetrino muchacho se le lanzara encima como un gibón: las piernas enlazadas en torno a la cintura de Maynard, le clavaba en la cara las uñas de la mano derecha en tanto el brazo contrario blandía de manera salvaje el hacha y los dientes le buscaban el cuello.

Maynard no conseguía ver. Trató de rechazar al muchacho, pero los flexibles miembros de aquel diablo eran como tentáculos: no bien conseguía librarse Maynard de uno, otro aparecía pronto a arañar, a rajar, a patear. La pistola se le cayó de la mano.

Maynard retrocedió trompicando. Alzó la mano y la cerró en torno a un puñado de cabellos, mas, sin darle tiempo a tirar, el chico volvió la cabeza y le hincó los dientes en los dedos hasta el mismo hueso. El hacha, entretanto, caía sobre la espalda de Maynard en breves golpes cortantes que le laceraban la carne. Una garra se le había clavado en los ojos, que trataba de saltar de sus cuencas. Inmovilizada una mano de su agresor, y después la otra, sintió en la mejilla una dentellada que se la desgarraba. Como le soltara una de las manos para asestarle una puñada en la boca, fue a hundirle esa misma mano un enhiesto dedo en el oído.

«¡Lánzate por la borda!», le gritó el cerebro. «Échate al agua y no tendrá más remedio que soltarte.» A ciegas, avanzó unos pasos, inhaló hondamente y saltó al vacío.

Percibió entonces un ruido extraño y, al mismo tiempo, vagamente familiar: un rugido cavernoso y explosivo, como el que aquella vez, camino de la escuela y por haber patinado en el hielo, produjera, al estrellarse contra un árbol, el autobús en que viajaba. Luego, conforme el sonido se reducía a un murmullo, se encontró en una fiesta que el *Today* daba en despedida de alguno. ¿Por qué ese murmullo en una fiesta?

Alguien trataba de hablarle, pero su voz se perdía entre los susurros. De pronto, la fiesta se trasladó al exterior, era invierno y sentía mucho frío.

Por último, hasta los murmullos se apagaron. Y se hizo el silencio.

El muchacho se escabulló de bajo el cuerpo de Maynard, a quien dejó tendido en la cubierta, la cabeza flotando en la cavidad del desagüe, situada bajo el motor fuera borda. En el armazón del motor, y allí donde Maynard se había golpeado el cráneo

contra una de las abrazaderas metálicas, pendía un piloso jirón de cuero cabelludo. Asomado a la popa, el chico ayudó a la muchacha a subir a bordo. Trémula a causa de la larga inmersión, trató ella de retirar el tubo de goma que ocultaba su vestido, pero no lo alcanzaba. Su compañero metió la mano bajo la falda y lo extrajo tirando hacia abajo. Presentaba la forma de una Y invertida, por cuyos brazos, habían estado respirando, sujetos a la muchacha, el hombre y el chico.

Justin seguía detrás del cuadro de mandos, los ojos fijos en su padre. La sangre de la herida que Maynard tenía en la cabeza le resbalaba cuello abajo y, mezclada con el agua y el aceite de la cavidad del desagüe, se perdía por el orificio de la popa. Sintió Justin el deseo de correr junto a su padre, de restañar su herida y pedirle que despertara. Quería verle incorporarse y sonreír diciendo que todo había sido una broma. Aunque no sentía frío, se estremeció y los dientes le castañetearon.

Viendo la radio, situada en el cuadro de mandos, al alcance de la diestra, descolgó el micrófono y, tras oprimir el pulsador de emisión, susurró:

—¡Auxilio! ¡Han matado a mi padre!

Al alzar la vista vio el puño del delgado mocito, que volaba hacia él describiendo un amplio arco. Trató de esquivar el golpe, pero el puño le alcanzó tras la oreja y le hizo rodar por la cubierta.

—Nadie va a ayudarte —masculló el chico—. Nadie volverá a ayudarte. ¡Ahora tendrás que valerte por ti mismo, hijo de perra!

El mozalbete se hizo con el micrófono, que se balanceaba en el aire.

—Ven aquí, Mary —dijo—. Cantémosles la canción.

Windsor estaba en la cocina, de pie ante el mostrador, escuchando la radio. Aunque la transmisión era débil y abundaba en crujidos, no le costó descifrar las palabras. Eran dos voces, ambas agudas, jóvenes y muy alegres, las que cantaban:

*Le estafó a su amigo su última guinea,
Mató curas y frailes: ¡Dios me valga!
Degolló a un pequeñín el desalmado,
El desalmado bucanero.*

Windsor no esperó a la carcajada que, le constaba, sonaría a continuación. Apagada la radio, dijo, lleno de pesadumbre:

—Que un viento propicio hinche tus velas, amigo mío.

¿Por qué le arrastraban? Les había dicho que no tenía ganas de bailar, pero no le hacían caso. Ahora, después de derribarle, tiraban de él asiéndole brazos y piernas. Le estaban lastimando y les tenía eso sin cuidado. Cuanto mayor era su dolor, más regocijados gritaban ellos. Denme algo de beber, por favor. ¡Tengo tanta sed! Un sorbo nada más. Un sorbo y haré por bailar. Se lo prometo.

Los danzarines desaparecieron, el sueño se diluyó y sólo quedó el dolor. Tenía un lacerante latido en la cabeza y aún le mortificaba más la sensación de que piernas y brazos le estaban siendo descoyuntados.

Al abrir los ojos vio el cielo. Estaba tendido boca arriba, pero nada sentía bajo el cuerpo: sólo aquel suplicio en hombros y caderas. Alzando la cabeza hasta tocar el pecho con la barbilla, se vio los pies y las cuerdas que los amarraban, en alto, a los dos postes de madera. Dejándola caer se miró las manos, atadas a dos postes similares. Cada una de las cuerdas estaba unida a una rueda.

Le habían puesto en un potro.

Volvió la cabeza a uno y otro lado. Estaba en un pequeño calvero arenoso rodeado de malezas. Solo.

Oyó música de radio: una orquesta acompañando a un coro que entonaba un himno: «Su amor es mayor que el reluciente mar, mayor que tú y que yo, mayor que la fuerza del amor, y está tan cerca de ti como el guante lo está de la mano».

Concluido el himno, una voz peroró: «Y ahora, camarada de a bordo...» La voz se interrumpió y se oyó otra, más cercana y cálida, que salmodiaba: «Las almas de los justos están en manos del Señor y ningún tormento habrá de afligirlas. Por eso nuestro camarada, Roche Sansdents, un hombre justo e íntegro, será acogido en el seno del Señor. Todo hombre entra una vez en la vida y sale otra de ella. ¿Cuándo volveremos a verle? ¿Quién es capaz de contar la arena de las playas, las gotas de la lluvia, los días de la eternidad?»

A eso siguió el susurrado «Amén» de una multitud afligida.

Una tercera voz, ésta ampulosa y autoritaria, continuó: «Tú, Goody Sansdents, eres legítima heredera de los bienes de Roche, y a ti serán transmitidos. El mismo pacto te autoriza a recibir del almacén comunal los alimentos y enseres que hayas menester, como asimismo una décima parte del primer rico botín que se capture. El pacto te da también la potestad de disponer a tu antojo de aquel por cuya mano dejó Roche este mundo».

Un furioso grito vengativo escapó de la garganta de una mujer.

Maynard tensó los músculos abdominales y, contenido el aliento para sobrellevar el dolor, arqueó la espalda y lanzó en alto los brazos con la esperanza de aflojar las ataduras lo bastante para liberar las manos. Fracasó y, al caer nuevamente de

espaldas, los músculos de los hombros se distendieron causándole un dolor insufrible. Profirió un alarido.

—¡Se ha despertado! —advirtió una voz según el gentío se aproximaba al calvero.

—Volverá a dormirse —dictaminó otra—. Yo preferiría con mucho hacer dormido todo el viaje.

—Más podría suceder que, llegando a la otra orilla, te perdieras.

—Bien dices; pero despierto ha de enfrentarse uno al rostro de la muerte, y dicen que es visión de gran espanto.

—Tanto no será que exceda el del rostro de tu mujer.

Habían entrado en el calvero, pero se detuvieron a su margen.

Maynard les miró desde el potro. Aunque sentía miedo, el dolor y la confusión le sustraían parcialmente a él. Era como si, flotante sobre sí mismo, contemplara de lejos su propio terror.

Eran todos varones, todos atezados y mugrientos, y tenían manchadas de sangre y de grasa las ropas. Unos blandían machetes, otros, hachas, y no había quien no llevase cuando menos un cuchillo.

Habiendo formado un corro en torno al calvero, guardaron silencio. Luego el corro se abrió y tres personas avanzaron por la arena en dirección a Maynard.

El que abría la marcha era un hombre de elevada estatura, pecho espléndido y esbelta cintura, cuya edad debía de frisar la cuarentena. Sus cabellos castaños, descoloridos por el sol, descendían de la cabeza separados por una raya central. Lacios mostachos con pomada le enmarcaban la boca. Vestía una sucia camisa de hilo, de mangas afolladas, y un calzón corto, de cuero cosido a mano, que dejaba descubiertas sus piernas por debajo de la rodilla. Los pies, sarmentosos y curtidos, aparecían desnudos. Dos bandoleras le cruzaban el tórax pertrechados con sendos pedreñales.

A su zaga marchaba un hombre de mayor edad, que llevaba atados a la nuca, en forma de coleta, sus cabellos ya canos. Vestía un ropón gris, ceñido al talle por un ancho cinturón de cuero, y calzaba botas de goma como las que usan los marineros en tiempo inclemente.

A varios pasos de distancia de ambos hombres iba arrastrando los pies un remedo de mujer. Tenía sucia de hollín la cara, y sus cabellos, untados de pomada, recordaban los de la Medusa. Se cubría con un sobretodo negro que cerraba con el puño a la altura del talle. Mantenía fija en Maynard, sin un parpadeo, la mirada de sus ojos húmedos y extraviados.

La mujer se abrió paso entre sus dos acompañantes y, llegada ante Maynard, inclinóse y le escupió en la cara. El aliento le hedía a ron.

El más alto de ambos hombres sonrió a Maynard.

—Despertaste.

—¿Quién es usted? —indagó Maynard con un ronquido gutural.

Denle agua —ordenó el más viejo—. Jamás mataréis a un hombre sediento, pues comparecería sin comunión ante Dios. Está escrito.

Manos surgidas de un punto situado detrás de Maynard le rociaron rostro y boca con agua procedente de una vejiga de animal. El simple acto de lamerse los labios y tragar le lastimó los ligamentos de los hombros. Vuelta la mirada hacia el hombre de elevada estatura, preguntó de nuevo:

—¿Quién es usted?

—Jean-David Nau. El décimo de la rama.

—¿Dónde está mi hijo?

—Con los demás.

—Por favor —imploró Maynard—, déjenle. No es más que un chiquillo.

—¡Dejarle ir! —rió Nau—. ¡De seguro!

—¡No le maten! —Maynard sintió llanto en los ojos—. ¡Háganme lo que quieran, pero no le maten!

—¿Matarle? —Nau parecía perplejo—. ¿Con qué propósito? ¿Mataría alguien a un soldado antes de que alcance la edad de pelear? ¿O a una bestia de carga aún no hecha a su trabajo? No. Su vida será breve acaso, pero no falta de alegrías, y su fin, el que él elija.

—¿Y yo?

—Tú morirás —dijo Nau sin emoción.

—¿Por qué?

Fue el más viejo quien respondió:

—Es nuestra usanza.

—¡Al demonio con vuestras usanzas! Decidme en qué puedo servirlos y lo haré. No quiero morir.

Se escuchaba hablar y le sorprendía la serenidad de su voz.

—¿Temes la muerte? —indagó Nau—. Morir es una aventura.

La entereza le abandonó tan rápida e ilógicamente como le había llegado.

—¡No! —gritó.

—¿Qué dase de hombre eres tú? ¿Acaso eres cobarde? Habrías de enfrentarte con dignidad a la muerte.

—Guarda la dignidad para ti. Yo tengo un propósito en la vida, y es el de conservarla.

—¿Cómo te llamas?

—Maynard.

—¡Maynard! ¡Noble nombre! ¡Un nombre de guerrero!

—Majaderías. Es un nombre nada más. ¿Quién eres tú?

Ya he respondido a eso.

—No... Lo que quiero saber es qué eres. Qué haces.

Nau alzó la voz, de manera que fuese audible para los que permanecían al borde del calvero, y dijo:

—¡Oíganme todos! Este hombre es Maynard. ¿Quién de entre ustedes ignora su sangre? —Los espectadores intercambiaron comentarios susurrados—. Un antepasado suyo dio muerte al poderoso Teach, llamado Barbanegra.

Maynard no discutió la noticia. Por más que no conociese su genealogía más allá de sus bisabuelos, si su supervivencia dependía de apropiarse la de otro, dispuesto estaba a suplantar a Genghis Khan o al propio Jesús de Nazaret.

—Tienes sangre de calidad —dijo Nau—. Igual debe ser tu corazón.

—Siendo así... —principió Maynard.

Pero el otro le interrumpió alzando la mano.

—¡Manuel! —llamó.

El delgaducho chico de antes corrió al centro del calvero.

—Trae al muchacho —ordenó Nau.

—Sí, L'Ollonois.

Dijo Maynard a Nau:

—¿Cómo te ha llamado?

—L'Ollonois. Como tienen mandado llamarme los niños. Como llamaban a mi padre y al padre de éste y a cuantos precedieron a ambos desde que la cabeza de la estirpe se asentara en estas tierras, en tiempos del segundo Carlos.

Maynard, que había oído hablar de ese ancestro, exclamó:

—¡Era un psicópata! Se comía el corazón de sus víctimas. Nau sonrió orgulloso:

—Bien dices. No confiaba en el silencio de ningún prisionero.

—Y los indios lo despedazaron.

—Cierto. Y tanto temía que sus pedazos pudieran reunirse de nuevo y volverse sobre ellos, que los quemaron y esparcieron sus cenizas a los cuatro vientos. ¡He ahí un hombre que sabía morir!

El muchacho a quien llamaban Manuel regresó al calvero con Justin, que tenía las manos amarradas tras la espalda y venía sujeto por un dogal.

Maynard ladeó la cabeza. Si esperaba encontrar a Justin histérico de miedo, lo halló impasible y con la mirada vidriosa.

—¿Estás bien, hijo?

Justin no respondió.

Nau se volvió hacia su compañero y dijo:

—Explícaselo, Hizzoner.

Éste descansó una mano en la cabeza de Justin y habló:

—Hay un tiempo para vivir y un tiempo para morir. Muere el padre, y el hijo

lleva su nombre. Aunque un hombre muera, su nombre perdura. Él pasa, pero sus hazañas son cantadas eternamente. Tú presenciarás el rito del tránsito y, luego, tu nombre será testimonio de la gloria del pasado. Se te llamará Maynard TueBarbe.

Nau echó los brazos al aire.

—¡Maynard TueBarbe!

—¡TueBarbe, TueBarbe, TueBarbe...! —corearon los hombres congregados en torno al calvero, y en seguida prorrumpieron en vítores.

Como despertado por el alboroto, Justin miró a su padre, después a Nau, y, finalmente, apacible la voz, dijo:

—No le maten... por favor.

—¡Chitón! —le interpeló Nau.

Se inclinó entonces, tomó al muchacho en volandas y se lo echó al hombro.

—No es hombre todavía —apuntó Hizzoner.

—Pronto lo será —dijo Nau. Y, encarándose a la mujer, agregó—: ¿Cómo dispones que se haga, Goody Sansdents?

—¡No quiero morir! —aulló Maynard.

Justin seguía doblado sobre el hombro de Nau, y vio Maynard que lloraba en silencio según le miraba.

—Agarrótale —silbó la mujer.

—¡Vamos! —rió Nau—. Yo no agarroto a un hombre noble.

—Denme, entonces, una eslinga, y yo misma lo haré. Y, para mejor medida, me comeré sus ojos, cuando salten de las cuencas.

—Que no se le agarrota, te digo. Sin ojos, ¿cómo va a encararse a la muerte? Los necesita para ver su destino. Ponganle una candelada sobre el vientre, y veamos qué clase de hombre es.

—¡Le saltó un ojo a Roche! —arguyó la mujer.

—Bien dices; pero, quarterón de portugués y mulata, Roche no era de buena sangre.

—Si tan noble es, déjame para mí, que bien he de menester que me atiendan.

—Bujarrones tenemos para las que se encuentran en tu situación. Sírrete de ellos a tu antojo.

—¡Bujarrones! —escupió la mujer en la arena—. Este puede darme lo que Roche no me dio: un hijo noble. Nau perdió su sonrisa.

—Debe morir. —Y miró a Hizzoner en busca de confirmación.

El otro asintió con un cabeceo.

—Es la usanza —dijo.

Arrancándole a Nau el cuchillo que llevaba al cinto, la mujer contorneó al gigantón y, plantada ante Maynard, apuntó el arma a la entrepierna del cautivo y dijo:

—El pacto me da derecho a disponer de él. Y así lo hago. La mano de la mujer

voló hacia Maynard, que apretó los ojos a la espera de algún dolor inimaginable.

De una sola cuchillada rasgó la mujer el bañador de cintura a entrepierna.

—¡Esto es mío! —proclamó según aferraba los genitales de Maynard. Y, con una desafiante mirada que pasó de Nau a Hizzoner, dijo todavía—: Iniciaré una estirpe cuyas alabanzas cante el porvenir. Me asiste ese derecho.

Se hizo un silencio en el calvero. Maynard sentía en los tímpanos el latido de la sangre. El dolor se apoderaba de él en ramalazos intermitentes. Veía que la mujer seguía agarrando sus partes íntimas, pero lo hacía con fuerza tal, y era tanto el dolor que le laceraba hombros y caderas, que no sentía sus manipulaciones.

Hizzoner fue el primero en hablar.

—El pacto es supremo. La mujer está en su derecho.

—Pero la usanza... —quiso objetar Nau.

—La usanza es costumbre, el pacto es ley, y la autoriza a disponer.

—Pero disponer...

—... no significa, en rigor, matar.

Nau no estaba satisfecho. Tras descargar a Justin y dejarlo caer en tierra, cosa que llevó a cabo con una sola mano, dijo a la mujer:

—Se le dejará vivir hasta el día en que se dictamine preñada. Es un utensilio a tu servicio. Si quebrantara la ley, aun por una sola vez, tú cargarás con su culpa, y yo, con estas manos —las alzó, cerrados los puños, ante el rostro de la mujer—, te arrancaré la matriz y la arrojaré al mar.

Enardecida por el ron y su victoria, la mujer blandió los genitales de Maynard y exclamó:

—Y si esto cumple mal su función, seré yo quien lo arranque y arroje al mar. —Y, como riera, sonaron en el calvero risas nerviosas.

—No sabes morir —dijo Nau a Maynard—. ¿Qué has hecho de bueno en la vida?

—Escribo.

—¿Eres, pues, escribano? Es posible, entonces, que sea doble el servicio que prestes. No hemos tenido cronistas desde Esquemeling.

—¿Esquemeling? ¿Acaso has oído hablar de Esquemeling? Hizzoner les interrumpió. Blandiendo admonitoriamente un dedo ante el rostro de Maynard, dijo:

—Debes saber que la mujer tiene dominio sobre ti. Hazle bien a la viuda.

—Que lo suelten —dijo Nau al tiempo que se volvía de espalda.

Justin no le siguió. Quedóse al lado de su padre mientras dos hombres, tras cortar las ataduras, descansaban el cuerpo de Maynard en la arena.

Llegado al filo del calvero, Nau dijo en tono perentorio:

—¡Aquí, muchacho! Él ya no es tu padre. Ahora sólo vive para satisfacer a la mala pécora.

Aunque consciente sólo a medias, Maynard percibió el titubeo de Justin, su

dilema.

—Ve con él —susurró—. Haz lo que sea preciso. Síguelos la corriente. Sobrevive.

Luchó contra la niebla hasta cerciorarse de que Justin le obedecía. Y, luego, se desmayó.

No llegó a saber cuánto tiempo estuvo durmiendo, pues fue el suyo un sueño inquieto, plagado de pesadillas de horribles mutilaciones, angustiosas en su verismo. Unas veces le atormentaba el calor, y entonces sentía bañado el rostro en líquido y con eso, el olor acre del vinagre, y en otras ocasiones era un frío intenso el que se apoderaba de él, hasta que lo aliviaban toscas prendas de abrigo de áspero contacto.

Despertó mediada una noche. Estaba desnudo y tendido boca arriba sobre una estera de hierba tejida, en una choza de paja y fango, pequeño recinto de tres metros de fondo por dos de lado. Intentó moverse y, encontrando impedimentos, descubrió que tenía brazos y piernas cubiertos de cataplasmas vegetales. Los agudos dolores de antes habían dado paso a otro, sordo y persistente.

La mujer estaba ante él, sentada en el suelo, con las piernas cruzadas, agitando el contenido de un cuenco. Había sustituido el sobretodo negro por un poncho color gris, tenía limpia de tizne la cara y se había cortado el cabello, que, libre de pomada y reducido a una longitud de tres o cuatro centímetros, aparecía ahora hirsuto y de un tono rubio pardusco. Maynard no hubiera sido capaz de adivinar su edad. El aire marino y el sol habíanle cuarteado el cutis y cubierto el rostro de arrugas. Los movimientos de sus dedos eran rígidos, artríticos, y tenía inflamados los nudillos. La artritis, sin embargo, es un mal que en los climas húmedos aqueja aún a los muy jóvenes. Su pecho, en cambio, por lo poco que el poncho permitía ver, era alto y firme, y también la carne de las piernas se veía tersa. Tomando en consideración el clima y los efectos de una existencia primitiva, estimó Maynard que debía de tener entre treinta y treinta y cinco años.

La choza estaba alumbrada por la luz de una linterna de pilas situada en el suelo, entre dos ladrillos. Señalándola, Maynard preguntó:

—¿De dónde ha salido eso?

—De un botín que hizo Roche. Espléndido, por cierto: dos cajas enteras de 612, albérchigos, nueces ¡y ron! Pasó borracho una semana. Los demás, también.

—¿Y qué pasa cuando se acaban las pilas?

—Se acaban. Como todas las cosas. Y otras vienen. —Le dio de lo que contenía el cuenco—. Come.

Era una porción de pescado, crudo, seco y salado, pero todavía viscoso.

—¿No cueces la comida?

—¿Estás loco? ¿Quieres que pierda la lengua?

—No comprendo.

—Hacer fuego es peligroso. Encendido de día, te vale una tanda de azotes; si es de noche, te cortan la lengua.

—¿Por qué es peligroso hacer fuego?

—Eres tan ignorante como cobarde. Nos verían.

—¿Quién?

—La gente. Los de afuera.

Maynard se llevó el pescado a la boca y, conteniendo el aliento, trató de masticar. Era correoso y estaba cubierto de impurezas. No conseguía engullir. Recuperó el bocado y lo dejó caer en tierra.

—No tengo hambre —dijo.

—Esa cuenta me hice —replicó ella—. Lo remediaré sin tardanza.

Recostado otra vez, Maynard movió las extremidades. El dolor empezaba a ceder.

—¿Qué tiene esto? —preguntó, la mano puesta en uno de los emplastos.

Salix —dijo la mujer, que, habiendo vertido en el cuenco líquido del que contenía un cercano jarro de arcilla, de nuevo se dedicaba a remover.

Salix, repitió Maynard para así. ¿Dónde había encontrado antes esa palabra? ¿En los escritos de Morison, de Ernle, de Bradford, de Homero? No, no era ahí. Pero el nombre de Homero acicateó su memoria. El sauce era un árbol cuya corteza los antiguos griegos empleaban como analgésico. Su extracto se conocía ahora con el nombre de ácido salicílico. La aspirina. ¿De dónde le venía a la mujer el conocimiento del sauce?

Con cautelosa naturalidad, preguntó:

—¿Es esto un... retiro religioso?

—¿Un qué?

—¿Formáis parte de... en fin... alguna secta?

—¿Cómo?

Sin más rodeos, dijo:

—Este sitio ¿qué diablos es?

—El dolor te tiene aturdido todavía.

—¿Quién era aquella gente?

—Este sitio es nuestra morada —explicó ella como si se dirigiese a un niño— y esa gente es mi gente.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Toda la vida.

Maynard le miró a los ojos por ver si le mentía o se chanceaba. Pero ni en ellos ni en su sonrisa descubrió indicios de tal cosa.

—¿Naciste aquí?

Ella vaciló, visiblemente insegura.

—Siempre he vivido aquí.

—¿Qué edad tienes?

—He sido mujer cien veces —fue su respuesta—. La primera se celebró.

—¿Qué significa...?

Maynard dejó la pregunta en suspenso. Hablaba ella, probablemente, de ciclos menstruales. Cien períodos, cien meses: un poco más de ocho años. Si tuvo el primero alrededor de los doce años, ¿contaba ahora veinte?

—No tienes hijos.

—Tuve dos. Pero los mataron.

—¿Por qué?

—Se vio que eran entecos. —Interrumpiendo sus manipulaciones puso el cuenco en el suelo—. Roche me atendía, pero siempre tuvo el mal gálico. —Escupió—. Un cerdo.

Se hizo entonces con un objeto que quedaba a su espalda, en la oscuridad. Era un recipiente de peltre, de unos treinta centímetros de largo, que tenía un émbolo de madera a uno de sus extremos.

—Tú eres mi última esperanza —dijo por fin.

—¿De qué?

—De tener un hijo sano.

—¿Y qué, si no lo tienes?

La mujer aplicó una cánula al extremo abierto del recipiente y la enroscó a fondo.

—Dejo de ser una mujer y me uno a las hermanas.

—¿Monjas?

—¡Monjas! —rió ella—. Putas.

—¿Te obligan a convertirte en prostituta?

—No me obligan. Es la usanza.

Después de hundir la cánula en el contenido del cuenco, tiró del émbolo absorbiendo el espeso líquido.

—Date la vuelta y ponte de rodillas.

Maynard no se movió.

—¡Que te des la vuelta!

—¿Qué haces?

—Estás malo. No quieres comer. Llevas dentro humores malignos. Esto —blandió el recipiente— te limpiará. Maynard reuló hasta topar con la pared de la choza.

—¿Y pretendes ponerme eso en...? Oh, no, gracias.

—Necesitas una ayuda.

—Tú no me metes eso...

A causa de la penumbra no reparó en su avance hasta tenerla encima. Le hincó una huesuda rodilla en el esternón y, poniéndole al cuello una navaja de breve hoja, le

hizo echar atrás la cabeza.

—Vives porque yo lo he permitido —dijo—. Los otros te hubieran querido muerto. Te vendrá bien recordarlo. Tengo necesidad de ti, más puedo llevarte hasta el filo de la muerte, y hacerte volver, y empujarte otra vez allí. Puedo enseñarte el dolor. —Le liberó entonces—. Date la vuelta.

Lentamente, Maynard se tumbó sobre el abdomen y, luego, plegó las piernas bajo el cuerpo.

—¿Qué tiene eso? —preguntó sin fuerza.

—Aceite de pescado y medicinas. —La mujer le levantó las caderas y separó las nalgas—. Los viejos aseguran que lo remedia todo: la cojera, el estrabismo y hasta el gálico. —Rió escéptica—. Pero sus procedimientos son anticuados. Las lavativas limpian los intestinos y los libran de humores. Y nada más.

Maynard cerró los ojos y se apretó las sienes. La cánula, fría y puntiaguda, le penetró el recto. Al chocar con la próstata le hizo sentir un ardoroso ramalazo en el pene. Luego, según continuaba su avance, la gratitud que Maynard albergaba hacia la mujer, el contento de sentirse vivo, comenzaron a disiparse. Comprimió ella el émbolo y Maynard sintió inundadas las entrañas.

—Listo —dijo ella cuando el depósito estuvo vacío.

Le largó una palmada en el trasero y él se derrumbó en la estera, donde se quedó jadeante, la cara en contacto con la tierra. Vislumbró en el recuerdo la imagen de Dena Gaines. ¿Pasaría ella por esto? ¿Y le procuraba placer?

Los intestinos se le retorcieron: rechazaban el aceite de pescado. Como mejor pudo, se puso de rodillas y balbució:

—¿Dónde...?

La mujer, que había previsto la reacción, se encontraba ya junto a la puerta alzando la cortina de cuero que la tapaba.

—Sígueme.

Comprimiéndose el estómago según luchaba por mantener cerrado el esfínter, internóse en la oscuridad. Atravesó matorrales tras los pasos de la mujer hasta que ella se detuvo e indicó unas zanjas de un metro de ancho por ocho o diez de largo, de donde llegaba una sinfonía de sonidos insectiles.

Aunque ignoraba cómo servirse de la zanja, no le dio tiempo a preguntar. Se acuclilló a horcajadas y los intestinos se le soltaron con violencia. La mujer, entretanto, permanecía a su lado, los brazos en jarras, admirando.

«¡La dignidad!», exclamó Maynard para sus adentros contemplando, por entre la neblina de las náuseas, a la mujer. «Muere con dignidad, pero vive como un cerdo.» Convulso el vientre de espasmos, gimió. Los intestinos expelieron aire con una explosión.

—Ya estás bueno —dictaminó ella.

—Creo que voy a morir.

—Todavía no. Aún tienes que cumplir tu función. Ven. Tomándole de la mano lo arrastró lejos de la zanja.

—Estás loca —dijo él sintiendo el aceite que se le escurría por los muslos.

La mujer lo condujo por entre un laberinto de senderos infestados de maleza. En su pos volaban los insectos. Notó un enjambre de mosquitos en la espalda, y, en la comisura de los labios, el ataque de las moscas llegadas a abrevarse en su saliva; pero se sentía demasiado débil para espantarlos. Percibió un lejano murmullo de voces, como de conversaciones susurradas, pero no veía a nadie.

Saliendo de la maleza encontraron una playa. La mujer le condujo hasta la orilla y allí le bañó restregándole con arena seca la suciedad de las piernas, que aclaró con el agua espumosa de las rompientes.

De regreso a la choza, le ordenó que se tendiese en la estera. Tendió la piel que cubría la puerta, pero miríadas de dípteros quedaron atrapados en el interior.

—No sopla el viento esta noche —comentó ella—, y, sin él, estas tierras se convierten en un infierno.

Arrodillada junto a Maynard, hundió la mano en un tarro y la sacó colmada de una sustancia.

—¿Qué es ese potingue? —indagó Maynard alarmado.

—Grasa de cerdo.

—¿Qué vas a hacer con ella?

—Untarla por todo el cuerpo —dijo riendo—. Es cuanto tengo para mantener los bichos a raya. Cuando el último botín, Roche tuvo ocasión de conseguir un lote de 612. Pero lo cambió por ron.

Se había quitado el poncho y, desnuda, empezó a aplicarse grasa por todo el cuerpo. La piel le relucía a la luz de la linterna.

El olor del unguento le devolvió a Maynard el recuerdo de las mañanas de domingo de su niñez, cuando su padre preparaba salchichas y tocino ahumado y freía huevos en su sustancia.

—¿Dónde está mi hijo?

—Con los otros muchachos.

—¿Son muchos?

—Ahora, sólo dos. Amén de Mary, la chica. El número varía.

Sentada, comenzó a untarse la parte interna de los muslos.

—¿Qué le harán?

—¿Hacerle? Nada. Le enseñarán a valerse por sí mismo.

—¿Hay otros en mi situación?

Ella meneó negativamente la cabeza.

—Eres el único. Ningún otro salvó jamás la vida.

—¿Por qué?

—El pacto dice que el adulto, hombre o mujer, está corrompido. Sólo los niños son puros.

—¿Qué pacto es ése?

—Ya lo descubrirás... si vives lo suficiente.

Procurándose más grasa del tarro, se puso a embadurnarle con ella el rostro. Lo hacía suavemente. Luego pasó al cuello, los hombros, el pecho, y así hasta alcanzar los pies, que frotó hasta entre los dedos. Nada dejó sin protección. Tan confortante era el contacto de sus dedos, que, según le sobaban los muslos, Maynard fue adormeciéndose. Al poco, roncaba.

La mujer le plantó en la boca el reverso de la mano. Los nudillos le agrietaron los resacos labios. Fijos los ojos en los de él, que se abrieron con sobresalto, sacó más grasa del pote y le frotó los genitales.

—Todavía no es hora de dormir —dijo.

—Pero... ¿no puedo!

—Sí, puedes. Te lo probaré.

—¿Estás...?

—¿Fecunda? No. Pero debemos prepararnos para cuando lo esté.

—Parecen papillas —dijo tras echar una ojeada al cuenco de arcilla.

—Lo son: de mandioca y bananas. Te convienen.

—Es que no tengo demasiad...

No terminó la frase, pues vio que ella dejaba la costura y echaba mano de la lavativa. Comió, y ella, sonriente, volvió a su trabajo.

La pulpa de mandioca era viscosa, blanca e insípida, y las bananas, excesivamente maduras, no eran, como quien dice, más que azúcar. El poco sabor del condumio procedía de la nuez moscada.

Si la papilla se dejaba tragar, la costura, en cambio, le llenaba de náuseas. Provista de una tosca aguja capotera, se dedicaba ella a unir los bordes de unas pieles de animal recién sacrificado que, no curtidas, exhalaban un olor fétido.

—¿Qué haces?

—Unos calzones. Para ti. No vas a andar por ahí con el culo al aire.

—¿No curtes las pieles?

—¿Para qué? El sol y el agua de mar lo hacen. Adobadas en el cuerpo de quien las usa, sientan mejor.

Aún había carne enganchada en los bordes, y, al traspasarla con la aguja, difundió un hedor ante el cual tuvo Maynard que apretar los labios.

—Huelen que apestan —dijo.

—Cierto. —Había levantado la vista—. ¿Y qué?

La piel que tapaba la puerta de la choza retrocedió para dar paso a Nau, que entró agachado, portando un arca de madera, que tenía asas de latón a ambos lados y una cadena, de media pulgada de grosor, situada encima. Depositada el arca en el suelo, arrojó la cadena a la mujer. Ella la miró y, luego, volvió los ojos hacia Nau. Maynard tuvo la impresión de que deseaba discutir, pero sólo dijo:

—Como quieras.

—No arriesgaré la vida de sesenta personas —dijo Nau en tono acre— con el sólo fin de que puedas solazarte en tu... capricho. —Vuelto hacia Maynard, y golpeando el arca con la mano, agregó—: Ahí tiene, escribano. Pon esto en orden. Nuestros herederos te lo agradecerán.

—¿Dónde está mi hijo?

—Tú no tienes hijo. No tienes nada. Pronto ni siquiera serás de este mundo.

Su mirada, fría, inexorable, invitaba a Maynard a rehuirla. No lo hizo.

—Quiero ver a mi hijo.

—Quizá lo hagas, algún día, si el te lo concede. Se lo preguntaré. —Reculando en busca de la puerta, añadió, en beneficio, ahora, de la mujer—: Ponte al trabajo, Goody. Cuando seas una ramera, podrás vivir como ellas. Hasta entonces, debes

conducirte como una casada.

Y salió.

Maynard se dio cuenta de que la mujer tenía trémulas las manos conforme daba las últimas puntadas a los zahones. Airada, arrojó la prenda al suelo.

Deseoso de decir algo que la consolase, y sin saber qué, se aventuró a comentar:

—Goody es un bonito nombre.

—«Goody» no es nombre ninguno —replicó ella—. Es un viejo mote que significa «buena esposa». Yo me llamo Beth. —Alzando uno de los extremos de la cadena, añadió—: Acércate.

Tras rodearle el cuello dos veces con la cadena, y pasado que hubo uno de sus extremos por encima de la viga principal de la techumbre, unió las dos puntas por medio de un flamante candado de combinación. Cerrado éste, desplazó sus tres ruedecillas.

—¿De veras piensas que...? —comenzó Maynard.

—Está preocupado. Ahora ya no tendrá motivos para ello. Si intentas huir, habrás de hacerlo con la casa a cuestas.

—¿Nunca has pensado tú en escapar?

—¿De qué? —repuso ella—. ¿Y adónde?

—Esto no es vida para ti.

—No tengo otra.

—Hay más cosas... —dijo Maynard con un vago ademán descriptivo de lejanos ámbitos.

—Nos enseñaron que la abundancia no es un beneficio, sino un mal.

—Podría hablarte...

Le interrumpió:

—Sí, y yo escuchar tus historias, y perder el tiempo, y no hacer el trabajo y atraerme, como recompensa, la ira del Ollonois. En la persona de Jean-David Nau es la criatura que Dios hizo; pero, en la del Ollonois, es un engendro del señor de las tinieblas.

Y, tras recoger un cesto de mimbre, una pequeña azada de hierro y un tosco machete, salió de la choza.

Cuando la supo lejos, Maynard se sentó en tierra y aguzó el oído. Le llegó el susurro del viento entre la hojarasca, las crepitaciones y los chirridos de los insectos, los gritos roncós de las aves marinas y, de muy lejos, ruido de martilleo y aserraje, y voces masculinas.

Examinó el candado que unía los extremos de la cadena. Lustroso y exento de arañazos, todavía conservaba su capa protectora, de silicona. Estimó que nunca había sido utilizado. Procedente, a buen seguro, de un yate apresado hacía poco, debieron conservarlo en su embalaje de origen, de plástico y cartón.

El mecanismo del cierre comprendía mil posibles combinaciones, de las cuales sólo podía eliminar con seguridad la que Beth había formado: 648. Giró las ruedecillas hasta obtener el 111. Probó entonces el 121, luego el 131 y luego el 141. Por fuerza acabaría encontrando la combinación deseada; pero, puesto que sólo podía manipular el cierre cuando estuviese a solas, y no tenía forma de saber cuándo ni por cuánto tiempo lo estaría, era posible que la operación le llevase días, o incluso semanas.

Al tirar, después de haber marcado 191, del eslabón del candado, advirtió un minúsculo orificio en una de sus caras. Al principio no encontró explicación lógica a ese agujero: ¿de qué podía servir? Pero en seguida le acudió a la mente la pequeña caja de caudales en que, afianzada por un candado, guardaba Justin el dinero que recibía con motivo de sus cumpleaños. A diferencia de los candados que Maynard conocía, cuyas combinaciones fijaba el fabricante, aquél permitía al propietario componerlas o modificarlas a su antojo. Recordaba Maynard que Justin, sirviéndose de un pequeño punzón introducido en el orificio lateral, había ajustado las ruedecillas de forma que coincidiesen con las tres cifras terminales de su número de teléfono. Al retirar el punzón, la combinación respondía a esos dígitos.

Maynard ponderó los supuestos que le acudían a la mente: que el candado tuviese combinaciones variables: que, en efecto, estuviese nuevo, no hubiera sido usado, cuando lo robaron del yate; que la gente que le tenía preso, hallando demasiado complicadas las instrucciones para su uso, no se hubiese tomado la molestia de modificar la combinación... El fabricante, sin embargo, tenía que haber introducido *alguna* combinación inicial. Y ¿cuál sería la más sencilla, la más lógica? Compuso los dígitos 000 y tiró del eslabón.

El candado se abrió con un chasquido.

Maynard sonrió complacido por su ingenio. Sintió el deseo de desembarazarse de la cadena, abandonar la choza y recorrer la isla en busca de una embarcación en que escapar. Pero se contuvo: sería precipitado. Sin apenas conocimientos sobre el territorio y quién lo poblaba, el riesgo de captura era excesivo, y el posible castigo, desconocido. Tampoco sabía dónde estaba Justin. Lo que acababa de descubrir suponía una ventaja; pero, si deseaba explotarla en todas sus posibilidades, debía reservarse.

Cerró de nuevo el candado y situó las ruedecillas en su posición original: 648.

Alcanzó el arca que Nau había traído consigo y la abrió. Estaba atestada de papeles, algunos viejos, desgastados y amarillentos, otros agrupados en fajos mediante pedazos de fibras vegetales, y cierta cantidad de ellos, arrugados y rotos. Todos estaban manuscritos y en muchos la tinta se había desvanecido dejando apenas una sombra.

Retrocediendo a la entrada de la choza, apartó la piel que la tapaba y la sujetó con

una piedra de peso. A continuación arrastró el arca hasta situarla a la luz que llegaba de afuera y extrajo de ella un primer documento. El papel era de vitela, tosco y poroso, cuarteado y quebradizo por la acción del tiempo. La tinta, color pardo, era muy tenue.

Parecía formar parte de un diario o un cuaderno de bitácora y haber sido escrito presurosamente. El autor, no obstante, había observado ciertas formalidades: «Memoria de los sucesos del día 7 de Septiembre del año de 1797, de los que, por incuria del cabo de mar, que hizo añicos el tintero, doy cuenta con la sangre de un cuarterón.

»Avistado que se hubo, con las primeras luces del día, un bergantín de dos palos, mandé seguirlo. Demasiado raudo para nuestro desfalleciente navío. Nos hicimos bien a la mar; pero, sobrecargados, poco faltó para que zozobrásemos. Ganamos, sin embargo, la costa.

»Agotado el ron. Los hombres se muestran mal a gusto. Sobrios, demasiado sobrios. ¡Cunde una confusión del infierno! Los rufianes se confabulan —hay fuertes rumores de separación—, de manera que busqué con afán una captura, cualquiera capaz de procurarnos licor. Di con ella, un mercante con buen acopio de ron a su bordo, y así mantuve entonados a los hombres, y mucho, a fe, con lo cual las cosas vuelven a buen cauce.»

El documento estaba firmado con una historiada rúbrica y las siglas: «l'O. V.».

Conforme los sacaba del arca, Maynard fue clasificando los papeles por orden cronológico en montones que dispuso en círculo a su alrededor. Las actas más antiguas, que se remontaban a la década de 1680, las situó a su izquierda; los más recientes, algunas —escritos en hojas sueltas de papel de carta— fechados en 1798, los puso a la derecha. Aunque por de pronto sólo le interesaba la cronología de los documentos, determinadas palabras o frases atraían a veces su atención forzándole a leer.

«Una tempestad arrojó un bajel a la costa», relataba uno de los escritos, datado en 1831, que exhibía la firma de «l'O VI»: el tatarabuelo de Nau. «Troqué bebida con su patrón, que parecía uno de los antiguos bucaneros, hombre bravo y aguerrido, de buena condición, sin duda. Pero hizo preguntas taimadas, y como le viera intenciones escondidas, lo pasé a cuchillo, y asimismo a su tripulación, la cual denegó, aun por la fuerza, revelar sus verdaderos móviles. Hizzoner lavóse las manos en este negocio y dijo que nos condenaríamos todos, a lo cual repuse que si así hablaba no era mi amigo, y si no era mi amigo era enemigo mío, y que, siendo mi enemigo, antes me condenaría que permitir que siguiera alentando, y así le pasé a cuchillo también a él.»

Algo estableció Maynard en relación con los documentos: cuanto más reciente era su redacción, menos precisa, esmerada y culta se revelaba. Las memorias referentes a capturas efectuadas en la década de 1720 daban cuenta de los métodos empleados

(«... practicamos un orificio en la sentina, alojamos pólvora en él y volamos la nave...»), las mercaderías aprehendidas y el número de víctimas. A partir de 1950, sólo se mencionaba la naturaleza de los botines y el número de prisioneros. El más reciente de los informes consistía en un simple recorte de papel en el cual se había garabateado: «Barco de recreo de nombre Marita, muertos 2, apres. 1. Fruta, ron, etcétera. Echamos a pique a la mala zorra».

Hundida la mano en el fondo del arca, Maynard extrajo lo que parecían ser voluminosos fragmentos de un mismo libro, cuyas páginas, muy gastadas por el uso y emporcadas con los dedos, hallábanse agrupadas mediante quebradizas tiras de delgado cuero. Retirando éstas, Maynard acercó a la luz la portada. «LOS BUCANEROS DE AMÉRICA», decía; «Relato veraz de los asaltos perpetrados en los últimos años, en las costas de las Indias Occidentales, por los Bucaneros de Jamaica y Tortuga (asimismo franceses como ingleses), de la pluma de John Esquemeling (uno de los bucaneros presentes en dichas tragedias)».

Según el cuño del impresor, apenas visible, aquel ejemplar del libro formaba parte de la primera edición inglesa, traducida del holandés y publicada en 1684.

Conocía Maynard a Esquemeling por una reedición de su obra, aparecida hacía unos años en rústica, que un historiador amigo suyo habíale recomendado como único texto, comprensible y al mismo tiempo digno de crédito, referente a las primeras épocas de la navegación por lo que se diera en llamar las Antillas. El sólo hecho de que subsistiera el libro —es más: de que hubiese sido escrito— era exponente de la intrepidez y la extraordinaria buena suerte del autor.

Esquemeling se había embarcado con rumbo al Nuevo Mundo en 1666, en calidad de grumete; pero, apenas atracar su barco en Tortuga, fue vendido como esclavo. Lo compró el teniente general de la isla, a quien el autor calificaba de «el más pérfido de los hombres y cruel tirano que haya nacido de mujer». Esquemeling conoció el hambre y los castigos físicos, y sólo le salvó de la muerte el hecho de que comprendiera su amo que con ella daría al traste con los treinta pesos de ocho reales (la paga mensual de un marinero capaz era de alrededor de dos pesos de ocho reales) invertidos en el muchacho. Fue vendido Esquemeling a un cirujano que le alimentó, dispensó buen trato e inició en los rudimentos de su arte, liberándole finalmente a trueque de la promesa de que, si algún día llegaba a enriquecerse, recompensaría al cirujano con cien pesos de ocho reales.

Resuelto a convertirse en bucanero, por unos pocos años Esquemeling prestó en diversos barcos el oficio de médico, actividad cuyo rango y estipendio se hallaban en consonancia con el puesto conquistado por la ciencia médica de la época, es decir que apenas recibía sueldo, debiendo someterse prácticamente a todos. Pero, dueño de un buen oído y una ágil pluma, se impuso la tarea de escribir la crónica de la era de los bucaneros. Tras enfrentarse a enfermedades, combates, traiciones, ignominias y

emboscadas, en 1672 regresó a Francia y compuso su libro.

La obra obtuvo un éxito inmediato, vio la luz pública en todo el mundo entonces conocido, convirtió a Esquemeling en celebridad y le atrajo pleitos de personajes como Sir Henry Morgan, que protestó no guardar relación alguna con el sujeto brutal, sin escrúpulos y sin más Dios que su persona con que le identificaba Esquemeling.

Lo que inicialmente había interesado a Maynard en los bucaneros, induciéndole a llevar adelante su estudio de ellos, era su condición de supervivientes: hombres de mediocre talento y modestas aspiraciones que se habían procurado la existencia en una tierra dejada de la mano de Dios (expresión que en la actualidad sólo se entendía como metáfora, pensó Maynard), la misma que habría de convertirse en la más rica de las naciones. Muchos habían perecido de muerte natural; otros, en batalla o a manos de sus enemigos, y un pequeño número conquistaron fortuna, respeto y hasta renombre.

Eran, en sus orígenes, esclavos en fuga, grumetes explotados, marineros supervivientes de naufragios, presos evadidos: todos ellos proscritos —por accidente o por designio— del mundo civilizado. Hacia mediados del siglo XVII crearon comunidades en La Española y en Tortuga. Cazaban reses salvajes cuya carne curaban y ahumaban en parrillas llamadas *boucans*, de donde les vino el nombre de *boucaniers* o bucaneros. No sólo no incomodaban a nadie, sino que, con sus suministros de artículos tan vitales como el tasajo, el sebo y las pieles —que cambiaban por paño, pólvora, mosquetes y licor— habían contribuido a la subsistencia de innumerables tripulaciones.

Cuando un hombre se convertía en bucanero, su pasado se echaba al olvido y hasta se le bautizaba con un nuevo nombre fundado en su país de origen (como Bartholomew Portugués o Roche Brasiliano) o en alguna peculiaridad física (tal Louis CuloTuerto, porque perdiera una nalga en el curso de un combate; o Amura de Babor, porque a su propietario le había quedado desviada la nariz). No se hacían preguntas entre sí, y del mundo exterior no pedían más que el olvido.

Los reyes de España, sin embargo, habían decretado que todo el comercio con el Nuevo Mundo se efectuase a través de los barcos de su flota, ello pese a que aquella no zarpase más que una o dos veces por año y fuesen lamentablemente escasas las provisiones que traía de España, y sin importarles, tampoco, que, conforme al espíritu de la ley, los colonos hubieran de verse reducidos a existir sin materiales de construcción, ropas ni alimentos. Técnicamente se les negaba el derecho a producir cosechas, confeccionarse calzado o intercambiar géneros con quienquiera.

Por su propia existencia, pues, los bucaneros se convertían en forajidos expuestos a frecuentes incursiones en cuyo curso los españoles mataban a cuantos podían coger, dispersando a los demás. En su perversa sabiduría, consiguieron los españoles privar a sus colonos y marinos de una fuente vital de abastecimientos, y engendrar en los

bucaneros, gente hábil, endurecida y experta en las cosas del mar, un profundo odio por España.

Privados de la posibilidad de subsistir como cazadores, los bucaneros se dedicaron a la rapiña de las naves españolas. Provistos de pequeñas y veloces embarcaciones que excedían en maniobrabilidad a los galeones españoles, más pesados y lentos, y portadores de armas concebidas para un rápido y eficaz manejo a poca distancia, tales como cuchillos, espadas cortas y hachas de mano, conseguían penetrar las defensas de su enemigo mientras éste intentaba defenderse torpemente con sus arcabuces.

La fama de los bucaneros cundió por todas las flotas y colonias españolas, primero en proporción a las atrocidades de que eran autores y, con el tiempo, allende toda realidad. «¡Jesús nos ampare! », se dice que exclamó un marinero español al ver su nave invadida por una horda de furiosos salteadores ebrios, harapientos y de feroz mirada. «Si no me hallo ante diablos, ¿ante qué me hallo?»

Según todos los relatos que Maynard había leído, el peor de los bucaneros era Jean-David Nau, rebautizado con el nombre de L'Ollonais por ser originario de la localidad francesa de Les Sables-d'Ollone. Para los españoles era Nau una pesadilla infinitamente peor que Henry Morgan, pues de éste, hombre caprichoso, siempre cabía esperar clemencia, mientras que, caído en manos de L'Ollonais, un español era un hombre sin mañana.

Maynard hojeó los restos del libro de Esquemeling. «Cuando alguien era torturado, y aún con eso no confesaba», leyó, «tenía L'Ollonais por costumbre despedazarlo al punto con su machete y arrancarle la lengua, fin que hubiera dado, a serle posible, a todos los españoles del mundo».

Entre las páginas del mismo cuadernillo halló referencia al suceso que había dado a L'Ollonais su mítica estatura. Habiendo capturado a un grupo de españoles de los que trataba de extraer una información que no poseían, «L'Ollonais fue presa de un tan extremoso ataque de ira, que, desnudando su alfanje, abrió el pecho de uno de aquellos desdichados españoles y, arrancándole el corazón con sus sacrílegas manos, desgarró a dentelladas la víscera, cual un lobo famélico, diciendo a los demás: ‘a todos os castigaré de tal suerte...’».

Anatema de los españoles, L'Ollonais se hizo popular entre sus seguidores, que le tenían por hombre justo e intrépido. Observaba rigurosamente el código que regía la división de las presas y, sobre todo, le favorecía el éxito. Una excursión en compañía de L'Ollonais garantizaba a un bucanero el acceso a un cuantioso botín que gastar en las tabernas y burdeles de Port Royal, en Jamaica.

Maynard concluyó que, partido para Europa en 1672, y finalizado con eso su testimonio personal, para la confección de su crónica Esquemeling forzosamente había tenido que recurrir, y no poco, a noticias de oídas. En cuanto a los demás

historiadores, todavía más alejados que él del fenómeno que estudiaban, no era menor su arbitrariedad ni mayor el crédito que merecían. La era de los bucaneros pasaba por haber concluido antes del inicio del siglo XVIII. Para esas fechas, España, que había dejado de ser en el Nuevo Mundo la formidable potencia de otrora, convertíase en un dinosaurio asediado por hurones de diferentes nacionalidades. La Guerra española de Sucesión, que duró hasta 1714, había hecho innecesario el oficio de bucanero: ¿por qué habría de convertirse en proscrito un capitán que podía aliarse con uno de los bandos contendientes y hacer presa en los barcos «enemigos», bajo la égida del soberano de su elección?

El orden establecido a partir de 1714 daba pocas posibilidades, a un hombre que expoliase la flota de cualquier potencia, de invocar nobles motivos políticos: se convertía en pirata. Y aun la «dorada época de la piratería», a cuyo propósito tan románticas fábulas se habían urdido, quedaba reducida a la extensión de una década. Para 1724, Edward Teach (Barbanegra), Calico Jack Rackham, Samuel Bellamy y los demás corsarios, habían muerto o se hallaban entregados a empeños menos espectaculares.

Más ahora, sentado en el suelo de tierra de una choza, desnudo y encadenado, el redactor de las «Tendencias» de *Today* se daba cuenta de la magistral impericia de la mayoría de los historiadores.

Poniendo a un lado el texto de Esquemeling, y tras haber amontonado por fechas los restantes documentos, Maynard prosiguió su investigación. No le llevó mucho tiempo dar con el eslabón perdido, parte de un cuaderno de bitácora que el primer Ollonois había mantenido al día hasta la fecha de su último viaje.

A principios de la década de 1670, los bucaneros habían comenzado a saquear los dominios españoles de Centro y Sudamérica. Tras tomar como rehenes a los colonos o a la propia ciudad asaltada, se hacían con el rescate que pudieran conseguir y huían hacia sus refugios.

El favor de L'Ollonois, sin embargo, iba decreciendo en la mayoría de los asentamientos de los bucaneros. Puesta a precio ahora su cabeza, el sólo hecho de tener relación con él era crimen bastante como para valerle a quien lo cometiera el aplastamiento del pecho bajo media tonelada de rocas, la perforación de la cabeza por una varilla de bambú pasada de uno a otro tímpano, o el patíbulo. La maníaca sed de sangre de L'Ollonois, por otra parte, se consideraba, aún con arreglo a los cánones de sus compañeros, desarreglada. Uno de los refugios le fue cerrado a consecuencia de haber amputado él, en el furor de una borrachera, los brazos de una prostituta que se negó a beber de un pellejo de vino que tenía rastros de moho.

«Lo que llamáis sociedad», consignaba en su cuaderno, «se ha tornado demasiado pulido para mí. Voy a ejercer mi libertad. Yo no acabaré en tendero». Y zarpó entonces rumbo a un deshabitado grupo de islas vagamente denominadas «las

Caicos».

«Puesto que Dios no ama este lugar», escribió, «lo haré yo. Lo que, según dicen, complace a Dios me causa a mí pesar, y lo que a mí me complace es pecado para Él. Protestan los españoles que Dios les ama; si así fuera, Dios es un necio».

Maynard se dio cuenta de que las Caicos tenían mucho que ofrecer a un fugitivo de la sociedad. Fuente nula de alimentos, agua, madera y caza, ningún barco encontraría razón para atracar en ellas. Sus únicos visitantes eran los naufragos, cuyos bienes y provisiones podían ser confiscados, sus mujeres (supuesto que las tuvieran) prostitutas y sus vidas, o bien preservadas —en caso de que el prisionero tuviese dotes de utilidad— o bien terminadas de manera sumaria, sin temor al castigo.

Bien que inhóspitas, las islas, asentadas entre dos de las más frecuentadas rutas navegables que unían Cuba, Puerto Rico y la América del Sur con el Atlántico, prometían una incesante provisión de naufragios.

«Tendremos visitantes», escribía L'Ollonais, «y aquellos que no caigan en las garras de la Natura, caerán en las mías».

Partió acompañado de veinte hombres: asesinos cuya libertad había comprado la víspera de la ejecución sobornando a las autoridades y prometiéndoles que no volverían a ser vistos; borrachos secuestrados en los muelles y adolescentes a los que engatusó con promesas de amoríos y opulencia. Raptó, también, a seis ramera, dos de las cuales resultaron estar encintas, y todas ellas portadoras del mal gálico. Pero las prostitutas eran tan indispensables para su misión como las vituallas o la pólvora: le era preciso mantener una comunidad heterosexual. La homosexualidad, según él, era como el escorbuto, que, producto de los largos viajes, da al traste con la eficiencia de la tripulación.

«Si en algo coincidimos Dios y yo», decía en su cuaderno, «es en nuestra abominación de la sodomía. El hombre que la practica es peor que una plaga: establece extrañas alianzas, enfrenta a unos con otros y exige favores a cambio del acceso a sus cavidades. Conducta semejante es propia de mujer. Fuera de ellas, genera confusión».

El 2 de julio de 1671, L'Ollonais encuentra una isla que se ajusta a sus conveniencias: «Miserable cayo situado en el centro del archipiélago, tendrá una legua de largo por media de anchura y la cubren malezas que sólo a un ganado muy recio podrían dar sustento. Hacia el este se extienden bajíos que ninguna embarcación podría navegar; al oeste, aguas azules y una caleta en forma de anzuelo, que nos dará cobijo y emboscada. Por doquier de esta tierra, ciénagas salinas y hondonadas que pueden hacer oficio de cisternas. Si las putas interrumpen sus maullidos de gatas en celo, puede ser una vida placentera».

L'Ollonais había trazado en su cuaderno un rudimentario mapa de la región, que Maynard trató de comparar con lo que recordaba de las cartas de navegación.

Navidad no estaba representada —sacó Maynard la conclusión de que L'Ollonois no había llegado a verla—, y la Isla Occidental y la del Sur no eran más que terrones informes situados al borde de los Bajíos de las Caicos (donde un piélago de X marcaba las aguas someras). La isla de L'Ollonois, que ofrecía la forma de un riñón, se hallaba fuera de las rutas aéreas y marítimas y rodeada (en los mapas modernos) de llamadas a la prudencia de los marinos, a quienes se recomendaba evitar celosamente la zona.

Por espacio de más de trescientos años, ni la isla había sido observada ni sus moradores perturbados. Nadie había atracado jamás en ella de propio intento, ni, como resultaba obvio, nadie que la pisara había salido vivo de ella.

Si la existencia de L'Ollonois en aquellos parajes tuvo sus amenidades —aunque en su diario nada autorizaba a pensarlo—, también fue breve. La última inscripción llevaba la fecha del 6 de enero de 1673: «Me haré a la mar al rayar el día, a bordo de la pínaza, con una docena de muchachos. Aunque creí que la vida podía desenvolverse por sí misma en este agujero del infierno, algunas necesidades escasean que es una maldición, a saber: el mercurio —pues las putas, todo su condenado hatajo, están con el gálico—, cítricos —a Hizzoner los dientes le bailan como dados en un cubilete—, mosquetes con que reemplazar los que tienen carcomido el cerrojo; ron e incluso oro, pues hay barcos que, menguada como es mi tripulación, no puedo apresar, y debo comerciar con ellos; y, por último, unos cuantos mozos jóvenes y alguna muchacha sana, ¡si es que de éstas queda alguna en el mundo! Demasiado pequeños mueren en el vientre de la madre, o apenas haberlo abandonado, sea por el gálico o por otra causa.

«Dejo al mando a mi joven hijo, o el que así llama esa meretriz de todas las máculas, por mucho que su vaina haya dado funda a todas las espadas de la dotación; pero, como he de menester un heredero, no lo disputo. Es un demoñejo escrofuloso que acaso no salga adelante. Por eso he nombrado regente a Hizzoner, el chamán. Que no es poca fatuidad: como si fuera yo rey. Pero no soy, a la postre, menos príncipe que cualquier hombre libre. Por eso, si la criatura muere, Hizzoner regirá hasta que regrese yo y ensarte a otra puta. Confío en él porque es mucho el temor que me tiene. Matará, si es preciso, para preservar mi estatuto, pues me sabe capaz de perseguirle hasta las mismas entrañas del infierno y arrancarle la piel a tiras. El temor es poder.»

Según los documentos, Hizzoner dejó pasar un año antes de declarar muerto a L'Ollonois. A partir de ese momento, se hizo con el poder, que ejerció de manera tiránica y absoluta, no rindiendo sino ficticia pleitesía al heredero de L'Ollonois, quien, amén de su deficiencia mental, había heredado de la madre un blanco mechón de cabellos, producto de la sífilis. Hizzoner redactó, y rigió su gobierno, por un pacto.

En 1680, un navío zozobró dentro del cinturón de arrecifes próximo a la costa.

Entre los supervivientes se hallaba la hija del gobernador de Puerto Rico, muchacha demasiado joven para haber sido contaminada por enfermedades venéreas. Declarándola pupila suya, Hizzoner la sustrajo a las atenciones de los demás bucaneros. La iniciativa pareció egoísta a sus colegas. Pero no lo era.

Al cumplir la muchacha los catorce años, Hizzoner la fecundó. Luego, y tan pronto hubo ella dado a luz a un varón saludable, dispuso la discreta desaparición del hijo de L'Ollonois (profundo conocedor de la Biblia, el hombre sabía hallar justificación textual a cualquier acto, por más salvaje o depravado que fuese), y en una compleja ceremonia, llena de jerigonzas místico-religiosas, proclamó al recién nacido legítimo heredero del poder, reservándose para sí el mando, hasta que el muchacho tuviese edad suficiente para ejercerlo. Corrió el ron en tal abundancia en la celebración, que nadie alzó una voz de protesta.

Hizzoner tuvo otros tres hijos de la muchacha, y, más tarde, cansado de ella y aborrecido por las importunas presiones de sus indómitos bucaneros, la abandonó a ellos.

Hizzoner se mantuvo en el poder hasta 1690, época en que su primogénito —por mucho que le hubieran bautizado con el nombre de L'Ollonois II y constase como de su linaje —había cumplido los quince años. El último mes de su vida lo consagró Hizzoner a imponer a su heredero en el espíritu del pacto. Cuando se hubo convencido de que nada más podía hacer —finalmente había dado a la comunidad una nueva generación de dirigentes libres de enfermedades, y asimismo un código por el cual regirse—, se despojó una noche de su ropón, internóse a nado en el mar y desapareció para siempre.

Maynard revolvió los papeles en busca del pacto. Tan a la vista estaba, que por dos veces le pasó desapercibido. No era un pliego, sino un rollo de pergamino que había sido tratado, para preservarlo de la descomposición, con una gruesa capa de lustroso barniz.

«Siendo una comunidad de gente libre», rezaba el preámbulo del pacto, «dueña de declarar la guerra a cualquier otra, o concertar con ella la paz, pero por igual constituyendo un pueblo que debe regir con orden su vida, en tal virtud concertamos el siguiente Pacto, obligándonos, por juramento ante Dios Todopoderoso, a cumplirlo so pena de responder a las penalidades que preven cada uno de los artículos transcritos más abajo».

Y, a continuación, el cuerpo del articulado:

1. Todos, sin excepción, obedecerán a L'Ollonois, o, en ausencia de éste, a Hizzoner. La violación de este mandato constituye crimen capital.
2. Aquel que huyera, o tratase de huir, o mantuviese secretos los propósitos de fuga de otros, será pasado por las armas. El intento de fuga constituye crimen capital.
3. Cualquiera que ataque a otro miembro de la Comunidad, haciéndolo sin previo

aviso, conocerá el Gato (treinta azotes). Si su víctima muriera, el agresor será azotado hasta la muerte.

4. Quienquiera pierda un miembro en acto de batalla percibirá quinientos pesos de ocho reales; si la vida, sus herederos obtendrán la décima parte del próximo botín de precio.
5. Aquel que privare a una mujer de bien, sin su consentimiento, del tesoro de su castidad será pasado por las armas. Una mujer de bien es prenda rara, y el mancillarla constituye crimen capital.

El primer Hizzoner había previsto los cambios que el paso del tiempo operaría en cuanto a las necesidades de la comunidad, por lo cual dotó de un apéndice el cuerpo del articulado:

«Siendo que nadie puede predecir el porvenir, quizá se haga preciso ampliar el pacto. No se harán supresiones: los artículos restan inviolables a perpetuidad. Lo que se añade recibirá el nombre de enmiendas, que se agregarán bajo esto.»

Un fajo de papeles —las tales enmiendas— aparecía incorporado al pie del documento. Sumaban doce, en total. Algunas establecían penas para crímenes no conocidos en la época de la redacción del pacto. Nadie, por ejemplo, podía poseer un aparato de radio. La comunidad contaba con uno (todos los demás fueron destruidos) que se utilizaba únicamente como receptor. Transmitir señales de cualquier naturaleza constituía un crimen capital.

Por igual, se prohibía la ingestión de cualquier tipo de «fármaco», «a fin de que la vesania no se adueñe de la comunidad». Eran destruidos todos los medicamentos o sueros, con la sola excepción de la penicilina, que quedaba bajo la custodia de L'Ollonois, facultado para administrarla a quienquiera que «tenga fuego en su agua».

La producción de humo o fuego capaz de ser vistos por un barco o aeroplano de paso constituían crímenes que, de producirse durante el día, se penalizaban con castigo corporal, y, de noche, con castigo corporal y tortura.

A los homosexuales se les había dado acceso a la comunidad, bien que a desgana, a partir de mediados del siglo XIX, época en que una joven introdujo la fiebre amarilla en la isla y la contagió a todas las demás prostitutas. En el curso de un solo mes, la población femenina había pasado de veinticinco a cinco. Sin esa exención legislativa, las cinco supervivientes no hubieran tardado en morir extenuadas.

«Siendo que todos los hombres se han visto privados de una función que les es natural —establecía la sexta enmienda—, y por cuanto su vitalidad y buena disposición de ánimos se resienten de resultas de la abstinencia, se regula que los mejores muchachos, de entre los próximos que se apresen, sean convertidos en bujarrones, con arreglo a los mismos derechos y restricciones que rigen para las prostitutas, pues tal será su condición.»

Una enmienda a esa enmienda daba prueba de la repugnancia que suscitaba la medida. «La presente enmienda quedará derogada en cuanto crezca el número de la comunidad femenina. Hasta ese momento, los bujarrones cumplirán su oficio y ningún otro. Aquel que exceda sus alcances, será pasado por las armas. El bujarrón impudente incurre en crimen capital.»

Una de las más recientes enmiendas reconocía la inutilidad del dinero en la vida cotidiana de los isleños. Los pesos de ocho reales eran sustituidos, a efectos de indemnización o recompensa, por víveres y licor. Las prostitutas, autorizadas a elegir su propia moneda, optaron por las golosinas (nueces, aceitunas y confites), la lencería y los perfumes. Las equivalencias de las monedas se relacionaban en un larga lista de anexos. En la actualidad, y conforme a anotaciones del puño y letra del último Ollonois, el orden de los artículos más preciados era: 1, el 612 tamaño familiar; 2, el Deep Woods OFF; 3 el Cutter (inoperante con los mosquitos); 4, el mercurio; 5, el ron haitiano; 6, las armas nuevas.

¿Por qué, se preguntó Maynard, las armas nuevas eran objeto de tan escasa prioridad? Y, si llevaban doscientos años sin utilizar dinero, ¿qué habían hecho del que produjeran sus capturas?

Mayor inquietud, sin embargo, le procuró una enmienda que, datada en 1900, gozaba a todas luces de preeminencia, pues se le había concedido un título: ACERCA DE LOS NIÑOS.

«Por cuanto el estado de inocencia puede decirse corrompido en los humanos con la llegada de la adolescencia, y siendo que la pérdida de esa virtud engendra la mundanidad, y por cuanto la persona humana constituye una amenaza para la comunidad, ello a causa de conceptos y conocimientos que ponen en cuestión (y por tanto en peligro) la vida que tan cara nos es, en tal virtud y en el tiempo porvenir la comunidad no aceptará en su seno a personas que hayan excedido la edad de trece años. Todas las demás serán privadas de la vida en el mismo momento de su apresamiento, por cuanto puede decirse que las han vivido en plenitud y que no pueden ofrecer a la comunidad, como así lo han demostrado, sino trastornos, discordia y agitación encaminados a dispersarla y propiciar su descubrimiento. Un niño es un comensal hambriento cuyo plato puede ser colmado de pitanza propia para la reflexión; el de una persona mundana se halla ya repleto de viandas indeseables.»

Una sombra cruzó el umbral oscureciendo la luz que llegaba de afuera. Beth, la mujer, desligó los extremos de la cadena y recuperó el que pasaba por encima de la viga, dejando el otro enrollado en torno al cuello de Maynard.

—Levántate —dijo.

Maynard obedeció.

Tomó ella los pantalones que yacían en el suelo y le ayudó a ponérselos. La cara interna de la piel conservaba todavía sangre húmeda y una película de sebo, y, al

ajustárselos Maynard a la cintura, los zahones rezumaron una sustancia viscosa. Sintió jirones de carne descompuesta a la altura de las rodillas, y una fétida vaharada le inundó el olfato.

Después de untarle con grasa de cerdo pecho y espalda, la mujer mostró con un ademán la puerta y dijo:

—Sal.

—¿Adónde vamos?

—TueBarbe ha consentido en verte.

—¿Quién es TueBarbe? —obnubilados los sentidos por el pasado dolor, ese nombre era como una polilla que fluctuase en la penumbra de su memoria.

—Maynard TueBarbe, el que fue tu hijo.

—¿Que ha consentido, dices? —dijo Maynard mirándola—. Muy gentil por su parte.

—Recuerda —repuso ella al tiempo que tiraba de la cadena impeliéndole hacia la puerta— que aquí se honra a los jóvenes porque son el porvenir. La gente como tú no es más que pasado. Está muerta.

Siempre sujeto por la cadena, le condujo por una senda que serpeaba entre la maleza. Al entrar en uno de sus recodos, Maynard oyó risas.

La senda desembocaba en un calvero a cuyo lado derecho se levantaba una edificación que recordaba las de los indios navajos, y de ocho a diez veces el tamaño de la choza de Beth. Un pequeño árbol de Navidad, de material plástico, de los que se venden en los baratillos, se alzaba a un lado de la puerta, decorado con oropeles, mondaduras de frutas y jironcillos de tela de colores.

—¿De dónde procede eso? —indagó Maynard.

—De un botín —repuso ella, que, deseosa de ganar el extremo opuesto del calvero, había apretado el paso.

A un nuevo estallido de risas, dos hombres jóvenes salieron del pabellón empujándose y propinándose palmadas. Como Maynard se detuviera a contemplar, sintió en el cuello un tirón de la cadena.

Uno de los hombres llevaba un sarong chillonamente floreado, media docena de brazaletes en cada muñeca, y sortijas en todos los dedos. Su compañero iba casi desnudo. Tenía cortados casi al rape los cabellos, de un rubio casi blanco, y el cuerpo, largo, esbelto y bronceado, aparecía cubierto de aceite y carecía de vello. Por toda vestimenta lucía un taparrabos de cuero negro, del tamaño de un pomelo, que se hubiera dicho, de puro hinchado, a punto de estallar.

Habiendo reparado en los transeúntes, los hombres interrumpieron sus retozos. Beth volvió la vista hacia ellos, escupió en tierra y dio un nuevo tirón de la cadena. Según reemprendía la marcha, y como se volviera para mirarlos, vio Maynard que los hombres correspondían al despreciativo saludo de Beth.

Cuando estaban por alcanzar un segundo calvero, Beth se detuvo y, a pocos metros del final de la senda, le amonestó: —Aquí no te rezagues, o te arranco la cabeza.

Y, humillada la cara, los hombros encogidos, se internó en la explanada.

Había en el claro ocho pequeñas chozas atendidas, cada una de ellas, por una mujer. Dos de las allí reunidas vestían camisolas de transparente gasa que permitían apreciar hasta el último detalle de sus cuerpos. Una tercera llevaba una falda larga, de manchada seda, y, por encima de la cintura, nada más que dibujos trazados con pintalabios, que, formando círculos concéntricos en los pechos, convertían los pezones en dianas. Otra, que exhibía un juego completo de prendas interiores largas, se dio vuelta, al advertir a los intrusos, y, doblando el cuerpo hacia delante, desabrochó la pieza posterior de los calzones y, desnudas las nalgas, produjo una ronca ventosidad.

Una de las mujeres rompió a reír y, voceando en dirección a Beth, exclamó:

—¿Es ésa tu salvación, Goody? Pues bien trasijada la tienes.

Otra graznó:

—Te encontraré a un perro con mejor aparejo que ése.

—Roche, muerto, es más temible que ése, vivo —rió una tercera.

—¡Te tenemos preparado el jergón!

—¡Te veremos por aquí antes de la luna nueva!

Maynard, sonrojado, mantenía la vista fija en la arena. Hasta topar con ella no se apercibió de que Beth se había detenido.

Furibunda, roja como la grana, dedicó a los prostitutas una mirada fulminante.

—¡Vacas! —vociferó—. ¡Me moriré de vieja sin haber puesto un pie donde vosotras! —Su mano voló al frontal de los zahones de Maynard, y, agarrándole los testículos, continuó— Si esto les parece poco, es porque carecéis de la alquimia capaz de transformarlo—. Y, retirando la mano, alejó a Maynard del lugar.

Trotando en pos de ella, le preguntó:

—¿Cuántas mujeres hay, aparte de las putas?

Doce, todas casadas.

—¿Y cuántos hombres sin esposa?

—Acaso un par de docenas.

—¿Y por qué no te casas con uno de ellos?

—Después de su primer matrimonio, una mujer no tiene más que dos caminos: la maternidad o el prostíbulo.

Pero, aun suponiendo que tengas un hijo... mío, el niño crecerá. No serás madre toda la vida.

—Se nos permite ser madres durante trece años.

—Pero, pasado ese tiempo, habrás de convertirte, de todos modos, en prostituta.

—Crees saberlo todo —rió ella—. Pero soy yo quien sabe.

—¿No acabarás de ramera?

—¿Si vivo hasta entonces? Jamás. ¿Quién pagaría por yacer con una vieja?

—¿Cuál será, pues, tu destino?

Se paró, le miró y dijo en tono fervoroso:

—Seré venerada. Sabia. Consultada. Respetada. Nutrida. Y así hasta que llegue la hora de que me entreguen a la muerte. Así quiero que sea y eso —señaló la entrepierna de Maynard— puede procurármelo.

El sendero desembocaba en una cala protegida en todo su contorno por riscos calcáreos. Tenía, como señalaba el mapa del primer Illinois, forma de anzuelo. Una embarcación que quisiera ganar alta mar había de costear hacia el sur un rompeolas natural, más tarde contornearlo y enfilear un paso limitado por un segundo rompeolas y, por último, doblar al este hacia la abertura que conducía a las aguas profundas.

Había diversas embarcaciones varadas en la arena: dos piraguas, una Boston

Whaler desechada y cuatro pinazas, éstas con las velas recogidas.

Al principio, Maynard no reconoció a Justin, que estaba de pie, en la orilla, entre Nau y el muchacho al que llamaban Manuel. Llevaba ropa nueva —una camisa de algodón y unos calzones como los de L'Ollonois —y, a un costado, en la pistolera, la Walther PPK.

Viendo surgir del sendero a Beth y a Maynard, tanto Nau como Manuel adoptaron una postura arrogante: las piernas abiertas, los brazos en jarras. Algo dijo L'Ollonois a Justin en tono severo, pues el muchacho trató de imitar su actitud.

Maynard hubiera corrido en dirección a su hijo, pero Beth, que lo mantenía sujeto por la cadena, le obligó a caminar lentamente playa abajo. Habiendo alcanzado un punto distante unos pocos pasos del lugar donde se encontraba Nau, la mujer se detuvo y tiró de la cadena, ignorando qué pretendía de él, Maynard permaneció erguido; pero ella repitió el tirón, ahora con fuerza, obligándole a arrodillarse.

Desde su postración, Maynard examinó los rostros que tenía delante: el de Nau, que parecía reflejar la convicción de su ancestro, de que el temor era poder; el de Manuel, que irradiaba precoz arrogancia; el de Justin, descompuesto, nervioso, mortificado por la humillación de su padre.

Como ninguno de los tres parecía dispuesto a hablar, Maynard dijo en tono ligero: —¿Cómo va eso, amiguito?

—Muy bien —respondió Justin. Y, porque las palabras se le habían atragantado, repitió más alto—: Muy bien. ¿Y tú?

Maynard se limitó a cabecear afirmativamente. Fija en su hijo la mirada, no conseguía apartarla.

A un ligero codazo de Nau, Justin farfulló:

—¿Dónde está el resto de las municiones? —y tocó indicativamente la culata de la Walther.

—Se quedaron en la habitación del hotel. Y tú lo sabes. Justin miró a Nau y, en respuesta a un segundo codazo, insistió:

—¿Dónde?

—En el secreter. En el primer cajón.

Justin explicó a Nau.

Estaba seguro de que no las llevó al yate.

—Mandaré por ellas —replicó Nau. Y, volviéndose hacia Beth, concluyó—: Eso es todo.

La mujer tiró de la cadena para levantarlo.

—¡No! —exclamó Maynard—. Deje hablar con él.

—Hablar ¿de qué? —quiso saber L'Ollonois.

—¡Soy su padre!

—Estoy harto de decirte...

Maynard le interrumpió ciegamente y con aspereza:

—¡Al carajo con tus juegos de palabras! Es mi hijo y quiero hablar con él.

Tras un instante de vacilación, Nau dijo en tono tenso a Beth:

—Conténlo o lo mataré. Te lo juro. —Luego, encarándose a Justin, le consultó—: ¿TueBarbe?

Al muchacho le costó un instante comprender que se pedía su decisión. Por fin, confuso, asintió.

—Ya has leído el pacto —dijo Nau a Maynard—. Eres un hombre mundano que no tiene aquí lugar alguno. Somos nosotros, no tú, quienes formaremos al chico. Puedes hablar a solas con él por esta sola vez. Será la última.

Nau marchó playa arriba seguido de Manuel. Indecisa en cuanto a acompañarles o quedarse, Beth se detuvo. Nau le indicó entonces que soltase la cadena. Así lo hizo ella y marchó en su pos.

Maynard pasó de la posición genuflexa a la de sentado y, dando unas palmadas en la arena, invitó a Justin a acomodarse frente a él. El muchacho consultó a Nau con la mirada y por último, aunque inseguro, obedeció a su padre.

—¿De veras estás bien? —preguntó Maynard en tono apacible—. ¿No te han lastimado?

—No, estoy bien.

—Tenemos que seguirles la corriente. Haz lo que te pidan. Cada día de vida es una nueva oportunidad. Cualquier cosa que te exijan, por más que te contraríe, es preferible a estar muerto. ¿Has podido descubrir quiénes son?

Justin negó con la cabeza.

—Hablan muy raro. Como si no fueran de esta época, quiero decir.

Maynard le hizo una rápida exposición de lo que había averiguado por su cuenta. Luego le preguntó:

—¿Qué te han dicho?

—Que no saldré nunca de aquí. ¿Es verdad?

—No. Encontraré una forma de escapar.

—Dicen que van a matarte. ¿Lo harán?

—Eso me temo, si antes no descampamos de aquí. Cualquier cosa que escuches, aun el menor detalle, aplícalo a la idea de la fuga. Pregúntate a ti mismo: ¿puede ser esto de utilidad? ¿Puede ayudarnos?

—Aseguran que no hay salida posible.

—¿Y eso?

—No existen embarcaciones de motor. No tienen... ¿cómo les llaman?... naves de bordada. —Movi6 la cabeza hacia las embarcaciones visibles en la cala—. En toda la isla no hay más flota que ésa.

Maynard miró las pinazas.

—Si pudiéramos hacernos con una de aquellas y alcanzar las rutas de navegación...

—Las vigilan noche y día.

—¿Cuánto tiempo llevamos aquí? —Viendo que la pregunta desconcertaba a Justin explicó—: Estuve durmiendo. Y no sé cuánto.

—Éste es el cuarto día.

—¿No te has enterado de nada más? ¿Cualquier cosa que pueda servirnos? Piensa.

—No, de eso, nada. Sólo me adiestran.

—¿Para qué?

—Para que me haga hombre, dicen. —Dirigió Justin la mirada hacia lo alto de la playa, hacia Nau, y murmuró—: ¿Cómo voy a hacerme hombre, si sólo tengo doce años? ¡Tienen que estar locos!

Con una sonrisa, Maynard le tomó la mano y, acariciándola, le preguntó:

—¿Qué clase de adiestramiento?

—Quieren que sea armero. Por eso me dejan llevar esto. —Y se tocó con la palma la pistolera.

Al mirarle a los ojos vislumbró Maynard el destellar del orgullo, como si, aun a pesar suyo, el muchacho se complaciera en haber sido objeto de semejante prueba de confianza. Sin duda había reproche en la mirada de Maynard, pues Justin desvió la suya.

—¿La llevas cargada?

—No me queda otro remedio. L'Ollonois dice que una pistola vacía es como un eunuco: mucha apariencia y ninguna fuerza. ¿Qué es un eunuco?

Saca un par de balas del peine y escóndelas en algún sitio. Simple precaución. Podrían venirnos muy bien en un momento dado.

—Dice L'Ollonois que no hay que desperdiciar una sola bala.

—Justin... si le escuchas a él, entonces sí, te pasarás aquí toda la vida. No es amigo tuyo.

—Él dice que quien no es amigo suyo es su enemigo, y que a un enemigo hay que matarlo. Yo no quiero que me maten.

—No te matarán. Eres demasiado importante para él.

—¿Yo? ¿Por qué?

—No lo sé a ciencia cierta. Creo que le preocupa el porvenir. Por lo que pueda ser, dime dónde están las armas.

—Cada cual lleva la suya, y L'Ollonois guarda el resto.

—¿De qué clase son?

—Pedreñales y fusiles de chispa. L'Ollonois tiene un viejo M16, pero está todo oxidado y no funciona.

—¿Ningún arma moderna?

—No, sólo ésta —tocó la Walther—. No les gustan, porque, cuando acaban la munición, tienen que tirarlas. Por eso quería saber dónde estaban las balas de ésta.

—¿En qué consiste el trabajo de un armero?

—Se ocupa de un montón de cosas. Funde las balas, que son de tres tamaños: para pedreñal, para mosquete y munición menuda; cuida de que las armas estén limpias y engrasadas: enteras, como ellos dicen; se encarga de arreglarlas... Ahora me están enseñando a desmontar cerrojos para substituirles el muelle. Es increíble —sonrió como para compartir con su padre el descubrimiento—: si uno las cuida, las armas de chispa pueden durar para siempre. Un mosquete no tiene más que tres partes móviles...

Maynard no consiguió corresponder a su sonrisa.

—Me pregunto cómo habrá reaccionado tu madre. Justin experimentó una sacudida.

—¿No sientes curiosidad?

—Claro. Sólo que... no se me había ocurrido.

—Piensa en ello.

—¡TueBarbe! —llegó la voz de Nau.

—¿Es cierto que tu tatarabuelo mató a Barbanegra?

—No. Ése debió de ser otro Maynard.

—Ellos dicen que sí. Por eso me llaman así: MataBarba.

—En fin... no lo discutas. Síguelos la corriente. Algo se me ocurrirá. Confía en mí.

—Está bien. —Se le veía nervioso—. Tengo que marchar. Se dio la vuelta, y Maynard le siguió con la mirada según corría playa arriba.

Beth, que había regresado, recogió de tierra la cadena. Maynard no se percató de su presencia: no apartó del chico la vista hasta que él, Nau y Manuel desaparecieron tras un lejano promontorio.

—Se ha ido —declaró Beth.

—Está por ahí. A un tiro de piedra.

—De tu vida, quería decir.

—Sé lo que querías decir; pero...

—Cuanto antes te rindas a la evidencia, antes pasará el dolor.

—Prefiero el dolor.

Tiró ella con suavidad de la cadena y Maynard marchó a la zaga.

—Me han dado plumas para ti —anunció Beth.

—¿Y eso?

—Quiere que saques partido del tiempo que te queda... —se interrumpió, súbitamente cohibida por su falta de tacto— ... de tus ratos de ocio, para escribir una

crónica. Como Esquemeling.

—¿Una crónica? Copias de las antiguas, querrás decir. No tengo noticias que relatar.

—Pronto las habrá.

—¿Cómo lo sabes?

—Muchas cosas, muchas, empiezan a escasear: el ron, los insecticidas, los cítricos. Se habla de comer cuero. Es menester que se haga pronto una presa. Y de precio.

Cruzaron el campamento de las prostitutas, donde se produjo un nuevo intercambio de chanzas, y el pabellón de los bujarrones, en el cual se repitieron los salivazos. Próximos ya a la choza de Beth, Maynard le preguntó:

—¿Cuánto tiempo crees que me queda?

Oh, mucho —respondió ella en tono alentador—. Apenas empiezo a sentir los indicios de la fecundidad. Según yo lo veo, tienes para largo.

—¿De veras? —replicó Maynard, que hacía cálculos—. Según lo veo yo, no será mucho más de una semana.

Aguardó hasta que su respiración se hizo profunda y acompasada. Luego, y para mayor seguridad, esperó todavía unos minutos. La mujer comenzó a roncar, los labios móviles y el ceño fruncido, cual si discutiese con algún personaje de sus sueños.

Palpó entonces la cadena hasta dar con el candado. Porque no acertaba a leer la numeración, se deslizó hasta la puerta, levantó la piel que la cerraba y expuso el candado a la luz de la luna. Formada la combinación 000, el eslabón se soltó.

Cuidó de que sus manipulaciones con la cadena se acomodasen al ritmo de los ronquidos. Libre ya, enlazó de nuevo los extremos de la cadena, cerró el candado e hizo girar las ruedecillas. Alentaba la vaga esperanza de que con eso desmentiría la complicidad de Beth. Si por la mañana encontraban abierto el candado, podían acusarle de haber propiciado su huida; si, en cambio, lo hallaban sólidamente cerrado, quizá la atribuyeran a un acto de magia o, cuando menos, a la prestidigitación, y celebraran haberse librado de él.

Salió reptando de la choza y, por el procedimiento del dedo, comprobó la dirección del viento. La brisa, suave, pero constante, soplabá del Norte, de manera que tomó el rumbo opuesto. Aunque desconocía el régimen de las mareas y las corrientes de la zona, estaba seguro que, con el viento a su espalda, conseguiría alejarse de la isla.

No intentó liberar ni localizar a Justin. Por una parte, estaba convencido de que lo tenían en lugar cerrado y bajo vigilancia; por otra, no deseaba exponerle a los riesgos que él se disponía a enfrentar: internarse a la deriva en el océano hasta encontrar tierra o una embarcación. Hasta que consiguiera regresar con ayuda armada, Justin

estaría más seguro en la isla. Tenía la certeza de que, hiciera él lo que hiciese, Nau no lastimaría al muchacho. Después de examinar una a una las posibles represalias que podía Nau tomar con el chico por la fuga de su padre, ninguna le pareció conducente a nada. Y, por cuanto había oído y observado, L'Ollonois no se servía de la brutalidad y la violencia más que con fines prácticos.

En la playa, en el extremo meridional de la isla, encontró un tronco arrojado allí por la marea. No disponía de tiempo ni de medios para construir una almadía sólida, de modo que debía contentarse con algún cuerpo flotante capaz de cargar su peso. Arrastró el tronco hasta el agua, para cerciorarse de que no estuviera podrido ni tan empapado que se fuese al fondo. Balanceándolo con una mano comprobó que era ligero y flotaba sin dificultad.

Se internó en el agua hasta tenerla a la altura del pecho, tras lo cual, y rodeado el tronco con los brazos, se dejó flotar experimentalmente. La corriente, si la había, era muy débil; y el viento le impulsaba, en efecto —de manera lenta pero perceptible—, alejándolo de la playa.

No había avanzado cincuenta metros cuando, al agitar los pies, para darse impulso, sintió una punzante escochedura en un muslo. La sorpresa le provocó un juramento que, sin embargo, acalló. Un acalefo, se dijo. O algún minúsculo insecto marino. Pues no se trataba de una mordedura ni de un corte, ni tampoco sangraba.

Hundió la mano, para palpase el muslo. Luego, como sacudiese la mano para desprenderse de lo que la quemaba, el bicho le cayó en el estómago, lacerándolo.

Al darse vuelta vivamente, fue a dar con la barbilla en un cuerpo ligero y suave, semejante a un globo, una lechosa burbuja blanca que registró un suave cabeceo.

Una medusa.

Tras una reflexión, agitó el agua, para alejar al animal, y, al hacerlo, se enredó en la madeja de cáusticos filamentos que pendían bajo la burbuja. Según, manoteando y salpicando, trataba de rechazarla, los venenosos hilillos se le pegotearon por toda la cara y el pecho. Era como si lo desollaran con un cuchillo al rojo.

Golpeó al bicho con el tronco y consiguió apartarlo, y después, conteniendo los alaridos que pugnaban por escapar de su garganta, hizo por ganar aguas limpias.

Libre por fin, pensó, por un instante, que conseguiría dominarse y seguir. Más pronto percibió nuevo latigazos en la espalda y en el interior de los muslos, que parecían arder.

Al darse vuelta, víctima de un frenesí, distinguió, al frente, toda una armada de opacas burbujas blancas. Había caído en un banco de medusas.

Pronto, incapaz ya de reprimirse, prorrumpió en gritos. Braceaba, perneaba, y cada nuevo movimiento hacía más intenso el dolor. Clamando y revolviéndose espasmódicamente partió, precipitado, hacia la playa. Tan pronto dio pie, hizo por correr. Se hincaba los dedos en el pecho, tratando de arrancar aquel dolor.

Al ganar la orilla se arrojó a la arena y se revolcó en ella.

Su agitación no aliviaba el padecimiento, pero no podía refrenarla. Volteaba y se retorció como una marioneta enloquecida. Hasta que, de pronto, algo le golpeó el pecho clavándole en tierra.

—¡Condenado imbécil! —sonó una voz.

Intentó escapar.

—¡Quieto, zopenco! —ordenó la voz.

¿Llovía acaso? ¿Qué era aquel líquido, tibio y de olor acre, que le rociaba el cuerpo? Su contacto le procuraba consuelo: allí donde caía, el dolor parecía borrarse.

Trató de hablar, pero tenía la lengua demasiado hinchada para moverla. Una niebla espesa le invadió los sentidos.

A la primera voz se unió otra. Discutían. Un hombre y una mujer.

—Te lo advertí.

—No se ha...

—Lo hubiera hecho.

—Pero...

Las voces se desvanecieron. Y no se inquietó, porque las creía parte de un sueño.

Un grito. Que no era el suyo. Un grito ajeno. De mujer. ¿Por qué gritaba una mujer? Su clamor se prolongó largo, largo tiempo.

Se incorporó y sacudió la cabeza. El dolor continuaba, sordo ahora, sin embargo: tolerable. Pero el grito seguía sonando.

Al volver la cabeza vio a Beth, que yacía en la arena, las extremidades desplegadas, como las alas de un águila, sujetas a estacas. Estaba desnuda y mostraba el pecho, el abdomen y las piernas surcados de verdugones. A uno y otro costado tenía una insubstancial burbuja blanca —una medusa— cuyos filamentos le envolvían el cuerpo.

Viéndole, gritó ella:

—¡Orínate encima de mí!

—¡¿Qué?!

—¡Que te me orines encima! Es el único remedio. ¡Yo hice otro tanto por ti!

Obedeció. Y, pronto, los gritos de ella se redujeron a sollozos e hipidos.

Como le ocurría cuantas veces algún personaje —en especial si formaba parte de la profesión periodística— se negaba a ser entrevistado, Leonard Hiller era presa de un ataque de santa ira.

—¿Cómo, que Trask ha dicho que no? ¿Quién se cree ser?

—No fue «no», precisamente, la palabra que se puso en los labios —repuso Dena según consultaba su libreta de notas. Lo que dijo fue que, por él, *Today* podía irse a cagar en su sombrero corporativo. La declaración no partió de Trask, sino del de

relaciones públicas.

—Y tú, ¿qué le dijiste?

Dena se sonrojó.

—Que estaba segura de que era así, diciendo porquerías a las mujeres, como había conseguido salir adelante.

—¿Dónde está Trask ahora?

—En Nassau. Al parecer, dentro de un par de días marcha hacia las Pequeñas Bahamas.

Habla con Miami y que envíen a un corresponsal. Le quiero a bordo de ese yate. Y si, para conseguirlo tiene él que alquilar otro y perseguirles, me tiene sin cuidado. Me interesa esa entrevista y no voy a renunciar a ella por el solo hecho de que Trask se haya puesto borde. ¿No te das cuenta de que es el padre de los modernos medios de comunicación? Su marcha pone en el disparadero a empresas que mueven los dólares por miles de millones. ¡El hombre más acreditado de América no cree ya en la televisión! Doscientos treinta millones de personas pendientes de sus palabras y, de pronto, deja de pensar que haya nada digno de ser dicho. ¡He ahí una *noticia!*

—La *noticia* es que se niegue a prostituirse. Según los tiempos que corren, eso lo convierte en el Mesías.

—Di a Miami que, de ser preciso, pueden alquilar un aeroplano.

Dena asintió.

—Ha vuelto a llamar el hombre de la Guardia Costera. —¿Qué hombre?

—Sobre el asunto de Maynard...

—¡Oh, Señor...!

—Dice haber hablado con el piloto que llevó a Maynard y al chico a una de las islas. Al día siguiente, desaparecían.

—Estoy harto de decírtelo: se ha dado el piro y se ha asilvestrado.

—Lo malo es que se llevara con él al chiquillo.

—¿Qué tiene eso de particular?

—Que la madre ha telefonado al presidente de la sociedad.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me telefonaron desde allí. Para averiguar qué sabía yo al respecto.

—Si la Today Publications Company quiere montar una expedición de rastreo por mar y aire, es cosa suya.

—A decir verdad, no es que quieran. Lo que ocurre es que la ex esposa de Blair está en publicidad y tiene un montón de clientes que anuncian en el *Today*. Y en nuestros demás semanarios: *TV Week*, *Health & Happiness* y toda la retahíla.

—Luego, ¿nos amenaza?

—No expresamente. Digamos que está... ansiosa por encontrar a su hijo. Ya ha intentado interesar al FBI.

—¿Alegando qué?

—Secuestro.

—Dios santo...

—Tiene decidido salir en su busca y quiere que le ayudemos. Cosa que encuentro natural.

—Yo también. Pero ¿qué puedo hacer yo?

—¿No hablabas de contratar un aeroplano?

—Sí, pero... Está bien —suspiró Hiller—. Llámala.

Diariamente, al amanecer, las pinazas dejaban la cala, y un día tras otro, caída la tarde, regresaban de vacío. Exasperados por la frustración, en dos ocasiones los hombres atacaron y hundieron barcas nativas de pesca, a cuyos tripulantes dieron muerte; pero las victorias eran tan insignificantes, y tan exigua la recompensa —unas arrobas de caracoles y algunas docenas de desmedradas langostas—, que dejaron de hostigar a los pescadores y tomaron rumbos bien alejados de sus caladeros.

Los hombres estaban aburridos, inquietos, ávidos de alimentos más sustanciosos que el pescado fresco y la papilla de mandioca. Las vacas —media docena de ellas— estaban todavía por parir, de manera que la carne roja escaseaba, y los pocos cerdos restantes —trasijados y de dura carne aun en las mejores épocas— habían contraído una enfermedad a consecuencia de la cual mostraban inflamados los ojos, abolsada la piel y un paso vacilante que les hacía bambolearse. Y Nau, que guardaba vivo todavía el recuerdo de una epidemia de disentería y deshidratación, no vacilaba en declarar incomedible cualquier vianda sospechosa.

El alcohol fue racionado, medida que aborrecía Nau, pues ofrecía la bebida un paliativo al descontento: un rebelde embriagado era fácil de gobernar, y su insubordinación se disipaba con los vapores del licor; pero, sobrio, áspero, el mismo hombre era capaz de pensar con demasiada claridad, de urdir retorcidos planes, y se convertía en un factor imprevisible. Más, menguadas ya las provisiones de bebida, el raciocinio le decía a Nau que era preferible mantener medio achispadas a sus huestes durante el doble de tiempo, a tener que enfrentarse, en determinado momento, a una comunidad de hombres perpetuamente lúcidos.

El racionamiento, sin embargo, no tardó en verse alterado por iniciativa de las prostitutas. Si bien la abstinencia total amenazaba políticamente a la comunidad, argumentaron, ellas, entretanto, sufrían ya físicamente a manos de la malhumorada población masculina. Ebrios, sus clientes eran manejables; sobrios, resultaban insufribles. Por eso las rameras declinaron sus raciones de alcohol exigiendo otro tanto de las esposas, cuya situación sólo aventajaba la suya en el sentido de que las casadas no se veían expuestas más que a los abusos de un solo hombre. Nau se avino al trato y restableció para los varones la tradicional asignación de una botella por día.

Para Maynard los días degeneraron en una monótona rutina. Por la mañana, y tras despertarle, Beth le instaba a penetrarla. Por renuente que él se mostrara —y existía una renuencia intelectual, pues con cada nuevo acto aumentaba la posibilidad de crear vida en su cuerpo y, por tanto, sentenciarse él a perderla—, la mujer, valiéndose de amenazas, de zalemas, de sobos y cosquilleos, conseguía siempre su propósito.

Sus sentimientos en cuanto a Beth eran bifrontes: salvadora de su vida, la había recompensado él intentando la huida y granjeándole atroces sufrimientos, cosa que le

apesadumbraba. La intercesión que ella hiciera en su favor, sin embargo, había sido enteramente egoísta, y ahora, fecundándola, la resarcía, y eso le hacía sentirse honorable. La intimidad sexual había creado entre ambos (a falta de otra cosa, por el momento), cierto grado de apego: Beth se mostraba exigente, pero solícita; infatigable, pero cariñosa. Sencilla y cándida, se había entregado por completo a la cruzada que veía en el logro de una situación privilegiada entre los suyos.

Bien fuese por incapacidad o de propio intento, negábase a considerar la posibilidad de una vida allende la isla. Por mucho que asegurase no saber nada en cuanto a sus antecedentes, Maynard estaba acierto de que esa amnesia era resultado de la férrea determinación de cerrar el paso a cualquier cosa capaz de comprometer su supervivencia y su éxito en el ámbito de las leyes y las costumbres de la isla. El recuerdo podía suscitar anhelos susceptibles, a su vez, de engendrar vanas aspiraciones. Mejor, pues, obliterar la memoria.

A Maynard no le toleraba que hablase del mundo exterior más que en lo concerniente a su familia. Le interesaba, sobre todo, su esposa; no quién fuese, o cómo se vestía o los lugares que frecuentaba, sino la clase de persona que era: afectuosa o fría, severa o transigente. También le apasionaba cuanto se refiriese a la crianza de los hijos, y las conversaciones abocaban siempre a lo mismo: su éxito de madre. La sincera inquietud que mostraba por el hijo aún no concebido conmovía a Maynard.

En cierta ocasión le propuso Maynard que le ayudase a escapar trabajando con él, por las noches, en la construcción de una balsa o un bote, a cambio de la promesa de llevarla consigo cuando huyesen con Justín, cuidarse de que el niño naciera en el mejor hospital y mantenerla cuanto tiempo fuese preciso. Pero ella acogió airadamente la proposición, acusándole de violar un código. Él no acertaba a determinar si el enojo era sincero u obedecía a la turbadora emoción de ver plantada una semilla indeseable en el bien cuidado jardín de su mente. Trató entonces de explicarle que no había indignidad en ninguna medida capaz de salvarle la vida, y que no podía afearle su deseo de vivir. Ella le replicó que gastaba en vano su saliva, y prohibióle plantear de nuevo la cuestión.

Estaba Maynard convencido de que la reacción de la mujer tenía su base, por lo menos en parte, en un profundo temor de lo desconocido. En vano intentaría que escuchase una nueva petición suya, si antes no lograba —de una forma u otra, pero sutilmente— persuadirla de que podía sobrevivir lejos de la isla.

Después de lo que llamaba «la cópula matinal», atendía ella a la alimentación. Maynard se había impuesto el no mirar jamás la comida, contener el aliento antes de cada bocado (a fin de neutralizar el sentido del gusto) y canturrear según masticaba, a fin de no oír, como le había ocurrido una vez, el crujido del cráneo de un pájaro bajo los dientes. Si por casualidad apartaba ella la mirada, Maynard extraía con presteza

las babosas e insectos que tenía en el cuenco; pero generalmente vigilaba Beth cada una de sus masticaciones. Se la hubiera dicho puntillosa propietaria de un gato al que se empeñaba en mantener en óptimas condiciones de salud.

Diariamente daban un paseo matutino en cuyo curso observaban el trabajo de los carpinteros, consagrados a calafatear cascos y remendar velas; de las mujeres, activas en la colada (consistente en hervir prendas en agua de mar) y en la recolección de raíces y huevos de pájaros; el del encargado del ganado, que administraba hierbas y masajes que propiciasen partos felices; los afanes del porquerizo, un joven ciego — por accidente, dijeron a Maynard, cuando manipulaba una batería que explotó y le roció de ácido los ojos— que, acucillado en la zahurda, se lamentaba del deplorable estado de sus animales enfermos. Y, lejos de todo eso, sentados a la turca en un peñasco con dominio sobre el mar, veían a Nau y Hizzoner escudriñando el horizonte en busca de indicios del éxito de sus exploradores.

Beth no le llevaba cerca de la armería —una choza, perennemente custodiada, vecina de la de Nau— más que cuando los chiquillos se hallaban en algún lugar. A sus ruegos de que le permitiese ver a Justin, desde lejos o desde algún escondrijo, respondía ella siempre con benévolas negativas. Ha marchado, solía decirle, es una nueva persona. Los sinuosos argumentos por él esgrimidos —entre ellos el de que: «Si yo no soy ya de este mundo, y él es una nueva persona, ni él me verá ni yo le reconoceré, por tanto, ¿qué mal hay en ello?»— eran acogidos con mudas sonrisas.

Pasaba la mayor parte de la jornada encadenado a la techumbre de la choza (el candado de la combinación había sido sustituido por otro, de llave), aplicado a escribir en un rollo de papel de embalar, color castaño (procedente, dedujo, de algún navío de triste suerte), provisto de una pluma de ave de recortado cañón que mojaba en una mixtura de sangre de pescado y jugo de bayas (la una colorante; el otro, fijador), la historia del Ollonois y su stirpe. Ingrata como resultaba, la tarea ofrecía, sin embargo, una válvula de escape frente a su búsqueda, por lo demás incesante, de un método de huida.

Creía Maynard haberlo pensado todo, y todo lo que había pensado desembocaba bien fuera en el fantaseo, bien fuera en el suicidio. Sus opciones comenzaban, todas, por un primer paso: liberarse de la cadena, cosa que podía lograr fuese violentando el candado, fuese desbaratando la choza, para huir cargado con los hierros. Robar un bote, en cambio, era poco factible, y, aun consiguiéndolo, nada le garantizaba que pudiese liberar a Justin. Supuesto, de todas formas, que se hiciera con el bote, con Justin y con cierta cantidad de agua, restaba la posibilidad de desfondar e inutilizar temporalmente las demás embarcaciones antes de hacerse a la mar. Pero había visto con qué facilidad reparaban aquellos hombres sus barcas, y lo expertos que eran en la interpretación de vientos y mareas. Le atraparían antes de haber recorrido una milla.

Su plan tenía que ser perfecto. No podía arriesgarse al fracaso, porque no le

concederían una segunda oportunidad: sería ejecutado de inmediato. La perspectiva de su muerte, que había acabado por aceptar como inevitable, le procuraba cada vez menos pesar. Su fin, sin embargo, determinaría el de Justin, no en el sentido de la extinción física, sino en el de la condena a una vida estéril, exenta de posibilidades. Y, por mucho que no alentase sueños de inmortalidad, que no le turbara la idea de dejar este mundo como lo había encontrado, consideraba ilícitos esos sentimientos: tenía que imponerse el deseo de sobrevivir, de cambiar el mundo en cuanto le fuera hacedero. Y, sobre todo, anhelaba darle a Justin esa oportunidad.

De vez en cuando pensaba en recurrir a la oración, pero eso le hacía sentirse miserablemente hipócrita, como cuando, de niño, prometía: «Dios mío, si me ayudas a pasar ese examen (o, posteriormente, a conseguir esa salida con Susie, u otra cosa), juro que...», y, apenas superada la crisis, olvidaba sus votos.

¿Qué haría, si consiguiese escapar? ¿En qué forma modificaría su vida? Lo ignoraba. Sabía, sí, que le daría mayor precio, que administraría todos sus minutos como un bien precioso, no en el sentido de preservarlos, al abrigo de todo, sin más propósito que su defensa, sino en el de colmarlos de experiencias y búsquedas. ¿No había perdido su capacidad de asombro? Pues bien, trataría de recuperarla y legársela, viva, a Justin. Todas esas reflexiones, empero, podían ser postergadas. Primero había de enfrentarse al crudo hecho esencial: ¿cómo demonios conseguiría salir de la isla?

Había ponderado el llegar hasta la radio existente en la choza de Nau. Sí, conforme había leído en el pacto, se penalizaba el emitir señales, el aparato, en consecuencia, tenía que ser capaz de transmitirlos. Pero, aun en el caso de que consiguiese sobornar al guarda —¿y qué podía ofrecerle?, se preguntó divertido—, ¿con qué escuchas podía contar? Cabía en lo posible, desde luego, lanzar un SOS a todos los barcos, mencionando longitud y honda (que tendría que conjeturar). La alternativa era ponerse en contacto con los servicios marítimos de Miami o Nassau. Pero, para salvar distancias comprendidas entre los ochocientos y los mil seiscientos kilómetros de mar abierto y cambiantes condiciones climáticas, la radio tenía que ser potentísima y estar alimentada por un formidable equipo de baterías.

Las cogitaciones de Maynard abocaban siempre en la endeble esperanza de que alguien estuviera buscándoles. Pero, al sorprenderse a sí mismo en la contemplación de esa posibilidad, sabía llegado el momento de conceder un descanso a su cerebro. Nadie podía estar buscándole, porque a nadie le inquietaba en exceso lo que pudiera sucederle, reflexión un tanto desmoralizadora, pero en forma alguna sorprendente: ni estaba atado a nadie ni nadie estaba atado a él. Su desaparición enojaría a Hiller, para quien representaba un contratiempo, y también a los redactores de un par de revistas, pendientes de trabajos que le tenían confiados. Fuera de eso, nadie le echaría en falta, cosa que no le turbaba en demasía. Pero el hecho de que no le turbase no dejaba de turbarle. Se convencía ahora de que la vida representaba, a fe, algo más que

sobrevivir. Y ese tardío descubrimiento le movió a risa.

Su única esperanza —suya y de Justin— estaba en Devon, que a esas alturas habría llegado al frenesí. Tendría a Hiller asediado y al borde de la locura, habría recabado la movilización del ejército, establecido contacto con la Casa Blanca. El solo temor de Maynard era que toda esa afanosa actividad no diese resultado alguno hasta que fuera ya demasiado tarde.

Cuando el día tocaba a su fin, Beth bañaba a Maynard en el mar, le alimentaba y emprendía con él un segundo paseo.

Una tarde vieron a Nau sentado, solo, en un farallón que dominaba la cala, atento a las evoluciones de dos de las pinazas, aplicadas a explotar, en su camino de regreso, la mortecina brisa. Beth sacudió la cadena a fin de que reemprendiese la marcha, pero Maynard se resistió. Oyendo el rechino del metal, Nau se dio vuelta.

—Íbamos de camino —se excusó Beth—. Ya nos retiramos.

Contaba Maynard con que Nau asentiría brevemente para devolver su atención al mar. Pero, en vez de eso, le interpeló:

—¿Cómo va la crónica?

—Progresa un poco cada día.

—Ahora sabes cuanto hay que saber acerca de nosotros.

—Yo no diría tanto. Conozco algunos de los hechos: lo que hacen, cómo llegaron aquí, cómo subsisten; pero ninguna de las razones: por qué continúan aquí, por qué hacen lo que hacen, por qué no los ha descubierto nadie.

—Demasiadas preguntas. Comencemos por la segunda: lo que hacemos lo hacemos por vivir. La vida consiste en mantenerse vivo. ¿Que por qué no nos han descubierto? Extremamos la cautela. Nadie nos busca, somos nosotros quienes buscamos a los demás.

Maynard indicó con un ademán las pinazas que se aproximaban.

—¿No ha tratado ninguno de escapar, de campar por sus respetos?

—Muy contadas veces, y siempre sin éxito. Cada hombre es vigilado por otro, y en cada embarcación viaja uno que me debe varias veces la vida. Pero la cuestión es otra: ¿hacia qué iban a escapar?

—Hacia lo desconocido. Podría ser, ¿por qué no?, mejor que esto.

—Conocen lo que tú llamas desconocido. Se les ha enseñado. Algunos, TueBarbe entre ellos, guardan recuerdos. Pero, con el tiempo, conseguimos devolverlos a la verdadera luz.

—¿Qué saben del mundo?

—Que lo gobiernan taimados granujas y villanos abyectos, una mitad consagrados a cebar sus carnes y la otra a deponer a sus adversarios a fin de instaurar su propia villanía. Miseria, hambre y zánganos que sirven a una reina a la que no ven. Así ha sido desde el principio y así será siempre.

—¿Y qué tenéis aquí? Enfermedades, cuitas, desolación...

—... libertad...

—¿Para qué? ¿Para matar?

—Matar, matar, matar... ¿A qué ese desasosiego por la muerte? Entra un volcán en erupción y las criaturas perecen por miles; se sale de madre un río y son millares los que perecen; una nación declara la guerra a otra y los muertos se conocen por millones. Pero son sacrificios que pasan por naturales. Una muerte administrada, en cambio —L'Ollonois se pasó un dedo por la garganta— despierta el clamoreo de los justos: una cirugía vital, la pulcra, rápida extirpación de un tumor. El que, confiado de que sanara por sí misma, se desentiende de una llaga perniciosa, emponzoña el conjunto. Extírpala, cauterízala, y eliminarás el mal.

—No puedo aceptar eso.

Nau prorrumpió en una carcajada.

—Dijo el chancroso al cirujano: «No puedo aceptar eso. Es la más cruel de las amputaciones.» Lo que tú aceptes o dejes de aceptar carece de importancia para mí. Y para ti. Será hecho.

—¿Y de qué servirá?

—Nos desembarazaremos de ti, de un estorbo, o, lo que sería peor, de una agitación.

—Y de un cronista —adujo Maynard esperanzado—. Necesitas un cronista.

—No sé si su mente está emponzoñada hasta la raíz, y torcida su voluntad. Si me fuera menester, lo formaría.

—¿Cuánto crees que puede durar esto?

Nau se encogió de hombros.

—Un día, un año, una era acaso. ¿Quién puede saberlo? Aseguran que terminó hace tres siglos. Y no es así. —Terminará.

—Por supuesto. Y cuando termine habrá terminado. Soy un hombre sencillo y sencillo es mi cometido, como lo fue el de mi padre y lo será el de mi hijo: velar por la supervivencia de una generación.

—¿Qué edad tiene tu hijo?

—No tengo hijo...

—Entonces ¿cómo...?

Beth ahogó las palabras con un tirón de la cadena. Nau le dedicó una sonrisa.

—No importa, Goody. —Y, vuelto hacia Maynard, prosiguió—: Tuve un hijo, cuya madre murió en el parto: el mejor de los pronósticos, pues indicaba que toda su fuerza, y no sólo una parte de ella, era traspasada a la criatura. Pero murió en un lance de armas.

—¿Cuántos años tenía?

—Diez. Se le adiestraba en...

—¿Diez años? ¿Y peleaba a esa edad?

—Ciertamente. A los trece se hubiera convertido en hombre. Luchaba bien, pero sin cautela. Se esforzaba demasiado por complacer. Y eso le costó la vida.

Una tras otra, ambas pinazas atracaron en la ensenada. Nau se puso en pie y estiró las piernas.

—He estado dándole vueltas a una idea —dijo—. No debiera consultártela ni aun dártela a conocer; pero pienso que puede darte gusto, de manera que te lo diré.

«Se aplaza la sentencia», pensó Maynard. Y respondió:

—Sí, por favor.

—Pienso que, una vez hayas cumplido con Goody y se te envíe a tu destino, voy a adoptar a TueBarbe. Le encuentro dotes de mando.

Maynard se quedó mudo de asombro. Nau le dio una palmada en el hombro.

—Sabía que te iba a complacer —dijo.

Y se alejó, cuesta abajo, en dirección a la ensenada.

Se despertó a oscuras, sobresaltado por el tañido del cuerno, que, lastimero, sostenido, imaginó similar a los que en tiempos bíblicos llamaban a los ejércitos a batalla.

Beth, levantada ya, se apresuró a arrollarle al cuello la cadena y, por señas, le mandó salir.

—¿Qué...?

—Llaman a presa. ¡Andando!

—¿De noche?

—¡Andando! —repitió con ademán de largarle una patada—. De esto me pertenece una décima parte, y no seré yo quien se rezague.

Pronto corrían por los senderos, Maynard en pos de ella.

Quedaba poca noche: las luces del alba apuntaban ya entre los arbustos. Percibió Maynard las toses, los jadeos y los mascullados juramentos, mezclados con el crujir de las ramas tronchadas, de los que avanzaban por otras sendas.

Llegados a un claro, Beth aminoró la marcha. Las demás mujeres se habían quedado al borde de la explanada; pero a Beth —sin duda porque tenía intereses en juego— le permitieron seguir y llevar a Maynard consigo.

Nau estaba en pie, ante su choza, el pecho cruzado por las bandoleras, machete y cuchillo al cinto. Hizzoner se encontraba a su lado, y Manuel y Justin, ante ambos. El haz de una linterna de pilas plantada en el suelo, boca arriba, permitía apreciar la mezcla de miedo y excitación que animaba la mirada de Justín.

Había en mitad del claro un caldero descomunal hacia el que, reunidos ya todos los hombres armados, se dirigió Hizzoner. Habiendo vertido en su interior pólvora de la que traía en un cebador, y tras remover el brebaje, dijo:

—Beban para que, cobrada la fuerza de diez hombres, honren a la comunidad y a ustedes mismos, libres de todo mal y temor. Amén.

Uno a uno, algunos usando jarrillos, otros, las manos o un sombrero, los hombres fueron sirviéndose del contenido del perol. Tosían y espurreaban al beber, se largaban palmadas en la espalda y, luego, repetían la libación.

Nau impelió a los muchachos a imitar el ejemplo. Manuel, sin duda conocedor del resultado, contuvo el aliento antes de echarse a la cara el líquido que le cabía en la palma. Se atragantó, y los ojos le lagrimearon, pero, para sorpresa de Maynard, repitió, como si se supiese necesitado del coraje que el licor procuraba.

Cuando le tocó el turno a Justin, era esperanza de Maynard que le mirase, pues quería infundirle ánimos, pero, sobre todo, constatar que seguían unidos por los mismos vínculos. Mas el muchacho no lo hizo. Acopadas las manos, hundiólas en el caldero y bebió hasta que, vencido por el asco, el líquido escapó entre sus labios prietos, en fina rociada. Los hombres prorrumpieron en risas, pero no por eso se azoró. Sirvióse de nuevo, esta vez reteniendo lo bebido. Hubo vítores por parte de los hombres. Nau le dispensó una palmadita en la espalda, y el chico sonrió orgulloso. Maynard sintió un nudo en el estómago. Le ardían las orejas.

—Porque este es el legado que te deja Roche —dijo Nau a Beth—, te lo deseo bueno, Goody.

—Nunca será tan malo que resulte peor que él, L'Ollonois —rompió ella a reír para beber, a continuación, del perol. Los hombros se le estremecieron y, expectorando, exclamó—: ¡Dios bendiga al mesonero! ¡Las entrañas se me cuecen, malhaya sea! —Y, siempre riendo, volvió a beber.

—Ahora tú, escribano— dijo Nau a Maynard—. No es cosa de enfrentarse a este día con el vientre privado de fuego.

Según se inclinaba sobre el perol, Maynard miró a Justin, que sonreía. Correspondió a su sonrisa con otra, a la que añadió un guiño. Y entonces se dio cuenta de que su hijo tenía vidriados los ojos, que su sonrisa era una mueca y que no era a él a quien miraba Justin: sus ojos estaban fijos en alguna lejana visión íntima.

Bebió lentamente, dejando que el licor descendiese en un delgado hilillo garganta abajo. Aún así, el líquido le abrasó el gástrico, le recorrió el pecho en una oleada de calor y le cayó en el vacío estómago como una lluvia de lava. Sintió en la boca resabios de ron, alcohol puro y azufre.

Nau alzó las manos en petición de silencio. Algunos de los hombres se precipitaron hacia el caldero antes de reincorporarse al corro.

—Tenemos noticia de un barco de valiosa carga que navega hacia aquí procedente del sudoeste —anunció—. No sabemos en qué consiste el cargamento, pero sí que está armado y que su tripulación ronda la docena de hombres. Si algunos de entre vosotros quiere retirarse, oigámosle.

A un coreado «¡No!» siguieron nuevas risas y más viajes al perol.

—Se harán partes como de costumbre, con una salvedad: Goody Sansdents recibirá una décima parte del botín antes de que se proceda al reparto. Quienquiera que acopie por su cuenta, será muerto en el acto. —Colocando a cada uno de los muchachos una mano en el hombro, Nau prosiguió—: En cuanto a los chicos, recibirán sendas mitades de una parte, pues que corren con la tarea de entregar la presa a las llamas.

Manuel sonrió ampliamente. Justin no alteró su extasiada mueca.

—¡Él no va! —gritó Maynard señalando a su hijo.

—Vendrá, escriba. Y tú, también —sonrió Nau—. Él debe aprender su arte, y tú, dar cuenta de los hechos. Goody, tú y el escribano iréis en la pinaza de Hizzoner. Los chicos viajarán conmigo. Y ahora —alzó la voz, para que todos le oyeran—, a prepararse. Seremos pequeños en número, pero no en corazón; y, cuanto menos numerosos, mayor la unión y mejores las partes del botín.

Por el tono en que las pronunció, pensó Maynard que las palabras formaban parte de un ritual. Y, en efecto, cuando Nau hubo terminado, Hizzoner tomó su lugar y continuó la prédica.

—Inclinad esas cabezas pecadoras —dijo—. Oh, Señor, hazte a la mar con nosotros en el día de hoy, pues salimos al encuentro de desconocidas pruebas. Mantén firmes nuestros corazones, y recios nuestros brazos, pues lo que hagamos, en Tu nombre lo emprendemos por la mediación de Jesucristo, nuestro salvador. Amén.

Concluida la bendición, Nau exclamó:

—Encended vuestros hornos, muchachos, enardeceros condenadamente, pues este día será como los de antaño.

Cada una de las pinazas llevaba seis hombres. Los chicos, al igual que Maynard y Beth, viajaban de añadido y en el centro de la embarcación, donde pudieran ser vigilados desde popa y proa y ningún movimiento brusco ni desplazamiento imprudente comprometiera la estabilidad de la pequeña nave.

Los capitanes iban a popa, junto a la caña del timón, y los segundos —el de la pinaza de Maynard era un mocetón de barba crecida a quien Maynard había oído llamar Jack el Murciélagos (sin duda por la forma que a fuerza de limarlos había dado a sus colmillos)—, iban acuclillados entre los bancos de los remeros, atendiendo a la vela. El banco de proa lo ocupaba un tirador. A su lado, sujeto por abrazaderas, tenía un rifle Kentucky de cañón largo y caja completa, y en la proa, en departamentos allí practicados al efecto, las balas, los pedernales de recambio y el cebador, con la pólvora. El resto de la dotación se ocupaba de los cuatro remos. Cada hombre portaba una pistola, un hacha de mano, un alfanje y un cuchillo. Todos estaban ebrios, pero dentro de la medida que la disciplina señalaba como conveniente, y guardaban

silencio.

Salieron de la ensenada a fuerza de remos. Al entrar en aguas profundas, izadas las velas, las pinazas se deslizaron en silencio a favor de la brisa. El sol, que se había alzado a sus espaldas, jaloneó de oro el gris del océano.

Abría la expedición la nave de Nau. Examinando las espaldas de sus tripulantes, Maynard distinguió la de Justin —derecha y rígida— por la correa de la pistolera, que le cruzaba la camisa.

La isla habíase convertido en un borrón verdegris apenas visible en el horizonte, cuando Nau silbó. Su segundo arrió la vela imitados por sus colegas de las otras pinazas. No se ofrecía nave alguna a la vista en toda la lontananza.

Se quedaron aguardando, agazapados en el interior de las embarcaciones, atentos al cabrilleo del agua en el casco y al sonoro saltar de los peces que quebraban la superficie a la caza o a la persecución. Más ardiente conforme se alzaba, el sol empezó a lastimarle a Maynard la espalda.

—¿Has traído grasa? —preguntó a Beth.

—No —dijo ella antes de presionarle con un dedo la carne de un hombro donde dejó la yema, al retirarse, un círculo pálido que en seguida se coloreó de bermejo—. ¡Jack! —llamó al Murciélago—, pásame el grog.

Refunfuñando, el aludido extrajo de la sentina una caneca que descorchó, para servirse un largo trago, antes de entregársela a Beth.

—¿Para cuándo la concepción, Beth? —dijo—. Es una pena derrochar así el grog.

—No tardará, Jack, no tardará —respondió ella según frotaba el licor que le había vertido a Maynard en los hombros.

—Dale de beber, Goody —recomendó Hizzoner—. El fuego de adentro distraerá el de afuera.

Maynard tomó un sorbo de la caneca. La espalda seguía escociéndole, y la piel continuaba tirante y ardorosa, pero ahora tenía algo más en que centrar su atención: las ascuas que le quemaban el estómago.

Después de rondar la pinaza, el recipiente del grog fue devuelto a la bodega.

A un segundo silbido de Nau, acompañado de una seña, todos miraron hacia el sudoeste.

Jesús amantísimo —exclamó Hizzoner, es noble el navío.

Nada veía Maynard al principio, salvo el horizonte. Luego, un punto quebró el gris de la lejanía y, gradualmente, con la lentitud de la manecilla de un reloj al desplazarse de un minuto a otro, el punto se estabilizó para convertirse en una mota posada en el agua.

—¡Un *schooner*! —anunció Nau—. Es espléndido y entero, el bribón.

Aunque fruncía los ojos, para aguzar la mirada, el yate seguía siendo una mera mota para Maynard.

—Esta noche habrá fiesta, muchachos —pronosticó Nau—. ¿Qué queréis?

—Yo, buey —respondió uno.

—¡Yo, ron! —voceó otro.

—¡A mi dadme melocotones!

—¡Yo quiero Solomon Grundy! —gritó alguien.

—Bien dicho —aprobó Nau riendo—. Una plata de Solomon Grundy sería un regalo exquisito. Bebed, muchachos, y, cuando hayáis guardado las botellas, repasad las armas y decid vuestras oraciones. Unos cenarán esta noche con la comunidad, y otros, con el diablo. Aquí no hay término medio.

De nuevo circuló la caneca antes de volver a la bodega. A proa, el tirador cargó su rifle y lo descansó en el regazo. Hizzoner se entretejió con la coleta pedazos de cordel embreado. Al advertir la intrigada expresión con que le miraba Maynard, dijo:

—¿Acaso te trae esto recuerdos, escribano?

—Recuerdos ¿de qué?

—Era la treta que empleaba Barbanegra. Engañó a todos, salvo a tu ancestro.

—¿Cómo?

—Ya lo verás.

Izadas otra vez las velas, los barquichuelos comenzaron a navegar en círculo a la espera del *schooner*. Distante ahora cosa de una milla, sus características, sin embargo, eran ya visibles: los dos mástiles, su aparejo completo, el negro casco bruñido. Avanzaba majestuoso, aprovechando toda la fuerza del viento, la proa hendiendo el agua como una tajadera. Tenía, por lo menos, cien pies de largo. Maynard no podía concebir que las pinazas consiguiesen cortar el paso, por no hablar ya de atacar, a un titán semejante.

—¿Quién será la zorra? —voceó Hizzoner vuelto hacia Nau.

—Tú. Yo seré el humilde pescador, demasiado ignorante para percatarse de la perdición que se acarrea. Tú, más sabio, te pondrás a salvo. El patrón te valorará en mucho, hasta que descubra que le has dado por el culo.

Hizzoner dobló a la derecha la caña del timón para apartarse de las demás pinazas, que continuaron evolucionando en perezoso desorden justo en la trayectoria del cada vez más próximo *schooner*.

Tan cerca estaba ahora la nave, que Maynard percibía el choque del agua en su casco y hasta leyó su nombre, *Brigadier*, pintado en letras doradas en la proa. Había un grupo de hombres, junto a la borda, y otros dos, situados en la parte delantera, gritaban en dirección a las pinazas y les ordenaban, por señas, que se apartasen. El timonel era visible, a popa, ante la rueda. Sonó una sirena, pero las barcas, reunidas en prieto círculo ante el raudo velero, no se dispersaban.

La pinaza de Hizzoner avanzaba lateralmente y la proa del *schooner* pasó a seis metros de ella. El casco, un macizo muro negro, levantó y empujó hacia ella una

montaña de agua.

—¡Ahora! —gritó Hizzoner.

Los remos aparecieron bruscamente a uno y otro lado de la pequeña embarcación. La vela cayó de golpe y Jack el Murciélago la ató con presteza a la botavara. Impulsada por los remeros, la pinaza partió con un respingo. Pero el *schooner* ya estaba lejos: no había forma de darle alcance.

Hasta que vio Maynard que el timón giraba para llevar la nave a sotavento. En el último instante, y por evitar el choque con las pinazas, el timonel había virado todo a estribor. Roto su tren de marcha, el velero cabeceó unos momentos.

El remero que se encontraba detrás del tirador deslizó la cabeza entre las piernas de éste y lo alzó dándole asiento en los hombros. El otro levantó el Kentucky, tiró del percutor y tomó puntería. La pinaza cabeceaba en la estela del *schooner*. En cuanto se alzó la proa al salir del seno de una ola, el tirador contuvo el aliento y, en el punto máximo del ascenso —al quedar la proa, por una insignificante fracción de segundo, en inmóvil suspenso—, tiró del gatillo. El pedernal chasqueó contra el acero, la chispa inflamó con un siseo la pólvora, y un zumbido se hizo audible, acompañado por una llamarada y un penacho de humo, al dispararse el arma. El tirador se bamboleó, recuperó el equilibrio y enderezóse para ver si el tiro había tenido efecto.

El timonel del *schooner* soltó la rueda y echó las manos a lo alto, para agarrar, se hubiera dicho, las astillas de hueso que le saltaron del cráneo. Al desplomarse se perdió de vista, y la rueda giró desgobernada hacia la derecha, con lo cual el velero apartóse todavía más del curso del viento, su velamen orzado por la brisa.

—¡Boguen, muchachos! —gritó Hizzoner a los hombres, que hundieron los remos en el aguaje—. ¡Mira esto, escribano! —voceó a continuación.

Al darse vuelta vio Maynard que había aplicado la llama de un oxidado encendedor Zippo a los embreados bramantes que colgaban de su coleta. Una tras otra, las cuerdas prendieron en grasas llamas fuliginosas que daban a la testa un marco ígneo.

—Una auténtica visión infernal, ¿eh? —sonrió Hizzoner.

Maynard volvió la mirada hacia la pinaza de Nau, cuyos remeros bogaban con desnudo a sotavento del *schooner* para evitar la colisión con la muralla negra de su casco. A eso, un pequeño estandarte rojo apareció en el mástil de Nau.

Hizzoner, que también había reparado en la enseña, voceó:

—¡La *jolie rouge* ha sido izada, muchachos! ¡Boguen, que la captura será copiosa!

—¿Qué significa esa bandera? —preguntó Maynard a Beth.

—¿La *jolie rouge*? Guerra sin cuartel.

—Pensé que no lo daba nunca.

—Es por animar a los muchachos.

La pinaza se encontraba a contados pies de la popa del velero cuando, a una señal tácita, el remero de cabeza desarmó uno de los remos y lo pasó al tirador. Empuñándolo como si de un arpón se tratase, el tirador lo lanzó entre el gobernalle y su codaste. Trabado así el timón, el *schooner* inició un lento, suave balanceo.

Los hombres rompieron a gritar profiriendo feroces, incoherentes imprecaciones dirigidas al enemigo, a la deidad, al mar y a los propios camaradas. Lanzados sobre el gobernalle del velero, treparon, como arañas, coronando popa y bordas.

Los cabellos enmarcados en fuego, la mirada febricitante, hacha en mano y un cuchillo entre los dientes, Hizzoner pasó por encima de Maynard, saltó de la pinaza y gritó:

—¡Tenemos un pacto con la muerte y estamos en concierto con el infierno!

Del *schooner* llegaban alaridos, gritos de pavor, ruido de carreras y algún que otro disparo.

—Sígueme —exclamó Beth al tiempo que lanzaba a Maynard el tramo de cadena y, recogidas las faldas, saltaba al timón.

—¿Que te siga?

—Si quieres que te dejen en el sitio —precisó ella señalando a popa de la pinaza, donde otra aguardaba acceso al gobernalle.

Entre su vociferante dotación había aparecido un cuchillo que hendió el aire volteando sobre sí mismo. Maynard apenas alcanzó a encoger el cuerpo y la hoja fue a clavarse en el timón del velero, donde se quedó cimbreado.

Arrollado al cuello el resto de la cadena, Maynard ganó de un brinco el timón e inició la escalada. Manos y pies le resbalaban, y sólo a fuerza de aferrarse con las uñas a grietas, salientes y remaches consiguió trepar, pulgada a pulgada, hasta lo alto.

La trasera de la cubierta era una confusión de hombres que corrían y gritaban. El timonel estaba tendido a los pies de Maynard, la parte posterior de su cráneo un amasijo rojo y gris.

Otros dos miembros de la tripulación del *schooner* yacían en cubierta, el uno medio decapitado, el otro contemplando, con ausente fascinación, el derrame de su paquete intestinal.

Agachada para evitar las balas perdidas, Beth haló de Maynard. Nau, que había escalado la borda por la parte central del barco, ayudó a subir a los dos muchachos. Apenas puestos los pies en cubierta, Manuel salió disparado, corriendo con el cuerpo bajo, deteniéndose para mirar, reemprendiendo la carrera, esquivando obstáculos. «Una comadreja», pensó Maynard, «lanzada sobre su presa».

Justin estaba rígido de espanto. Como Nau se inclinara hacia él y le hablase, sacó la Walther de la pistolera, alojó una bala en la recámara y avanzó con paso incierto.

Maynard reparó en Manuel que, arrimado al pabellón de cubierta, extraía con infinita paciencia y lentitud, sirviéndose sólo de las yemas de los dedos, el garrote

que llevaba en el bolsillo: dos asas de madera unidas por cuarenta centímetros de fino alambre. Al acecho de algo que Maynard no alcanzaba a ver, mantenía los sentidos ajenos a todo movimiento o ruido capaz de distraerlos. Se deslizaba ágil y silenciosamente, con pies que parecían no tocar el suelo.

Una mujer había contorneado el extremo opuesto del pabellón de cubierta. Vuelta la cabeza mientras huía presa del pánico, no vio a Manuel hasta que el chico le había saltado encima rodeándole la cintura con las piernas. Y es posible que ni siquiera entonces llegara a verle, pues, antes de que pudiese girar la cabeza, el muchacho le había echado al cuello el garrote, que tensó de un golpe seco.

Maynard vio como los ojos de ella se abultaban, la lengua salía de la boca y, por fin, la mujer caía sin haberse podido desprender del muchacho, aplicado a cortar el hilo de la vida.

El segundo de Nau dio una voz y señaló a lo alto. Un joven melenudo que vestía andrajosos calzones cortos, de sarga, estaba escalando la arboladura: una huida tan loca como vana. El segundo empuñó su pedreñal y apuntó al trepador, pero Nau le desvió de un manotazo la puntería y se arrodilló junto a Justin.

—¡No! —aulló Maynard.

Beth dio un tirón a la cadena, para silenciarlo. Nau sonrió y dijo:

—Cirujía, escribano.

Impotente, Maynard contempló las evoluciones de Justin según, dirigido por L'Ollonais, apuntaba la Walther hacia el escalador.

—Aprieta el gatillo —ordenó Nau—. Aprieta despacio.

Justin asintió, cerró un ojo y tiró del gatillo. La pistola le saltó en la mano. La bala silbó por entre la arboladura al tiempo que el trepador se agachaba.

Tras bisbisear unas palabras, Nau colocó, acopada, su mano bajo la de Justin. Maynard le oyó decir:

—Cuando quieras.

Esta vez no hubo silbido tras el disparo, sino tan sólo un *zup* al entrar la bala en la carne. El fugitivo se tocó el pecho y entre sus dedos brotó sangre. Cayó entonces, el cuerpo derecho, estilizado, y, como la barbilla fuera a dar contra un estay, quedó suspendido por un instante, los pies en balanceo, cual un acróbata en trance de ejecutar un peligroso salto mortal. Luego, perdido el apoyo del estay, se desplomó horizontalmente, como dispuesto para el entierro, y estrellóse con un golpe seco en el techo del pabellón de cubierta.

—¡TueBarbe! —vitoréó Nau.

—¡TueBarbe! —coreó su segundo.

Dieron a Justin palmaditas en la espalda, le lisonjearon, repitieron su nuevo nombre. El chico se sonrojó primero, luego sonrió, luego se enajenó de gozo: saltando sobre un pie, sobre otro, aleteaba con los brazos presa de un delirio cinético.

Maynard contemplaba la escena descompuesto recordando que la última vez que vio arrobo semejante en su hijo fue ante un árbol de Navidad a cuyo pie Papá Noel le había dejado un gatito.

En la cubierta inferior cundía aún el clamoreo, y Nau, su segundo y los otros hombres dejaron a Justin para correr hacia las escotillas de proa. El chico se dirigió entonces al pabellón de cubierta, trepó al techo y se quedó mirando al hombre al que había matado.

—Vamos —dijo Beth halando de la cadena.

Estaba ansiosa por proseguir e iniciar la tría del botín.

—Sólo un momento —pidió Maynard—. Por favor.

Después de un titubeo, entregó a Maynard la cadena y partió sola hacia la proa. Maynard se acercó al pabellón y llamó:

—Justin.

El muchacho no se volvió.

Percibió Maynard ruido de pisadas, procedentes de la cubierta inferior, que se detenían y volvían a avanzar, pero no les prestó atención.

—Justin...

La puerta del pabellón se abrió violentamente ante la misma cara de Maynard dando paso a un hombre que, jadeante, lleno de cortes y cubierto de sangre, salió de espaldas a la cubierta. Llevaba un rifle M16. Levantó la vista y, habiendo reparado en Justin, alzó el arma a la altura del pecho.

Maynard descargó el hombro en la puerta, que giró, alcanzó al hombre y le hizo perder el equilibrio. Un disparo partió del M16. Justin, que había girado sobre sí mismo, agachóse, Walther en mano. El hombre trastrabilló, consiguió afirmarse y orientó el M16 hacia arriba. Saltando sobre él, Maynard le arrolló al cuello su propia cadena y, pisando en la cubierta los últimos eslabones, tiró del resto con todo el alma.

El hombre dejó caer el fusil para aferrarse a las argollas que ya le fracturaban la tráquea amoratándole la piel. Apretó Maynard hasta que le dolieron los brazos, sintió palpar las sienas y vio que las pupilas de su adversario se dilataban y los globos del ojo vibraban antes de quedar en blanco. Sólo entonces desenrolló la cadena y, exhausto, apoyóse en el pabellón de cubierta.

Justin estaba sonriendo.

Jadeante todavía, tras mirar de nuevo al muerto, Maynard le interpeló secamente:

—¿De qué sonríes?

Justin se limitó a mirarle.

—Venga esa pistola, amiguito. Ya está bien la broma. —Y, sin mirarle, le presentó la mano, a la espera de recibir el arma—. Justin —exclamó enojado—, te he dicho que...

Y, al alzar la mirada, sólo alcanzó a ver un pequeño círculo negro rodeado por una

anilla igualmente oscura. Justin sostenía la Walther a menos de diez centímetros de la frente de su padre, apuntada medio dedo por encima del puente de la nariz, justo al espacio comprendido entre los ojos. En último término, detrás de la pistola, distinguió Maynard, aunque borroso, el rostro de su hijo, deformado por una sonrisa aviesa. Hizo por mantener entera la voz y dijo:

—Justin...

—¡Me llamo TueBarbe!

Los ojos de Maynard buscaron los del chico que, fulgentes, extáticos, ferales, tenían las pupilas del tamaño de granos de uva. Estaba ebrio.

—Está bien. Tue...

—Me han dicho que estás muerto.

—Todavía no, pero...

El fusilazo de la explosión cegó a Maynard y el estrépito le martilleó los tímpanos. Al recuperar la visión advirtió que el cañón de la Walther se había desplazado unos cuantos centímetros hacia la derecha, sobre su hombro.

Justin prorrumpió en una cascada risa atiplada, se descolgó del tejado del pabellón y salió corriendo cubierta adelante. Su risa quedó suspendida en el aire, ahora una melodía tóxica.

Maynard se había quedado solo en la popa. Al extremo opuesto del barco, la algarabía había menguado, reducida ahora a las voces de los hombres de Nau, al ruido de la carga trasegada, de las cajas de embalaje abiertas, y un zumbido que durante un largo rato no consiguió Maynard identificar.

Dedicóse a clasificar sonidos, desechando los familiares y localizando los extraños, hasta determinar que se trataba del runrún de un motor, distante, apenas audible, que cualquier ruido próximo engullía. Protegiéndose los ojos con la mano escudriñó el horizonte, pero no había barco alguno a la vista. El zumbido, entretanto, parecía intensificarse levemente, pero ni de eso estaba seguro.

Frunciendo los ojos alzó la vista al cielo, que escrutó en todas direcciones, salvo la zona inmediata al sol, donde su resplandor se hacía insufrible. También el cielo estaba vacío. Hasta que, de pronto, algo fulguró, semejante a un ascua o una estrella. Volvió la mirada hacia el mismo punto, esta vez sirviéndose de ambos puños que, comprimidos salvo por una estrecha rendija, le permitían explorar sin daño los alrededores del aura solar. El fulgor de antes se repitió, y en esa ocasión pudo Maynard precisar un contorno, como de mosquito, recortado sobre el amarillo y azul del fondo: un aeroplano.

Buscó algún objeto que le pudiera servir de espejuelo: un reflector, un espejo, un fragmento de metal bruñido. Tropezó con el cuerpo del hombre al que había estrangulado. La cadena. Expuso los eslabones al sol, pero, mates, manchados de óxido, no reverberaban la luz. Un reloj. Hincóse de rodillas, volteó el cadáver, le

desabrochó las bocamangas. El desconocido usaba, en efecto, reloj, mas la correa era de material plástico y el propio reloj aparecía protegido por una funda de caucho a prueba de agua. Registró los bolsillos en busca de una moneda, un cortaplumas o un encendedor. Le abrió la camisa, con la esperanza de encontrar un medallón, acaso duplicados de chapas de identificación canina; y allí, pendiente de una cadena fina, descubrió una hoja de afeitar chapada en oro: uno de los instrumentos rituales de la fraternidad de los cocainómanos. Desligaba la cadena, orientó la cuchilla hacia el sol.

Devon llevaba casi cinco horas en el asiento del copiloto. Tenía dolorido el trasero y temía, a cada salto del aeroplano, que la vejiga le fuera a explotar. Habían sobrevolado toda la cadena de las Bahamas, a baja altura cuando avistaban islas con núcleos de población, y en vuelos rasantes, repetidos hasta tres veces, sobre los islotes del grupo de Caicos y las Turcos. Nada habían visto, sin embargo, ni aun remotamente alentador. Les quedaba por reconocer una última isla, la Gran Inagua, tras lo cual regresarían a Miami.

Devon ni siquiera sabía de fijo lo que andaba buscando, o qué rasgo particular justificaría un aterrizaje y la subsiguiente exploración: ¿un campamento aislado?, ¿acaso un solitario yate fondeado en una caleta escondida? Tampoco tenía ni la más vaga idea en cuanto a las intenciones de Maynard cuando desapareció de Nueva York llevándose a Justin. No era imposible que a esas alturas se encontrasen en el mismísimo Tahití. Por algún sitio, sin embargo, había de iniciar su búsqueda, de modo que, cuando los del *Today* le ofrecieron una plaza en el aeroplano que habían contratado, la aceptó sin discusión.

Estaba convencida de que el corresponsal del *Today*, que ocupaba el tercer asiento, a su espalda, no tenía más fe en el éxito de su misión —localizar a Trask— que ella en el de la suya. Aunque era poco lo que Devon sabía sobre navegación, sí bastaba para darle la certeza de que buscar a Brendan Trask en una zona tan meridional era una pérdida de tiempo: en forma alguna podía haber cubierto semejante distancia en tan pocos días. Y, aun en el supuesto de que por algún milagro diesen con él, ¿en qué resultaría? Trask pasaba, desde luego, por persona amable, y estimaba, a buen seguro, la labor periodística; pero ¿por qué le creerían dispuesto a tolerar la intrusión de un don nadie de Miami? No le reconocía al *Today* talla suficiente para una maniobra de esa envergadura, adecuada, si acaso, para el *National Enquirer*, y, si Trask enviaba al reportero a freír espárragos, lo encontraría la cosa más natural del mundo.

El piloto inclinó el aparato a estribor, para iniciar un giro a la derecha, y en ese instante Devon distinguió el reflejo que partía de la inmensa superficie azul.

—Mire ahí abajo —dijo al piloto.

—¿Qué ve?

—No sé. Parecen señales.

Después de enderezar el aeroplano, el piloto escoró hacia la izquierda a fin de poder mirar desde su lado.

—Parece un yate —dijo—. Alguna señora que ha sacado el espejo para mirarse el maquillaje.

—Acérquese —pidió Devon—. Quiero verlo mejor.

—Ese no es el yate de Trask —terció el reportero—. Volvamos.

—¡Que se acerque, le digo! —ordenó Devon.

El piloto se encogió de hombros.

—Lo que usted mande, señora.

El avión se acercaba. Todavía estaba lejos, y muy alto, pero se estaba acercando: habían visto sus señales.

Siguió Maynard orientado la cuchilla hacia el sol de manera que, reflejados, sus rayos alcanzasen al avión que se aproximaba. Y, en ese instante, un golpe formidable, entre los hombros, le envió al otro lado de la cubierta. Entornados los ojos, aguardó el golpe que pondría fin a su vida.

—¡En pie, escribano! —dijo Jack el Murciélago al tiempo que indicaba, con un movimiento de cabeza, el avión—. Tenemos visitantes.

Lo que había derribado a Maynard era el portazo con que Jack el Murciélago irrumpió en cubierta. Al levantarse, vio al Murciélago arrastrar el cadáver del estrangulado hasta la regala, donde lo recostó para, en seguida, cruzarle el M16 en el regazo. A guisa de retoque final, le alzó una rodilla al muerto y descansó en ella una de las manos, ya parcialmente rígida.

A continuación se dirigió el Murciélago hacia el cadáver que reposaba en el techo del pabellón de cubierta. Pese a la sangre cuajada que manchaba el tronco y el color crecientemente grisáceo de la piel, ofrecía el hombre aspecto de reposo. Jack se hizo con un sombrero caído a la cubierta y tapó con él la cara del muerto.

—Felices sueños —dijo según disimulaba, llevándole una mano hasta allí, la herida de bala que mostraba el pecho.

—Tapa a ése —dijo Mayn Jack el Murciélago señalando el cuerpo del timonel.

El toldo destinado a protegerle del sol aparecía plegado sobre la popa. Maynard lo desplegó hasta cubrir el cadáver cuidando de dejar a la vista una engarfiada mano.

—Ahora, sígueme.

Tras arrimar a la regala de babor el último de los cadáveres, Jack el Murciélago lo cubrió con cubos y bayetas y, luego, habiendo trepado al techo del pabellón, dio unas palmaditas al espacio que quedaba libre a su lado.

—Siéntate sobre la cadena, escribano.

Maynard amontonó los eslabones en el techo del pabellón y tomó asiento. El

Murciélago le rodeó entonces los hombros con un brazo: un ademán bien camaraderil, de no haber sido porque su mano libre aferraba el trozo de cadena que Maynard tenía en torno al cuello y si al mismo tiempo no hubiera dicho:

—Un solo movimiento de cabeza y te despacho.

El altímetro indicaba treinta metros y la aguja seguía en descenso. El negro casco del *schooner* se abalanzaba sobre ellos.

—¿Así de bajo, o continúo? —indagó el piloto con una sonrisa.

—Así está bien —dijo Devon.

—Nos va a estrellar usted contra ese trasto! —aulló el reportero.

El piloto rompió a reír. Devon adelantó el cuerpo y, esforzándose en no parpadear, escudriñó la cubierta del *schooner*.

En el tejadillo del pabellón de cubierto había dos hombres enlazados, al parecer, en un abrazo ebrio, y otros aparecían tumbados más abajo.

—Un reventadero —observó el piloto según el avión pasaba en vuelo rasante sobre la cubierta—. Arrastrar el culo de un lado para otro y beber ron todo el día.

—Pero ¿qué hacen ahí? —quiso saber Devon—. Están en mitad de la nada.

—Estarán comprando langostas a los pescadores. Las que ve ahí al lado son barcas indígenas.

El reportero volvió la cabeza.

—¿Se han fijado en el tipo que estaba durmiendo? Tiene un rifle en el regazo.

—Es que por estos andurriales todas las precauciones son pocas. Te dejan en cueros por menos de nada.

El piloto tiró de la palanca de mandos y, conforme ganaba altitud el aparato, viró hacia la Gran Inagua.

—¿Satisfecha? —preguntó a Devon.

—No, pero no veo qué otra cosa podemos hacer.

Los cinco supervivientes del pasaje —cuatro hombres y una mujer, todos jóvenes y vestidos, todos, con pantalones cortos de blanquecina sarga azul— marchaban en grupo hacia la popa escoltados por el segundo de Nau, un tipo barbudo al que llamaban Basco Tom y que ahora, apretándose la mejilla con un trapo manchado de sangre, lanzaba venenosas miradas a la mujer.

Aunque asustados y confundidos, los supervivientes ignoraban todavía cuán justificado era su desespero.

Nau estaba a popa, flanqueado por Hizzoner y los dos muchachos. Beth había dejado a Maynard de plantón no lejos de donde ella se dedicaba a revisar uno a uno los artículos traídos de la bodega. Los hombres, entretanto, procedían a cargar en las pinazas cajas de alimentos y bebida, herramientas, ropas, utensilios de cocina, armas y linternas. Los objetos desconocidos —determinados aparatos, máquinas y medicamentos— quedaban en cubierta hasta que Nau decidiese qué hacer con ellos. Lo que por experiencia sabían inútil —pintura, artículos de limpieza, congelados y alimentos cuya preparación requería leche o huevos— era arrojado escotilla abajo.

Beth vigilaba las operaciones de carga con la pericia de un patrón de estibadores. Cuidando de que su parte fuese amontonada en la pinaza de Hizzoner y de que el insecticida a ella destinado fuera 612, y no Cutter, palpaba melones, olisqueaba carnes, ponderaba la elección de peras o melocotones antes de optar —pródigamente— por sendas cajas y, entre todo eso, hasta se probaba objetos de bisutería.

—¿Herido, Basco? —averiguó Nau.

Basco se apretó el trapo contra la mejilla.

—La zorra esa, que me ha mordido.

—¿Abusaste de ella?

Basco sonrió al tiempo que alzaba el dedo medio de la mano derecha.

—Apenas le tomé la medida, L'Ollonois.

—Ya conoces la ley en cuanto a enredar con una mujer de bien.

—Si eso es una mujer de bien, a fe que yo soy el Papa.

—¿Adónde nos llevan? —preguntó uno de los supervivientes.

Nau le miró derechamente y repuso:

—Al lugar de donde vinisteis, muchacho.

Aliviados, los supervivientes cambiaron miradas y sonrisas de connivencia.

—¿De dónde sois? —preguntó otro. Y como, después de mirar a Nau, a Hizzoner, a Maynard, no obtuviera respuesta, añadió—: El susto que nos habéis dado, desde luego, es para no cagar duro en un año.

No se dan cuenta, pensó Maynard. El barco hiede a muerte, hay cadáveres por todas partes y, aun así, no se dan cuenta.

—¿Quién de vosotros es el patrón? —se dirigió Nau al quinteto.

—Yo —respondió uno de los jóvenes dando un paso al frente.

—¿Qué carga lleváis?

El joven indicó con un ademán las cajas amontonadas en la popa.

—Ahí está.

—Eso son vituallas, no carga.

—¿Cómo, vituallas? —Envalentonado por la certeza de que, tras alguna reprimenda, o acaso ciertas humillaciones sin importancia, serían puestos en libertad, su tono era ahora ligeramente fanfarrón. Sonriendo a sus camaradas, continuó entonces—: Vamos, ¿quiénes son ustedes? ¿De la bofia?

—La carga.

—Delante la tiene, jefe.

Nau sacudió la cabeza en dirección a Basco, que, aferrándole una mano al joven, la plantó en la regala donde, de un machetazo, le amputó el meñique.

El portavoz del grupo retiró vivamente la mano y se quedó mirándola.

—¡Eh, amigo...! —La mano era la de antes, salvo que ahora tenía cuatro dedos, en lugar de cinco, y que donde antes estaba el meñique no había, de pronto, más que un montoncillo pulposo—. ¡Me cago en...!

Maynard vio que había perdido el color y que empezaba a despertar, como si, por fin, el último trago de una bebida indeseable hubiera surtido su efecto.

—La carga.

—¡Es que voy a desangrarme!

—Antes de que eso ocurra habrás llegado a tu destino. Y no me pruebes más la paciencia, si no quieres que tu viaje sea un calvario.

A una nueva cabezada de Nau, Blasco cayó sobre el grupo, para agarrar, esta vez, a la chica. Ella, sin embargo, se zafó y, antes de que el hombre pudiera darle alcance, chilló:

—¡No!

—Su carga, señora.

—¡Ahí abajo está! —indicó la escotilla—. Bajo un montón de basura.

—¿Y consiste en...?

—Coca, hash...

Nau no comprendía. Interrogó con la mirada primero a Hizzoner, luego a Basco, pero tampoco ellos habían entendido.

—Drogas —explicó Maynard al tiempo que sacudía la cabeza.

—¿Medicinas, escribano?

—No, drogas. Bueno... narcóticos, por así decirlo. Drogas.

—Rebuscando en la memoria halló la palabra que empleaba el pacto—. Fármacos.

—Veámoslos —dijo Nau despachando a dos de sus hombres en dirección a la bodega.

—La bolsa del doctor... —le recordó Hizzoner.

—Ah, cierto. —Se volvió Nau hacia la mujer—. Dígame, señora, ¿dónde está el peculio del barco?

—¿Qué?

—El dinero —tradujo Maynard.

—No lo sé. —Sacudió al herido, que continuaba atento a su mano—. Dingo, ¿dónde está el dinero?

—¿Eh? —Se le hubiera dicho molesto porque estorbasen su acto de contemplación—. ¿Qué quieres ahora? ¿Pasta?

—¿Es él quien quiere la podrida pasta! —Le zarandeó el hombro—. ¿Dónde está?

—Sólo me quedan unos billetejos —dijo el joven estólidamente—. Los tengo en la litera.

—Es que todavía no hemos hecho la entrega —se excusó la mujer con Maynard.

Le hacía sentirse ridículo el que la mujer lo emplease como intérprete. Hubiera querido decirle que también él estaba prisionero, ponerla sobre aviso. Pero la información hubiera sido tan vana como inútil la advertencia.

—La carga iba a ser vendida —explicó Maynard a Nau—. Entretanto, es poco el dinero que llevan.

Eso sí lo entendió Nau, que hizo a Hizzoner una señal con la cabeza. Hizzoner tomó aliento, para iniciar su prédica, pero la mujer se interpuso:

—Podemos hacer un trato. Esa coca vale un huevo.

La mujer es lenguaraz —dijo Nau a Maynard.

—Quiere ajustarse contigo. —Maynard no veía mal alguno en hablar por ella, única entre los supervivientes que empezaba a intuir la inminencia de su muerte. Defender su causa sería una pequeña gentileza—. Su libertad a cambio de la carga.

—¡Magnífico! —rió Nau—. Un ajuste en verdad generoso. Tengo su barco, su carga y sus personas. ¿Qué pueden ofrecerme que no posea ya?

No hubo respuesta. Y fue Justin quien rompió el silencio:

—¡Acaben de una vez!

—Bien dicho, TueBarbe —sonrió Nau—. Charlar es malgastar resuello.

E hizo una seña a Hizzoner, el cual inició su parlamento, la mirada vuelta reverentemente a lo alto. En apariencia, se dirigía a los cautivos, pero de hecho no hacía sino recitar una letanía de descargo: una prédica gastada por el tiempo y que, de eso estaba cierto Maynard, pronunciaba una vez tras otra sin modificaciones.

—Los crímenes que han cometido, ustedes y Dios los conoce, más, siendo crímenes, traen aparejado su castigo, y quienes de ellos son reos se acarrearán su parte en el lago ardiendo con fuego y azufre, que es la muerte segunda, Apocalipsis 21:8,

referencia al capítulo 22, versículo 15.

Lo había dicho de un tirón, y, al hacer una pausa, para tomar aire, miró al grupo, con la esperanza de descubrir indicios de arrepentimiento o, cuando menos, temor. Pero sólo vio perplejidad.

Según las primeras bolsas plásticas de cocaína eran arrastradas a cubierta, Hizzoner continuó:

—Palabras cargadas de terror tal, que, teniendo en cuenta las circunstancias tuyas y su culpa, con seguridad su sonido habrá de estremeceros, pues ¿quién podría vivir perennemente abrasado? Como sea que el testimonio de la conciencia debe de convenceros por sí de los muchos y muy grandes males que habéis cometido, ofendiendo profundamente a Dios y volviendo hacia vosotros su justa ira e indignación, no creo necesario decirles que la única manera de alcanzar de Él el perdón y la remisión de los pecados suyos es un arrepentimiento sincero y auténtico unido a la fe en Cristo, en cuya meritoria pasión y muerte pueden esperar únicamente la salvación.

Mientras Hizzoner continuaba su salmodia, Nau, indicando las bolsas de cocaína amontonadas en cubierta, preguntó a Maynard:

—¿Para qué sirve eso?

—Altera el estado de ánimo. Es... bueno, un poco como el ron.

—¿Infunde coraje?

—No.

—Entonces, ¿qué finalidad es la suya?

—Hace que uno se sienta bien. O eso dicen.

—¿Se bebe?

—No. Se absorbe por la nariz.

—¿Por la nariz? ¿Como el rapé? —Rasgando una de las bolsas, Nau tomó con la punta del cuchillo cierta cantidad del blanco polvo, inhaló profundamente y quedó a la espera del resultado. Como nada ocurriese, sacudió la cabeza, escupió en el suelo y, en tono de sorna, dijo:

—Al agua con ello.

Los hombres comenzaron a arrojar las bolsas por la borda.

—¡Eh, amigo! —protestó uno de los supervivientes—. Eso es como tirar jodida pasta al infierno.

—¡Silencio!

Hizzoner se había interrumpido en mitad de su exhortación.

Prosigue, Hizzoner —dijo Nau—, pero un poco más de brío, que me vas a matar de tedio a estos desdichados.

—¡Tedio! —exclamó el otro—. Les muestro el camino de la salvación; ¿a eso le llamas tedio?

—Es que lo eternizas. Adelante.

—De haber estado sus delicia en la ley del Señor —siguió Hizzoner—, y de haber meditado en ella de día y de noche, Salmos 1:2, habrían descubierto que lámpara es a los pies suyos su palabra, y lumbrera a su camino, Salmos: 119: 105, y aun hubieras reputado todas las cosas perdidas ante el eminente conocimiento de Cristo Jesús, Filipenses 3:8, que, para los elegidos, es el poder de Dios y la sabiduría de Dios, 1a. de los Corintios, 1:24, y aun la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos, capítulo 2, versículo 7. Hubieras visto entonces en las Escrituras el gran heraldo del cielo, pues sólo en ellas puede hallarse el gran misterio redentor del hombre caído, y ellas les hubieran enseñado que pecar es corromper la humana naturaleza, el alejamiento de la pureza, rectitud y santidad en que fuimos creados por Dios, y que la virtud, la religión y el andar en los caminos del Señor son de todo punto preferibles a las leyes del pecado y de Satán, pues los caminos de la virtud son caminos deleitosos, y todas sus veredas paz, Proverbios 3:17.

Las últimas bolsas de cocaína, tras chocar y salpicar en el agua, uniéronse al número de las que la marea arrastraba en su rápida corriente en una cadena de blancos budines que se extendía cien metros a popa del barco.

Nau, impaciente, se puso a batir la regala con el cuchillo. Reparando en ello, Hizzoner dijo:

—Ya termino.

—Que sea verdad.

—Si ahora recurren a Jesucristo en sinceridad —dijo Hizzoner a los supervivientes—, aunque tarde, aun a la hora undécima (Mateo 20:69), los recibirá. Pero a buen seguro no es menester que les diga que los requisitos de su misericordia son la fe y el arrepentimiento. Así pues, no confundan la naturaleza del arrepentimiento con un baldío pesar por sus pecados, nacido de la calamidad y el castigo que ahora les acarrearán; su pesar debe, antes bien, nacer de la conciencia de haber ofendido a un Dios magnánimo y misericordioso. Más lejos de mí la intención de asesorarlos en cuanto a la naturaleza del arrepentimiento, sabiendo que hablo a personas cuyas faltas se originan no tanto en el desconocimiento, como en la omisión de un deber sin embargo claramente percibido. Mi único y sentido deseo, por compasión hacia las almas de ustedes, es que mis palabras de esta triste y solemne ocasión, por las que en general les exhorto a la fe y el arrepentimiento, surtan el efecto deseado y, así, hagan de ustedes auténticos penitentes.

—¡Por Judas y sus errores! —explotó Nau—. Como te encarecí el muchacho, ¡acaba de una vez!

—Te está mal desahogarte en invocar al supremo traidor —reconvino Hizzoner a Nau—, aquel que, enfrentado a una decisión como esta de ahora, cuando salud y condenación pugnaban por adueñarse de su alma, sólo acertó a...

—¡Sé bien lo que hizo! ¡Al avío!

—Ea... bien está... —se aturulló Hizzoner—. Así pues, y habiendo cumplido con mi deber de cristiano respecto de ustedes al aconsejarles como mejor sé en cuanto a la salvación de sus almas, debo cumplir con mi cometido de juez. Y es la sentencia de este tribunal, pues tribunal es lo que un juez preside, aunque lo haga en pie, y no sentado, y aunque eso ocurra en la mar, que ustedes... —Se detuvo—. ¿Cómo os llamáis?

—¿A quién le importan sus nombres? —rugió Nau—. ¡Llámales Willy, Billy y Millie!

—Que ustedes: Willy, Billy y Millie, y Willy y Billy otra vez, pues son cinco, sean ajusticiados en este lugar y momento.

Maynard miró al grupo. El herido parecía no haberse enterado, o, en todo caso, no inquietarse por la noticia: la mano le tenía hipnotizado. Dos de sus compañeros, incrédulos, movían los pies, intercambiaban miradas y mascullaban cosas como: «Eh, amigo...», «Venga ya, jefe...» y «Vamos, corte el rollo...»

Pero la mujer, plenamente consciente de la situación, se había puesto histérica y prorrumpió en chillidos.

—Basco... —dijo Nau.

El aludido avanzó, agarró a la mujer por la melena y la degolló.

Sin esperar a que se lo mandaran, Justin sacó la Walther de la pistolera y le disparó en el pecho al herido. El hombre se desplomó sin proferir ni un ay. Viendo que se revolvía en el suelo, Justin apuntó otra vez hacia él, pero Nau le contuvo.

—No añadas ofensa al daño. Está moribundo. La munición, por otra parte, es preciosa.

De tres rápidos, certeros machetazos, Basco dio cuenta de los demás supervivientes.

En la popa, trémulo de horror y sublevación, Maynard dijo a Nau:

—Has convertido a mi hijo en un monstruo.

—¿En un monstruo? Nada de eso. En una máquina. Si un trabajo debe ser hecho, hay que hacerlo. ¿Lloras acaso por esos cinco? ¿Por estos miserables? —e hincó la puntera en uno de los cuerpos aún inmóviles—. ¿Tanto se pierde?

—No es por ellos por quien lloro, aunque debiera hacerlo, sino por mi hijo.

—Sí, esa otra es ciertamente una pérdida. Pero consuélate: lo que tú pierdes lo ganamos nosotros. —Y, volviéndose a Manuel, dijo—: Hunde la nave.

—¿La incendio?

Nau escudriñó el cielo, en busca del aeroplano.

—No: hazlo sin aparato. Y enséñale el método a TueBarbe.

Ambos muchachos apretaron a correr y desaparecieron por una de las abiertas escotillas.

Cargadas más arriba de la regala, las pinazas tenían el agua casi al mismo nivel de la borda. Con un mar menos calmado, se hubieran ido a pique. Tres de ellas partieron de regreso. La cuarta, la de Nau, permanecía arrimada a la popa del *Schooner*, a la espera de los muchachos.

Alejados ya unos quince metros de él, Maynard observó el velero. Antes perfectamente inmóvil, comenzaba ahora, aunque de manera casi imperceptible, a hundirse por la proa. Tras un instante, también la popa se hundió ligeramente. Los muchachos, que habían aparecido en cubierta, la cruzaron a la carrera, descolgáronse por el gobernalle y saltaron a la sobrecargada pinaza de Nau.

El *schooner* continuó su hundimiento con una balanceada cadencia: primero la proa, luego la popa, luego la proa otra vez, hasta que, ya casi invadida su cubierta por el agua, y fuese por causa del desplazamiento de algún peso importante en sus bodegas, o porque alguno de los compartimientos no acababa de ceder a la descompresión, el casco se desequilibró, emergió violentamente la popa, y la proa hendió el agua con un silbido de reptil.

Tras desaparecer el barco bajo las aguas, algunos sonidos postreros —o acaso simples tensiones que a través del medio submarino se transmitían a los cuerpos adyacentes—, como de superficies que crujieran, se quebraran y fragmentasen, alcanzaron el maderamen de las pinazas. A eso siguió una erupción de burbujas que explotaron, hasta que, digerida la nave por el mar, la superficie recuperó su antigua lisura.

—¡Aparejad vuestras velas, muchachos! —voceó Nau. Y pidan un propicio viento del oeste. ¡Los aguardan el ron y las rameras!

Caía la tarde cuando las pinazas alcanzaron la ensenada. Tras haber dado cuenta del ron con pólvora que llevaba consigo, Jack el Murciélago hacía los honores a una botella de vodka de cincuenta grados tomada (a préstamos, insistía) de la parte del botín correspondiente a Beth. Ocupado en eso, no dejaba de cantar una tonada de dos únicos versos: «¡Hala, chicos, a trepar, que Molly se ha enganchado las faldas en el manzanillo!» El segundo de Nau se fue al agua cuando, a la embocadura de la cala, arriaba la vela. Incapaz de nadar, estuvo braceando y revolviéndose hasta que alguien le lanzó un cabo, y luego, para regocijo de todos, se le orinó encima mientras lo arrastraban hacia la orilla.

Había un Boston Whaler fondeada junto a la playa y, plantado en pie no lejos de ella, un hombre les estaba esperando. Muy intensa ya la oscuridad, Maynard no consiguió identificarla; sólo acertó a verle la ropa: un traje blanco, de hilo, cuyos pantalones llevaba remangados a la altura de las rodillas. Luego oyó su voz:

¡Bien hecho, Excelencia! No por más rápido peor logrado.

Era Windsor.

—¡Ahí tienes, doctor! —Nau arqueó el brazo y arrojó algo en dirección a la orilla —. Tu bolsa. Quizá sea pobre, pero era cuanto había. Y tú, ¿qué me traes?

—Pólvora, dos barrilillos, y medicinas con que tratar a los cuitados.

Y, recogida la bolsa, Windsor se la guardó en el bolsillo.

Las pinazas fueron empujadas a tierra y arrastradas playa arriba, hecho lo cual les descargaron. Nau se acercó a Windsor seguido, a un paso de distancia, por Justin y Manuel. Reparando en Justin, Windsor exclamó jovial:

—Bravo mozo, sí señor. ¿Cómo dijiste que te llamabas, muchacho?

—Ya no es quien era —respondió Nau—. Ahora se llama TueBarbe.

—Hermoso nombre. Y dime, TueBarbe, ¿cómo se da la batalla?

—Bien, señor —respondió Justin.

—Vale, el chico —explicó Nau—. Llegado el momento, él y Manuel rivalizarán por el mando.

—Y así debe ser. La supervivencia de los más aptos. La depuración de la estirpe. — Windsor examinó los efectos amontonados en la playa—. Iba bien provisto, como imaginé. Sus conversaciones con el continente no hacían pensar otra cosa.

—Sí, pero la carga carecía de valor. Drogas, las llamó el escribano.

—¿Quién?

Beth había hecho bajar a Maynard de la pinaza y lo tenía no lejos de donde ella se dedicaba a vigilar que su parte del botín fuese respetada.

—El escribano— repitió Nau según indicaba a Maynard.

Una vez salvado el trecho de playa que le separaba de él, Windsor examinó a Maynard con incredulidad, como si fuese la encarnación de una chanza que le gastaban.

—¿Por qué está usted vivo? —fue cuanto acertó a decir.

—También a mí me complace el encuentro.

—Traté de salvarles, pero usted se obstinó. Y ahora tendría que estar muerto.

—A decir verdad...

Windsor se volvió a Nau.

—¿Por qué sigue vivo?

—Es una maraña que desenredaré para ti con unos vasos de por medio — respondió Nau.

—¡Pero tendría que estar muerto! —insistió Windsor—. Es la usanza.

—Y muerto será, a no mucho tardar. Él lo sabe y lo sabemos nosotros: es un hecho. Entanto, escribe para nosotros.

Windsor no discutió más con Nau. Encarándose a Maynard, susurró:

—No sé cómo lo ha conseguido, pero, comoquiera que sea, es cosa terminada. Créame:

—¿Me amenaza usted? —Maynard sonrió—. Por favor... no se tome la molestia.

—No dude de mi palabra —repitió Windsor antes de volverle la espalda.

Maynard dijo a todo trance:

—¿Le preocupa acaso el que pueda contaminar su laboratorio? —Windsor se detuvo—. Era ésta su sociedad perfecta, ¿no es así?

Aún falta para eso —dijo Windsor con una mal contenida sonrisa—. Cielo y tierra, Mencken, contienen más cosas de las que ni siquiera ha soñado su filosofía.

Vamos, doctor —le llamó Nau—. Tu jarro está colmado y tu quitapesares sufre de soledad.

Beth había regresado de los matorrales con una tosca carretilla en la que ella y Maynard cargaron y transportaron hasta la choza los géneros. De todos los confines de la isla llegaban, traídos por la brisa, ecos de celebración: gritos, risas, vítores y juramentos, ruido de botellas rotas y de cuerpos que rodaban por la maleza.

—Una auténtica parranda, a juzgar por el ruido —comentó Maynard conforme amontonaban fardos, cajas y bolsas de malla hasta que apenas quedó en la choza sitio para revolverse.

—Se calientan para el concejo.

—¿Un concejo?

Asistiremos, más tarde. Pero ahora tenemos otros quehaceres.

Maynard la interrogó con la mirada, a la espera de una explicación; pero no tuvo de ella más que una sonrisa pesarosa que no supo interpretar.

Concluido el almacenamiento de los géneros, dijo Beth:

—¿Qué ron te gusta?

—No entiendo de rones.

—Alguno debes de preferir. —Y, señalando las cajas, agregó—: ¿Ron de vodka? ¿Ron de whisky? ¿Ron de ginebra? ¿Ron de ron? —Mostró el contorno con un ademán de orgullo—. Tengo de todos. Soy rica. Roche moriría gustoso una segunda vez sólo por ver lo rica que soy.

—Ron de whisky.

Deleitada por el papel de anfitriona munificente, abrió una caja de whisky escocés de la que obsequió a Maynard una botella. Ella se reservó otra, de vodka. Habiéndola desprecintado, invitó a Maynard, por señas, a que la imitase. En ese punto se interrumpió y dijo:

—Aguarda.

Tras escarbar con las uñas en la tierra del piso, extrajo una llave, le quitó el candado a la cadena, retiró ésta de en torno a su cuello y la arrojó a un lado.

—Listo —dijo.

Maynard sintió repentinamente vivos y elásticos los músculos de cuello y hombros. Con dedos cautelosos palpó la piel que el roce de los hierros había excoriado.

—Gracias.

Ella correspondió con una inclinación de cabeza.

—Bebe —dijo.

—¿Por qué...?

—¿Bebemos? Bebemos porque...

—No. ¿Por qué has hecho... eso? —señaló la cadena. —Porque sí— respondió ella rehuyéndole, sin embargo, la mirada—. Se puede confiar en ti.

—¿Tan de pronto?

—¿Acaso prefieres que te encadene otra vez? ¿Sí? ¡Claro que no! Pues quieto y bebe.

Tomaron sendos sorbos de las botellas. El licor descendió limpio, cálido, rebalsándose, confortador, en el estómago. —Me has traído buena suerte —declaró ella.

—Algo es algo.

—Lástima.

—¿El qué?

Ella hizo un ademán vago que abarcaba el mundo.

—Todo —dijo. Y, tras dar un segundo, largo trago, añadió—: Pero... es la usanza.

—¿Sabes qué te digo? Que la usanza es una patada en salva sea la parte.

Beth rió.

—Bueno, quizás...

—Ya sabes —la interrumpió Maynard cauteloso, en la confianza de no aguar la fiesta— que mi oferta sigue en pie.

—¿Qué of...? —Lo había comprendido—. No. Demasiado tarde.

—¿Por qué?

Sacudió ella la cabeza, como para alejar el pensamiento, y descansó la botella en el suelo.

—Vamos.

—¿Adónde?

—Ya te dije que teníamos otros quehaceres.

Tomándole de la mano le condujo hasta la playa, donde le bañó con lo que a Maynard se le antojaba inusitada ternura.

De regreso ya, pero antes de haber ganado los matorrales, se detuvo ella y dijo:

—Ven.

Se tumbó en la arena, atrajo a Maynard y, sellándole la boca con la suya, lo cabalgó con fiera intensidad. Luego, jadeante, le acarició la cara y, apacible la voz, dijo:

—Has sido bueno conmigo.

Aunque nada había en esas palabras que justificase la alarma, su tono terminante

hizo que a Maynard le diese un vuelco el corazón.

Volvieron sobre sus pasos a través de las oscuras veredas siguiendo el estrépito, ahora concentrado, de la francachela. Llegados a la orilla de un calvero, Beth se detuvo y examinó el terreno con el aire de quien teme una emboscada.

—¿A qué esa inquietud? —quiso saber Maynard.

—Chitón —replicó ella llevándose un dedo a los labios.

Rompió a correr y Maynard, mientras la seguía, reparó en el alojamiento de los bujarrones, desólito ahora. Al alcanzar el calvero habitado por las prostitutas, Beth hizo un nuevo alto y observó iguales precauciones antes de atravesarlo.

Según se deslizaban, silenciosos, senda adelante, de los matorrales emergió un hombrón descomunal que les cerró el paso. Estaba borracho perdido. Al cruzar el sendero tropezó con un arbusto, pero se enderezó, y, hendiendo sañudamente el aire con su alfanje, exclamó:

—¡Detenganse!

—Detente tú, Rollo, si es que el cuerpo te aguanta —dijo Beth sin sobresalto ni alarma, más bien en el tono del que se resigna a una inconveniencia.

El gigantón osciló mirándoles de soslayo.

—Sean cuantos fueran, tomen un trago conmigo o van a probar mi machete —y blandió el arma ante ellos.

—Déjanos pasar, Rollo.

—No pasaran sin haber bebido en mi honor. —Y, revolviendo tras un arbusto, sacó una caja de Kahlúa de donde extrajo una botella que, desgolletada de un golpe, presentó a Maynard—. Bebe en mi honor.

—No, gracias.

Con un bramido, Rollo se abalanzó sobre Maynard, el cual se hizo a lado y propinó a su atacante, cuando se cruzaba con él, un puñetazo, en los riñones, que le hizo caer de rodillas.

—¡Buen golpe! —exclamó Rollo según se ponía en pie de un salto—. Me ha sacudido todas las tripas. Y ahora —enjugó el gollete en los fondillos de sus pantalones— bebe, o tendré que atacarte de nuevo.

Maynard consultó a Beth con la mirada.

—Aplácale —dijo ella.

En vista de eso, Maynard tomó un trago y pasó la botella a Beth, que bebió a su vez y, antes de devolvérsela a Rollo, dijo:

—A tu salud.

—A mi salud —brindó el otro, complacido, y apuró lo que quedaba del envase, que arrojó seguidamente a los matorrales. Por fin, y tras haber retirado de la vereda la caja de licor, volvió a su escondrijo dando tumbos, a la espera de los próximos viandantes.

—¿Durará mucho el jueguito? —preguntó Maynard a Beth al reemprender el camino.

—Mientras se tenga derecho. Pero Rollo es inofensivo.

—¿Inofensivo? ¿Bromeaba, entonces?

—Oh, no. Es bien capaz de matarte; pero, si bebes con él, se convierte en un cachorrillo.

Continuaron la marcha orientados por la algarabía de los festejos.

—¿Y si llegase a matar a alguien? —insistió Maynard.

—Ya lo ha hecho.

—¿Y qué, entonces?

—¿Cómo, y qué?

—¿No se le castiga?

—Si el muerto fuese un niño, desde luego: sería una infamia. Pero, con personas mayores... es combate limpio.

—Imaginemos que cae por sorpresa sobre uno.

—Si el sorprendido no vale para lidiar con un borrachín que apenas se tiene en pie... ¿dónde está la pérdida?

La comunidad se había congregado en la explanada existente ante la choza de Nau. En el centro, colmado hasta los bordes entre desventradas cajas de licor, el caldero del ron hervía a fuego lento en una candelada de rescoldo. Hombres y mujeres ebrios aparecían tumbados por doquier. Antes de entrar en el claro en pos de Beth, Maynard tropezó con los cuerpos de dos que copulaban rezongantes, sudorosos.

Sentado en la arena, sin más prendas encima que un par de botas de goma, Jack el Murciélago, que tenía en el regazo a una ramera medio desnuda, lloraba copiosamente. Al pasar, Maynard le oyó decir:

—Pero, Lizzie, querida, ¡yo te he amado siempre! Eres el anhelo de mi corazón.

—Ea, ea, Jack —replicó ella dándole unas palmaditas en el cuello—. No puedo escaparme contigo. ¿A dónde quieres que fuésemos?

—Te construiré una cabaña en la otra punta de la isla —hipó el Murciélago—. ¡Hazme feliz! Dime que vendrás.

—Anda ya, anda, Jack. Echa otro trago, le damos otro palo a la burra, y te sentirás mejor.

Hizzoner estaba apoyado en el tocón de un árbol, mamando de una botella de brandy según enseñaba el catecismo a una puta dormida. No recibiendo más que ronquidos a las preguntas, formulaba para sí mismo eruditas respuestas.

—Sí, podrías convertirte en Magdalena —dijo reflexivo—, si bien nos enfrentamos entonces a un problema teológico: ¿basta con que dejes de cobrar por tus servicios, o debes dejar de prestarlos en absoluto? Si los ofreces de balde, ¿en qué te convierten? ¿En Magdalena o en la samaritana? ¿En una licenciosa, acaso? Habré de

consultar las Escrituras.

Lo que hizo, sin embargo, fue asesorarse con la botella antes de continuar su monólogo.

Sentado ante su choza, solo, Nau bebía ron en un cáliz de peltre. Aunque la seguía con la mirada, no ponía objeciones a la conducta de la comunidad, ni siquiera cuando se alzaban voces, se intercambiaban maldiciones o cundía el ruido de botellas rotas. Su mera presencia bastaba, a todas luces, para mantener un cierto orden.

—Ah, escribano —exclamó al ver a Maynard en compañía de Beth—. ¿Has venido a dar testimonio de la caída de Roma? Son raros los días que podemos celebrar como el de hoy. —Ahí, y reparando en que Maynard no estaba aherrojado, interpeló ásperamente a Beth—: ¿Dónde está la cadena?

Beth se inclinó y algo le dijo, al oído, que hizo sonreír a Nau, el cual asintió con la cabeza y, afable el tono, dijo a Maynard:

—Siéntate a mi lado, pues, y bebamos juntos.

Maynard asió a la mujer por el brazo.

—¿Qué le has dicho? —quiso saber.

—Nada... —Beth desvió la mirada—. Que eres de fiar.

Maynard tomó asiento. Nau llenó el cáliz y se lo entregó.

—De ser otros los tiempos —dijo—, tu compañía podría haber sido grata.

Según bebía, Maynard percibió a su espalda, procedente de la choza, el estallido de una bofetada, luego una risita contenida y, por último, un chillido agudo.

—¡Ah, pícaro! —sonó una voz.

Miró a Nau arqueando las cejas. L'Ollonois rió entre dientes y explicó:

—El doctor, que se divierte.

Le alcanzó entonces, petulante, la voz de Windsor:

—¡Eres un majadero redomado, y conmigo no te va a valer! —decía.

El estallido de otro palmetazo culminó en un suspiro.

Nau pareció, de pronto, sobresaltado por alguna anomalía: como si la muchedumbre hubiese traspuesto un límite invisible. Oyóse un berrido de ira, luego un bofetón al que siguió un grito de auténtico dolor.

—¡Quietos! —tronó Nau.

La turba se apaciguó. Basco Tom estaba de pie, su daga a punto de caer sobre una prostituta tendida en tierra.

—¡Basco! ¡Déjalo ya!

—La rajaré, L'Ollonois. No me lo impedirás.

—Cierto —respondió Nau en tono ecuánime—. No lo haré.

La multitud estaba expectante. Basco se dispuso a descargar el golpe.

—Pero, así la hayas herido, despídete de la mano que lo ha hecho. Yo mismo te la cortaré— y, puesto en pie, se sacó un cuchillo del cinto.

Basco se detuvo.

—Adelante —dijo Nau—, hiere. Será un golpe caro, pero tú eres un hombre que conoce el valor de las cosas. Si un golpe merece la pérdida de una mano, no hay que regatearlo.

—Me ha ofendido —objetó Basco.

Los músculos dorsales de Nau, advirtió Maynard, se aflojaron.

—Tiene que haber sido grave la ofensa.

—Lo es. —La adhesión de Nau estaba surtiendo efecto en Basco—. Le ofrecí una buena recompensa por verla desnuda, y se me niega.

También la prostituta debió de percibir que la tensión menguaba, pues, escupiendo en el suelo, exclamó:

—¡Un besoapestoso y un bote de guisantes! ¡Bonita recompensa!

—¡Es bastante! No tenía intención de tocarte.

—¡Yo soy una ramera, no un cuadro! ¡Ningún hombre se contenta sólo con mirar!

—¿Qué precio estimas justo? —indagó Nau dirigiéndose a la mujer.

Ella se puso en pie, se sacudió el polvo de las faldas y se dispuso a negociar:

—Bueno, puesto que mi negocio no es exhibirme, le ofrecí una fiesta en condiciones, a cambio, solamente...

—¡Solamente! —escarneció Basco.

La prostituta continuó, modosa:

—Sólo le pedí ese lindo medallón.

—¡Barato me iba a salir el vistazo!

—Yo te prometí más que un vistazo.

—¿De qué medallón habla? —intervino Nau, el tono súbitamente áspero.

La expresión de Basco se trocó en miedo.

—Nada... Nada. Ha sido un error.

—No es mucho pedir —insistió la ramera—. Un detallito...

—¿Qué medallón es ése? —repitió Nau al tiempo que extendía la mano.

Hizzoner, advirtió Maynard, había despertado de su delirio religioso y estaba en pie.

—Una chuchería —sonrió Basco torpemente—. Una baratija.

—Dámelo —ordenó Nau, la mano tendida todavía.

—¡Desde luego! —accedió Basco, que, al cruzar ante el caldero, hundió en él la copa.

La mano le temblaba cuando se llevó el recipiente a los labios. Luego, plantado ante Nau, hizo por sacarse del bolsillo el medallón, pero dejó incompleto el movimiento: Nau le había puesto el pedreñal en la frente.

—Déjalo —ordenó al tiempo que buscaba a Hizzoner con la mirada—. Hizzoner lo encontrará.

El aludido hundió la mano en el bolsillo de Basco, de donde extrajo una *derringer* de percusión, de cañón doble.

—¡Vaya! —exclamó Nau.

Basco estaba aterrado ahora.

—¡Juro que el medallón está ahí!

Sin duda. Y bien protegido, desde luego.

Hizzoner dio con la joya, que entregó a Nau. No era un medallón, sino una cruz ansada pendiente de una cadena, ambas de oro.

—¿Desde cuándo tienes esto?

—¡Hace años! Es un recuerdo.

Vueltos hacia la pistola, los ojos de Basco bizqueaban.

—¿Desde cuándo tienes esto? —repitió Nau.

—Te juro que...

—¿Desde cuándo tienes esto?

Lo había preguntado por tres veces, como si se ajustase a un ritual. A Basco, consciente de lo que estaba pasando, el sudor le corría a chorros por la cara. Maynard lo miró y se dió cuenta —analítica, positivamente y sin que el descubrimiento le causara sobresalto ni pesar— de que era hombre muerto. Odioso por sí mismo, su crimen, fuera cual fuese (hurto, supuso Maynard), se veía agravado por la mentira pronunciada no una, sino tres veces. Y tan hecho estaba ya al derramamiento de sangre, que Maynard sólo se preguntó cómo moriría, no si iba a morir. Y, reflexionó, alguna parte de su ser debía haberse atrofiado, pues ni siquiera le importaba ya su indiferencia ante esos actos.

El licor, L'Ollonois —se excusó Basco—. La batalla...

—Se lo robaste a la mujer —dijo Nau—. Por eso te mordió.

—Yo...

—Ha escamoteado —dictaminó Hizzoner.

—¡Una baratija!

—Tú y yo crecimos juntos, Basco —dijo Nau.

Y, sin más, apretó el gatillo.

La parte superior de la cabeza de Basco voló hecha astillas. Cayó a tierra convertido en una botella descorchada. Nau se guardó el pedreñal en el cinto y arrojó el joyel a la prostituta. Dos de los hombres retiraron del calvero el cadáver de Basco. Lenta, trabajosamente, como una locomotora que sale de una estación, la orgía recobró su impulso.

Nau, que había vuelto a llenar el cáliz, tomó un sorbo y se lo pasó a Maynard.

—¿Cómo lo narrarías tú, escribano?

Maynard se encogió de hombros.

—Como una muerte más. Ha pasado, en un instante, de una vida a otra. ¿No es

así cómo lo ves?

—Basco era amigo mío.

—¿Has sentido matarle?

Sé que le echaré en falta, pero era menester.

—El perdón no existe ni aun para los amigos.

—No. El perdón es debilidad. La debilidad crea una grieta, la grieta, un rasgón, y pronto se produce un motín. Mi gente no esperaba otra cosa de mí.

Maynard percibió unas pisadas a su espalda y, en seguida, la voz de Windsor dijo:

—He oído agudas notas de ira y rebato de muerte.

Estaba plantado en pie ante la choza y se ceñía los pantalones. Llevaba bajo el brazo, mediado su contenido, una botella de whisky y tenía acalorado el rostro y vidriosos los ojos. Detrás de él, acicalado y narciso, el bujarrón del taparrabos de cuero posaba junto a la puerta.

Basco ha ido a reunirse con los suyos —le informó Nau.

—¿Su ofensa? —indagó Windsor según se sentaba en la arena.

Contra el pacto.

—Ah —cabeceó Windsor—, gravísima. —Y bebió de la botella.

—Quizá no me hubiera enterado —explicó Nau con un punto de pesar en la voz —, a no ser por la reyerta pendencia que buscó con ésa— e indicó, con un ademán desdeñoso, a la prostituta que, libre de la blusa, se dedicaba a admirar lo bien que caía la cruz entre sus pechos.

—¿Y por un cardo así perdió la vida? —resopló el bujarrón—. ¡Jesús, qué mal gusto el suyo!

Calla, Nanny —le dijo Windsor.

Pero la ramera había oído, si no las palabras, sí el tono y la intención.

—Repite lo que has dicho, capón —le retó.

—¿La oyeron? —replicó el mocito—. Esconde esas mamas deplorables antes de que cavén otra tumba.

—Nanny... —le amonestó Windsor.

—Dime, eunuco —graznó la ramera—, ¿con qué te has rellenado hoy el taparrabos? ¿Con mangos?

Cundieron las risas, particularmente estruendosas entre las demás prostitutas, y el bujarrón se sonrojó.

—¡Vean, señoras, lo colorado que se pone! —volvió la puta a la carga—. Se las da de gallito, pero nunca pasará de capón.

—Apuesto a que hay huevos en ese taparrabos —voceó otra de las meretrices.

—Sí —intervino una tercera—, de los que él pone.

Excedido en número y en malignidad, el bujarrón perdió el tino, saltó por encima de Windsor y, con un grito de: «¡Mala perra!», irrumpió en el calvero, se abalanzó

sobre la mujerzuela y le dio un bofetón en la boca.

Rasgado un labio por los dientes, ella se llevó la mano a la boca, para limpiarse la sangre. Pronto a defenderse, el bujarrón no perdía la mano de vista. Eso le distrajo de la otra, que, cerrada en puño, un dedo enhiesto, fue a clavársele en el ombligo hasta encontrar el tope del espinazo. El bujarrón aulló, cayó de espaldas y se vio montado por la mujer, que le hundió las uñas en las depiladas axilas. Perneó entonces y, como le propinara un rodillazo en la sien, su agresora rodó a un lado, momento que aprovechó él para echársele encima y atacarle a dentelladas en los pechos.

La multitud prorrumpió en risas y vítores. Las prostitutas tenían partido tomado, pero el resto de la concurrencia era imparcial. Cada golpe certero, cada desgarrón era objeto de iguales aplausos. La puta perdió un pezón, y el mocito el lóbulo de una oreja, bajo ecuanimes estallidos de aprobación.

—¿Preocupado, doctor? —indagó Nau—. Tu narciso está perdiendo sus pétalos.

—Es todo nervio —replicó Windsor—. No tiene ni para empezar, con ella. —Y, sacándose del bolsillo una caja de municiones, la depositó en la arena, frente a Nau.

Una apuesta.

Maynard reconoció la caja: era la que había escondido en el buró de su habitación del Chainplates, en un cajón.

Nau buscó en un saquito de piel que llevaba colgado al cuello y extrajo un pendiente de zafiros, que depositó en tierra, junto a la caja de municiones.

Advirtiendo la desconcertada expresión de Maynard, Windsor explicó:

—Hay que preservar ciertas cosas, o, de lo contrario, no habría juegos. El tiempo acaba con todo.

El bujarrón y prostituta habían llegado a inmovilizarse uno a otro. Piernas y manos trabadas, lanzaban dentelladas al aire.

—¿Empate? —consultó Hizzoner.

—No! —sonó una voz entre la multitud.

—Separadlos, entonces.

Uno de los hombres ganó trastabillando el centro del calvero y largó un puntapié hacia la cabeza del bujarrón. Cuando, por evitar el golpe, se le escapó una de las manos de la ramera, le hincó ella las uñas en la cara. Se escapó, sin embargo, rodando sobre sí mismo, pero ella le saltó encima. Un puñetazo en el pecho le desembarazó de la mujer.

—¿Cuánto tiempo lleva metido en esto? —preguntó Maynard a Windsor según ambos contemplaban los sudorosos, ensangrentados cuerpos trabados en combate sobre la arena.

Windsor mantenía los ojos fijos en la pelea.

—Treinta años —dijo—. La barca se me fue a pique y gané a nado esta playa.

—¿Y le dejaron con vida?

—No llegaron a atraparme. Yo los vi primero. A punto de solicitar su ayuda, algo, intuición mía, aura de ellos, posiblemente mis conocimientos antropológicos, me hizo ver que no se distinguían por su hospitalidad. De manera que marché a nado.

—¿A nado?

—Flotando. Maté un cerdo, le obturé boca y ano y me serví de él a modo de boya. Viajé así, a la deriva, durante dos días, hasta que los tiburones dieron cuenta del puerco. Luego nadé otro día. Una barca pesquera me rescató.

—Pero, llegado a tierra, ¿cómo se explica que no enviasen fuerzas hacía aquí?

—Guardé el secreto: no dije una palabra.

—¿Cómo?

Los combatientes luchaban ahora en pie. La sangre corría libremente: de los mordiscos que la ramera había recibido en los pechos y de los arañazos que le surcaban espalda y pecho al bujarrón. Con un chillido, la prostituta cerró contra su oponente, pero él la agarró del pelo y frenó el ataque. Al retirar la mano tenía un jirón de cuero cabelludo entre los dedos.

—¡Un doloroso puñado, Nanny! —voceó Windsor—. ¡Así se lucha!

Acuclillada, la puta acometió de nuevo. Sus uñas hicieron presa en el taparrabos, que arrancó. Dos limones cayeron al suelo. La turba prorrumpió en silbos y risotadas. Enfurecido, el bujarrón se precipitó con saña sobre la mujer, que salvó el ataque con un ligero paso, como de danza, al tiempo que señalaba, burlesca, los genitales de su enemigo, pequeños y rasurados.

—Está listo —dictaminó Nau.

—Nada de eso, amigo —replicó Windsor—. Observa.

Salvando siempre la distancia que le separaba de la ramera, el bujarrón se insertó cuidadosamente los testículos en el interior de la ingle y se aprisionó el pene entre las piernas.

Nau quedó pasmado.

—¡Ni rastro! —exclamó.

—¡Aquiles esconde su talón! —rió Windsor.

La ramera zarandeo al bujarrón en busca de su punto débil. Tras un nuevo trago a la botella, Windsor reemprendió su relato:

—Me fascinaron. Eran, una de dos, o una pintoresca secta religiosa, en cuyo caso tenían derecho a disfrutar de su aislamiento, o bien —y tanto no me atrevía ni a soñarlo— eran... en fin, lo que son. Imaginé lo que ocurriría si informaba a las autoridades. En una semana hubieran dejado de existir. Nuestra civilización habría solventado el asunto extinguiéndolos, solución a la que cooperarían ellos con una lucha sin cuartel. Algunos, claro está, habrían sobrevivido, los niños para ser reprogramados. Ahora serían agentes de la propiedad o corredores de comercio, libres de ser idénticos a sus conciudadanos, de preocuparse por los plazos del coche y la

piorrea.

—¿Cómo estableció contacto con ellos?

—A fuerza de cautela —sonrió Windsor—. Me serví, en mi acercamiento, de los mismos medios que hubiese empleado con los tasaday, los jíbaros o cualquier otra sociedad anacrónica. Desde mar adentro, confiándolos a la marea, les enviaba presentes: ron, pólvora y —esto fue ingenuidad por mi parte; pero ¿cómo iba yo a saberlo?— abalorios y bisutería. Siempre acompañaba mensajes de amistad en los que aseguraba que nadie más que yo sabía de su existencia. Cuando por fin accedieron a un contacto —Windsor volvió a sonreír—, L'Ollonois me confesó que por espacio de un año les había tenido al borde de la locura: no sólo no podían atraparme, sino que ni siquiera me veían. Si accedieron por último a hablar conmigo, cosa que ocurrió en alta mar, de una a otra embarcación, ambas armadas, fue porque temían que, desalentado, acabara por denunciarles.

Una oleada de indignación le inundó a Maynard el pecho. Era una emoción viva que acogió con contento.

—¿Se da cuenta de la cantidad de vidas que su pequeño experimento, su capricho, ha...?

—¡Pamplinas! —le atajó Windsor, indiferente a la repulsa—. Cuando no quede de nuestra civilización ni aun el recuerdo, esta gente existirá todavía. Todo en nosotros se reduce al más simple, básico e incontrovertible impulso: la supervivencia. Moral, política, filosofía apuntan, todas, a ese mismo fin. Que es el único digno de perseguir.

—Sobrevivir... ¿para hacer qué?

—Sobrevivir para sobrevivir. No olvide usted, Mencken, que el hombre es, en análisis último, un animal. La civilización es vestimenta. Esta gente está desnuda y es fiel a su naturaleza.

Su atención, hasta ahí puesta en Maynard, se centró súbitamente, atraída por un angustiado aullido del bujarrón, en la pelea. Tendido en tierra, ovillado, el mocito se asía con ambas manos la ensangrentada entrepierna. Acuclillada sobre él, la prostituta le hincó las uñas en la carne próxima a la faringe. El vencido miró a Windsor y alzó hacia él una mano implorante.

—¿Qué dices, doctor? —habló Nau—. Su vida es tuya. Windsor contempló con una mueca de desagrado a la maltrecha víctima.

—Ya no vale nada —dijo meneando la cabeza antes de volverle la espalda.

El alarido del bujarrón fue estrangulado por las garras de la ramera. Maynard sintió un aflujo de bilis a la garganta. Cubierta de cortes y hematomas, pero triunfal, la mujer dio vuelta al calvero volteando por encima de la cabeza el taparrabos de piel y correspondiendo con amplias sonrisas a los aplausos de la multitud. El cuerpo del bujarrón fue retirado a rastras. Mientras contemplaba la operación, Maynard

comentó:

—Una fiesta cara.

—¿Cara? ¿Por dos vidas? —repuso Nau—. No: muchas batallas cuestan más. No habiendo visto partir a Beth, su reaparición, cuando, surgida de la oscuridad, se dirigió con medido paso al centro de la explanada, no pudo menos de sorprender a Maynard. Mudadas sus ropas por una inmaculada túnica de blanco hilo, relucientes de unguento cabellos y piel, su aspecto era de virginal recato. Se detuvo, silenciosa, junto al caldero del ron, las manos cruzadas ante sí, la vista baja.

—¡Quietos! —voceó Nau—. ¡Silencio!

La puta se sentó en tierra y cesó el bullicio.

—Goody Sansdents tiene algo que decir.

Beth alzó la mirada y replicó:

He dejado de ser Goody Sansdents. Llevo un Maynard en mis entrañas.

Un admirado vocerío cundió entre la muchedumbre.

—Has cumplido con tu trabajo —felicité Nau a Maynard.

Maynard se llevó la mano a la escoriada piel del cuello. Comprendía, de pronto, por qué la tristeza de Beth, la ternura de sus caricias, el hecho de que Nau hubiese aceptado la desaparición de la cadena, el de que se hiciese, repentinamente, «digno de confianza».

Hizzoner le dio unas palmaditas en el hombro y dijo:

El viaje ha terminado, muchacho. Repósate, come, bebe, huélgate. —Y, rutinario, añadió—: Lucas, capítulo 12, versículo 19.

Aprovechando la coyuntura, Windsor agregó:

—Necio, esta noche te será pedida tu alma. Lucas, 12:20.

—Dios está en el cielo —respondió Hizzoner al otro—, y tú sobre la tierra: por tanto, sean pocas tus palabras. Eclesiastés, 5:2.

—¿Cuándo? —indagó Maynard con voz apagada.

—Mañana —dijo Nau.

—El día del Señor —observó Hizzoner con una aprobatoria cabezada—. Buen momento, pues es el de su descanso y podrá atender a tu bienvenida.

—¿Cómo se hará?

—De manera rápida —respondió Nau—. La que tú elijas, ya que es un acto de cirugía, no de represalia. Más, por de pronto —y le alcanzó el cáliz—, no pienses sino en los festejos.

Maynard se humedeció los labios, pero no quiso beber. Estampas de complejas, imposibles escapadas cruzaron veloces su mente, y, aun sabiendo, de manera positiva, que no había esperanza, se negaba a iniciar su rendición con el estupor de la ebriedad, cuya culminación sería la muerte. Por otra parte era posible que sus opresores estuviesen en lo cierto: que la muerte fuera una aventura, la mayor de todas. ¿Qué

sentido tendría, entonces, asistir a ella anonadado?

Colmado nuevamente y recalentado el caldero del ron, las libaciones recomenzaron con fervorosa actividad, como si al primero en alcanzar la inconsciencia le aguardase un premio excelso.

Hizzoner descorchó otra botella de brandy y, con ella en mano, regresó al tocón del árbol, dio palmadas a su compañera hasta despertarla y se embarcó en un nuevo periplo de instrucción religiosa.

Tendido de espaldas en la arena, Windsor succionaba whisky contemplando las estrellas.

Beth, que había llenado de ron un recipiente de barro, permanecía sentada en tierra y de vez en cuando se frotaba el abdomen y sonreía. Reacia, tal vez, a empañar sus gozosos planes para el porvenir con la idea de que Maynard, que lo había hecho posible, no tenía porvenir propio, evitaba mirarle.

Nau, que bebía con menos prisa que los demás, escudriñaba, con breves intervalos, las tinieblas.

—¿Esperando a alguien? —indagó Maynard.

—Así es. El colofón de una jornada de ventura.

Un instante más tarde, y como oyeran pasos, se volvieron. Los dos muchachos habían aparecido en el calvero. Manuel, que iba delante, llevaba camisa y pantalones blancos e inmaculados, y, en torno al cuello, una cadena de oro de la que pendía una moneda del mismo metal. Justin, que marchaba a su zaga, iba vestido como un delfín: jubón de terciopelo color de espliego, calzones blancos, de raso, medias de seda y zapatos de negro cuero, con hebillas de plata. Llevaba, al cinto, una daga con empuñadura de marfil y, en cada dedo, una sortija montada de esmeraldas. A no ser por el desmentido de la pistolera suspendida bajo el brazo derecho, hubiera pasado por una figura de época. Tenía los cabellos peinados hacia atrás, y en la nuca, prendida por un alfiler, una coleta con lazo. Su porte era de regia soberbia: alta la cabeza, a nadie miró, según penetraba en la explanada, más que a Nau.

—¡Escuchen! —alzó la voz L'Ollonois.

Acallados los escasos parloteos que subsistían, imperó el silencio, quebrado, tan sólo, por suaves ronquidos y, más lejos, por el ruido que alguno producía con sus arcadas.

—Yo tenía un hijo —comenzó Nau—, pero murió.

Estaba más borracho de lo que Maynard había imaginado. Parecía pesarle la cabeza, y cuando quiera que se le iba a un lado, tenía que avanzar medio paso, para compensar el desequilibrio.

—Hubiera hecho de este mi segundo hijo —prosiguió al tiempo que descargaba una mano en el hombro de Manuel—, pero lleva en las venas sangre portuguesa, y negra, y todo un revoltijo de otras, de manera que, si ha de hacerse con el mando, será

porque lo conquiste. Por eso nombro a este otro —dejó caer la otra mano en el hombro de Justin— hijo mío, para que conlleve las cargas, los beneficios, y... —había olvidado lo que deseaba agregar— ... y todo lo demás. Pienso, sin embargo, en el día en que este Manuel y este TueBarbe —se afianzó en ellos, porque se tambaleaba— se enfrenten por el poder. ¿Quién ganará? Que lo haga el mejor, como es justo, pues los fuertes deben prevalecer.

Desde su retiro del tocón, y aunque no invitado a ello, Hizzoner sentenció:

—Una generación pasa y otra generación la sustituye, mas la tierra permanece perpetuamente.

—Bien dicho —aprobó Nau, que, extrayendo de la bolsa de cuero una cadena de oro de la cual colgaba un doblón de mayor tamaño que el que Manuel lucía, se la puso a Justin alrededor del cuello.

Justin sonrió apenas, con condescendencia, componiendo, casi, una mueca de nobleza obliga.

«Mocoso insoportable», dijo Maynard para sus adentros. Y le costó un esfuerzo contenerse y no saltar para, como último acto en el mundo de los vivos, largarle a su hijo un puñetazo en la boca.

—Ha llegado, pues, la hora —continuó L'ollonois según tomaba a Justin de la mano— de convertirte en un hombre.

Y, conduciéndole entre los cuerpos de los que dormitaban, se paró aquí a examinar un rostro, allá a palpar un muslo.

—Esta —dijo finalmente a la par que despertaba, usando la puntera como acicate, a una de las prostitutas—. Arriba, amiga. Tienes que hacer.

La ramera se revolvió y tosió.

—Llévate a este mozo e instrúyete en el uso de su aparejo. Refunfuñando entre rezongos y escupitajos, la mujer se puso en pie, no sin esfuerzo.

—Estaría más fogosa tras una noche de sueño —objetó.

—Y yo te mando que estés fogosa ahora.

La puta tomó a Justin de la mano.

—Andando, mocito.

—Mejor te valdrá que cuando le vuelva a ver no sea ya mocito. —Se encaró Nau a Manuel—. Ve con ellos. Esa pazpuerca es capaz de dormirse sin haber cumplido con su deber.

Cuando sus miradas se encontraron, al cruzarse, Maynard descubrió en la de Manuel el propósito de que Justin no llegase a la edad de regir.

Uno tras otro, les había ido ganando el sueño. La primera fue Beth, que sucumbió apurando las últimas gotas de su cántaro de barro. La siguió Windsor, de cuya mano escapó la botella y, ladeada, se le vació en el pecho. Hizzoner dijo algo a propósito

del Reino de los Cielos, que se sumía en ronquidos. Nau, que tratara de ganar reptando el refugio de su choza, se había desplomado a mitad de camino y las piernas le asomaban por la puerta.

Sentado donde estaba, Maynard aguzó el oído, pero no percibió ruido alguno que indicase vigilia.

Estaba solo y libre. Podía abandonar el calvero, dirigirse a la ensenada, procurarse una barca y partir. No. Habría guardia junto a las pinazas. En tal caso, podía construirse una boya y alejarse flotando. Pero la idea no le acababa de satisfacer: demasiado sencillo. Quizá era eso lo que pretendían: que intentase la huida a flote; o, a lo mejor, movidos por una perversa solicitud, consideraban un favor permitirle derivar así hasta que se ahogase. Ellos mismos habían dicho que podía elegir su propia muerte. No. No podían correr el riesgo de que sobreviviese, cosa posible, puesto que Windsor lo había conseguido.

No: la razón era otra. Quizá supiesen que no marcharía sin Justin. Pero ¿quién iba a impedirle que se llevara al chico? La prostituta, no. ¿Manuel? Tal vez; pero no sería difícil caer por sorpresa sobre él, silenciarlo rápidamente. ¿O le creían incapaz de matar a Manuel? ¿Pensaban que se lo prohibiría su ética «mundanal»? Ojalá así lo creyeran, pues le procuraría placer demostrarles lo bien que lo habían corrompido.

Buscaría a Justin y bajarían a la ensenada. Si era posible matar al guardián y apoderarse de una pinaza, lo haría; de no ser factible, se dirigían al otro extremo de la isla, construirían —como y con lo que fuese— una balsa y se alejarían a favor de la corriente. En ese momento deseó ser capaz de determinar la hora por las estrellas, pues le hubiera gustado saber de cuánto tiempo disponía hasta que, con el amanecer, se descubriese la huida y comenzara la persecución.

Se deslizó hasta el borde del calvero, donde los pantalones de Jack el Murciélago pendían de un arbusto. Había un cuchillo en una funda cosida al cinto. Lo tomó.

Bien distanciado ya del calvero, y según caminaba silenciosamente, cuidando de no tronchar ramas secas a su paso, en presunta dirección al pabellón de las prostitutas, se detuvo para cortar un trozo de liana que le sirviese de garrote, supuesto que no consiguiera reducir a Manuel por otros medios, o de ataduras con que inmovilizar fuese al propio Manuel, fuese al guardián de las pinazas.

Al contornear un recodo del camino divisó el alojamiento de las rameras. Se detuvo y, contenido el aliento, escudriñó la oscuridad en busca de Manuel. La explanada estaba vacía y el pabellón, sin luces y en silencio.

Atravesó corriendo la arena hasta alcanzar el aposento más próximo, a cuya puerta, se paró, a la escucha. Estaba vacío, al igual que el segundo y el tercero. Mientras se deslizaba junto a la pared de la cuarta casilla, percibió una respiración profunda y, en seguida, la voz de Justin, que, enojada, decía:

—¡Vaya! Y ahora ¿qué?

Le respondió un ronquido.

Tras el doble chasquido procedente de la carga de una pistola automática, de nuevo la voz de Justin, ahora amenazante:

—¡Despierta, maldita sea! ¡Te voy a saltar la tapa de los sesos!

El tono de su voz, glacial, determinado, causó a Maynard una sacudida. No debía, sin embargo, detenerse en contemplaciones: la explosión de un disparo en plena noche era un lujo que no podía permitirse. Apartando la cortina que cubría la puerta, se arrojó al interior de la cabaña, las manos extendidas para apresar la de Justin.

Según caía sobre él y lo derramaba, sus ojos registraron una difusa instantánea: el desnudo trasero de su hijo alojado entre los muslos carnosos de la ramera, que roncaba soporosa.

—¿Qué? —exclamó Justin—. ¿Quién...?

Maynard se llevó un dedo a los labios.

—¡Chitón! Soy yo.

—¿Qué haces aquí? —le interpeló la voz.

Maynard adivinó confusión en su tono, pero también rabia.

La prostituta se agitó.

—¡Silencio! Salgamos de aquí.

—¿Que salgamos? Si te has creído...

Una figura humana había surgido ante la puerta sumiendo la choza en la mayor oscuridad. Maynard se vio derribado hacia atrás. La liana le fue arrancada de la mano. Oyó que Justin intentaba gritar y, luego, su voz sofocada y el ruido de su cuerpo al desplomarse en tierra.

Jadeante, arrodillado junto a Justin, Manuel le retiró la liana de en torno al cuello.

—¿Qué te...?

—Cárguelo y sígame —le ordenó Manuel.

—¿No le pasará nada?

Dormirá un rato, pero no mucho.

—Estaba asustado.

—Iba a gritar.

—Asustado y confundido...

Habiendo localizado el ropón de la prostituta, Manuel rasgó el dobladillo y amordazó con él a Justin.

—Eso no es necesario —intervino Maynard—. Lo que le ocurre es que...

—Crea usted lo que prefiera, pero yo no voy a correr ese riesgo. Cárguelo.

Maynard obedeció. Inanimado, el cuerpo de Justin no resultaba más manejable que un saco de naranjas, pero sí lo bastante ligero como para transportarlo sin dificultad sobre el hombro.

—Andando, amiguito —musitó Maynard—. Papá te va a llevar a casa.

Siguió a Manuel por los oscuros senderos confiado en su guía: en primer lugar, porque no tenía otra opción; pero, también, porque los móviles del mestizo eran tan evidentes como egoístas y, por tanto, dignos de crédito: ambición pura en la que ningún elemento extraño intervenía. Cuanto antes y más sencillamente pudiese librarse de competencia, más fácil sería su acceso al puesto de L'Ollonois.

Llegado a la playa, Manuel se dirigió a paso vivo, y sin un instante de vacilación, hacia las pinazas. Por señas indicó a Maynard que tendiese a Justin en la más cercana. Justin tenía cerrados los ojos, acompasada la respiración.

—¿No hay guardia? —susurró Maynard.

Manuel señaló un bulto oscuro que yacía desparramado en la arena.

—¿Lo has matado?

—Usted lo hizo —respondió Manuel—. Si algo sale mal, todo habrá sido cosa suya: la muerte del guardia, la desaparición del chico y el golpe que me aturdió a mí. Me encontrarán en el pabellón de las putas quejándome de espantosos dolores en la cabeza.

—Un arreglo razonable.

Apojado ya en la pinaza con ánimo de empujarla al agua, advirtió que, si bien la vela estaba aparejada y plegada, no había remos en la embarcación.

—Necesitaré remos. Salir de la ensenada me va a llevar lo que queda de noche.

—Allí —señaló Manuel y cruzó la playa a la carrera hacia el lugar en que la palamenta había sido agrupada en forma de tienda india.

Maynard dejó la pinaza a fin de reunirse con Manuel a mitad de camino. Un instante más tarde, Justin, que se había levantado de un salto, corría hacia la maleza. El ruido de las pisadas hizo que Maynard se volviese; la sorpresa le forzó a gritar:

—¡Justin!

Corrió en su pos angustiado, con todo el alma; pero, tras unas zancadas, se detuvo. Arrancándose la mordaza, que arrojó lejos, TueBarbe rompió a gritar:

—¡Alarma! ¡Alarma! ¡Alarma! ¡Alarma!

Las voces retumbaron por todo el abra.

Manuel, conforme a lo prometido, corrió a guarecerse. Según se cruzaba con Maynard, se detuvo lo suficiente para decir:

—¡Imbécil!

—Estaba seguro de que... —su desazón no tenía palabras.

—Marche por su cuenta.

Maynard le miró, pero nada dijo.

—O, si se queda, coja ese cuchillo y cláveselo en el vientre. Nada de lo que se haga usted mismo le dolerá tanto como lo que le espera con nosotros.

Siguió a Manuel con la mirada hasta que se perdió en la oscuridad. Luego, inseguro y confuso, pero súbitamente inquieto por su vida, recogió el par de remos,

los arrojó al interior de la pinaza y echo ésta al agua.

Mientras contorneaba el primer recodo del abra, protegido ya por el espigón, le llegaron lejanos ecos de vocerío. Agarrado a los remos, bogó con denuedo. Al salir de la ensenada divisó el haz luminoso de una linterna que, flotante por encima de su cabeza, registraba la escollera. Tras otros cincuenta metros de boga, hacia el norte, rodeó otro saliente poniendo una segunda barrera entre sí y el acoso de las linternas. Las voces eran ahora más audibles y claras: la partida había alcanzado la ensenada.

Enarboló la vela. Un viento frescachón, del sur, le impelía rumbo al nordeste, hacia aguas profundas. La ligera pinaza cortaba rauda la superficie. Las pequeñas olas batían contra las tablas de la proa. Sí la brisa no caía, quizá conservase la delantera.

Ciñó la vela, para bolinear. Según la barca daba de quilla, el choque de las olas en la proa se hizo más seco, más rápido. Hasta que, de pronto, pareció que la proa se estabilizaba en el agua. La pinaza no avanzaba ya con el mismo brío ni era tan imperioso el cabrilleo: las olas chocaban ahora con un sonido torpe, blando. Un gorgoteo se hizo audible al frente, en la oscuridad.

Maynard soltó el escotín y utilizó su cabo para amarrar la caña del timón. Apenas hubo avanzado un poco, de rodillas, se dio cuenta de que la barca hacía agua. Buscó a tientas la brecha. Si era pequeña, podría cegarla, achicar y proseguir. Pero, no bien hubo sondeado con un dedo bajo el banco de proa, notó un borbotón. Las tablas de la proa se habían separado. Todas. Retiró la mano. Tenía viscosos los dedos. Se los llevó a la nariz. Melaza.

Manuel no había dejado ningún cabo suelto: destruido el calafateado y sustituido por melaza, aunque Justin no hubiera huido y dado la alarma, aunque él y Maynard hubieran conseguido escapar sin persecución, la pinaza no tenía más remedio que hundirse mientras viento y marea les empujaban hacia alta mar.

Maynard volvió la vista hacia la isla. En la oscuridad de la noche sin luna no alcanzó a distinguir más que una delgada faja de playa. Se zambulló y nadó hacia la costa.

Michael Florio estaba en el puente del *New Hope*, el cúter de la Guardia Costera, con una taza de café en la mano y la vista distraída por el tropel de chiquillos que se habían congregado en el muelle de la Isla del Sur, en las Caicos, y desde primera hora admiraban aquella máquina de guerra arribada en el curso de la noche.

Estaba cansado y molesto. Cansado, porque apenas había pegado ojo desde que salieron de Florida cuarenta y ocho horas atrás; y molesto, por su convicción de estar perdiendo el tiempo miserablemente.

No había motivo alguno para pensar que Brendan Trask no estuviese sano y salvo. El hecho de que en varios días no se hubiesen recibido noticias suyas no justificaba tanta alarma: no sólo era el suyo un potente yate, bien equipado y tripulado, sino que el dueño había hecho saber —públicamente— que no tenía la menor intención de establecer contacto con nadie. Ciertamente que no había señalado itinerario alguno a las autoridades de Marina; pero era ése un requisito de ordinario más desatendido que observado.

Las condiciones climatológicas habían sido de bonanza: ninguna tempestad —ni aun las ya rutinarias y breves galernas, violentas sin embargo, que producía la zona— capaz de dificultar o impedir una llamada de socorro. Y, aún en el supuesto de que el yate hubiese zozobrado, a esas alturas, y provisto, como iba, de una chalupa, la Boston Whaler que remolcaba y, por ende, cuatro lanchas neumáticas autohinchables, ya hubieran sabido del siniestro, teniendo en cuenta, además, que todo el equipo de salvamento estaba dotado de aparatos de transmisión capaces de alcanzar cualquier nave o aeroplano que patrullase los alrededores.

Lo que ocurría era que el mundo rehusaba admitir la voluntad de retiro expresada por Trask. Si sus declaraciones televisadas habían sido dignas de todo crédito, cuando hacía público su deseo de no aparecer más en la televisión, la gente buscaba un motivo plausible: no podía tolerar que se escapase sin una explicación, o, cuando menos, sin el testimonio de observadores que asistiesen al ocaso de su carrera y dieran cuenta de la sabiduría de sus palabras. Era, en cierto modo, como si público y medios de comunicación le guardasen rencor, como si consideraran que, habiendo sido ellos sus creadores, ellos debían determinar el momento de su desaparición del mundo de los astros.

De manera que, tras varios días de silencio, sin noticia ni vislumbre alguno del Hombre Más Acreditado de América, el público, ávido de melodrama, sediento de intrigas, exigía pruebas de la bienandanza de su ídolo. Agoreros rumores habían alterado la opinión que su viaje mereciera: inicial escapada de placer, pasaba ahora por haber acabado en desastre.

Exigen desmentidos, pensó Florio. Titulares que digan: «Trask sin Novedad».

Sería tanto como decirles: «Ningún Accidente Aéreo en el Día de Hoy» o «Tampoco Hoy ha sido Atracada Tiffany's».

Una persona no identificada, de la Today Publications, había establecido contacto telefónico con dos diputados, por el hecho de que un corresponsal de la revista, que había sobrevolado un yate en alta mar, no tenía la completa certeza de que no fuese el de Trask. Los diputados se habían puesto al habla con una autoridad del Pentágono. Posteriormente, un personaje de la emisora de Trask, todavía aferrada a la esperanza de negociar su regreso, recurrió al Secretario de Defensa.

Alertado a las 2:30 de la madrugada por un amigo, Florio se había comunicado de inmediato con su comandante en jefe, para ofrecerse a capitanear la búsqueda. Tras argumentar que era el único oficial dotado a un tiempo de experiencia marinera y de información actualizada en lo referente a la desaparición de yates, la petición había sido aprobada. Ahora, sin embargo, y tras dos días de infructuosa, descabellada busca, sólo sentía deseos de mudarse y dormir.

El capitán del *New Hope*, un joven teniente de navío, apellidado Mould, subió al puente y, situándose junto a Florio, inhaló profundas, terapéuticas bocanadas de fresco aire matutino.

—Tiene usted un aspecto horrible— observó Florio. Mould cabeceó afirmativamente.

—El condenado tipo del sonido, Dios lo confunda, ha vuelto a soltar la vomitona. ¡Y eso, en puerto! ¡Santo Dios! Esta vez se ha desplomado encima.

Moviendo palillos la emisora había conseguido situar en la misión de rescate un equipo de técnicos que permitiese obtener un testimonio televisado de la épica búsqueda del desaparecido navegante. El corresponsal, Dave Kempe, era un tipo de Nueva York que se desenvolvía bien a bordo; pero arcanas normas sindicales habían exigido que el equipo propiamente dicho —cámara, ingeniero de sonido e ingeniero de luminotecnia —fuesen reclutados en Atlanta. Ninguno de los beneficiarios había visto el mar en su vida. La afición predilecta del cámara era el montañismo; el luminotécnico era apicultor, y el ingeniero de sonido profesaba la hipocondría. Afecto, según propia confesión, de ciática, juanetes, gases gástricos, angina de pecho, sinusitis, seborrea y lo que él llamaba «nervios». Si bien resultaba imposible determinar cuáles de estas dolencias eran imaginarias, lo evidente era que nada más dejar Florida había añadido a su catálogo de achaques un mareo tan crónico como eruptivo. Y, como si en su subconsciente buscase forzar a los demás a compartir sus angustias, no salía de la cámara ni aun para vomitar.

—Y no me acepta una pastilla— comentó Mould— porque dice que podría causar una reacción de sus demás medicamentos.

—¿Por qué no lo evacua por vía aérea?

El tipo que trae el agua probablemente podría conseguirle plaza en un avión.

—También a eso se niega. Dice que no quiere perder sus horas extras.

Florio meneó la cabeza.

—Acabará buscándose alguna lesión interna, el desgraciado —dijo.

A proa dos marineros iniciaban sus tareas matutinas baldeando la cubierta. Otro había quitado la funda de lona que protegía la ametralladora calibre 50 instalada junto al puente y, provisto de un trapo, se dedicaba a engrasarla. Florio contempló el arma.

—¿Cuándo la usaron por última vez? —indagó.

Mould vaciló antes de responder:

—En todo caso, no desde que estoy al mando del navío.

—No diga majaderías, teniente —sonrió Florio—. Los peces voladores ofrecen un blanco demasiado tentador.

El hombre que engrasaba la ametralladora esbozó una amplia sonrisa. Mould se puso colorado.

—Bueno...

Un decrepito camión cisterna no exento de fugas entró en el muelle y se detuvo. Tras apearse, su conductor entregó una manguera a uno de los tripulantes. Del mismo camión, por la puerta contraria, emergió un policía portador de una tablilla con pinza sujetapapeles. Tenía los ojos cargados de sueño, el uniforme lleno de arrugas y no demasiadas ganas de amenizar su visita. Ojeado que hubo la tablilla, y tras aclararse la garganta, dijo vuelto hacia el punte:

—¿Objeto de la escala?

—Agua —respondió Mould—. ¿Tienen alguna noticia de...?

—¿Armas?

—¿Cómo dice?

—Que si llevan armas.

Mould intercambio una mirada con el hombre que engrasaba la ametralladora.

—Humm, bueno, verá...

—Cualquier arma debe ser entregada, en depósito, al jefe superior de policía.

—Nos vamos dentro de diez minutos.

—Puedo ordenar un registro.

—¿De veras?

—¿Armas?

Mould consultó a Florio con la mirada.

—No —dijo.

—Muy bien. ¿Narcóticos o medicinas que exijan receta?

—¿Cuántas preguntas le quedan?

—Veinte, en total. Puedo ordenar la incautación del navío.

Mould susurró a Florio:

—Creo que voy a mandarlo al carajo.

—Yo no lo haría —respondió Florio—. Cualquiera día, sabe Dios cómo, la noticia llegará a Washington y algún enemigo que ni siquiera imagina usted tener se aprovechará para hacerle la puñeta. —Sonó un avisador—. Yo atiendo. Encárguese usted de nuestro amigo.

Florio se encaminó a la parte delantera del puente, pulsó el botón de un interfono y dijo:

—Puente.

—Un despacho de Miami —sonó la voz del radiotelegrafista—. Trask acaba de fondear en Annapolis.

—¿En Annapolis?

—Se le quedó seco el generador. En las Bahamas le dijeron que la reparación llevaría un mes. Pensó que entretanto le daba tiempo de llegarse a casa y volver.

—De acuerdo. Gracias.

Florio rompió a reír.

Concluido el abastecimiento de agua y pagado su importe, el barco se dispuso a zarpar. Antes, Florio preguntó al policía:

—¿No habrá visto por aquí a un americano, un tipo delgaducho que viajaba con un chico?

—Pasa mucha gente por aquí. ¿Iban en un yate?

—No. Llegaron en un avión que se estrelló.

—Seguro que marcharon hace tiempo.

Mould, que estaba consultando la carta de Caicos y las Turcos, se dirigió al polizante:

—¿De veras no puedo seguir hacia el norte sin pasar por el sur?

—¿Qué calado tiene?

—Nueve pies.

El agente no pudo contener una risita.

—Amigo, con nueve pies de calado se mete usted en esos bajíos y se queda allí hasta el día del juicio. No hay allí más de seis pies ni con las mareas más altas, y ni un alma que venga a echarle una mano.

El *New Hope* desatracoó y, rumbo al sur, empezó a costear los bajíos de las Caicos.

—Cuando me retire —dijo Florio— me buscaré un yate y vendré a pasar aquí los veranos, a la busca de pecios. Se supone que esto está atestado de galeones españoles.

—¿Eso hizo su amigo?

—¿Qué amigo?

—El que mencionó antes, el que viajaba con el chico.

—No, ése vino en busca de un artículo para el *Today* y ¡paf!: desapareció.

—¿Y era del *Today*? Pues ¡buen viento! Fue uno de esos cabrones quien nos metió en esta expedición de capullos.

Maynard estaba en lo alto del promontorio que dominaba el abra, que había escalado en la oscuridad para enterrarse parcialmente, cuando despuntaba el sol en el horizonte, sirviéndose de barro seco y malezas. Aunque acercarse tanto a la comunidad pudiera ser temerario, había llegado a la conclusión de que buscar otro escondite hubiese sido suicida: alejado de sus perseguidores y, por tanto, sin noticias respecto a cuándo, cómo y dónde pensaban iniciar la búsqueda, su captura sería inevitable. Tenía, pues, que estar cerca, donde pudiese oír y ver, anticipar acontecimientos y escapar activamente en tanto hallaba la manera de reducir a Justin, robar una barca (esta vez sin la ayuda de Manuel), huir con delantera suficiente como para burlar el seguimiento y... Las requisitos eran innumerables, e inexistentes las soluciones; pero tenía la confianza de que, con tiempo, conseguiría forjar un plan.

Por lo que al tiempo se refería, contaba, como suprema esperanza, conque le hubiesen dado por muerto.

Sin viento, el ataque de los mosquitos, virulento desde el amanecer, se hacía feroz conforme el calor aumentaba. Arrancó Maynard unas cuantas bayas de un arbusto cercano y, machacadas, se frotó la cara con su pulpa. Ignoraba qué contenían los frutos —azúcar, que él supiera—, más lo cierto es que la aplicación actuó de defensa contra los minúsculos dípteros. Fija la vista en la ensenada, aguzó el oído.

Nau, Windsor y los dos muchachos aguardaban en la playa la llegada de la pinaza que, impulsada a remos por Jack el Murciélago y Rollo, traía el mástil y la vela de la que Maynard había abandonado.

—Sabía navegar —dijo el Murciélago mientras empujaba la barca a la playa—. Si no se le hubiera ido a pique la pinaza, podría haberlo conseguido.

—¿Qué ha sido de él? —indagó Nau.

—Ni rastro. Debió de hundirse, después de zozobrar.

—¿No le visteis en ningún momento? —quiso saber Windsor.

—No: estaba negro como boca de lobo. Pero buscamos cuando clareó, y en el mar no estaba.

Nau quedó satisfecho.

—Luego ha desaparecido —concluyó.

—¡No! —exclamó Windsor—. Está aquí.

Maynard le vio apuntar al suelo, luego mover el brazo hacia el promontorio; y entonces, como para evitar un detector extrasensorial que funcionase con el descriptivo además de Windsor, un reflejo le hizo agachar vivamente la cabeza.

«No os lo creáis», pensó Maynard. «¿Por qué razón iba a regresar?»

—¿Por qué razón iba a regresar? —dijo Nau—. No estaba loco, ni le atraía el dolor.

—Tienes a su hijo —le recordó Windsor.

Nau ponderó la idea por un instante. Luego, apoyada una mano en la espalda de Justin, dijo:

—Este ya no era su hijo, sino TueBarbe. Y él lo sabía. Sonriente, Justin repitió:

—TueBarbe...

—Somos muchos —dijo Nau—. Él, en cambio, está solo, es débil y...

—Y un enemigo. Has de dar con él y matarle.

Nau se encaró a Justin.

—A ti se te relevará —dijo.

—No —replicó Justin—. Puedo ir en la batida.

Oyéndole decir eso Maynard lamentó por un instante haber regresado a la isla sólo para verse acosado y muerto por su propio hijo. Pero reprimió la rabia: jamás, mientras alentara, se plegaría a la pérdida de Justin.

—Tú ganas, doctor —dijo Nau—. Reuniremos a la gente y se dará una batida. Comenzaremos por el roquedal, detrás del promontorio —señaló directamente hacia Maynard— y rastrearemos toda la isla. Si está aquí, y aunque haya usado de magia para reducirse al tamaño de un lechón, lo encontraremos.

Después de encargarse a Rollo el cuidado de las barcas, dejó el abra y marchó, con Windsor y los chicos, hacia el interior de la isla.

Momentos más tarde, Maynard percibía el hueco sonido con que el cuerno convocaba a la comunidad a asamblea. Su plan —supuesto que llegara a ultimar— tendría que aguardar: ahora se trataba de correr, esconderse, burlar a sus perseguidores. No podrían registrar toda la isla: algo —cueva, zanja o copa de árbol— tendría que pasarles por alto.

Oyó voces y ruido de pasos que se orientaban hacia el extremo norte de la isla: el punto donde había ganado él la costa. Menguado que hubo la algarabía, se sacudió la tierra y la arena que le cubrían el cuerpo, se apartó reptando del borde del promontorio —la zona visible desde el abra—, se puso en pie de un salto y rompió a correr hacia el sur. Dueño todavía del cuchillo de Jack el Murciélago, lo aferró mientras forzaba la carrera.

Los rastreadores eran tan experimentados como concienzudos: envolventes, como un incendio forestal, nada escapaba a su atención. Avanzaban codo con codo, formando un cordón que se extendía de una a otra orilla de la isla, su paso ajustado al del más lento: si alguien paraba para sacudir un árbol, desplazar una piedra o registrar un matorral, los demás quedaban a la espera. Nada escaparía a ese peinado. Pájaros, ratas, lagartos, todo lo vivo escapaba precediendo a la partida.

Maynard retrocedía limitando su delantera, sin embargo, a lo necesario para no ser visto ni oído. No deseaba correr ciegamente hacia el extremo sur de la isla, una ratonera sin más salida que las aguas someras de los bajíos, donde, nadase o vadeara, se convertiría en un blanco aislado y manifiesto. Cuidaba, entretanto, de inspeccionar

cuanto hallaba al frente: matorrales, chozas y hasta los hoyos más pequeños.

Nada hacían los batidores por guardar silencio: pisaban con fuerza, pasaban armas de filo por los arbustos y se llamaban unos a otros. Su éxito no les inspiraba la menor duda.

En su retroceso atravesó Maynard la explanada de los armeros. Apilados en el interior de un chamizo, una partida de barriles de pólvora. Encima de un banco, a la espera de compostura, fusiles y pedreñales rotos. Tras considerar, y desdeñar, cuantos posibles escondites el claro ofrecía, Maynard reanudó la marcha.

Mientras se deslizaba por uno de los senderos oyó a su espalda, instructora, la voz de Nau:

—Busca, primero, indicios de escarbadura. Si ves un talud, o cualquier montón de tierra, traspásalo con el machete. ¿Y bien?

La voz de Justin:

—Nada.

—Bueno. Volvamos ahora los barriles, pongamos la mesa patas arriba y traspasemos con la espada hasta el último matorral.

Maynard tomaba nota mental de cuanto oía: toda información podía serle útil. Llegado al próximo calvijar, se convenció de que lo oído le había salvado, siquiera por el momento, la vida. Se encontraba en la explanada donde se celebrara la reunión de la víspera. Todavía quedaban ascuas bajo el caldero del ron, y, en el extremo opuesto, eran visibles dos tumbas recién cavadas: la de Basco y la del bujarrón. Ante los vestigios de tierra y arena removidas por doquier, ¡cuán tentador hubiera sido añadir un nuevo, pequeño montículo a aquel desorden! Cruel sorpresa y atroz dolor, sin embargo, cuando, ovillado y asfixiándose en la oscuridad, la espada, en su sondeo, se le hubiera hincado en la carne.

Prosiguió la escapada dejando atrás el calvero de los bujarrones y el de las prostitutas para, rebasadas las letrinas, avistar la choza de Beth. Allende ese punto, el mar.

Conforme se acercaban, las voces no eran sólo más claras, sino más concentradas también, pues, muy angosto de ese lado, el perfil de la isla comprimía las filas y estrechaba el cerco.

Obligado a tomar una iniciativa, cortó una caña hueca. Se metería en el agua y, sumergido boca arriba, respiraría por el carrizo al tiempo que hacía por alejarse. Era posible que lo descubriesen, y, de ser así, le perseguirían, y, en tal caso, lo atraparían, tras lo cual... ¡al demonio con todo! Salió en dirección a la playa.

Y, en ese instante, el cuerno: dos primeros toques, premiosos, como de advertencia; otros dos; una pausa; y dos nuevos toques.

Pensando, por de pronto, que le habían descubierto, se dispuso a volar hacia la playa. Mas las voces se alejaban, de improviso, hacia el norte.

Cauteloso, cuidándose de evitar las veredas, la vista atenta a los matorrales, retrocedió en aquella dirección.

—¡Una nave!

—¿Dónde?

—Al sudoeste, con rumbo norte.

—¿Cómo es?

—De envergadura.

La voz de Nau:

—¡A los botes!

Windsor:

—No podéis dejarlo ahora.

Nau, enojado:

—¡Sujeta la lengua, si no quieres que te la corte!

Aunque nada veía, oyó Maynard las voces y las carreras de los que se precipitaban hacia el abra. Volviendo al claro donde se levantaba la choza de Beth, se deslizó hasta la playa y orientó la vista al sur.

Aunque el yate pasaba a una distancia de tres o cuatro kilómetros, su ola de proa, rizada y reverberante al sol, informó a Maynard de que era grande y rápido: demasiado grande para ser una embarcación deportiva, y demasiado rápido para tratarse de una pesquera. Pero fue el color del casco, según la nave iba cobrando forma sobre el verdiazul del mar, lo que llevó un ramalazo de esperanza al pecho de Maynard: el blanco de la Guardia Costera. Y, a proa, un ancho cheurón rojo. El barco navegaba hacia el norte costeano los bajíos y, a juzgar por su tren de marcha, no andaba de paseo.

Sintió el impulso de correr a la orilla y hacer señales con los brazos, pero una breve reflexión le aconsejó contenerlo. Habida cuenta de su curso, el barco pasaría, cuando menos, a un kilómetro de la isla. El vigía del puente tendría la vista puesta en los arrecifes, no en tierra. Quizá consiguiera, a fuerza de braceo o de otros movimientos, o produciendo algún reflejo, llamar la atención de los tripulantes; pero las probabilidades en contra eran demasiado numerosas y el precio del fracaso, elevado en exceso: si erraba, el barco no volvería a pasar. Tenía que emitir una señal inconfundible.

Rompió a correr hacía el norte siguiendo los senderos y sin cuidarse del ruido que hacía: le animaba la loca esperanza de que todos se hubieran reunido en la ensenada. Al aproximarse a ella, redujo la marcha y se deslizó entre la espesura.

Deteniéndose por fin, escuchó los sonidos que llegaban de la playa. Estaban aprestando las pinzas para la zarpa. A punto de dar el paso que le permitiría avistar el abra, oyó la voz de Nau:

—¡Hermosa captura!

Se le heló la sangre en las venas. Nau se encontraba a unos pocos pies de él, del otro lado de un espeso matorral. Agachada la cabeza, espió entre el follaje. Nau y Windsor estaban sentados en la ladera, examinando el navío por medio de un catalejo de latón. De haber avanzado aquel paso, Maynard se hubiera dado de bruces con ellos.

Windsor bajó el largavista.

—¡Es un navío de la Armada!

—Sí, y de buena planta. ¿Qué carga llevará?

—Ninguna.

—Pero sí municiones.

—No justifican el riesgo.

—No puede decirse lo mismo del barco. ¿No haría una magnífica almiranta?

—Déjate de chanzas.

—No me chancoo —replicó Nau.

—Entonces son sandeces.

—¿Qué dices que son, doctor?

Windsor aflojó:

—Eres un hombre valeroso. Un jefe que lo es no expone a su gente a una muerte cierta.

—La sorpresa mengua la desventaja —dijo Nau, que había alzado el catalejo—. ¡Una almiranta espléndida!

—¿Qué quieres? ¿Una guerra con los Estados Unidos?

—No guerrearán con fantasmas.

Windsor se disponía a extender sus argumentos; pero Nau lo silenció:

—Sosiégate. Navega a escape. No podría darle alcance.

—Como no se detenga —apuntó Windsor.

—¿Y por qué iban a hacerlo? ¿Para holgarse en la playa? Maynard hizo por ver el barco, pero la espesura se lo impedía. Distinguía, en cambio, el pesado zumbido de sus motores Diesel. Conjeturó que se hallaba a menos de dos kilómetros. Suponiendo que navegase a razón de veinte nudos, disponía de tres minutos.

Se alejó, sin volverse, de los matorrales, giró, luego, con cuidado de no tronchar ninguna rama y se dirigió hacia el interior.

La señal no podía ser sonora: el runrún de los motores engulliría cualquier sonido que no fuese el de una explosión. Había de ser visual. Una hoguera. A ser posible, humeante. No tenía fósforos.

Ganó el calvero donde aparecían, diseminados, los despojos de la celebración de la víspera: retazos de ropa, embalajes de licor, botellas que conservaban la mitad de su contenido. Un delgado penacho de humo lamía el caldero. Nada distinguió, sin embargo, capaz de inflamarse rápida, espectacularmente. No era una fogata lo que

precisaba, sino una deflagración, como las de las fotos que daban cuenta de las algaradas callejeras de Newark.

Algaradas callejeras.

Inspirado por una imagen mental, puso manos a la obra, con eficientes movimientos. Conseguidos una botella de ron casi intacta y un jirón de tela, impregnó de alcohol el tejido y taponó con él la botella. Hincado de rodillas junto al caldero del ron, removió la arena hasta encontrar ascuas. La improvisada mecha prendió al instante. Se levantó de un salto y apretó a correr.

El zumbido de los motores era más audible: el navío debía de estar a la altura de la isla.

Alcanzó a la carrera la explanada de los armeros. Había una mujer allí que gritó al verle, mas él apenas se percató. Lanzado hacia el chamizo donde almacenaban la pólvora, contrajo el brazo, arrojó la inflamada botella y se echó a tierra, de bruces, protegiéndose la cabeza con las manos.

Oyó el chasquido de la botella y, por espacio de un angustioso instante, eso fue todo. Su cerebro gritó: «¡Prende, maldita!» El ron se inflamó con un *jush*, a eso siguió un chisporroteo indeciso y, por fin, un *jump* atronador y el latigazo lacerante de la onda expansiva.

Incorporado, se encaminó, tambaleante, hacia la maleza. Y se abrió camino hacia la ensenada.

—¿No quiere llevarse un fusilero? —indagó Florio.

—Ya llevo esto —dijo Mould señalando la 45 automática que portaba al cinto, en una pistolera.

Estaba en pie, en la proa de la motora que un juego de serviolas tenía suspensa a un costado del *New Hope*. Un marinero se hallaba frente al volante del timón, a popa, y otro, situado en el centro de la lancha, cuidaba de que ésta no rozase con el casco del navío. Los demás espacios de la motora, capaz para veinticinco personas, aparecían cubiertos por lonas amarradas a una y otra regala.

—Además —prosiguió—, si alguien ha salido con vida de esa explosión, no estará para buscar camorra.

Florio se encogió de hombros.

—La expedición la dirige usted —concedió.

Mould dio la señal de arriar. La lancha chocó horizontalmente con el agua y los cables fueron retirados de los guardacabos metálicos de popa y proa.

Dave Kempe, el corresponsal de la televisión, gritó a Mould desde la cubierta:

—Hágalo ligerito, ¿eh? Si no, ¡adiós vuelo!

Haciendo caso omiso de la advertencia, Mould dijo a Florio:

—No estaría de más que echase una ojeada al botiquín. No sé si tendremos algo contra las quemaduras.

Florio agitó la mano en despedida e inició el descenso de la escalerilla que daba acceso al puente.

Asomado a la proa, Mould guiaba al timonel entre los arrecifes. Invisible desde el mar, la motora pasó de largo por dos veces ante la embocadura del abra. Al tercer intento Mould descubrió el angosto canal de agua azul que discurría entre las escolleras. El timonel redujo el régimen hasta dejar el motor casi en punto muerto y enfiló cautelosamente el pasaje.

—Hay gente aquí —advirtió Mould al avistar las pinazas.

—¿Qué especie de barcas son ésas? —quiso saber Pincus, el marinero que estaba en el centro de la motora.

—Arrímate a la playa, Gantz —ordenó Mould al timonel—. Y quédate en la lancha mientras Pincus y yo echamos un vistazo.

Gantz dejó que la proa se encallase en la arena y apagó el motor.

—No parece, desde luego, que haya nadie por aquí —observó Pincus—. Es tanto el silencio, que hace ruido.

—Fuera lo que fuese —repuso Gantz—, esa explosión tiene que haberles hecho trizas.

Un rumor les hizo volver la cabeza hacia el pequeño promontorio que dominaba

el abra.

En la cima, hundido hasta la cintura en los matorrales, un hombre se tambaleaba ebriamente. Agitaba los brazos y parecía que quisiese hablar. Todavía lo estudiaban, cuando el hombre profirió un gemido y cayó hacia adelante, los brazos desplegados como en un salto del ángel. Chocó en la ladera, dio una voltereta y resbaló hasta concluir su caída en la arena, al otro lado de la ensenada.

Mould y Pincus emprendieron a paso gimnástico el ascenso de la playa. El hombre había quedado boca arriba, los pies en el agua. Llevaba un calzón de cuero crudo que le cubría hasta la rodilla, y nada más. Tenía el cuerpo cubierto de arañazos y hematomas.

—¿Está vivo? —inquirió Pincus.

—Parece. Fíjate en esto: tiene chamuscado el pelo. La explosión debió pillarle muy cerca.

Seguro que pasaba hambre: no pesará más de sesenta kilos.

Como Pincus hiciera ademán de alzar al desconocido, Mould le detuvo:

—Déjalo. No tiene sentido moverle antes de hora. Quizá haya a bordo una camilla con que transportarle.

Mould regresó a la motora.

—Mejor que vengas tú también, Gantz —dijo—. Si hay uno, puede haber más. Para enterrarlos, aunque más no sea.

—Hay un sendero ahí —señaló Pincus.

Salieron de la playa en fila india.

La vereda, que serpeaba entre matorrales, no parecía conducir a ningún sitio. Salvo el ruido de sus pisadas y el zumbido de los mosquitos, nada se oía. Hasta que, de pronto, percibieron un tintineo, de cristal, y la voz de una mujer que canturreaba para sí misma.

La senda desembocaba en un calvero. La mujer estaba recogiendo botellas, que metía en un saco de arpillera. Desgreñada, inmunda, llevaba un informe vestido gris.

—¡Hola! —saludó Mould.

La mujer alzó la mirada. Su rostro no denotaba ni sorpresa ni inquietud ni felicidad: carecía de expresión.

—¿Ha habido muchos heridos?

Nada respondió la mujer. Hubo un súbito movimiento entre los arbustos. Pincus examinó la orilla del calvero.

—¡Me cago en...! —exclamó—. ¡Teniente!

Había alrededor de la explanada un cordón de hombres armados. Mould se llevó la mano al cinto.

—Toque eso —le previno Nau, que se había destacado pedreñal en mano—, y su viaje habrá concluido.

—¿Quién es usted?

—El hombre que le ha apresado. Con saber eso le basta.

—¿Qué diablos...?

—Calle la boca.

Windsor se encaró a Nau.

—Por favor te lo pido, L'ollonois, desiste de esto.

—Y tú cierra la tuya, doctor: trabaja demasiado. —Nau se volvió hacia los muchachos—. Desnudenme a esos dos —señaló a Mould y a Pincus—, y atenlos bien. Al otro déjenlo tal cual. Vendrá con nosotros.

—Escúcheme —empezó a decir Mould.

Pero, antes de que pudiese añadir nada, el cuchillo que le habían puesto en la garganta le hizo echar atrás la cabeza. Nau se dirigió a los suyos:

—Quiero conmigo hasta el último hombre. Primero cargaremos de ellos la lancha, como si fueran troncos. Eso será la zorra. Los que vayan de comparsa, en las pinazas, representarán humildes pescadores.

Mould y Pincus habían sido atados espalda contra espalda. El extremo de la liana que los inmovilizaba aparecía prietamente recogido a la altura del cuello.

La cuadrilla bebía con profusión, se reía de Jack el Murciélago y saludaba con vítores sus amenazas de sangrienta represalia.

—Ya estamos dispuestos —dijo Nau—. Seremos pequeños en número, pero no en corazón; y, cuanto menos numerosos, mayor la unión y mejores las partes del botín. Hizzoner...

El aludido pronunció la oración de ritual y Nau concluyó la ceremonia diciendo:

—Encended vuestros hornos, muchachos, enardeceros condenadamente, pues este será un día como los de antaño.

Al darse la vuelta, Maynard notó en la boca arena y sabor de agua salada. Los oídos seguían zumbándole, pero nuevos ruidos se aliaban ahora a ese otro. Impulsado por el instinto de conservación, se arrastró, en busca de cobijo, hacia los matorrales. Apenas guarecido, los primeros hombres irrumpían en la playa y entraban en la lancha gris.

Recordaba la lancha. Había llegado con dos o tres hombres a bordo, a quienes trató de alertar. ¿Acertaría a decir algo antes de desvanecerse? ¿Por qué marchaban sin él? ¿Y por qué colaboraban con la cuadrilla los hombres de uniforme? Descubrió entonces que uno de los uniformados era Nau.

Uno a uno, los hombres entraban en la lancha, se tumbaban en el fondo, pronos, uno sobre otro, y, en cuanto un departamento quedaba lleno, tendían la lona y la amarraban.

—Por última vez, L'Ollonois —dijo Windsor—, desiste de esto.

—Y, por última vez también, doctor, ¡calla la boca!

—¡Ningún animal sano busca su exterminio!

—En eso convengo —dijo Nau.

Y, de un golpe tan veloz y medido que se hubiera dicho producto de un impulso eléctrico, se sacó del cinto el cuchillo y le sajó a Windsor, de oreja a oreja, la garganta.

El arma había vuelto al cinturón antes de que cobrase Windsor plena conciencia de lo sucedido. Apareció en su cuello un hilo rojo que se fue oscureciendo hasta rezumar. Se llevó una mano a la garganta, abrió la boca, la cerró, y, por último, se sentó en la arena.

—Sí, mejor sentado, doctor —dijo Nau. Y se volvió de espaldas.

—¡Jesús! —exclamó Gantz.

Jack el Murciélago lo empujó hacia la lancha.

Los hombres de Nau reanudaron la operación de carga. A Justin, sin embargo, se le hubiera dicho paralizado. No conseguía apartar de Windsor la mirada según se balanceaba aquél de atrás hacia delante.

Desde su escondite del otro extremo de la ensenada podía apreciar Maynard la profunda conmoción que vivía su hijo. No sabía a qué atribuirlo: habiendo visto tantas muertes, ¿por qué había de afectarle una más? Quizá, pensó Maynard, se debía a que era esta la primera vez que veía morir a alguien a quien había conocido antes, en la vida real, y, por eso, la propia muerte resultaba real por primera vez.

Justin miró a Nau. Cuanto acertó a decir fue:

—Pero...

Nau le tomó del brazo.

—Vamos, TueBarbe. Lo hecho, hecho está. Era una cirugía necesaria y hubo que efectuarla.

Advirtió Maynard que Justin se resistía —sólo por un instante, pero inconfundiblemente— al envite de Nau, y de nuevo le inundó el pecho la esperanza.

Windsor cayó de lado, produjo un jadeo y expiró.

Hizzoner fue el último en embarcar en la lancha. La coleta enhiesta de cordeles embreados, recogió los faldones de su túnica y, con la delicadeza de una damisela que tratase de salvar un charco, subió a bordo y se tumbó. La lona fue tendida sobre él.

—Murciélago, tú, a proa —ordenó Nau—. Yo me quedo en el medio. Y tú —señaló a Gantz—, al gobernalle. Mueve un dedo fuera de propósito, prueba abrir la boca, y daré de ti la misma cuenta que diera del doctor. ¿Estamos?

—Usted manda —respondió Gantz.

Y, poniendo en marcha el motor, reculó hasta alejarse de la playa. Los cuatro hombres que habían quedado en ella embarcaron en una pinaza ya enjarciada y siguieron a la motora hacia la salida del abra.

Maynard permaneció en su escondrijo hasta cerciorarse de que nadie más descendía a la ensenada. Luego atravesó la media luna de la playa, puso un remo en una de las piraguas, la empujó hasta la orilla y saltó a su interior.

En ese momento percibió, a su espalda, un rumor de ropa y otro, de pisadas sobre la arena húmeda. Giró sobre sí mismo, el remo a la altura de la cara.

Parada en la playa, de pie, Beth.

—Adiós —dijo.

Imaginándose a tiro de una pistola apuntada hacia él, Maynard se agachó con un movimiento vivo. Pero nada tenía Beth en las manos.

—Suceda lo que quiera, supongo que no volveré a verte. Maynard abatió el zagual y compuso una desvaída sonrisa.

—Vivo, no, en todo caso.

—Siendo así, buena suerte.

Maynard asintió con un cabeceo.

—Lo mismo te digo —repuso.

Hundido el canaleta en el agua, empezó a remar hacia la embocadura del abra.

—¿Qué es lo que ve? —indagó Dave Kempe.

—Que viene muy cargada —respondió Florio—. El agua sobrepasa la línea de flotación. —Para afirmar los gemelos, tenía prietos los codos contra los costados—. Parece que trae un par de muchachos.

Pero ¿qué es esto? ¿El Día del Nativo?

—Este barco es del gobierno, señor Kempe —dijo Florio tratando de no perder la paciencia—. Tenemos una responsabilidad.

—No para con esa clase de gente.

Florio orientó de nuevo los binóculos.

—Pues, sí: son dos chiquillos. ¿Por qué no filma un poco? Sería un bonito artículo.

¿Qué? ¿Un nuevo Tom Sawyer, éste abandonado en una isla perdida? —Hizo una pausa—. Claro que... podría resultar. Puede ser que aún saquemos algo de este desastre. —Y, lanzado escalerilla abajo, voceó—: ¡Schussman! ¡La cámara!

Asomándose sobre la baranda del puente, Florio dijo a uno de los marineros:

—No estaría de más que fuese preparando las riostras.

La motora llegó junto al barco y quedó meciéndose en su propia estela. Al mirar hacia abajo, Florio vio que Gantz, el timonel, tenía el semblante blanco como la tiza.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

Pero no obtuvo respuesta.

Los otros dos tripulantes de la lancha atendían a la sujeción de los cabos con la espalda vuelta al barco. Las cabrias rechinaron, la lancha ascendió.

Los dos muchachos, que tenían cruzados los brazos, y las manos encajadas bajo ellos, presentaban un aspecto tenso, preocupado. Por debajo de una de las lonas asomaba un brazo, su muñeca ceñida por un brazaletes.

—Todo eso ¿son... cadáveres?

El equipo de televisión, la cámara montada en su caballete rodante, se precipitó hacia la amurada conforme la lancha aparecía a nivel de cubierta.

—¿Qué demonios...? —exclamó Florio según enfilaba la escalerilla.

Las lonas se alzaron violentamente. Un objeto contundente golpeó y abatió a Florio haciéndole rodar escalerilla abajo. Lo último que vio, antes de que la visión se le oscureciera, fue la desconcertante imagen de una cabeza humana enmarcada en un halo flamígero.

El ruido del tiroteo reverberaba en el agua y Maynard sintió en los tímpanos sus vibraciones. También cundían los gritos; pero, a esa distancia, apenas eran audibles y no parecían angustiados.

Motora y pinaza se encontraban a sotavento del buque. Así pues, y a fin de no ser visto, Maynard remó hacia el lado contrario.

No tenía trazado ningún plan concreto. Si Nau y sus hombres habían sido muertos, estaba a salvo. Sí, por el contrario, el vencedor era Nau, pues... su situación no sería más precaria en el barco que en la isla. Aquí, por lo menos, no se les ocurriría buscarle. Y, si echaban a pique el barco con él a bordo... Imposible pronosticar, a tanta distancia.

El fuego había cesado. No se habían hecho, en todo caso, más de una docena de disparos.

Maynard aferró la cadena del ancla. Tras amarrar la piragua a uno de los eslabones, eso para evitar que derivase hacia sotavento y denunciara su presencia, escaló la cadena y se coló por la tronera a ella destinada. Hallando desierta la cubierta delantera se deslizó hasta encontrar refugio tras un mamparo, donde hizo alto.

De abajo le llegaban ecos de pisadas y rechinos como de objetos arrastrados por las planchas metálicas de las cubiertas. Cuando oyó risas, supo cómo había concluido la batalla.

Como para confirmar sus temores, sonó, a popa, grandilocuente, la voz de Hizzoner:

—Los crímenes que habéis cometido, vosotros y Dios los conocéis...

Impulsándose con las manos, afianzado con los pies, Maynard escaló el lateral en declive de la casilla del timonel, ganó el techo del puente y, desde allí, mediante un salto inaudible, su cubierta.

—... no creo, pues, necesario deciros —proseguía Hizzoner —que la única manera de alcanzar de Él el perdón y la remisión de vuestros pecados es un

arrepentimiento sincero y auténtico unido a la fe en Cristo...

Los imbornales que existían en el puente permitieron a Maynard avistar la sección de popa de la cubierta.

Había dos cuerpos tendidos en un rincón: el de un hombre calvo y panzudo que vestía un traje oscuro, y el de otro, éste apuesto y más joven, que llevaba un conjunto deportivo, de color tostado.

Mientras Nau y los dos muchachos esperaban en pie, a popa, Rollo, Jack el Murciélago y el resto de la cuadrilla atendían a la carga de alimentos y municiones en la lancha y en la pinaza.

Hizzoner consagraba su sermón a un grupo de seis hombres congregados junto a la regala de babor. Dos eran civiles, los cuatro restantes vestían trajes de faena, de la Guardia Costera. Un séptimo, éste con uniforme de oficial, estaba tendido en la cubierta, a espaldas del grupo. Estaba vivo, pero, herido de bala en la cadera, trataba de restañar la sangre mediante un pañuelo aplicado a la perforación. Porque el hombre le parecía conocido, Maynard lo miró con fijeza.

—Si ahora recurrís a Jesucristo en sinceridad —salmodió Hizzoner—, aunque tarde, aun a la hora undécima (Mateo 20:69), os recibirá.

«Está a punto de acabar», pensó Maynard. Registró el puente con la mirada. ¿Guardarían armas allí? ¿Llevaban armas a bordo? Lo ignoraba todo sobre buques de guerra. En ese momento atrajo su atención la máquina que, protegida por una funda de lona, ocupaba un soporte en una esquina del puente.

—Mi solo y sentido deseo, por compasión hacia vuestras almas, es que mis palabras de esta triste y solemne ocasión...

Una ametralladora.

Maynard se deslizó hacia el otro extremo del puente, donde, saltando la baranda, rodeó la obra de construcción hasta encontrar apoyo para los pies en la angosta cornisa que quedaba bajo la ametralladora.

La pinaza se hallaba justo enfrente de él. Los hombres que asistían a la carga le daban la espalda; pero, si alguno se volvía, no tendría más remedio que verle.

Maynard soltó los enganches que sujetaban la funda de lona al mamparo, la retiró y la dejó en el techo de la casilla del timonel.

Era una arma descomunal. Aunque había visto fotos de esas grandes ametralladoras calibre 50, nunca se había echado una a la cara: tenía uno la impresión de manejar un cañón. A un costado de la ametralladora, fija, una caja de municiones. Porque no osaba abrirla y examinar su interior, pidió a Dios que estuviese llena. Mientras buscaba con una mano la palanca de maniobra, la otra encontró el gatillo. Contenido el aliento, retiró el cerrojo de seguridad y... lo soltó.

Tan nutrida fue la ráfaga, que no se percibían los disparos: se hubiera dicho un eructo. En menos de cinco segundos, los tripulantes de la pinaza y los hombres que la

cargaban o bien estaban muertos, o bien se retorcían, abatidos, en cubierta.

El dedo prieto en el gatillo, Maynard giró la ametralladora hacia la derecha. La rociada mató a Rollo. Jack el Murciélago, que había retrocedido un paso, saltó por la borda con dos impactos en el pecho. Hizzoner se desplomó en un revuelo de ensangrentadas túnicas.

Nau había reculado a un rincón y se atrincheraba tras los dos chiquillos. Adelantada la mano hasta la pistolera de Justin, extrajo de ella la Walther y se la puso al niño en la sien.

Maynard apuntó la ametralladora a la cabeza de Nau y dijo:

—Suelta eso.

Nau sonrió.

—No, gracias —repuso.

—Te mataré.

—A mí, sí. A éste —indicó a Manuel con la cabeza—, también. Pero a éste —asestó con más fuerza el arma contra la sien de Justin—, no. A éste no le matarás. Cierto que debieras hacerlo, y que yo lo haría; pero tú no lo harás. Y, si yo muero, él morirá conmigo.

Miró Maynard a Justin y lo que vio fue un chiquillo asustado.

Estaba seguro de poder meterle a Nau una bala entre los ojos antes de que consiguiese él apretar el gatillo y matar a Justin. Su certeza era casi total. Pero no total.

—Tienes razón: no lo haré —replicó Maynard—. Así pues, ¿dónde nos deja eso?

—Me llevaré a los chicos a tierra. Tú pasarás aquí la noche. A una hora u otra, antes de que amanezca, vendré por mi gente. Tú podrás ir a tierra, a por la tuya, mañana. No les haré daño. Te doy mi palabra.

—Tu palabra no vale una mierda.

—Muy cierto —rió Nau—. Pero no tienes otra elección.

—Tendría que aceptar, pero tú sabes que no puedo. Necesito a mi hijo ahora más que nunca.

Los ojos de Justin se ensancharon en una súplica dirigida a Maynard.

—Más me valiera matarle yo mismo —dijo Maynard.

—Nada de eso. Es preferible saberle vivo, sano, libre y contento.

Coaccionado, Maynard titubeó.

—De acuerdo —dijo.

—¡No, papá! —gritó Justin.

—Hay que seguir la corriente, amiguito —dijo Maynard.

—¡No! —repitió el niño al tiempo que trataba de soltarse.

Pero Nau le había rodeado el cuello con el brazo y lo arrastraba hacia la amurada.

—Tú, al timón —ordenó Nau a Manuel.

El chico miró a Maynard. También en sus ojos había una súplica.

La motora quedaba justo debajo del emplazamiento de Maynard. Montada la ametralladora como lo estaba, la lancha quedaba fuera de su ángulo de tiro. Percatado de esa circunstancia, Nau empujó a Justin en aquella dirección.

Sin reflexionar lo que se disponía a emprender, sin buscar alternativas ni sopesar riesgos, Maynard se sacó del cinto el cuchillo de Jack el Murciélago y, con él en la mano, saltó al vacío.

Nau debió de percibir la conmoción del aire, o intuir el ataque, pues se dio vuelta y, mirado que hubo hacia arriba, trató de usar el pedreñal.

Le cayó Maynard encima de los hombros y, ciega, ferozmente, comenzó a asestarle salvajes cuchilladas. Nau rompió en rezongos y juramentos conforme, tratando de sacudírselo de encima, y por liberar las manos, soltaba el pedreñal.

Cuando, al desplomarse, cayó Nau entre los bancos de remeros de proa y popa, Maynard, todavía a horcajadas de él, descargó de nuevo el cuchillo que, prendido esta vez entre dos costillas, allí se quedó incrustado.

Según Nau se daba vuelta retorciéndose, el arma se le escapó a Maynard de la mano y su cuerpo quedó aprisionado bajo el de su enemigo. Todavía consiguió Nau ponerse en pie. Tenía cuello y pecho acribillado de cárdenas heridas incisivas. La sangre, que le manaba a chorros torso abajo, confluía en un solo reguero cuyas gotas salpicaban la cubierta. Tenía el cuchillo hincado hasta las cachas entre las dos últimas costillas del flanco derecho. Lo asió con ambas manos y tiró hasta desprenderlo.

La mirada puesta de soslayo en Maynard, dijo:

—Aún no ha llegado el momento, escribano. —Burbujas de sangre le afloraban a los labios—. Soy un príncipe libre. Yo señalaré la hora.

Y alzó el cuchillo.

Maynard hizo por retroceder, pero estaba inmovilizado entre ambos bancos.

Tenía Nau inflamados, y casi fuera de sus órbitas, los ojos; un rictus despectivo le rizó los labios. Asido el cuchillo por encima de la cabeza, en la actitud de un sacerdote inca ante el altar de los sacrificios, bramó:

—¡Ahora!

El sol reverberó en la hoja conforme ésta caía describiendo un arco. El cuchillo fue a hincarse en el bajo vientre de Nau, que tiró del arma en un movimiento ascendente. Las vísceras asomaron al desgarrón de la camisa.

Se desplomó hacia la derecha. El hombro de ese lado fue a chocar contra uno de los bancos, y allí se quedó, tumbado boca arriba. El hilo de la vida se había quebrado. Se le dilataron las pupilas y, por último, como un globo que un chiquillo liberase, su pecho produjo y emitió un último aliento.

Apartando de Nau la mirada, Maynard buscó con ella a Justin. Lo encontró, rígido, a popa de la lancha.

—Hola, amiguito —dijo sin fuerza.

Justin tenía los ojos arrasados de llanto. Avanzó hacia la proa, se arrodilló y estrechó entre las suyas la mano de Maynard.

NOTA DEL AUTOR

Es copiosa la información, tanto literaria como documental, que existe en torno a piratas y bucaneros. Se cuentan por docenas los libros que sobre el tema consulté durante la confección de *LA ISLA*, y, si bien he tratado de evitar posibles parecidos con personas reales, no ha sido menos mi empeño en ceñirme, en la medida de lo posible, a la realidad histórica.

Cuatro de esos libros resultaron de singular ayuda: *The Buccaneers of America*, por John Esquemeling (Dover Publications, Inc., Nueva York, 1967); *The Funnel of Gold*, por Mendel Peterson (Little, Brown & Company, Boston, 1975); *A General History of the Pirates*, por el capitán Charles Johnson (Philip Sainsbury, The Cayme Press, Londres, 1925); y *Pirates, An Illustrated History*, por David Mitchell (Dial Press, Nueva York, 1976).

Notas

[1] *Birds*, en inglés, significa pájaros. (N. del T.) <<

[2] Esto por un parlamento de Shakespeare, que reza exactamente al contrario: «Aquel que roba mi bolsa, etcétera; pero quien me despoja de mi buen nombre, etcétera» (*N. del T.*) <<